



Número 12 (1993)
LA HISTORIOGRAFÍA, Pedro Ruiz Torres, ed.

Introducción

-Teoría y narración en la historia, J. José Carreras

-Problemas filosóficos de la historiografía: conciencia histórica, ciencia y narración, Sergio Sevilla

-Los discursos del método histórico, Pedro Ruiz Torres

La Historia Oral como historia desde abajo, Ronald Fraser

-El ojo de la aguja. ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?, Justo Serna y Analet Pons

-Epistemología histórica y enseñanza, Pilar Maestro González

LA
HISTORIOGRAFIA

Ayer es el día precedente inmediato a *hoy* en palabras de Covarrubias. Nombra al pasado reciente y es el título que la *Asociación de Historia Contemporánea* ha dado a la serie de publicaciones que dedica al estudio de los acontecimientos y fenómenos más importantes del pasado próximo. La preocupación del hombre por determinar su posición sobre la superficie terrestre no se resolvió hasta que fue capaz de conocer la distancia que le separaba del meridiano 0°. Fijar nuestra posición en el correr del tiempo requiere conocer la historia y en particular sus capítulos más recientes. Nuestra contribución a este empeño se materializa en una serie de estudios, *monográficos* por que ofrecen una visión global de un problema. Como complemento de la colección se ha previsto la publicación, sin fecha determinada, de libros individuales, como anexos de *Ayer*.

La *Asociación de Historia Contemporánea*, para respetar la diversidad de opiniones de sus miembros, renuncia a mantener una determinada línea editorial y ofrece, en su lugar, el medio para que todas las escuelas, especialidades y metodologías tengan la oportunidad de hacer valer sus particulares puntos de vista. Cada publicación cuenta con un editor con total libertad para elegir el tema, determinar su contenido y seleccionar sus colaboradores, sin otra limitación que la impuesta por el formato de la serie. De este modo se garantiza la diversidad de los contenidos y la pluralidad de los enfoques. Cada año se dedica un volumen a comentar la actividad historiográfica desarrollada en el año anterior. Su distribución está determinada de forma que una parte se dedica a comentar en capítulos

separados los aspectos más relevantes del trabajo de los historiadores en España, Europa y Estados Unidos e Iberoamérica. La mitad del volumen se destina a informar sobre el centenar de títulos, libros y artículos, que el editor considera más relevantes dentro del panorama histórico, y para una veintena de ellos se extiende hasta el comentario crítico.

Los cuatro números próximos son:

Julio Aróstegui	<i>Violencia y política en el siglo XX</i>
Manuel Pérez Ledesma	<i>La lli.fjtoria en el 93</i>
Manuel Redero San Román	<i>La transición política en España</i>
Boti	<i>Italia, 1945-1993</i>

Marcial Pons edita y distribuye *Ayer* en los meses de enero, abril, junio y octubre de cada año. Cada volumen tiene en torno a 200 páginas con un formato de 13,5 por 21 cms. El precio de venta, incluido IVA, y las condiciones de suscripción, son:

volumen suelto: 2.250 pts.
suscripción anual: 6.800 pts.

Precios extranjero:

suscripción anual: 8.250 pts.

PEDRO RUIZ TORRES, *ed.*

LA HISTORIOGRAFIA

Pedro Ruiz Torres
J. José Carreras
Sergio Sevilla
Ronald Fraser
Justo Serna
Anaclet Pons
Pilar Maestro González

MARCIAL PONS
Madrid, 1993

Números publicados:

- 1 Miguel Artola, *Las Cortes de Cádiz*.
- 2 Borja de Riquer, *La historia en el 90*.
- 3 Javier Tusen, *El sufragio universal*.
- 4 Francesc Bonamusa, *La Huelga general*.
- 5 J.J. Carreras, *El estado alemán (1870-1992)*.
- 6 Antonio Morales, *La historia en el 91*.
- 7 José M. López Piñero, *La ciencia en la España del siglo XIX*.
- 8 J. L. Soberanes Fernández, *El primer constitucionalismo iberoamericano*
- 9 Germán Rueda, *La desamortización en la Península Ibérica*.
- 10 Juan Pablo Fusi, *La historia en el 92*.
- 11 Manuel González de Molina y Juan Martínez Alier, *Historia y ecología*.

La correspondencia relativa a la Asociación de Historia Contemporánea y sus publicaciones deben dirigirse a la Secretaría de AHC, Departamento de Historia Contemporánea, Universidad Autónoma de Madrid, Cantoblanco, 28040 MADRID.

TodaH las peticiones, tanto de suscripciones como de ejemplares sueltos, hall de dirigirse a:

Marcial Pons
Agencia de suscripciones
Tamayo y Baus, 7
Tel. 319 42 54 - Fax 319 43 73
28004 MAmUD

© Asociación de Historia Contemporánea
Marcial Pons. Librero

ISBN: 84-87827-10-1

Depósito legal: M. 35.255-1993

Fotocomposición e impresión: Closas-Orcoyen, S. L.
Polígono Igarsa. Paracuellos de Jarama (Madrid)

Indíce

<i>Introducción.....</i>	11
Pedro Ruiz Torres	
<i>Teoría y narración en la historia.....</i>	17
J. José Carreras	
<i>Problemas filosóficos de la historiografía: conciencia histórica, ciencia y narración.....</i>	29
Sergio Sevilla	
<i>Los discursos del método histórico.....</i>	47
Pedro Ruiz Torres	
<i>La Historia Oral como historia desde abajo.....</i>	79
Ronald Fraser	
<i>El ojo de la aguja. ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?</i>	93
Justo Serna y Anacleto Pons	
<i>Epistemología histórica y enseñanza</i>	135
Pilar Maestro González	

Introducción

Pedro Ruíz Torres

¿Qué es la historia? La pregunta provoca respuestas tan variadas como las siguientes: es la ciencia que estudia cierto tipo de acontecimientos; es la ciencia de las sociedades humanas y de sus cambios en el tiempo; es la narración de hechos que han ocurrido; es el estudio del pasado; son las huellas que ha dejado nuestro pasado; es una sucesión de acontecimientos; es la sucesión de todos los hechos que configuran el pasado del hombre; son todas las vivencias que experimentó la humanidad en su conjunto... Se trata de algunas de las contestaciones de los alumnos de la asignatura Historiografía el primer día de clase. Sin embargo, en su origen, la palabra historia significaba en griego el conocimiento obtenido como resultado de una investigación, que en el caso de Herodoto trataba de las guerras médicas. En el mundo clásico acabó adquiriendo el sentido específico de una narración escrita de cierto tipo de acontecimientos, los mismos que Herodoto había descrito. ¿Qué tipo de conocimiento es éste que la antigüedad consideró un género literario y simultáneamente un registro fiable de los acontecimientos pasados? ¿Cómo la historia se ha adaptado a la edad moderna de la ciencia y en qué medida se encuentra dentro o fuera de ella? ¿Qué problemas epistemológicos plantean los distintos significados de la palabra historia?

La revista Ayer dedica anualmente un número a analizar la producción más reciente de los historiadores. Diversos estados de la cuestión han permitido agrupar la historiografía de los últimos años por temas o por países. No tiene sentido, por tanto, repetir lo que se viene haciendo. En esta ocasión el análisis de la producción reciente de

los historiadores ha dejado paso a una reflexión sobre el saber mismo que llamamos historiografía. La palabra historiografía es un neologismo que gusta poco y se utiliza en contadas ocasiones. Tiene la ventaja de referirse a un tipo de conocimiento sin confundirlo -como ocurre con la palabra historia- con su objeto de estudio, pero también presenta un grave inconveniente. La distinción analítica entre saber y objeto podría hacernos olvidar que los «hechos del pasado» permanecen inseparablemente unidos al conocimiento que tenemos de ellos. A la escasa belleza y al engañoso rigor del término historiografía, se añade el problema de sus diversos significados. Historiografía puede designar las narraciones de los acontecimientos históricos; los escritos sobre acontecimientos del pasado realizados por historiadores profesionales; el conjunto de las actividades de los historiadores; un cuerpo de conocimientos mejor o peor estructurado; una ciencia con sus ideologías, métodos, discursos y narrativas; la reflexión sobre la naturaleza de la historia; el estudio de los procesos de pensamiento histórico, de los problemas epistemológicos del conocimiento histórico, etc. Este enorme campo de contenidos que abarca la palabra historiografía dificulta, sin lugar a dudas, la elaboración de un concepto que pueda acoplarse a un espacio de problemas relativamente bien definido.

Entre las muchas opciones que teníamos hemos pensado que un número dedicado a la historiografía debía comenzar por tratar las distintas concepciones del saber histórico. A ello se refieren los tres primeros trabajos. Los tres se encuentran directamente relacionados con las actividades de un curso de doctorado de la Universidad de Valencia que corre a cargo de profesores de los Departamentos de Filosofía, Teoría de los Lenguajes e Historia Contemporánea. El artículo de Juan José Carreras, «Teoría y narración en la historia», fue en su origen una conferencia pronunciada a principios de este año en el ciclo Historia y narración, en la que toma como punto de partida el concepto clásico de historia para mostrar la tensión característica del desarrollo moderno -que se agudiza precisamente cuando surge el problema del método- entre la generalización que implica la teoría y la individualidad irreplicable de la narración. Sergio Sevilla, en «Problemas filosóficos de la historiografía: conciencia histórica, ciencia y narración», centra su reflexión en la moderna idea de historia, a la que historiadores y filósofos han estado estrechamente unidos, y analiza la presente crisis de esta idea como la manifestación de una crisis más profunda que afecta al concepto mismo de ciencia y de racionalidad. Por mi parte, en «Los discursos de método histórico», he intentado poner de relieve que las formas moder-

Introducción

nas de pensar la historia como saber, han producido distintos discursos sobre el problema del método que reflejan los cambios habidos en la concepción de la ciencia.

Los dos siguientes trabajos que se publican en este número sobre historiografía están dedicados a modos de concebir la historia que han aparecido y se han desarrollado recientemente hasta el punto de incidir intensamente en la crisis epistemológica a que antes ha clamamos referencia. El texto de Ronald Fraser, «La historia oral como historia desde abajo; perspectivas actuales», reproduce la conferencia del mismo título que pronunció en el ciclo organizado por el Aula de Debate de la Universidad de Valencia durante el curso 1992-1993. Conjuntamente con la exposición de las tres metodologías que se disputan el terreno de lo que el autor de este trabajo considera una técnica para la investigación histórica, sale a la luz un problema epistemológico tan importante como el del tipo de racionalidad que necesitan los historiadores para llegar a comprenderlo que los seres humanos perciben de un modo subjetivo y llega a formar parte de su experiencia de vida. Por otro lado, Justo Serna y Anacllet Pons, en «El ojo de la aguja. ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?», han querido intervenir en la polémica sobre la microhistoria y su recepción en Esparza con un artículo en el que, además de caracterizar dicha corriente, destacan las diversas influencias teóricas que ha recibido y la sitúan en el contexto de la crisis de paradigmas que vive actualmente la historiografía. Finalmente Pilar Maestro, en «Epistemología y enseñanza de la historia», cubre un campo de problemas que merece tener relieve en un número dedicado a la historiografía. Su artículo estudia las distintas propuestas de metodología didáctica no como un simple reflejo de la variedad de técnicas de aprendizaje, sino como el producto de concepciones educativas y de formas de entender la historia que, como se comprueba en el caso del tiempo histórico, tienen un carácter epistemológico muy dispar.

Este número de Ayer ha querido que los problemas epistemológicos de la historia se analizaran desde diferentes perspectivas disciplinares y con enfoques teóricos diversos. Para ello hemos contado con la valiosa colaboración de Juan José Carreras, profesor de la Universidad de Zaragoza y uno de nuestros mejores especialistas en historiografía; de Sergio Sevilla, profesor de la Universidad de Valencia, que ha dedicado gran parte de su trabajo al estudio de la filosofía de la historia en el idealismo alemán y en la teoría crítica; de Ronald Fraser, profesor invitado en diversas universidades europeas y norteamericanas y autor de libros de historia contemporánea en

los que ha hecho un uso modélico de los testimonios orales; de Justo Serna y Anacllet Pons, profesores de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia, cuya investigación sobre el siglo XIX ha estado atenta a analizar la dimensión local de los fenómenos sociales; Y de Pilar Maestro, coordinadora del equipo de Reforma de Enseñanzas Medias de la Comunidad Valenciana y colaboradora del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Alicante. A todos ellos nuestro agradecimiento.

Teoría y narración en la historia

J. José Carreras

Comenzamos con una cita: «en el ámbito de los estudios históricos, la narrativa no ha solido ser considerada ni como producto de una teoría, ni como base de un método, sino más bien como una forma de discurso que puede o no utilizarse para la presentación de los acontecimientos históricos, en función del objeto primario de describir una situación, analizar un proceso histórico o bien contar una historia»¹.

Esta descripción del terna supone una plácida relación, sin complicaciones, entre narración e historia: se cuentan las cosas al hilo de un relato y se analizan situaciones recurriendo, puede suponerse, a teorías, es decir, a modelos, hipótesis o estructuras. Pero incluso cuando la relación ha sido así, cosa muy rara a partir del momento en que se tomó conciencia del método, nunca dejó de existir cierta tensión entre la generalización que implica una hipótesis o un modelo (la teoría) y la individualidad irrepetible que plasma una narración.

Bien, pues ése es nuestro tema: teoría y narración en la historia.

En un principio las cosas habrían estado muy claras. Para Aristóteles, y así será en lo fundamental hasta las postrimerías del pasado siglo, el conocimiento teórico, la teoría, se distingue por su universalidad, su carácter causal y su necesidad. Para otro tipo de co-

¹ HAYDEN WHITE, «La cuestión de la narrativa en la teoría historiográfica actual», en *El contenido de la forma*, Barcelona, 1992, pp. 41-74, cita p. 42.

nocimiento su opinión se condensó en la famosa fórmula de Duns Scotto: *de singularium non est scientia*².

Es decir, no puede haber ciencia en lo único e individual, que es contingente. En su *Ética* Aristóteles distinguirá dos mundos, el regido por los principios invariables descubiertos en la Naturaleza, y el cambiante y mudadizo de la praxis humana y la cultura³.

y la historia, concebida como narración que cuenta lo que ha visto o le han contado (Herodoto) o el pasado que ha reconstruido (Tucídides), la historia, imposible como ciencia, acampa forzosamente en las páginas de la *Poética*. Y aquí seguiría purgando el pecado de la contingencia de sus contenidos:

El historiador y el poeta, dice el Estagirita, no difieren entre sí por el hecho de que uno escriba en prosa y el otro en verso: pues podrían versificarse las obras de Herodoto y no por ello serían menos historia de lo que son. La diferencia radica en el hecho de que uno narra lo que ha ocurrido y el otro lo que ha podido ocurrir. Por ello la poesía es más filosófica y elevada que la historia, pues la poesía canta más bien lo universal, y en cambio la historia lo particular. Y en el siguiente párrafo se concluye: lo universal consiste en que a determinado tipo de hombre corresponde decir o realizar determinada clase de cosas según la verosimilitud o la necesidad. Tal es meta a que aspira toda poesía, aunque imponga nombre a sus personajes. Lo particular, en cambio, consiste en narrar lo que hizo o lo que le ocurrió a Alcibiades⁴.

La posterior emancipación de la retórica de las servidumbres del discurso forense, y su transformación en órgano estético y crítico, afianzó definitivamente en su campo a la historia como género literario, género narrativo. Un género literario *sui generis*, pues su «lábula» o argumento consistía en hechos reales (*res*) que debían ser expuestos en el ordo de una narración adecuada (*verba congrua*), liberada de todo artificio persuasorio: *la historia est ad narrandum, non ad probandum*, que decía Quintiliano...⁵.

² Los pasajes clásicos, en la *Metafísica*, I, 981 a 28-30, y VI, 1027 a 20-23.

³ *Ética a Nicámaco*, VI. De la misma manera opinará HovsEN en su *Historik* cuando habla de la Naturaleza, donde se repiten las formas y la monotonía de su periodicidad reduce la temporalidad a algo secundario; «und das Einerlei periodischen Wiederkehr setz das Zeitliche ihrer Bewegung zu einern sekundarcn Moment herab», mientras que en la historia humana observamos siempre nuevas formas y cada forma nueva es un individuo distinto (en un apéndice a su *Historik* titulado precisamente «Natur und Ceschichte», en la ed. de R. Ilübner, Munich, 1937, p. 411, este texto no está incluido en la traducción por la que citamos más adelante).

⁴ *Poética*, IX, trad. de T. ALSINA CLOTA, Barcelona, 1987, p. 35.

⁵ LAUSBERG, *Handbuch der literarischen Rhetorik*, 2 vols., Munich, 1960, § 255, I, 140; § 290, I, 165. Hay traducción castellana, Madrid, 1966. En Aristóteles el pro-

De esta manera, durante cientos de años, prácticamente sin excepciones hasta el siglo XVIII, la historia fue narración. Los momentos en que abandonó el canon narrativo fue para enumerar en vez de contar, una recaída en la estructura analista, de la que Aristóteles también había opinado, situándola al margen de toda poética:

... las historias habituales en la que necesariamente se expone, no una sola acción, sino sólo un período de tiempo, es decir, lo que en tal tiempo sucedió a una o más personas, aunque entre estos acontecimientos exista sólo una relación fortuita... (pues) alguna vez un hecho ocurre después de otro sin que ambos tengan una finalidad común⁶.

Siempre que se ha evocado la relación ancilar de la historia con la retórica se han tenido presentes sobre todo los efectos perniciosos, que los hubo, pero hubo también otras cosas. En primer lugar, el análisis retórico de la acción racionalizó la estructura narrativa de la historia. La máxima humanista de *consilia primun, deinde acta*, primero las intenciones, después las acciones, se descomponía en los tratadistas en una disposición, precedida de la determinación de la unidad de tiempo y lugar, que comprendía *consiliae et causae, acta y eventus* (el efecto o consecuencia), constituyendo un *ordo narrationis* que, de haberlo conocido, habría hecho las delicias de los filósofos analíticos de la historia. Así, por ejemplo, Palmieri en su narración de la conquista de Pisa nos dice que la historia no tiene sólo que contar *quodfactum sit*, sino exponer en su narración *qua rationes, quibus consiliis, quo tempore, per quos el quomodo queque sint gesta* 7.

Y hubo algo más, un algo que nos permite abordar el tema de la teoría. La racionalización de la narración de las *res gestae hominum* alumbraba constantes antropológicas, situaciones repetidas y procesos cíclicos que daban dimensiones potencialmente teóricas a la historia. La cuestión, como fácilmente se adivina, está relacionada con el topos ciceroniano de *historia magistra vitae*⁸. Evidentemente, hay

blema de la presentación es en primer lugar el problema de qué manera pueda representarse de manera convincente una imagen de algo que pertenece al pasado, ver todo el problema en detalle en E. KESSLER, «Das rhetorische Modell der Historiographie», trabajo fundamental publicado en *Formen der Geschichtsschreibung*, ed. por KOSSELLECK, H.; LUTZ, B., y RÜSSEN, J., Munich, 1982, pp. 37-83.

⁶ *Poética*, XXIII. ed. cit. p. 66.

⁷ Citado en LANDEFESTER, *Historia Magistra Vitae. Untersuchungen zur humanistischen Geschichtstheorie des 14. bis 16. Jahrhunderts*, Ginebra, 1972, p. 116, por lo demás pp. 108 Yss.

⁸ El topos tiene importancia en un marco más general, ver KOSSELLECK, R., «Historia Magistra vitae. Deber die Auflösung des Topos im Horizont neuzeitlich bewegter Geschichte», en *Natur und Geschichte, Festschrift K. Löwith*, Stuttgart. 1967.

una interpretación tradicional que no va más allá de considerar a la historia como un depósito inerte de *exempla* de unos preceptos o principios morales previamente definidos. Pero también hay otra cosa: la aspiración de la narración a fundamentar un cuerpo de doctrina de los condicionantes de la acción humana. Y tal ya había sido la pretensión de Tucídides, renunciando expresamente a deleitar a sus lectores, pero proclamando orgullosamente que su obra «en suma, es una adquisición definitiva, no una pieza de circunstancias compuestas para la satisfacción del momento», porque «esperaba que la juzguen de utilidad todos aquellos que aspiran a formarse una idea de los hechos y de aquellos que, más o menos semejantes, puedan ocurrir en el futuro»⁹.

En Polibio la pretensión es todavía mayor, formulando la teoría del ciclo de constituciones, la monárquica, la aristocrática y la democrática, con sus formas degenerativas correspondientes¹⁰.

Siete siglos después, Maquiavelo no opinará al respecto de otra manera, cuando concluye: *Il che nasce perché essendo quelle operate dagli uomini che hanno ed ebbono sempre le medesime passioni, conviene di necessita che le sortischino il medesimo effetto*¹¹,

Y al hilo de reflexiones de este tipo, la historia se atreverá a enfrentarse nada menos que con el saber teórico por excelencia de la filosofía. Lorenzo Valla refería el *locus classicus* de la Poética aristotélica con una conclusión distinta. Mientras que *philosophi quidem* la poesía es superior a la historia y próxima a la filosofía, *quia in generalibus versetur*, el humanista italiano cree que las cosas deben ser al revés, situando a la historia en primer lugar. La historia, en la medida en que *per exempla docet*, trabaja también con *universalia* yes superior a la filosofía para regular la acción humana¹².

Un paso más, y la teoría de la historia del humanismo concederá a la historia una dimensión propia de la teoría, la capacidad predictiva, *e praeteritorum eventum futura perspicere*, que es lo que viene a afirmar Maquiavelo cuando dice que *gli e facil cosa a chi esamina con diligenza le cose passate, prevedere in ogni republica le future e*

⁹ *Historia de la guerra del Peloponeso*, I, 22, versión de ALSINA, Madrid, 1976, 44.

¹⁰ POLIBIO, VI, 5-9, y VI, 10.

¹¹ *Discorsi sopra la prima decada di Tito Livio*, ed. de BERTELLI, Milán, 1960, III, 43, p. 496.

¹² Las citas de la biografía de Fernando el Católico en LANDFESTER, *op. cit.*, p. 143. A la vista de estos textos se comprende la observación de LUBBE de que al abandonar posteriormente el topos de *Historia Magistrae Vitae*, la historia renunció a su *Theoriebildungsjunktion*, a su capacidad teórica. *Geschichtsbegriff und Geschichtsinteresse*, Basilea, 1977, p. 242.

*farvi quegli rimedi...*¹³ Y a falta de ciencia social con la que medirse en el terreno de la prognosis, algún humanista no duda en comparar con ventaja a la historia con la astrología, *multo certius ex historia quam astrorum observat*Wñls...¹⁴

Por tanto, de la antigüedad a la primera modernidad la historia a menudo se resiste a ser una «matrona pudica», limitada a un conocimiento contingente de lo contingente, *rwititia imperfecta* que se conoce *methodum propria dictamen*¹⁵. Pero, por lo que aquí nos ocupa, hay que insistir en que los esfuerzos por dar una dimensión teórica al relato nunca atentan a la estructura narrativa que le asignaba la preceptiva clásica desde Aristóteles, al revés, la refuerzan, racionalizándola. Las cosas van a cambiar, porque también van a cambiar los contenidos que privilegia la historia, en el siglo XVIII.

Antes la historia pasará un calvario, cuando cayó más bajo de donde le habían situado el mismo Aristóteles, al ser despojada de su condición de narración veraz por el pirronismo histórico del siglo XVII. La historia seguía siendo narración, pero una narración que no sólo carecía rotundamente de teoría, sino que solía también carecer de verdad, mera narración retórica vacía, erudición discutible o bárbara crónica del poder¹⁶. Por eso, tal historia era incapaz de responder a la demanda social de la élite ilustrada, como la de aquella *dame philosophe* que se complacía leyendo filosofía inglesa y se disgustaba con la narración prolija y dudosa de batallas, conquistas y acciones de Estado. Para aquella dama, Madame de Châtelet, escribió su enamorado Voltaire su *Essai sur les moeurs*, su Historia universal¹⁷.

Como es sabido, la ambición de la Ilustración de razonar la historia produjo una historia razonada, capaz de desarrollar su propia teoría de la evolución y del progreso humano, de la cultura y de la civilización. Aunque la Ilustración dio algunos de los clásicos de la

¹³ *Discorsi*, I, 39, ed. citada, p. 222.

¹⁴ *Aventinus*, citado en LANDESTER, *op. cit.*, p. 153.

¹⁵ El calificativo de «matrona pudica» es de CLAHINI, en LANDESTER, *op. cit.*, p. 95, el resto de las citas de un tratadista alemán de principios del siglo XVII, KECKERMANN, B., también citado en LANDESTER, *op. cit.*, p. 145.

¹⁶ El pirronismo, implícitamente, proporciona la imagen de la historia que debería ser, una historia científica que diese cuenta exacta de lo sucedido, ver: META SCHIELE, *Wissens und Glauben in der Geschichtswissenschaft. Studien zum historischen Pyrrhonismus in Frankreich und Deutschland*, ITeidelberg, 1930. En términos retóricos suponía un desplazamiento del centro de interés de la *dispositio* a la *inventio* (ver KESSLER, *op. cit.*, p. 82), que es lo que harán algunos de los historiadores de Göttingen aludidos más adelante.

¹⁷ VOLTAIRE, *Essai sur les moeurs*, ed. de POMEAU, París, 1963, 2 vols., II, pp. 866 s. y 883 ss.

narración histórica, basta con hojear el índice de capítulos de una obra tan representativa como la citada de Voltaire para darse cuenta de que la obligada atención a los nuevos contenidos, el estado de la sociedad y de las artes bellas y útiles, así como el carácter polémico y crítico del texto, en constante diálogo con el lector, atenta muy a menudo contra el hilo de la narración, intercalando análisis a su manera (Je estructuras de siglos enteros ¹⁸).

Ahora bien, Voltaire, como otros muchos ilustres ejemplos, era otra cosa además de autor de libros de historia. No era un historiador profesional de dedicación exclusiva a la investigación y a la enseñanza, era examentamente lo contrario. La historia como disciplina universitaria realizó su paso de la erudición a la ciencia, por razones que no son del caso, en una ciudad muy lejana del mundano París del siglo XVIII, en la pequeña ciudad de Göttingen, del Electorado de Hannover. Allí, historiadores como Gatterer y Schlözer unían la amplitud de miras de un Voltaire, un Gibbon o un Montesquieu con el dominio de la erudición y la crítica textual, incorporando además parte de las llamadas *Kameralwissenschaften*, ciencias de la administración, que incluían, por ejemplo, la *Statistik*, en la época una descripción de las estructuras e instituciones y sociedades ¹⁹.

Esto ya habría sido suficiente para amenazar la pureza narrativa de la historia. Pero hubo algo más, y muy importante. Aquellos profesores de historia creían en la capacidad de su ciencia para formular explícitamente teorías que conformasen el plan de la exposición final de la enorme masa de conocimientos acumulada por la erudición de siglos.

Por ejemplo, Carl Renatus Hausen, que habría de terminar su carrera profesional donde casi medio siglo después la comenzaría Ranke, en Frankfurt an Oder, comienza una obra diciendo que la historia en principio (*an und sich selbst*) es una serie de datos (*Bege-*

¹⁸ Un buen ejemplo lo proporcionan los capítulos 31 a 35, donde VOLTAIRE habla de las costumbres, usos, comercio, riquezas de los siglos XIII y XIV. En el primero el autor formula, frente a la historia narradora de batallas, su idea de lo que ha de ser la historia: «Je voudrais découvrir quelle était alors la société des hommes, comment on vivait dans l'intérieur des familles, quels arts étaient cultivés, plutt que de repeter tant des malheurs et tant de combats, funestes objets de l'histoire, et lieux communs de la méchanceté humaine» (ed. citada, I, p. 757).

¹⁹ De toda la bibliografía sobre la escuela de Göttingen que se ha incrementado notablemente en estos últimos años, es de especial interés el volumen *Von der Aufklärung zum Historismus*, ed. por BLANKE y RUSSEN, Padeborn, 1984, en la medida en que trata de sus logros y límites contrastándolos con la tradición científica que se impuso en el siglo XIX, ver especialmente el trabajo inicial de RUSSEN, *Von der Aufklärung zum Historismus. Idealtypische Perspektiven eines Strukturwandels*, pp. 15-58.

benheiten) sin principios generales, y en consecuencia no es ciencia. Pero el historiógrafo (*Geschichtsschreiber*) la sistematiza en la medida en que domina la teoría 20.

No puede decirse que estos profesionales tuvieran fortuna en su empeño, que excedía con mucho a sus posibles, pero el manejo y discusión de conceptos tales como *agregado* y *sistema*, *sincrónico* y *narrativo*, *teoría* y *plan*, acusan la impresionante modernidad de sus planteamientos. No es de extrañar que a partir de los sesenta se hayan recordado (y reeditado) como lejanos predecesores de la teoría histórica o de la historia teórica actual 21. En todo caso, el resultado dejó mucho que desear: materialmente recayeron repetidamente en la compilación polihistórica de los viejos manuales y, formalmente, su estilo, esforzándose por alterar análisis y narración, argumentación y exposición, fue plúmbeo y quebrado. Cosas todas que prestaron fácil flanco a la crítica de los que vinieron después y recuperaron de nuevo, y a un nivel más elevado, la vieja retórica de la historia como narración.

Efectivamente, el historicismo de comienzos del siglo XIX, que concibió la historia como el estudio de la individualidad irrepetible de los actos humanos, volvió la espalda decididamente a la tradición de la Ilustración. Una tradición condenada por muchas cosas, pero por lo que hace a nuestro tema precisamente por haber puesto en pe-

²⁰ «Die Geschichte and vor sich selbst ist eine Reihe von Begebenheiten, sie hat keine allgemeinen Grundsätzen und ist demnach als keine Wissenschaft zu betrachten. Allein der Geschichtsschreiber muss die Kunst verstehen, ihr die systematische Einkleidung zu erteilen. Diese muss er als seine vorzügliche Absicht bei mündlichen und schriftlichem Vortrage der Geschichte zu erfüllen suchen. Er kann sie erreichen; so bald er die Theorie der Geschichte versteht...». En *Von der Theorie der Geschichte* (1766), edición de BLANKE y FLEISCHER, *Theoretiker der deutschen Aufklärungshistorie*, Stuttgart, 1990, I, p. 301.

²¹ BECHER, URSULA A. I., por ejemplo, no duda en señalar los puntos de contacto entre la historia social alemana actual y los historiadores de Göttingen, en un trabajo que, por lo demás, afecta directamente a nuestro asunto: «August Ludwig von Schlözer-Analyse eines historischen Diskurses», en *Aufklärung und Geschichte*, ed. por BÖDEKER YOTOS, Göttingen, 1986, pp. 344-363. La autora insiste en el contraste entre la posición autoritaria del autor en la tradición retórica y la comunidad comunicativa que se establece, por el contrario, en el texto de Von Schlözer, concluyendo que «die gleichgewichtige Bedeutung von Autor und Leser im historischen Diskurs spiegelt die Bedeutung wider, die Idee des autonomen bürgerlichen Subjekts in der Gesellschaft der Aufklärung gewonnen hat, ein Zeichen für die Krise der Rhetorik» (p. 361). La cita es interesante, por mostrar que la crisis de la retórica es otro aspecto de la crisis de la sociedad. Y puestos ya a citar, el mismo volumen incluye, esta vez en inglés, un ilustrativo artículo de IGGERS sobre el marco historiográfico de esta interesante escuela de Göttingen: «The European Context of Eighteenth-Century German Enlightenment Historiography», pp. 225-246.

ligro la autonomía de la narración. La manifestación clásica del nuevo espíritu es el famoso prólogo de Ranke a su primera obra, donde se recupera el topos de la historia como narración verdadera y el principio de la unidad narrativa como categoría:

El propósito y materia determinan la forma. No es posible exigir de una historia ese desarrollo libre que la teoría, por lo menos, busca en una obra poética... no cabe duda de que para el historiador es ley suprema la exposición rigurosa de los hechos, por muy condicionados y carentes de belleza que éstos sean.

Otra ley a la que hemos creído nuestro deber someternos ha sido el desarrollo de la unidad y trayectoria de los acontecimientos. Por eso, en vez de arrancar, como tal pudiera esperarse, de una exposición general de las condiciones públicas existentes en Europa, lo que, evidentemente, habría dispersado, si no trastornado, el punto de vista de nuestro estudio, hemos preferido poner de manifiesto minuciosamente lo que fue cada pueblo, cada potencia, cada individuo en el momento en que ese pueblo, esa potencia, ese individuo aparece en escena de un modo activo o con papel dirigente... De este modo podíamos comprender mucho mejor, por lo menos, la línea seguida en general por todos ellos, su trayectoria, el pensamiento que los mueve²².

Este propósito, que recuerda claramente la introducción de Tucídides a su *Guerra del Peloponeso*, pero desprovista de su pretensión ejemplarizante, es decir, generalizadora, se concreta más adelante al formular el «sublime ideal» común al escritor alemán ya los «nobles modelos antiguos»: «Los hechos mismos en su comprensibilidad humana, en su unidad y en su plenitud»²³. Vista así la historia como relación de los hechos eminentes de individuos eminentes, fueran personalidades o estados, su forma natural de exposición vuelve a la narración, una narración cuyos testimonios de veracidad ya no alteran su estructura, pues Ranke los expulsa a notas de pie de página, cuando no los encierra en libro aparte, como ocurrió en esta obra primeriza. ¿Ha desaparecido entonces toda dimensión teórica de una narración que rechaza abiertamente la pretensión ejemplificadora común a la tradición retórica y a la Ilustración, para complacerse en la vivencia de lo concreto y lo inmediato? Una idea que se resume en

²² Citamos por la traducción de ROGES del prólogo de 1824 a la «Historia de los pueblos latinos y germánicos de 1494 a 1535», en *Pueblos y Estados en la Historia Moderna*, México, 1948, pp. 38-39. En un marco distinto RÜSSEN, «Rhetorics and Aesthetics of History: Leopold von Ranke», en *History and Theory*, 29 (1990), pp. 190-204.

²³ *Op. cit.*, p. 41.

la frase tantas veces citada de «tratarnos simplemente de exponer cómo ocurrieron en realidad las cosas»²⁴

Nada más equivocado que suponer esto, confundiendo el idealismo historicista con sus formas degradadas de finales de siglo. Lo que sucede es que en ningún lugar el narrador explicita el indudable estatuto teórico de las «ideas» y «tendencias» en la historia, dado que se conciben, no como conceptos generales, sino como formas comprensibles, de comprensión (*verstehen*) de las intenciones de los actores históricos, protagonistas del decurso narrativo. Pero estas ideas existen, como decía por los mismos años un autor tan respetado por Ranke como Guillermo de Humboldt: «... lo sucedido es sólo parcialmente visible en el mundo de lo sensitivo; el resto tiene además que ser intuido, inferido, adivinado...»²⁵.

Ciertamente, las cosas fueron cambiando a finales de siglo, en la época del bien o mal llamado positivismo historiográfico, cuando se supone, se supone mal o bien, que la historia se transforma en una mera relación de hechos comprobados por las fuentes²⁶. Es verdad que hasta el final de la escuela la historia política se considera como el género histórico por excelencia, y es verdad que tal tipo de historia encuentra su expresión natural en una narración con *dramatis personae*. Pero también es verdad que no hay que esperar, por ejemplo, a los *Annales* para observar cómo el obligado contacto con ciencias sistemáticas, como el Derecho o la economía, produce obras que, como el *Estado de la Edad Media*, de un autor tan conservador, e incluso claramente reaccionario, como von Below, anticipan la historia-problema proclamada en los años treinta y cuarenta de nuestro siglo²⁷.

²⁴ Merece la pena citarlo entero: «todas estas historias de las naciones latinas y germánicas, y las demás que con ellas se relacionan, aspiran a ser comprendidas en su unidad en el presente libro. Se ha dicho que la historia tiene por misión enjuiciar el pasado e instruir el presente en beneficio del futuro. Misión ambiciosa, en verdad, que este ensayo nuestro no se arroga. Nuestra pretensión es más modesta: tratarnos, simplemente, de exponer cómo ocurrieron en realidad las cosas» (ed. citada, p. 38).

²⁵ «Sobre la tarea del historiógrafo», texto de 1821, en *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, ed. de ORTEGA y MEDINA, JUAN A., México, 1980, pp. 95-117, la cita en 95.

²⁶ Que esto no fue así he procurado recordarlo en «Ventura del positivismo», *Idearium*, 1 (1992), pp. 13-23.

²⁷ En su estudio sobre este historiador, OEXLE, O. G., concluye que representó un tipo de investigación que en Francia defendieron más tarde los *analistas*, especialmente MAHE BLOCH, el de la *histoire-probleme* en vez de la *histoire-recit*, «auch für Below stand am Anfang, nicht der Stoff, sondern das Problem». «Ein Politischer Historiker: Georg von Below 1858-1927», en *Deutsche Geschichtswissenschaft um 1900*, ed. por ITAMMEHSTEIN, N., Stuttgart, 1988, pp. 283-312, 292-293.

Así no es de extrañar que Johan Huizinga recapitulase melancólicamente la evolución de la forma de la historia, desde mediados del siglo XIX, como un progresivo oscurecimiento de su dimensión épica y dramática, como un creciente predominio de la *disquisitio* sobre la *retalio* ²⁸.

Pero no hay que esperar a la práctica histórica finisecular para constatar la pérdida, aunque sea parcial, del monopolio de la narración. En el mismo corazón de la centuria, en su *Historik*, cuyas primeras versiones datan de los años cincuenta, Droysen rompió con dos prejuicios. Uno el de «no incluir la forma de la investigación en el ámbito de las exposiciones históricas, porque con la palabra exposición se tiene de inmediato la idea momentánea de arte y de reglas artísticas». El segundo, el de «una mera rutina, la de entender la exposición histórica como sólo una narración», porque «nada ha sido más fatal para nuestra ciencia que el haberse acostumbrado a ver en ella una parte de las bellas letras y a considerar que la pauta de su valor es el aplauso que recibe del público culto. Y las siempre reiteradas frases, sigue diciendo Droysen, de la objetividad de la presentación y de que se deje hablar a los hechos mismos, de que hay que procurar alcanzar la mayor claridad y vivacidad posible en la exposición, nos ha llevado tan lejos que el público ya no queda satisfecho si no lee un libro de historia como si fuera una novela» ²⁹. Un texto que no tiene desperdicio en estos años de resurrección de cierta narrativa...

En consecuencia, y sin abjurar de la narración, Droysen colocó en pie de igualdad con ella la exposición didáctica, también de carácter sintético, y otras dos de carácter analítico, la investigante, una mimesis del proceso de investigación, y la discursiva, donde al revés que sucede en la investigante, «lo hasta ahora devenido y sucedido tiene que motivarnos la decisión de lo que ha de suceder en adelante. Aquí es lo nuevo, lo que promueve el presente, problemático, allí está en cuestión un pasado y algo sucedido» ³⁰. De manera análoga, podría decirse, razonará mucho más tarde la historia-ciencia social alemana para enfrentarse con la Alemania de Bismarck o el nacionalsocialismo...

²⁸ ((Deber eine Formveränderung der Geschichte seit der Mitte des 19. Jahrhunderts), conferencia pronunciada unos años antes de su muerte en 1941, en *Im Banne der Geschichte. Betrachtungen und Gestaltungen*, 2.ª ed., Bruselas-Zurich, s. a., pp. 107 ss.

²⁹ Las citas por la traducción de GARZÓN VALDÉS y GUTIÉRREZ GIIHADOT: GUSTAV DROYSEN, Johann, *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, Barcelona, 1983, pp. 341 y 337.

³⁰ *Op. cit.*, p. 388 (traducción ligeramente corregida por nosotros).

En fin, hechas estas salvedades, todos sabemos que, por diversas y varias razones, la metamorfosis última o penúltima de la historia, el abandono del «paradigma decimonónico» para expresarnos más solemnemente, se simboliza en la fundación en 1929 de los *Annales*, rematándose en los años sesenta con la incorporación al proceso de cambio de la escuela alemana, último bastión hasta entonces, eso parecía, de la vieja manera de hacer.

Una metamorfosis más profunda y, sobre todo, más sistemática y consciente que la registrada durante la Ilustración.

La ofensiva, pues de eso se trata, de una ofensiva en toda regla, se realizó en dos frentes y con distintos objetivos. En el frente de la profesión histórica y en el frente de los filósofos analíticos de la historia anglosajones.

En el frente de la profesión el primer objetivo a batir era precisamente, como dijo Braudel, «la historia-relato, a la que tan aficionado era Ranke»³¹. En la narración se ven todos los pecados juntos, sobre todo el de la reducción de la historia a una crónica perfeccionada de la vida política del Estado y de las intenciones de sus servidores. Las alternativas propuestas serán muy distintas, y hasta opuestas, pero todas coinciden en rechazar la narración en beneficio de la descripción de las grandes permanencias geohistóricas, del análisis de estructuras y coyunturas e incluso, como en el caso alemán, de la elaboración y aplicación de teorías.

Por el otro lado, los filósofos anglosajones, que combatían por su cuenta y no parecen estar al corriente de las nuevas maneras historiográficas, no se preocupan de si la historia es o no narración, sino que se concentran en el problema de la unidad de la ciencia, de la ciencia tal como la entendía el Círculo de Viena. Su acometida será contra el *verstehen*, que desde los noventa del pasado siglo, y aun desde antes, respaldaba filosóficamente la narración histórica entendida como proceso de intenciones. Lo que les interesaba era demostrar que la explicación en historia no se albergaba en un acto inefable de «comprensión», de reproducción de vivencias pasadas por identificación, sino que consistía sencillamente en la subsunción de un caso particular bajo leyes generales como en cualquier otra ciencia, tal como se expone en el famoso artículo de Hempel³². La estructura narra-

³¹ Lección inaugural de BRAUDEL en 1950 en el College de France, en *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, 1974, p. 28.

³² Es significativo (y gracioso) que Gardiner, filósofo de la misma escuela, aunque no coincide con Hempel, concluya que los intentos de aproximar la historia a las ciencias sociales, entre otras cosas abandonando la narración de lo sucedido para intentar hallar correlaciones más precisas o reformular conceptos, conllevan el peligro

tiva como tal no resultaba afectada, como 10 muestran los ejemplos desconcertantemente ingenuos de estos filósofos, pero su autonomía explicativa se perdía al remitirse a leyes generales.

Bien, ésta fue la situación hasta aproximadamente los años setenta. A partir de entonces las cosas parece que han comenzado otra vez a cambiar. Primero fue el requerimiento antropológico a la historia, para que volviese la espalda a los grandes procesos anónimos y a las clases sociales sin rostros, para retornar a una nueva narración con nuevos sujetos y nuevos argumentos. No los grandes de antaño, sino un matrimonio adulterino del siglo XVII o un panadero hereje del siglo XVI, por poner dos conocidos ejemplos. A esto se sumaba la crítica conservadora que había acompañado como su sombra a la nueva historia desde el principio, y que le recriminaba su abandono de la narración y su enclaustramiento en la teoría, incapacitándose para percibir la riqueza y espontaneidad de la vida pasada y corriendo, además, el peligro de ser instrumentalizada *more popperiano* por ideologías totalitarias.

En este contexto la crítica se cebó también en el lenguaje de los historiadores, contagiados por la terminología de las ciencias sociales, que hacía sus obras incomprensibles para el público culto. En vez de contar historias, lo que siempre habían hecho los historiadores, esta vez se dedicaban a intercambiarse entre ellos informes técnicos sobre Historias que ya no sabían ni quenan contar³³.

De la misma manera que la exigencia de una teoría en historia siempre había ido acompañada de cierta desconfianza del valor de la narración, hasta su puro rechazo, también la reivindicación de la narración en nuestros días ha marcado a la par un profundo escepticismo en la dimensión teórica de la historia. Y la situación se agravó todavía más con la intervención de los filósofos. Efectivamente, el «debilitamiento» progresivo del modelo nomológico hempeliano, iniciado por su propio autor, desembocó en la aparición del narrativismo, es decir, en la narración considerada, no como un mero medio de transmisión de información, sino como el contexto natural de pro-

de que, como Alicia en el País de las Maravillas, podríamos descubrir que el niño que tenemos en los brazos se ha convertido en un cerdo... (*The Nature of Historical explanation*, Oxford, 1952, p. 71).

³³ Aparte de la polémica en torno al artículo de STONE, muy conocida entre nosotros desde su publicación en el número 4 (1982) de *Debats*, es muy interesante para el tema que nos ocupa la desarrollada entre un representante de la narración clásica, como COLO MANN, y uno de los protagonistas de la revolución historiográfica alemana de los sesenta, como WEHLER, recogida en un volumen titulado precisamente *Theorie und Erzählung in der Geschichte*, Stuttgart, 1979, pp. 17 y ss.

ducción de significados. Una estructura narrativa que explica una cosa al contarla sería precisamente historia. Así, los filósofos analíticos anglosajones recuperan a su manera el principio rankiano de contar simplemente lo que pasó: «cualquiera que sea la vaguedad de la caracterización de Ranke —conduye por ejemplo el cabeza de la escuela, el filósofo Arthur C. Danto—, y por muy injustificables que sean las interpretaciones que hayan proporcionado sus críticos hostiles, resulta una caracterización admirable de 10 que pretenden los historiadores»³⁴.

Yendo más allá, otros autores (esta vez también alemanes y algunos franceses) desvelan la narración como estructura ontológica, considerándola, no como mera estructura lógica y temporal de los textos y las argumentaciones históricas, sino como una de las condiciones fundamentales de la existencia humana, la narración como filosofía...³⁵ A estas alturas especulativas el postulado del carácter narrativo de la historia poco tiene que ver con el problema de tejas para abajo de la historia narrativa, pues la narratividad esencial de todo 10 humano abriga por igual a la *Historia de los Papas* de Ranke que al *A4editerráneo* de Braudel...

No es éste el momento, ni entra en mis capacidades, de entrar en tales profundidades. Por lo que hace al tema que de manera más modesta nos ocupa, la relación o la oposición entre teoría y narración, el problema ha desaparecido por sublimación. La cuestión de fondo, empero, es si esta operación filosófica contribuye no sólo a debilitar el estatuto epistemológico de la historia, sino también a despojarle de la función crítica en un mundo que cambia y frente a «un futuro difícil e incierto», como ha dicho hace poco Fontana³⁶.

³⁴ DANTO, ARTHUR C., *Historia y narración*, Barcelona, 1989, p. 94. Esta edición contiene traducción de los capítulos 1, 7 y 8 de su *Analytical Philosophy of History*, publicada en 1965, y que suele considerarse como la iniciadora de las tesis narrativistas.

³⁵ Ver BERMEJO, «La Historia, entre la razón y la retórica», *Hispania*, núm. 174 (1990), pp. 237-276, especialmente 253 y ss.

³⁶ FONTANA, *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, 1992, p. 146. Ver, por lo que hace al tema, «El retorno a la historia narrativa», pp. 17 y ss.

Problemas filosóficos de la historiografía: conciencia histórica, ciencia y narración

Sergio Sevilla

Las reflexiones que ocupan el presente trabajo intentan poner en relación dos cuestiones que, a mi juicio, pueden arrojar cierta luz a la hora de caracterizar la presente crisis de la conciencia historiográfica. Esa crisis afecta, por una parte, al trabajo del historiador que se encuentra perplejo ante la enorme variedad de formas de hacer historia -diometría, microhistoria, historia de las mentalidades, etc.- que encuentra en el mercado bibliográfico, tras el hundimiento de los grandes paradigmas vigentes desde el siglo XIX hasta hace bien poco tiempo. Pero la crisis afecta, a la vez, y de un modo aparentemente definitivo, a la filosofía de la historia, cuya muerte ha sido decretada varias veces en las últimas décadas desde Karl Lowith hasta Habermas, sin olvidar a Popper.

Son ambas, a mi juicio, manifestación de una crisis única, y más honda, que afecta tanto a nuestra confianza en hacer racional el mundo que vivimos, como a la misma cuestión de qué hemos de entender por racionalidad, en la teoría científica y en la práctica. El hecho de que este problema afecte, a la vez, al historiador de oficio y al filósofo de la historia depende de la estrecha vinculación que sus respectivos quehaceres tuvieron a la hora de configurar la autocomprensión moderna como conciencia histórica. Es la *idea de historia* 10 que se discute, junto a la idea de ciencia y a la de modernidad. Por eso resultan superficiales y, a mi juicio, perturbadores para una comprensión adecuada de la crisis presente los diagnósticos obsesionados con una reconducción positivista del quehacer historiográfico, que

suelen venir acompañados de una actitud pragmática para la cual parece que todo 10 que vende vale.

Creo, por el contrario, que hay que trabajar bajo el principio de que un diagnóstico de la crisis actual de la idea de historia sólo puede hacerse a condición de haber desmontado el edificio conceptual de la moderna idea de historia y haber revisado los materiales de la construcción y los planos que la hicieron posible. Esa tarea puede abordarse, al menos, desde dos perspectivas: el desarrollo efectivo de la historia de los historiadores (a la que, para abreviar, nos referirnos como historiografía) y el de la conciencia histórica, propia de la modernidad, que construye sus categorías conceptuales en las diversas filosofías de la historia. El análisis de éstas será el objeto propio de la reflexión que iniciarnos, que no quiere perder de vista su carácter polémico. Recordaré, a modo de justificación de mi empeño, unas afirmaciones elementales -pero no sin consecuencias- que Deleuze y Guattari hacen en su libro *¿Qué es la filosofía?*, de 1991: 1. «La filosofía, con mayor rigor, es la disciplina que consiste en crear conceptos... Los conceptos no nos están esperando hechos y acabados, como cuerpos celestes. No hay firmamento para los conceptos. Hay que inventarlos, fabricarlos o más bien crearlos...» 1. 2. «No hay concepto simple... Tampoco existe concepto alguno que tenga todos sus componentes, puesto que sería entonces pura y sencillamente un caos... Todo concepto tiene un perímetro irregular, definido por la cifra de sus componentes» 2. 3. «En un concepto hay, la más de las veces, trozos o componentes procedentes de otros conceptos, que respondían a otros problemas y suponían otros planos. No puede ser de otro modo, ya que cada concepto lleva a cabo una nueva repartición, adquiere un perímetro nuevo, tiene que ser reactivado o recortado» 3.

Introduzco las palabras de Deleuze-Guattari para establecer dos principios que creo que aclaran mi modo de proceder: aquello que analizare será un concepto, la idea de historia -**la** llamaré así en homenaje a Kant, que la creó-, e intentaré analizar su complejidad, sus «trozos o componentes procedentes de otros conceptos, que respondían a otros problemas y suponían otros planos». Y el procedimiento que usaré intentará atenerse también al ámbito del análisis conceptual, que es el modo habitual de proceder de las filosofías, aunque cada una 10 entienda y practique de manera distinta.

1 DELEUZE y GUATTARI, *¿Qué es la filosofía?*, p. 11. Traducción castellana de THOMAS KAUF, Barcelona, 1993.

2 *Op. cit.*, p. 21.

3 *Op. cit.*, pp. 23-24.

No conviene dejarse engañar por lo que pueda parecer una limitación auto-impuesta a un ámbito aparentemente restringido: palabras tales como «ciencia», «concepción del mundo», «crisis», «otras formas de racionalidad», «método», «hechos empíricos», «objetividad» o «ideología», profusamente utilizadas en las exposiciones de los historiadores, son, antes que nada, conceptos. Incluso la noción de «crisis» lo es, si bien confuso. Por ello, el análisis me permitirá entender y, en su caso, redefinir la situación problemática de la que hablamos.

Pero no se trata sólo de definir: hemos de tener presente que todos esos conceptos se construyen también como valores, y esta dimensión de su significado se modifica también en la historia de su uso; pondré un par de ejemplos. Es evidente que cuando un historiador de oficio, al caracterizar la génesis de su disciplina dice que con el historicismo la historia deja de ser filosófica y se convierte en una ciencia objetiva no está sólo informando de un proceso: está haciendo un juicio de valor; supone que «método», «ciencia» y «objetividad» son cosas buenas que ha de adquirir el historiador; supone igualmente que «filosofía» o «metafísica» indican un *status* teórico que debe rehuir la historia. Y, en general, a esa concepción-valoración le subyace una filosofía positivista de la historia que nos cuenta la historia de la historia; y, conviene recordar, el positivismo es una de las formas más insidiosas de la metafísica, a saber, es la metafísica que se oculta negándose a sí misma y transfiriendo su función a la categoría «ciencia» que, desde Platón, sin dejar fuera a Newton ni a Hume, es una noción filosófica. Advertir de una operación tan conocida, no principalmente como crítica, sino como advertencia de un peligro que acecha insidiosamente a la autoconciencia del trabajo del historiador: su «filosofía espontánea» es un positivismo no consciente. Contra ella, es necesario advertir que el positivismo lleva a cabo una operación rigurosamente filosófica en el sentido más típico cuando invita a abandonar el estadio metafísico y define como valores in cuestionables para la nueva era las nociones de «ciencia», «método» y «objetividad». Debemos ser conscientes de que son nociones filosóficas y que son redefinidas en cada nuevo paradigma filosófico; podría decirse, sin exageración, que la historia de la filosofía es la historia de las diferentes re-creaciones de estos conceptos, sin excluir la noción de «experiencia» o de «dato empírico». Nos las tenemos, en primer lugar, con conceptos, incluso con ideas, contra lo que pretenden las actitudes empiristas ante la crisis de la historiografía contemporánea.

¿Por qué digo que Kant *crea* la idea de historia? Porque lo que existe antes de él -con la notable y aislada excepción de Vico- es la noción de un saber ideográfico que, en el mejor de los casos, puede suministrar material empírico en bruto para que sea aprovechado por otro saber: lo que Hume llama *ciencia del hombre*. Y esa concepción ideográfica de la historiografía tiene dos sustratos conceptuales: la noción aristotélica de ciencia como conocimiento de lo universal -que excluye a la historia- y la noción agustiniana de tiempo vectorial, que la facilita sin hacerla, por ello, posible.

El positivismo del historiador descansa en el supuesto de que recoger los hechos, tal como sucedieron, es *científico*; pensar la experiencia conceptualmente es *metafísica*. Y, basándose en esta dualidad -inconscientemente conceptual- busca una línea de continuidad en el trabajo de los historiadores desde Herodoto hasta Ranke. Pero los hechos no pueden decirse sino en palabras y el discurso encierra la estrategia del concepto. No otra cosa hacía Aristóteles al establecer a la historia en un puesto más lejano a la ciencia que el de la poesía: «Pues la diferencia entre el cronista y el poeta no procede de que el uno se expresa en verso y el otro en prosa (...); la diferencia consiste en que el uno dice lo que ha tenido lugar, el otro lo que podría tener lugar; es por esta razón que la poesía es más filosófica y más noble que la crónica: la poesía trata más bien de lo general, la crónica de lo particular»⁴. La exposición de sucesos no ha sido nunca ciencia: su valor depende de su capacidad de integrarse en un lenguaje teórico; y, como establece Aristóteles, de lo singular no hay ciencia. Esta valoración de la historia como experiencia sin concepto, como discurso de anécdotas, con más o menos moraleja (*magistra vitae*), va a mantenerse hasta Vico y Kant. Dejo de lado el trabajo de Maquiavelo -valorado como positivismo conservador por Horkheimer en *Los orígenes de la filosofía burguesa de la historia*- no porque comparta la valoración de este último, sino porque pienso que trata la historia como material bruto para la elaboración de una ciencia del poder. Hay, por tanto, una cierta antropología ahistórica de base que dispone los materiales en función de la ciencia de la política, también ahistóricamente concebida. Por importante que sea el modelo, excede el campo de nuestra consideración actual. Por otra parte, no quiero tampoco intentar una reconstrucción de la idea de historia en la modernidad. Pero sí quiero establecer puntos de polémica con la línea evolutiva que concibe la secuencia como un paso de la «historia erudita» a la «historia filosófica», y de ésta a la «historia científica»,

⁴ ARISTÓTELES, *Poética*, 1451, b, 5.

porque tal modo de concebir la evolución de la idea moderna de historia encierra una metafísica positivista que no creo que nos ayude en absoluto a entender la situación presente.

Establezcamos un primer punto polémico sobre el corte de la idea moderna del mundo con la concepción medieval: es cierto que el Renacimiento difundió la lectura de Polibio, Tucídides y Tito Livio y que ello constituyó un modelo para el desarrollo de la erudición y del tratamiento filológico de los textos, dos grandes herramientas de la historiografía. Pero las prácticas historiográficas quedaron vinculadas a la legitimación de los príncipes, o bien a la reforma y a la contra-reforma y están desprovistas de la nota de «laicidad» que suele entenderse como rasgo de la modernidad.

¿Por qué importa fijarse en este rasgo? Porque la autocomprensión positivista de la historiografía insinúa que la erudición, antes de ser estropeada por las filosofías de la historia, sentaba las bases materiales para un saber histórico, si bien aún carecía de método. De este modo separa con claridad el «nivel de los hechos» del «nivel de las ideologías», y aísla un cierto ideal de «objetividad», si bien rudimentario. Me parece más cierto, en cambio, que, aparte de la propaganda pagada que eran las biografías de los príncipes, los rudimentos de la historiografía moderna se desarrollaron en torno a los ejes de la polémica religiosa: los reformistas desarrollaron el arte de la interpretación bíblica y -junto a la tradición judía (piénsese en Spinoza)- sentaron las bases de la hermenéutica como arte de la interpretación de documentos lejanos en el tiempo. Los contra-reformistas historiaron la propia institución eclesial que consideraban fuente de autoridad, y era frecuente la condición de historiador entre los dignatarios eclesiásticos. De manera que el desarrollo de las ciencias auxiliares de la historia estuvo vinculado a una concepción del mundo que les dio forma desde el comienzo, y que han ido sustituyendo sucesivamente sin eliminarla nunca en un supuesto acto de constitución de la propia autonomía. Se quiere ver esa autonomía en el hecho de que haya una crisis actual del concepto de ciencia, sin que ello impida hablar de ciencias auxiliares de la historia. Sería más exacto reconocer que siempre fueron técnicas propias de un oficio -el oficio del historiador- y que nacieron como prácticas vinculadas a un propósito ideológico -en el momento de referencia, de carácter religioso.

Un segundo punto polémico en la comprensión positivista de la conciencia histórica aqueja a su concepción del siglo XVIII y a su noción de «historia filosófica». Es ésta una cuestión estratégica porque afecta especialmente a la comprensión de las relaciones entre filoso-

fía e historiografía, que la concepción positivista desearía abolir. Dejando de lado el «caso Vico» —que tiene, a mi juicio, más interés para el debate contemporáneo sobre la articulación entre filosofía y ciencias reconstructivas, que para entender el siglo XVIII fuera de Nápoles—, el excelente y documentadísimo estudio de Dilthey sobre *El mundo histórico y el siglo XVIII*⁵ comienza con esta detallada caracterización: «La Ilustración del siglo XVIII, a la que se achaca su carácter ahistórico, ha producido una nueva concepción de la historia, y Voltaire, Federico el Grande, Hume, Robertson y Gibbson la han desarrollado en obras históricas brillantes. En estas obras la idea de la *solidaridad* y el *progreso* del género humano proyecta su luz sobre todos los pueblos y épocas. Por primera vez conoce la *historia universal* una conexión que ha sido *extraída de la consideración empírica*. Era *racional* al enlazar todo lo dado según razón y consecuencia, y al rechazar todo lo que excede a la *realidad dada* en calidad de representaciones *suprasensibles*. Sus fundamentos los constituyen la aplicación completamente libre de la crítica histórica, que no se detiene ni ante los santuarios más sagrados de pasado, y un *método comparado* que abarca todas las etapas de la humanidad. Esta nueva captación de la conexión de la vida de los hombres, fundada en la *experiencia*, hizo posible, por primera vez, el enlace *científico* del conocimiento natural con la historia»⁶. El resto de las 60 páginas del trabajo es un excelente estudio del impacto sobre la constitución de la historia científica de Voltaire, Montesquieu, Turgot, Condorcet, Hume, Robertson, Gibbson («el más grande de los historiadores del siglo»), Möser, Winckelman, y las aplicaciones a la historia de la geografía física por Gatteur o la concepción de Schlözer de «la historia como la estadística puesta en movimiento»⁷.

Se pueden sacar muchas lecciones provechosas del trabajo de Dilthey; ahora quiero llamar la atención sobre dos hechos: el más visible el de que el historicista Dilthey fechara la aparición de la ciencia de la historia en el siglo XVIII. Y que entendiera esa irrupción de la ciencia histórica como un fenómeno totalmente independiente de la filosofía: «Tampoco los grandes progresos en la concepción del mundo histórico han sido en este siglo obra de una filosofía de la historia como ciencia de nueva creación. No existe ninguna filosofía de la historia, en especial, que valga la pena. Pero el espíritu filosófico actúa

⁵ DILTHEY, *Obras completas*, vol. VII. Traducción castellana de IMAZ, México, 1944.

⁶ *Op. cit.*, p. 345.

⁷ *Op. cit.*, pp. 400-401.

en todas las mentes y potencia la fuerza capaz de comprender el mundo histórico»⁸.

No hay, pues, según Dilthey, una filosofía de la historia que preceda a la historia científica. Y cabe la tentación de pensar que hay mucho de cierto en la posición opuesta. Solemos pensar la oposición entre «Historia universal» e «Historia de un pueblo» como vinculadas a Kant (1784) y a Herder (*Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*, 1785). Dejarnos, sin embargo, de lado el hecho de que J. Möser en su *Historia de Osnabrück* se había opuesto a la razón, al universalismo de las leyes y a la concepción ilustrada de la historia en nombre del espíritu local, defendiendo la «intuición viva» frente al pensamiento y atacando la «sobreestimación moderna de la educación» frente a las virtudes de la vida agraria. Y olvidarnos que, en el otro lado, Schlözer contribuyó al desarrollo de la estadística matemática y la aplicó a sus estudios sobre historia universal, dando un referente verosímil a la noción de libertad «Im Größe» con la que Kant inicia su intento de buscar un hilo conductor para la aparición de un Kepler de la historia -único contexto que yo recuerde en que Kant opone la regularidad de la estadística para estudiar la conducta humana a la concepción metafísica de la libertad.

La memoria de estos hechos sirve para hacer notar la irrupción en la literatura del siglo XVIII de una conciencia histórica que torna las formas del debate teórico de la época -ilustración *versus* tradicionalismo-, que se convierte en una forma fuerte de autocomprensión de la sociedad moderna y desplaza a las comprensiones iusnaturalistas y antropológicas. En el debate entre ambas, y en su enfrentamiento dinamicista con cualquier esencialismo, encontramos la ruptura con la prohibición aristotélica de una historia científica y, consiguientemente, la posibilidad de entender la política como el ámbito de las instituciones que no corresponden, sin más, con las partes del alma, porque están sometidas a evolución en el tiempo y pueden llegar a ser sometidas a la razón. Por eso ve Kant en la Revolución francesa un *signum rememorativum, demonstrativum, prognosticum*. Y antes de ella había comprendido el rendimiento de una idea de historia como triple: 1) como *explicación* de «este juego tan enmarañado de las cosas humanas»; 2) como «arte político de *predicción* de futuros cambios políticos»; 3) como idea de plena realización de la humanidad que «puede marcar una perspectiva consoladora de futuro». A estas expectativas responde la conciencia histórica ilustrada, tanto si es *filosófica* como si, aceptando a Dilthey, es *científica*. Porque no es

⁸ *Op. cit.*, p. 366.

pertinente tornar esa demarcación del positivismo de Comte o del Círculo de Viena y proyectarla retrospectivamente a un momento en que tiene escaso sentido. Sería algo así como que un filósofo académico actual se apropiara de la física de Newton en base al título de su obra: *Principia mathematica philosophiae naturalis*. Creo más fructífero tornar por objeto la pluralidad de discursos sobre la historia e intentar un análisis de sus configuraciones que prescinda de criterios de demarcación importados de una filosofía posterior.

Pensemos de nuevo en la presentación de Dilthey: llama la atención, a primera vista, la proliferación de términos asociados a una *práctica científica* de la historia: «consideración empírica», enlace «racional» de «todo lo dado según razón y consecuencia», «aplicación completamente libre de la crítica histórica» son términos bien expresivos de la ruptura hacia la ciencia que la conciencia histórica produce en el siglo XVIII, según Dilthey. Y, a la vez, encontrarnos otra familia de términos que, para nosotros, tienen una resonancia dispar: «En estas obras -dice Dilthey sobre la historia científica- la idea de la *solidaridad* y del *progreso* proyecta su *luz* sobre todos los pueblos y las épocas»⁹. Y no encuentra incompatible afirmar que «tampoco los grandes progresos en la concepción del mundo histórico han sido en este siglo obra de una filosofía de la historia...»¹⁰ con la afirmación de que esta nueva historia ha sido posible por «las ideas directrices de la nueva edad del mundo: autonomía de la razón, señorío del espíritu humano sobre la tierra por medio del conocimiento, solidaridad de las naciones en medio de sus luchas de poder y la seguridad de un progreso continuo, consecuencia de la validez universal de las verdades científicas, lo que permite fundarlas unas sobre otras»¹¹. No cabe hacer en menos palabras una exposición más exacta del credo filosófico de la Ilustración. Y Dilthey añade: «Estas ideas han llenado la humanidad de un nuevo sentimiento de la vida... Por primera vez se halla el género humano en suelo firme, tiene ante sí una *meta que reside en la realidad* y un camino claro para alcanzarla»¹².

Lo que hoy suena como un constructo de heterogéneos es la perfecta trabazón que el texto establece entre *conocimiento*, *valores* y *forma de vida*. La ciencia histórica es un elemento inseparable de esa totalidad de elementos solidarios. Pero esa solidaridad -que debe-

⁹ *Op. cit.*, p. 345.

¹⁰ *Op. cit.*, p. 366.

¹¹ *Op. cit.*, p. 360.

¹² *Op. cit.*, p. 360.

ríamos analizar como un *todo* por referencia al cual adquieren virtualidad las partes- no implica demarcación ni confusión. Kant no confunde, en ningún momento, el tratamiento filosófico de la idea de historia con la historiografía como práctica científica: y no debemos aplicarle a sus escritos el rótulo «historia filosófica». La propia arquitectura del sistema crítico impide confundir la *elaboración reflexiva* de una idea como hilo conductor con el *conocimiento científico* de los fenómenos. Cuando en su escrito de 1784 extrae de la idea de historia el modelo biológico (proposición primera) y el modelo del aprendizaje (proposición segunda) como supuestos que harían viable una ciencia de la historia, los distingue por su estatuto epistémico de lo que habían de ser las proposiciones fenoménicas de la ciencia misma, que habían de ser producidas por ese Kepler o ese Newton de la historia que espera que la naturaleza nos depare. De una idea no hay que esperar, según Kant, «más utilidad que la de llevar al entendimiento en una dirección en la que éste, al ampliar al máximo su uso, se pone en perfecta armonía consigo mismo»¹³, como había dicho en la primera crítica. Nada más lejos de una historia *a priori* en el aparente sentido hegeliano. Pero esa distinción de niveles no implica tampoco ruptura de la totalidad: lo que Kant no realiza, desde luego, es una ruptura entre «hechos» y «valores», de modo que los primeros no tengan interpretación y los segundos sean expresiones de la subjetividad o de la ideología, como haría cierto positivismo posterior. Kant sabe bien la solidaridad interna que existe entre el trabajo de Schlozer como estadístico y su elaboración de una historia universal en sentido ilustrado. Y a esa misma articulación interna apunta Dilthey cuando no separa ciencia, razón y progreso.

¿Cómo hemos de entender nosotros ese tratamiento de niveles distintos en unidad no diferenciada?

No abordaré esta cuestión sin decir antes algo sobre ciertos prejuicios generalizados acerca de Hegel y el historicismo, como forma de demarcación entre historia *a priori* y ciencia histórica.

La hostilidad que provoca entre los historiadores la idea hegeliana de una historia *a priori* ha producido -en su momento y en el nuestro-- una infravaloración de su contribución real a la construcción de la conciencia histórica contemporánea y al propio trabajo de los historiadores. Tras la incompreensión late, a mi juicio, el temor de que la filosofía se reserve lo «verdaderamente importante» y reduzca al historiador al papel de proveedor de materias primas: los hechos

¹³ KANT, *Crítica de la Razón Pura*, A 323; B 380. Traducción castellana de HIBAS, Madrid, 1978, p. 316.

brutos. Pero de lo que Hegel habla no es de una división académica del trabajo en áreas de conocimiento; lo que Hegel afirma es la imposibilidad de hacer de la historia una ciencia si no se mira el devenir histórico desde *el punto de vista de la razón*, que es el *único pensamiento que la filosofía aporta a la historia*. Lo que Hegel afirma es que, cuando el historiador cree ocuparse de meros hechos, está aportando sus ocurrencias subjetivas; y que no puede abandonar éstas más que si adopta el punto de vista de la razón. Este es el texto del temido Hegel: «El historiógrafo corriente, medio, que cree y pretende conducirse receptivamente, entregándose a los meros datos, no es en realidad pasivo en su pensar. Trae consigo sus categorías y ve a través de ellas lo existente. Lo verdadero no se halla en la superficie visible. Singularmente en lo que debe ser científico, la razón no puede dormir y es menester emplear la reflexión. Quien mira racionalmente el mundo, lo ve racional. Ambas cosas se determinan mutuamente»¹⁴. Ciertamente que la mirada racional sobre la historia, en el caso de Hegel, llega a ver una lógica evolutiva necesaria de un proceso único en la historia universal. Pero la pregunta pertinente es, a mi juicio, la siguiente: ¿Tiene menos elementos metafísicos la propuesta científica de Dilthey —y me refiero al texto que he citado antes— que la propuesta de Hegel? ¿Es menos apriorística? ¿Contiene menos juicios de valor, lo que la acercaría, según la propuesta positivista, a la «neutralidad valorativa» y a la «objetividad» que caracterizan al final de la «Historia filosófica» y sus sustitución por la «Historia científica»? No quiero minimizar el alcance para el historiador de la ruptura entre el historicismo y Hegel: tiene razón Schnadelbach cuando afirma que «la nueva ciencia histórica posterior a Hegel no sólo abanderó la oposición científica al idealismo, se constituyó además en la primera fuerza cultural, al asumir el papel tradicionalmente reservado a la filosofía»¹⁵, o la que hace E. Gombrich cuando caracteriza ese fenómeno, más matizadamente, como «hegelianismo... pero sin metafísica»¹⁶ en el sentido de tomar de Hegel los conceptos que habían permitido organizar la pluralidad de los fenómenos históricos en esferas ordenadas —Estado, sistema económico, estructura social, etc.—, rechazando, a la vez, la autocomprensión filosófica que de ello da el sistema. O bien podría aceptarse con P. Ricoeur que

¹⁴ HEGEL, *Lecciones de Filosofía de la Historia Universal*, p. 45. Traducción castellana de CAOS, Madrid, 1974.

¹⁵ SCHNÄDELBACH, *Filosofía en Alemania, 1831-1933*, p. 48. Traducción castellana de LINARES, Madrid, 1991.

¹⁶ GOMBRICH, *Tras la historia de la cultura*. Traducción castellana de LÓPEZ y MANZANO, Barcelona, 1977.

Problemas filosóficos de la historiografía

hay cuatro salidas al hegelianismo: la vía Kierkegaard, la vía Feuerbach-Marx, la vía Nietzsche y la que representa la escuela histórica alemana. Pero estoy de acuerdo con P. Ricoeur cuando señala que «la pérdida de credibilidad de la filosofía hegeliana de la historia tiene la significación de *un acontecimiento de pensamiento* (événement de pensée))¹⁷ y hemos de tratarlo como tal; eso significa, entre otras cosas, lo siguiente: no es posible aceptar sin más la autocaracterización del historicismo como el paso de la filosofía a la ciencia de la historia. Se han comportado, de hecho, como discursos solidarios: sin las categorías elaboradas por la primera, los hechos que investiga la segunda carecen de estructura y significación. Por eso su crisis actual es también solidaria.

Podría bastar con señalar que cada una de esas propuestas, en especial la primera, es una toma de posición filosófica marcada por la mentalidad cientifista, que dominó la filosofía del conocimiento del siglo XIX después de Hegel. Pero no quiero limitarme a afirmar en abstracto que el cientifismo -positivista o de las ciencias del espíritu- es tan filosófico como el saber absoluto: quiero hacer ver que una filosofía sólo se hace visible, y cobra sentido peyorativo como «metafísica», desde otra filosofía. Por eso el texto de Dilthey habla de ciencia histórica sin filosofía de la historia y, no obstante: contiene, a nuestros ojos, muchos supuestos filosóficos. Pero no se trata sólo de Dilthey. Algunos historiadores prominentes en la actualidad siguen viendo en Ranke un modelo de lo que se puede entender por historia científica. Lawrence Stone, en un importante artículo, afirma: «La primera “historia científica” fue formulada por Ranke en el siglo XIX y se basaba en el estudio de nuevas fuentes materiales»¹⁸. Ante una extensión tal del significado de la expresión «historia científica», no se me ocurre otro procedimiento que poner a la vista las siguientes afirmaciones del *Histórica* de Droysen que, quizá sin grandes comentarios, ilustran la tesis que acabo de sostener: En el apartado metodológico que lleva por título «Lo que puede ser objeto de investigación histórica» dice Droysen: «Para nuestro método, en lugar de átomos, tenemos actos de voluntad libre, sus efectos y su comprensión. O como dice nuestra expresión del resumen:

“El campo del método histórico es el universo del mundo moral”; nuestra misión, investigar este mundo moral en su devenir y crecimiento, en su

¹⁷ RICOEUR, *Temps et récit*, vol. III, París, 1985, p. 293.

¹⁸ STONE, «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», en *Past and Present*, IIIIII, 85, p. 5.

movimiento. Dado lo que hemos discutido antes, ya no nos parece un salto pasar de los actos de libre voluntad inmediatamente al mundo moral. Porque, en efecto, los actos de voluntad pertenecen a la voluntad libre y al poder de decisión de cada individuo; y cada individuo es, en su ser espiritual, en su alma y conciencia, un mundo cerrado en sí mismo, o, como decimos en el resumen, “por su semejanza con Dios” ha de ser “sujeto finito en lo infinito, totalidad en sí, meta y medida de sí mismo”; pero no ha de ser lo que le corresponde como la divinidad que también es origen de sí misma”¹⁹.

A la vista de estas palabras cabe dudar que se haya roto no sólo con la historia filosófica, sino incluso con la «historia clerical» que la precedió. Sin ninguna duda, un comentario del texto —y del conjunto del libro— tendría que reseñar la presencia del Kant de 1797 que ya ha rebasado la ilusión de un método unificado que aún sugería en 1784; la oposición naturaleza/espíritu tal como la tematiza Hegel; y una fuerte sombra de la hermenéutica de Schleiermacher. Todo ello habría que oponer a la tesis de la irrupción de una ciencia libre de metafísica. Pero el propio Droysen se encargó de dejar las cosas claras cuando en los *Grundriss der Historik*, § 82, dice que «la historia revela la génesis de los “postulados de la razón pura”, que la propia “razón pura” no supo descubrir»²⁰. Por lo que hace a la mentalidad valorativa permítaseme una última cita de la misma obra, § 93: «El estudio de la historia es la base de la formación política. Un hombre de Estado es un historiador práctico»²¹. La claridad del historiador habla por sí sola. En Dilthey la dimensión filosófica es aún más evidente. Los textos de Windelband y Rickert nos llevarían de lleno a la historia del neokantismo. De este modo, los historicistas rompieron la conexión entre historia y saber absoluto que Hegel había colocado en el centro del sistema, lo que les inclinó del lado del relativismo. Pero no les alejó de los compromisos metafísicos inherentes a su propia concepción de la historia y el saber. Las relaciones de la salida historicista del sistema hegeliano con la otra salida, la que representa Marx, tendrían que ser tema de una consideración aparte, pero quiero señalar que ambas «rupturas» con Hegel comparten la creencia en la fuerza normativa de la historia²² y que, a mi juicio, el historicismo no es tanto anti-ilustrado (piénsese en el texto citado de Dilthey) como anti-socialista, tanto si piensa en Marx, como si ve

¹⁹ DROYSEN, *Histórica*, cita tomada de la traducción catalana de FONTCUBERTA, Barcelona, 1986, p. 219.

²⁰ Citado por SCHNÄDELBACH, *op. cit.*, p. 55.

²¹ Citado por SCHNÄDELBACH, *op. cit.*, p. 48.

²² SCHNÄDELBACH, p. 55.

la amenaza en otros autores y movimientos de la época. El papel político del historicismo es inequívoco: En 1840, para acabar con la «mala simiente del hegelianismo» Federico Guillermo IV de Prusia llamó a Berlín a Schelling. El mismo monarca utilizó entre 1848 y 1851, para su asesoramiento, los memorandos de Leopold von Ranke ²³. Esas anécdotas, y la cita anterior de Droysen, señalan su lugar ideológico. ¿En qué nos ayuda esta revisión de la moderna idea de historia al diagnóstico de la situación presente? Nos ayuda, por de pronto, a comprender que la modernidad constituye un ciclo de la conciencia histórica-filosófica e histórica- que articula el saber del pasado con el diagnóstico del presente, y éste con las directrices de acción respecto al futuro. Uno de los elementos de la crisis presente es la ausencia de una articulación paradigmática entre esos tres elementos.

De modo coincidente la crisis afecta a la noción misma de lo que ha de valer como saber científico. Y, como consecuencia, los historiadores y los filósofos han realizado el redescubrimiento del valor epistemológico de la narración. En el contexto contemporáneo de crisis de las teorías criteriales de la racionalidad, las obras de Danto, Habermas, H. White y Ricoeur han hecho emerger el problema de la dimensión narrativa con un sentido distinto del que tenía en la historia de acontecimientos. En ésta se daba por supuesto que la narración recogía y ordenaba lo real. El giro narrativo atribuye al argumento (*plot*) un papel configurador propio, cuando no le concede claramente un estatuto de autosuficiencia. Crisis de concepción del mundo y crisis de concepción de la ciencia. Pero podemos partir de un problema más limitado: ¿Por qué aparece el lenguaje de la narración -que Aristóteles había descontado por aconceptual- como lugar en que buscar formas nuevas de racionalidad?

No hay que descartar que el cambio de valoración de lo narrativo acontecido entre Popper y Ricoeur -en menos de cuarenta años- tiene algo de ese gesto que hace de la necesidad virtud. Cuando en *La miseria de historicismo*, Popper sentenciaba que «no podemos... predecir el curso futuro de la historia humana. Esto significa que hemos de rechazar la posibilidad de una *historia teórica*; es decir, de una ciencia histórica y social de la misma naturaleza que *la física teórica*», estaba condenando el trabajo del historiador a lo que Gareth Stedman Jones llamó «la miseria del empirismo» y caracterizaba así: «La principal característica definidora de la historia académica era un devoto liberalismo apoyado por una metodología positivista. La

²³ *Op. cit.*, p. 48.

tarea del historiador, en el aforismo tan citado de Ranke, era “mostrar simplemente cómo fue en realidad”²⁴. «El enfoque liberal ha supuesto siempre que la teoría —“las interpretaciones”— surgirá tras la acumulación de hechos: es decir, por inducción. Bajo la influencia de tal programa, no resulta sorprendente que sean pocos los historiadores ingleses que han alcanzado la tierra prometida de la teoría»²⁵. Lo que Popper y Berlin habrían hecho al criticar la pretensión teórica de la historia sería consagrar una práctica tradicional teóricamente deficiente.

Pocas décadas después, la crisis de la teoría criterial de la racionalidad, que se inicia con las críticas de Kuhn a Popper, y el predominio del enfoque del segundo Wittgenstein llevan a la reivindicación de la historia como narración en la *FiLosojía analítica de la historia*, de Danto (1965), que tiene su recepción en el trabajo de Habermas *Historia y evolución* (1976). La historiografía no es teoría, sino narración y su función prioritaria es del orden de la filosofía práctica: articular la constitución de las identidades colectivas. Y un fenómeno paralelo de vuelta a la narración tiene lugar en la historiografía. Mientras en la década de los sesenta las aportaciones del estructuralismo permitían mediar —en el ámbito francés— las visiones marxista y freudiana, las aproximaciones históricas actuales privilegian el sujeto y vuelven al relato²⁶. Parece que el éxito editorial en 1975 de la obra de Le Roy Ladurie: *Montaillou, village occitan de 1294 a 1314*, y del *Cheval d'orgueil*, de Pierre-Jakez Hélias, el interés por la narración histórica se convierte en un fenómeno social (una nueva revista, *L'Histoire*, llega a tener 30.000 abonados y 60.000 lectores). Desde entonces «los archivos locales, los itinerarios individuales y las fiestas rurales dejan de pertenecer a un patrimonio folclórico y/o familiar para convertirse en terreno de reconstrucción histórica»²⁷. No importa tanto ahora el fenómeno social como su coincidencia en el tiempo con la inflexión hacia la narración en la filosofía crítica de la historia. La historiografía no se impone por haber conseguido su acceso al tan largamente buscado estatuto de cientificidad, sino justamente por lo contrario: por seguir narrando 10 individual. Y vuelve incluso a la biografía.

²⁴ JONES, «Historia: la miseria del empirismo», en BLACKBURN (ed.), *Ideología y ciencias sociales*, Barcelona, 1977, p. 110.

²⁵ *Op. cit.*, p. 127.

²⁶ ROWLEY y COILLON-JOIL, «Actualité de l'histoire» en *L'Univers philosophique*, París, 1989, pp. 1322-1326.

²⁷ *Loc. cit.*

¿Qué es lo que ha entrado en (Tesis? Con toda claridad, la filosofía del cientificismo. Pero el significado de este término es más amplio del usual: no aludo sólo a la crisis del positivismo lógico o el falsacionismo popperiano. Hay que recordar también que, con un concepto de «ciencia» bien distinto, también el marxismo de Althusser hablaba de Marx como «descubridor del continente de la historia científica», y la escuela italiana de Della Volpe y Colletti mediaba el estructuralismo con el marxismo, o la filosofía analítica con el marxismo, como en España hacía también Manuel Sacristán. Aun sin tener en absoluto una misma teoría de la ciencia, todos compartían la creencia en el valor exclusivo de la ciencia como modelo de conocimiento y como criterio de determinación de lo real. Esa especie de creencia compartida, que daba sentido y estructura a la actividad teórica, confiriendo a cada cosa un lugar, organizaba también lo que había de valer como realidad y lo que había de contar como acción relevante y significativa, a nivel individual y colectivo. Podemos plantearlo como un cambio de paradigma en el sentido más amplio, o podemos proponer una arqueología y/o genealogía del desplazamiento de episteme; en todo caso es una alteración fundamental del lugar que ocupaba la ciencia en nuestra cosmovisión, con efectos teóricos y prácticos visibles, que pueden dar lugar a distintos posicionamientos: la búsqueda de versiones debilitadas de racionalidad, como proponen quienes buscan en torno a la frónesis aristotélica o a la capacidad de juzgar kantiana (pienso en Arendt, Ricoeur y Bernstein)²⁸, o podemos proponer diversas versiones del salto al exterior de la razón (y aquí no propongo nombres porque tanto Lukács como Habermas lo han hecho, demostrando que se puede ser muy injusto cuando se acusa a alguien de salir del ámbito de la razón, sin ser capaz de trazar, a la vez, el mapa de ésta).

Pero no ganaremos nada si no nos damos cuenta de que lo inédito de la situación impone también un cambio de actitud; y poco o nada avanzamos con insistir en significados que se han desplazado. Así cuando Fontana —en su texto, por otro lado, muy sugerente: *La historia después del fin de la historia*— afirma: «Pienso que somos muchos los que consideramos necesario recuperar el sentido de globalidad —la consideración de la historia como ciencia que intenta abarcar lo humano en su conjunto y explicar, con ello, el funcionamiento de la sociedad— y que deseamos seguir orientando nuestro

²⁸ ARENDT, *The Life of the Mind*, Nueva York y Londres, 1978; RICOEUR, *Temps et récit*, vol. I, París, 1983, y BERNSTEIN, *Beyond Objectivism and Relativism*, Oxford, 1983.

trabajo de acuerdo con un objetivo que trascienda la ciencia, como es el de explicar el mundo real y enseñar a otros a verlo con ojos críticos, para ayudar a transformarlo»²⁹, está sintetizando perfectamente los perfiles de la filosofía que acaba de abandonarnos: una coherente articulación de la idea kantiana de historia con la tesis XI sobre Feuerbach. Lo cual no significa negar que Fontana expresa una necesidad real, y hasta un «interés de la razón». Lo que sí afirmo es que tales profesiones de fe no pasan de ser un piadoso deseo restauracionista a menos que podamos definir de modo plausible qué es «globalidad», qué significa «ciencia», en qué consiste «explicar el mundo real» y desde qué instancia se establece «un objetivo que trascienda la ciencia». Es esa constelación conceptual la que hemos perdido; el pluralismo metodológico y el falibilismo científico no eluden tampoco esas objeciones. ¿Se puede decir algo más que ayude a entender esa mutación? Podemos pensar que ya se dice mucho cuando se habla de «vuelta a la narración» y, sin embargo, queda mucho por decir. Y esto sucede por dos motivos: el carácter equívoco con que se usa el término «narración», y el significado mismo de ese giro hacia 10 narrativo. «Narración», en efecto, puede usarse para hablar de lo que hacían los historiadores antes del «giro científico» que supusieron el marxismo, el funcionalismo, el estructuralismo y la cliometría, o bien para aludir a la nueva forma de narrar usada por los historiadores de las mentalidades. En el segundo caso nos encontramos con modificaciones tanto retóricas como científicas. La narrativa literaria del siglo XX -digamos el *Ulyses* de J. Joyce- difiere lo suficiente de la del siglo anterior -pensemos en *La comedia humana* de Balzac- para que su influencia sobre los historiadores no suponga la introducción de modos distintos de entender el mundo y 10 humano. Por ello, la valoración del «giro narrativo» por L. Stone como una recuperación del interés por 10 humano, perdido bajo el impacto del modelo científico, simplifica las cosas, a mi modo de ver. Las distintas estructuras narrativas suponen otros tantos *modos de comprensión* de los hombres y no siempre pueden interpretarse como movimientos de recuperación de la subjetividad y la libertad³⁰, y no sólo es un problema de «pluralidad» de concepciones del sujeto; hay formas de practicar la narración no menos antitéticas del humanismo liberal que la mentalidad cientifista.

²⁹ FONTANA, *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, 1992, p. 114.

³⁰ STONE, *op. cit.*, p. 9.

Cuando, además, se reconoce, como hace Stone³¹, que bajo el nombre «narración» se agrupan cambios metodológicos, de objeto, combinaciones de análisis y descripción, que buscan dar cuenta de un caso ejemplar o iluminador de un período histórico, no es posible omitir la pregunta por el compromiso de verdad que encierra cada forma de arte o cada estructura narrativa como tal. La sustitución del modelo científico por modelos narrativos nos puede alejar del paradigma ilustrado de una historiografía que combine el conocimiento de las sociedades con sus necesidades emancipatorias, pero no nos libranos en absoluto de los problemas epistemológicos que lleva consigo el nuevo modelo elegido. Y entonces se difumina la hipotética explicación que se da de la utilidad de este cambio.

Si atendernos no ya a las oscilaciones generacionales de los historiadores, sino a la perspectiva, más de fondo, de una crisis de la conciencia histórica de la modernidad, lo que Paul Ricoeur señala al afirmar que la pérdida de credibilidad de la filosofía hegeliana de la historia es un «acontecimiento de pensamiento» es un punto de partida válido, si lo tornamos suficientemente en serio: con Hegel acaba la última mediación completa entre ciencia y filosofía, entendiéndose por ello la articulación de la ciencia en una visión del mundo racional que torne seriamente en cuenta los otros intereses de la razón, práctico y emancipatorio. El cientifismo que le sustituyó ha sucumbido a la imposibilidad de dar cuenta de los propios fundamentos. Gadamer lo ha señalado muy bien: «Aristóteles... estableció la primacía del "juicio" dentro de la lógica. El concepto de enunciación, formado de la manera ya indicada, se vincula en la filosofía moderna con el concepto de juicio de percepción. A la pura enunciación corresponde la pura percepción; pero en nuestro siglo, estimulado en dirección de la duda por Nietzsche, ambas han demostrado ser abstracciones inadmisibles...; no existen ni la percepción pura ni la enunciación pura»³². No seguiremos adelante con las consecuencias hermenéuticas que extrae Gadamer; pero sí quiero hacer ver hasta qué punto esa crisis del modelo cognitivo del juicio y su relación con una experiencia que lo valida es la crisis de la teoría de la verdad-correspondencia y de la verdad-constitución. Ella abre la posibilidad de recuperar las formas del discurso no judicativas —en nuestro caso, la narración— como lugar posible de otras formas de verdad (aunque no sabemos definir las), así como la correlativa apertura hacia una pluralidad de

³¹ *Op. cit.*, pp. 23-24.

³² GADAMER, «Los fundamentos filosóficos del siglo XX», recogido en VATTIMO (comp.), *La secularización de la filosofía*, Barcelona, 1992, p. 103.

formas de la experiencia que ya no están recortadas a la medida del juicio lógico. Por eso la narración adquiere interés sustantivo, a pesar de que no sepamos formular los criterios de su validez. Ello debe llevarnos a pensar de nuevo el lenguaje y la experiencia. Buenos hilos conductores para esa tarea podrían ser las aportaciones de H. White y Th. Adorno. Pero esa tarea habrá de quedar para una reflexión ulterior.

Los discursos del método histórico

Pedro Ruiz Torres

«La historia de los hijos del capitán Grant -según la opinión de Agnes Heller- ilustra todo lo que tratan la historiografía y la filosofía de la historia»¹. Los tripulantes del barco llamado *Juncan* «comenzaron a hacerse los *investigadores*» cuando, llevados por la curiosidad que sentían por un *extraño objeto*, utilizaron *un método* con el que *buscar* rastros que les llevaran a encontrar mensajes que leer y para *descifrar* los mensajes que les proporcionaba el rastro. A continuación llenaron las lagunas del mensaje y llegaron a una conclusión sobre *lo que había ocurrido realmente* en el naufragio del *Britanny*. De este modo, el saber (*episteme*) del colectivo de pasajeros-investigadores dispuso de un método que lo distinguió de la simple opinión (*doxa*) de los individuos normales y corrientes. Se supone que con dicho método los investigadores son capaces de alcanzar la meta que se han propuesto: averiguar *lo que sucedió realmente*. Este es el *objetivo científico* de los tripulantes del *Juncan* que *comenzaron a hacerse los investigadores*.

En el proceso de investigación, primero se observaron y analizaron atentamente lo que había sido identificado como *documentos*. Después se realizó una *reconstrucción del hecho* con la información que proporcionaba la lectura crítica de los documentos. Sin embargo, la inferencia inductiva a partir de la experiencia con documentos no condujo a la realidad misma. Los pasajeros del *Juncan* no ha-

¹ HELLER, *Teoría de la historia*, Barcelona, 1982, cap. II: «Teoría y Método de la historiografía», p. 74.

bían tornado en cuenta que aunque aparentemente todo encajaba a la perfección, «lo que ellos habían considerado un *hecho* no era otra cosa que la *interpretación* del mensaje» basada en alguna teoría. Elaboraron nuevas *teorías* y con cada una de ellas los datos comenzaron a encajar de nuevo. La única manera de averiguar si las interpretaciones del hecho eran verdaderas consistía en *organizar expediciones* de búsqueda del capitán Grant, con el fin de encontrar al superviviente del naufragio. Para ello hacía falta no sólo curiosidad, sino un cierto grado de implicación personal. En el transcurso de cada viaje-experimento se fueron probando y refutando sucesivamente las diversas teorías que interpretaban el hecho. Pero el *método hipotético-deductivo* tampoco sale bien parado en esta historia. Al final, los pasajeros del *Duncan* encontraron al capitán Grant *por casualidad* y sólo entonces el capitán les explicó el sentido verdadero de los documentos. «Así todo el mundo pudo saber cómo había sucedido verdaderamente la historia.» Si en lugar de viajar por el espacio lo hacemos a través del tiempo, concluye Agnes Heller, «nunca podremos encontrar al capitán Grant *con vida*. Nadie nos *va a decir* qué sucedió realmente y cómo. No hay final feliz, porque no hay, en absoluto, ningún final, mientras el *Duncan* zarpe hacia los océanos del pasado».

En opinión de Agnes Heller la historia del capitán Grant ilustra los pasos de la historiografía en cuanto saber científico. «El primer paso que da la historiografía en cuanto saber científico es descifrar el mensaje que nos da el rastro, o si no buscar rastros que nos lleven a mensajes que leer. Tal proceder tiene que ser *metódico* y *crítico*.» En consecuencia, el primer paso en la constitución de una «historia científica» se dio cuando los historiadores dispusieron de un método para el análisis crítico de los documentos. La «revolución científica» del siglo XVII y el pensamiento de la Ilustración del siglo XVIII habían creado el concepto moderno de método, que podía ser adoptado con éxito con independencia del objeto de investigación y, en consecuencia, extendido también al campo de las ciencias humanas. En este sentido, la historiografía, en su pretensión de convertirse en ciencia, cubrió su primera etapa cuando los historiadores empezaron a creer que disponían de un procedimiento metódico y crítico con el que lograr cierta información sobre lo que «sucedió realmente» en el pasado. El problema del método fue lo primero que se plantearon los historiadores cuando se propusieron convertir la historia en una «disciplina científica».

El concepto de método de los historiadores que relacionarnos con

el nacimiento en el siglo XIX de una «auténtica ciencia histórica»², desde la corriente historicista de Ranke y Droysen³ a la escuela metódica-positivista de Langlois y Seignobos⁴, provenía del que se había elaborado en las ciencias naturales. Los historiadores hacían ciencia en la medida en que sólo buscaban lo que vale la pena de ser buscado, dicho en palabras de Isaiah Berlin, «el descubrimiento de la verdad, de acuerdo con principios y reglas que son lo único que garantiza la verdad científica»⁵. En general todas las ciencias que tienen al ser humano como objeto de estudio, y no sólo por tanto la historiografía, se comprendieron a sí mismas por analogía con las ciencias naturales. Hans-Georg Gadamer ha puesto de relieve hasta qué punto la autorreflexión lógica de las «ciencias del espíritu» estuvo dominada por el modelo de las ciencias naturales y de qué modo, para asegurarse una «buena conciencia científica», aquéllas desarrollaron sus métodos atraídas por dicho modelo. Fue precisamente en este contexto en el que la expresión «ciencias del espíritu» se introdujo en Alemania, no con el fin de reconocer una lógica propia, como a veces se cree, sino al contrario, para desarrollar la idea de una ciencia natural de la sociedad. Lo que incitaba al traductor de J. S. Mili a tomar *moral sciences* por *Geisteswissenschaften* («ciencias del espíritu») era mostrar que el *método inductivo* se encontraba en la base de toda ciencia empírica y, en consecuencia, también era válido en el ámbito humano. En el empirismo británico dicho intento se remontaba al *Tratado de la naturaleza humana* de Hume, publicado en 1739-1740, y había culminado, a mediados del siglo XIX, en la *Lógica* de Mili⁶. La Ilustración francesa, por su parte, «especialmente Condillac y Condorcet, y sus seguidores del siglo XIX -Compte, Buckle, Spencer, Taine- y muchos conductistas, positivistas y fiscalistas modernos, desde entonces, aspiraron a constituir una ciencia de la conducta humana -psicología, sociología- con el mismo método que el de las ciencias naturales»⁷.

² GOOCH, *Historia e historiadores del siglo XIX*, México, 1977.

³ CARRERAS, «El historicismo alemán», en VV. AA., *Estudios sobre Historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara)*, L 2, Madrid, 1981, pp. 627-641.

⁴ BOURDÉ y MARTIN, *Les écoles historiques*, París, 1983 (hay traducción castellana, Madrid, 1992).

⁵ BERLIN, «El concepto de historia científica», en *Conceptos y categorías. Un ensayo filosófico*, México, 1983, p. 179.

⁶ GADAMER, *Verdad y método*, t. I, Salamanca, 1977, pp. 31-32; t. II, Salamanca, 1992, pp. 43-49; *El problema de la conciencia histórica*, Madrid, 1993, pp. 47-49.

⁷ BERLIN, *op. cit.*, pp. 181-182.

De esta concepción de la ciencia hemos heredado la idea que expuso Descartes ⁸, según la cual todo saber ha de tener un método, entendido como una forma de proceder para distinguir lo verdadero de lo falso, que se concreta en una serie de operaciones repetidas. El método es un conjunto de reglas de tipo general que los profesionales de una disciplina comparten y utilizan como estrategia para alcanzar el objetivo propuesto. «Los métodos», en plural, tienden a identificarse con lo que llamamos técnicas de cada disciplina. Pero a partir de Bacon y de Descartes, se pensó que la ciencia tenía *un método*, una estrategia general que se concretaba en un conjunto uniforme de pasos que se repiten y diferencian las disciplinas científicas de las que no lo son. *El programa clásico* sigue considerando que el verdadero factor diferenciador de la ciencia, respecto de lo que no es, debe buscarse en la forma de proceder: *en el método* ().

El supuesto ideológico sobre el que se sustenta ese concepto de ciencia es la confianza en la capacidad de la razón humana para descubrir la verdad de las cosas. Se trata de un supuesto característico del pensamiento moderno y contrario a los principios de la tradición religiosa que imperaba en el viejo orden intelectual. Coherentemente con ello, la *historia científica* del siglo XIX compartió con las demás ciencias la siguiente expectativa: que resulta posible llegar a conocer el mundo tal y como es o, por decirlo en términos de Ranke, que se puede llegar a saber lo que ocurrió realmente. Semejante expectativa implica depositar una confianza ilimitada en la razón humana.

El logro del objetivo científico depende en gran medida de la posibilidad de obtener información verídica a partir de la experiencia. En el caso de los historiadores ello equivale a considerar, como hace Droysen, que «el material de la empirie histórica» es «el gran principio fundamental de nuestra ciencia»: «lo que ella quiere conocer sobre los pasados no ha de buscarlos en ellos, pues los pasados no existen ya en ninguna parte, sino solamente en lo que queda de ellos, cualquiera que sea su forma, y sólo así es accesible a la percepción empírica» ¹⁰.

Una vez obtenida la información «verídica» a partir del análisis crítico de los documentos, se supone que *el razonamiento inductivo* permite obtener los hechos históricos que no son accesibles a la percepción directa, sino que se reproducen imaginariamente en la mente

⁸ DESCARTES, *Discurso del método*, Buenos Aires, 1959.

⁹ FERNÁNDEZ BUEY, *La ilusión del método*, Barcelona, 1991, p. 60.

¹⁰ DROYSEN, *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodológica de la historia* (1857), Madrid, 1983, p. 27.

del historiador. A la hora de interpretarlos, el historiador agrupa los hechos mediante la "síntesis y utiliza la forma de expresión más adecuada —el relato histórico— para dar sentido a la secuencia temporal que debe relacionarlos. El relato histórico no se presenta como un método de investigación, sino como una forma de expresión en la que los hechos descubiertos toman significación como hechos históricos y se representan como tales en el tiempo. Veremos más adelante, sin embargo, que el relato histórico no es visto en nuestros días como una cuestión principalmente de estilo, como una forma literaria de expresión de los historiadores, sino que se ha convertido también en objeto de reflexión metodológica. Pero para que esto llegara a ocurrir tuvo antes que entrar en crisis la concepción empírico-inductivista clásica de la ciencia histórica a que estamos haciendo referencia.

Para una ciencia empírica, tal como se entiende en el siglo XIX, lo más básico y elemental es «buscar rastros» y «descifrar mensajes», dicho en palabras de Agnes Heller. La idea ya está presente en el método de análisis crítico de los documentos que propuso en 1687 el padre benedictino Jean Mabillon en *De re diplomatice*, el mismo año en que Newton escribía sus *Principia* ¹¹. A la búsqueda y análisis de los documentos hay que añadir también lo que Dilthey considera el rasgo más característico de la historiografía de la Ilustración del siglo XVIII: «La aplicación completamente libre de la crítica histórica, que no se detiene ni ante los santuarios más sagrados del pasado, y un método comparado que abarcaba todas las etapas de la humanidad» ¹². Finalmente, en el siglo XIX, tanto la escuela alemana como la escuela metódica en Francia legitimaron la historia como ciencia mediante el recurso al *método empírico-racionalista* que se supone capaz de proporcionar lo que realmente ocurrió en el pasado. La historiografía, como ciencia empírica, se distinguió así de la intrusión de la metafísica, que inspiraba toda construcción filosófica «idealista» de historia universal. La «ciencia de la historia» disponía por fin de un «método científico». El mismo método que Alan F. Chalmers identifica con una vieja opinión sobre la ciencia, la del *inductivismo ingenuo* ¹³ del siglo XIX.

La vieja opinión que considera la ciencia como conocimiento derivado de los hechos de experiencia se encuentra expuesta en la *Historik* de Droysen. En este mismo sentido hay que entender la afirma-

11 GIJAHACINO, SCIPIONE, *Storia: i discorsi sul metodo*, Florencia, 1990.

¹² DILTHEY, WILHEM, *El mundo histórico*, t. VII de los *Gesammelte Schriften*, México, 1978, p. 345.

¹³ CHALMERS, ALAN F., *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, Madrid, 1984, (2.ª ed.); *La ciencia y cómo se elabora*, Madrid, 1992.

clon de Langlois y Seignobos: «la historia se hace con documentos... Porque nada suple a los documentos y donde no los hay no hay historia». Todo lo que no se haga a partir de semejante premisa empírica no será historiografía, sino saber especulativo, es decir, otra forma «filosófica» de concebir la historia, pero no una ciencia. Sobre semejante base «empírico-científica», sólida en apariencia, el proceso de investigación histórica reproduce el modelo clásico de la ciencia que David Oldroy ha denominado *el arco del conocimiento* 14. Por inducción, a partir de hechos observados —en este caso «datos verídicos» sacados de «documentos auténticos» y no fenómenos percibidos directamente— se llega a alcanzar «principios científicos». A partir de estos principios se deduce la inteligibilidad de los hechos. El método empírico-racionalista se convierte en el *modelo de «análisis-síntesis»* que reproduce la nueva «ciencia de la historia». Se encuentra en la *Historik* (1857, 1882) de Droysen, superpuesto a un método que el historicismo considera propio de las «ciencias del espíritu» y que enlaza con la vieja hermenéutica. Sin ningún tipo de compromiso con el pasado, es el modelo que inspira la «historia positivista» y que se expone con todo detalle en la *Introduction aux études historiques* (1898) de Langlois y Seignobos 15.

Sabemos, sin embargo, a qué llevó en la historia del capitán Grant la concepción empírico-inductiva del método. Condujo nada menos que a considerar como un hecho histórico lo que no era otra cosa que una interpretación del mismo a la luz de alguna teoría. En el comentario de Agnes Heller se define la historiografía como saber científico en base al método de análisis crítico de los documentos aplicado a un

¹⁴ OLDROYD, D., *El arco del conocimiento. Introducción a la historia de la filosofía y metodología de la ciencia*, Barcelona, 1993.

¹⁵ DROYSEN, JOHANN GUSTAV, *Historia. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, Madrid, 1983. Parte II: El método histórico: a) El material de la empirie histórica; b) La heurística: fuentes, restos y monumentos. El hallazgo del material; c) La crítica: de la autenticidad, de lo anterior y de lo posterior, de lo correcto, la crítica de las fuentes, la ordenación crítica del material; d) La interpretación: la indagación de los comienzos, las formas de la interpretación; e) La sistemática: el trabajo histórico según sus materias y según sus formas. LANGLOIS, e. V., y SEIGNOBOS, E., *Introducción a los estudios históricos*, Buenos Aires: a) La busca de los documentos (heurística), las ciencias auxiliares; b) Operaciones analíticas: crítica externa (de erudición): crítica de restitución, crítica de procedencia, clasificación crítica de las fuentes, la crítica de erudición y los eruditos; crítica interna: crítica de interpretación (hermenéutica), crítica interna negativa de sinceridad y exactitud, determinación de los hechos particulares; c) Operaciones sintéticas: condiciones generales de la construcción histórica, agrupación de hechos, razonamiento constructivo, construcción de fórmulas generales. El mismo modelo se encuentra en un libro mucho más reciente, el de SALMÓN, P., *Historia y Crítica. Introducción a la metodología histórica* (1969), Barcelona, 1972.

objeto que le es propio y que es *el pasado histórico*. Es cierto que, desde la crítica al «inductivismo ingenuo», entendemos que cualquier observación está guiada por una teoría y que la información obtenida mediante el método empírico-inductivo *encaja* de un modo o de otro según la teoría que hayamos elegido previamente. Pero, en opinión de Agnes Heller, a la historiografía le basta con dos cosas para alcanzar el estatus de *episteme*, en contraposición a la *opinión o doxa*: una *orientación* hacia el conocimiento objetivo del pasado y un *procedimiento* metódico y crítico para buscar y leer documentos que proporcionen cierta cantidad de información verídica sobre lo que sucedió en el pasado. La orientación hacia el conocimiento «objetivo» del pasado no es otra cosa que querer descubrir lo que sucedió realmente, dicho de otro modo, la verdad de las cosas. Por ello el trabajo de los historiadores no debe estar subordinado al «comportamiento pragmático» y al «uso práctico directo». Junto a esta orientación, la historiografía ha de disponer de un método que nos permita la reconstrucción de los hechos ocurridos en el pasado mediante los «rastros» y los «mensajes» que se contienen en el presente de los historiadores.

El *método de investigación*, que Agnes Heller considera propio de la historiografía como *episteme*, por medio del cual, a partir de rastros que contienen mensajes que hay que saber descifrar y «leer», se obtiene la información que necesitamos con el fin de «reconstruir» el hecho histórico, se ha desarrollado mucho desde el siglo XIX hasta nuestros días. La ampliación de las fuentes y el conocimiento de nuevos «métodos»¹⁶, en plena apertura de la historiografía a las nuevas ciencias sociales, han producido en nuestra centuria una auténtica «revolución en los métodos», que no ha llegado todavía a los tripulantes del *Duncan*. Los métodos de la historiografía, con el fin de obtener información de todo tipo de «rastros», se han hecho cada vez más numerosos y complejos. Pero en cualquier caso no dejan de ser *técnicas* propias – y no tan propias – de una disciplina si no proporcionan la interpretación de los hechos. Por ello lo que Agnes Heller cree que es típico de los historiadores, esto es, disponer de un procedimiento sistemático que permita «leer mensajes del pasado», no es considerado sin más como el fundamento de un saber científico. Al menos no desde la perspectiva de la interpretación de los hechos. Los métodos, concebidos como técnicas para obtener información «verídica» a partir del análisis y la crítica de los documentos, no importa

¹⁶ Encyclopédie de la Pléiade, *L'histoire et ses méthodes*, París, 1961; CARDOSO, CIRO F. S., YPÉREZ BRICNOLL II., *Los métodos de la historia*, Barcelona, 1976; FLOJID, R., *Métodos cuantitativos para historiadores*, Madrid, 1975.

10 diversos que sean y 10 desarrollados que se encuentren, jamás «reconstruyen» un hecho real a partir únicamente del empirismo y de la lógica inductiva. Como Popper objetó al viejo empirismo, «sólo podemos aprehender y constatar hechos a la luz de nuestras teorías» 17.

En este sentido la investigación histórica no pudo limitarse a analizar los documentos para «reconstruir» el lugar y el momento en que ocurrieron los hechos en el pasado. En la medida en que se propuso como objetivo la interpretación de lo que había sucedido, la historiografía fue más allá de la localización del naufragio en el espacio y en el tiempo. Interpretar un hecho no es afirmar simplemente que ocurrió en tal sitio y en tal año. Es averiguar no sólo cuándo y dónde ocurrió, sino qué ocurrió y en definitiva cómo y por qué ocurrió. Los historiadores no se han quedado en considerar que disponen de procedimientos sistemáticos que les permiten «leer mensajes del pasado». Han debido enfrentarse al problema de la interpretación en el presente de unos hechos ocurridos en el pasado, en definitiva, a la relación entre el historiador y los hechos, entre el presente y el pasado. ¿Con qué método puede la historiografía ir más allá del presente de los historiadores -el presente donde se encuentran los documentos y se interpretan los hechos- para dar cuenta del objeto que le es propio y que es el pasado humano?

La crítica al «inductivismo ingenuo», que había fundamentado la nueva ciencia de la historia básicamente en el análisis crítico de los documentos, no tuvo que esperar en la historiografía a la reacción «antipositivista» de los *Annales*. En la «escuela histórica alemana» del siglo XIX, Droysen planteó objeciones «al ideal rankeano de “objetividad”, que favorecía el “criticismo” a expensas de la “interpretación” como principio hermenéutico» 18. Su fórmula «comprender investigando», con la que distinguió el método histórico del procedimiento experimental de las ciencias naturales, pretendía dar cuenta de las mediaciones a que estaba sujeta la interpretación histórica y el carácter infinito de una investigación, como es la histórica, que no puede contemplar su objeto en sí mismo. En opinión de Droysen, el historiador está separado de su objeto por la mediación infinita de la tradición y unido al mismo tiempo con su objeto a través del carácter comprensible y familiar del mundo moral 19. Dicho de un modo mucho más acorde con la reflexión hermenéutica actual, como hace Cha-

17 *el.* HABERMAS, *La lógica de las Ciencias Sociales*, Madrid, 1988, p.50.

18 WHITE, *El contenido de la forma. Narratividad, discurso y representación histórica*, Barcelona, 1992, p. 105.

19 GADAMER, *Verdad y método*, I, pp. 270-276.

telet, «en tanto que existe una similitud “formal” entre lo que ocurre ahora y lo que se ha producido en otro tiempo, los rastros dejados por *otro tiempo* son *ahora* utilizables, y el pasado, como tal, es conocible; pero, en tanto que existe entre los dos momentos un cambio profundo, esta toma de conocimiento debe rodearse de todas las precauciones para evitar el anacronismo y preservar la diferencia»²⁰.

Por su parte la nueva historia, que se gestó en torno a Berr y la *Revue de Synthèse Historique* a principios del siglo XX, se aproximó a la sociología de Durkheim y a su defensa de la teoría frente a la concepción empírico-inductiva de la ciencia, con el fin declarado de romper con la vieja historia erudita²¹. Los *AnnaLes* siguieron esta otra línea de ruptura con la historia decimonónica que los acercaba a las nuevas ciencias sociales. Pero pretendieron hacer de la historia un nuevo tipo de ciencia. Por ello sus relaciones con las nuevas ciencias sociales siempre fueron problemáticas. Como señala Gérard Noiriel, el interrogante que está en el centro del trabajo histórico de Lucien Febvre -¿cómo llegar a descifrar un pasado irremediamente desaparecido, a partir de los trazos que los hombres pertenecientes a ese pasado nos han dejado?- no encuentra sus antecedentes teóricos ni en Marx ni en Durkheim, sino en Dilthey, uno de los padres fundadores de la hermenéutica moderna²².

Asimismo, en la reflexión de los historiadores acerca de su propio oficio hubo más de un tipo de distanciamiento crítico con respecto a la vieja teoría empírica del conocimiento que presuponia una total separación entre el sujeto y el objeto. Carr, en 1961, en *¿Qué es La historia?*, puso de manifiesto que el objeto de conocimiento resulta de un diálogo constante entre el historiador y los hechos.

El historiador empieza por una selección provisional de los hechos y por una interpretación provisional a la luz de la cual se ha llevado a cabo dicha selección... Conforme va trabajando, tanto la interpretación como la selección y ordenación de los datos van sufriendo cambios sutiles y acaso parcialmente inconscientes, consecuencia de la acción recíproca entre ambas. Y esta misma acción recíproca entraña reciprocidad entre el pasado y el presente, porque el historiador es parte del presente, en tanto que sus hechos pertenecen al pasado... Mi primera contestación a la pregunta de qué es la Historia

²⁰ CHATELET, *Preguntas y réplicas*, México, 1989, p. 51.

²¹ BERR, *¿la síntesis en Historia. Su relación con la síntesis general* (1911 J. México, 1961. ARCANGELI, B., y PLATANIA, M., *Melodo slo/ico e scienze sociali. ¿la Revue de Synthèse Historique (1900-1930)*, Roma, 1981, con una selección de artículos publicados en dicha revista.

²² NOIRIEL, «Pour une approche subjectiviste du social», *Annales, E.S.C.*, 44.ª année, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1989), pp. 1442-1443.

será, pues, la siguiente: un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado²³.

También Henry I. Marrou, en su libro *Del conocimiento histórico* (1975), recogió un diálogo parecido, al afirmar que la contemplación del pasado con ojos racionales que comprendan, aprehendan y en algún sentido expliquen aspira a saber mucho más sobre la época estudiada de lo que pudieron saber quienes la vivieron. El pasado, al transformarse en historia y ser conocido, no vuelve a producirse tal como fue cuando era presente, sino que adquiere una característica específica: es conocido como pasado. Eso significa que el historiador tiene ante sí un objeto de conocimiento que no es como el presente que vivimos ahora, «polvoriento, confuso, multiforme e ininteligible». A costa de perder la precisión del detalle y la riqueza concreta de la experiencia vivida, el historiador quiere elaborar un conocimiento inteligible del pasado que contenga no sólo los hechos y sus causas, sino también sus consecuencias y secuelas.

Quiere elaborar un conocimiento inteligible del pasado, y elevarse sobre el polvo de los hechos pequeños, por sobre las moléculas dispersas cuya agitación y desorden constituyen el presente, y sustituir todo esto con una visión ordenada donde se destaquen las líneas generales, las orientaciones susceptibles de comprensión, la cadena de relaciones causales o finalistas, las significaciones y los valores²⁴.

El discurso del método de la historiografía que rompió en la primera mitad del siglo XX con la vieja historia de Ranke y Seignobos, tanto si se inspiraba en las nuevas ciencias sociales como en la moderna hermenéutica, ya no mostró una concepción empírico-inductiva de la ciencia como la de los historiadores del siglo pasado. Semejante postura empírico-inductiva era la que habían mantenido erróneamente los pasajeros del *Dunean* al principio de su aventura científica, «cuando empezaron a hacerse los investigadores». La abandonaron luego en la segunda etapa de la travesía. Los antiguos y rudimentarios métodos filológicos para buscar rastros y descifrar mensajes, que llegaron al *Duncan* a través del soporte clásico de un texto escrito, con un autor reconocible y una intención manifiesta, no son los que más utilizan los historiadores actuales²⁵. El «documento», en

²³ CAH, ¿*Qué es la historia?*, Barcelona (9.ª ed.), 1979.

²⁴ MAH Hou, ITENHI T., *Del Conocimiento Histórico*, Buenos Aires, 1985.

²⁵ J.E. GOFIO Y NOHA, *Hacer la historia*, 3 vols., Madrid, 1978-1980; J.E. ROY LA-DUHIE, *Le territoire de l'historien*, París, 1973.

sentido muy amplio, puede ser también un banco de datos de informadores anónimos, susceptible de tratamiento cuantitativo. Junto a ello, también ha cambiado mucho la forma de concebir el trabajo científico. La nueva historia es una «historia problema», como no se cansaron de repetir M. Bloch y L. Febvre²⁶. La idea de que en toda ciencia —y, por tanto, también en la historia como ciencia— la observación empírica depende del planteamiento teórico previo es algo que nadie discute desde entonces. Los historiadores saben que los documentos no hablan por sí mismos a menos que se les interroge desde algún punto de vista teórico. Es decir, han aprendido la lección de los tripulantes del *Duncan*. No «reconstruyen» hechos reales con el método empírico-inductivo, sino que *interpretan* mensajes procedentes del pasado a la luz de alguna teoría. Esta es, sin duda, la «revolución metodológica» de la «nueva historia».

Sin embargo, que la historiografía no se haya quedado en el primer nivel de la reflexión metodológica —el de la búsqueda y «lectura» del documento— y que la mayoría de los historiadores no tengan una concepción tan simple e ingenua del trabajo empírico —reducido a la reconstrucción de los «hechos» a partir de la «prueba objetiva» del documento— no significa que el discurso del método de los historiadores haya ido demasiado lejos. La ruptura de la «nueva historia social» con la vieja historia de los acontecimientos —tan importante en otros aspectos— sólo modificó ligeramente la manera clásica de plantear el problema del método. Los historiadores, con pocas excepciones, siguieron concibiéndolo como un problema de *métodos* de «reconstrucción», «representación» o «interpretación» de los hechos históricos, y no como un problema de *teoría acerca del conocimiento histórico*. Eludieron de este modo la reflexión epistemológica, que quedó fuera del campo de sus intereses como historiadores.

En nuestra centuria, la forma de concebir el método científico —o en general los modos de obtener información «objetiva» acerca de las cosas— ha cambiado en relación con el siglo pasado. La postura «inductivista ingenua» dejó paso al reconocimiento de que la «lectura» del documento depende del punto de vista teórico que se adopte previamente. En consecuencia, los datos de la experiencia y los métodos para obtenerlos y analizarlos perdieron interés en favor de las teorías científicas. El «edificio bien construido de la filosofía de la ciencia en los años cuarenta y cincuenta de este siglo», como señala F. Fernández Buey, continuó, sin embargo, fundamentándose en el estableci-

²⁶ BLOCH, *Apologie (et)ur l'histoire ou le métier d'historien*, París, 1949; FEBVRE, *Combats pour l'histoire*, París, 1953.

miento de una línea de demarcación clara entre ciencia y metafísica, ciencia y especulación, ciencia y conocimiento ordinario, que dependía exclusivamente del método concebido igualmente de un modo unitario. Pero ahora no había *un* método inductivo de descubrimiento de teorías o captación de datos, sino que «método en sentido propio es aquel conjunto de operaciones lógicoepistemológicas que permiten validar o justificar las teorías científicas»²⁷.

¿Disponía la historiografía de este tipo de «método científico» en el nivel de la interpretación teórica de los hechos? Fue Popper quien, desde el *programa clásico de la filosofía de la ciencia* -transformado en la primera mitad del siglo XX por la crítica al viejo método inductivo- atacó sin contemplaciones la pretensión de la historiografía de ser una ciencia. Una ciencia -escribe Popper al final de *La sociedad abierta y sus enemigos*- no es solamente una «masa de hechos». En el peor de los casos será una colección de hechos y eso dependerá de los intereses de quien los haya coleccionado, lo que en la ciencia depende de una teoría científica más o menos preconcebida. El método en la ciencia no consiste en escoger hechos que confirmen la teoría, sino en buscar aquellos otros que puedan refutarla.

Esto es.) precisamente, lo que llamamos verificación de una teoría, es decir, la comprobación de que no existe ninguna falla en ella... De este modo, es la posibilidad de desecharla, su falibilidad, la que le otorga, a mi juicio, carácter científico; y el hecho de que todas las pruebas de una teoría sean otras tantas tentativas de refutar las predicciones que se desprenden de la misma nos suministra la clave del método científico²⁸.

A diferencia de la física, en que el «punto de vista» se halla expresado por una teoría susceptible de ser verificada, en la historiografía las cosas no son así. Las teorías científicas *explican* y *predicen*, para lo cual extraen *deductivamente* un enunciado que describe el suceso y utilizan como premisas de la deducción ciertas *leyes universales*, junto con ciertos juicios específicos o singulares (*condiciones iniciales*). En la historiografía carecemos de teorías unificadoras o, mejor dicho, damos por sentadas todas las leyes universales triviales de que nos servimos, puesto que no tienen interés para lo que pretendemos. Al historiador le preocupan los hechos específicos y su explicación causal, que es también específica. Por ello no tiene teorías científicas, sino tan sólo *puntos de vista*. No hay historia del pasado tal y como ocurrió, sino interpretaciones históricas y cada generación

²⁷ FERNÁNDEZ BUEY, *op. cit.*, pp. 55-56.

²⁸ POPPER, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Madrid, 1984, p. 423.

tiene derecho a las suyas propias. La interpretación historicista, según Popper, no se da cuenta de que somos nosotros quienes seleccionamos y ordenamos los hechos de la historia, sino que cree que es la historia misma, la «historia de la humanidad», «la que determina, mediante sus leyes intrínsecas, nuestras vidas, nuestros problemas, nuestro futuro y hasta nuestro punto de vista». Pero la historia no tiene significado porque la historia, en el sentido en que la entiende la mayoría de la gente, la «historia universal» como un todo unitario con sus leyes intrínsecas, no existe. «Sólo existe un número indefinido de historias de toda suerte de aspectos de la vida humana»²⁹.

Dicho de otro modo, y por seguir con el relato de Agnes Heller, *el historiador nunca encontrará al capitán Grant con vida*, lo que se supone que sí puede hacer el científico. El científico, con su método explicativo-predictivo, sólo se mueve en el espacio y no a través del tiempo, lo que le permite utilizar el poderoso instrumento de la experimentación. Pero el historiador debe contentarse con tantas teorías sobre el suceso como puntos de vista vayan surgiendo a lo largo de la investigación. En la historiografía no debe hablarse de método científico, tal como lo concibe Popper, y por ello no tiene sentido plantearse en propiedad ningún discurso del método. El historiador sólo dispone del *viejo método erudito* propio de su disciplina, que le permite reconstruir racionalmente los «hechos» a partir de la «materia empírica» que son los documentos. Pero la ciencia tiene otra forma de concebirse, distinta de la del saber erudito. En comparación con ella, la historia sólo dispone de *un número indefinido de viejos métodos empíricos y de puntos de vista subjetivos* que le permiten elaborar historias «de toda suerte de aspectos de la vida humana».

Lo que plantea Popper es hasta qué punto, una vez abandonado el «inductivismo ingenuo» como base de la ciencia, la historia puede seguir siendo considerada una disciplina científica. La culpa de que no lo sea lo tiene la ausencia de «verdaderas teorías científicas». Cabe pensar que sólo habrá «historia científica» cuando encontremos *el método* que permita el desarrollo teórico de lo que llamamos ciencia; ese otro método que se añade a los métodos o técnicas tradicionales de investigación, porque estos no bastan para convertir a la historia en una ciencia. Así lo pretende el nuevo tipo de «historia científica», en pleno auge en los años cincuenta y sesenta de nuestra centuria³⁰.

²⁹ ПОПЕР, *op. cit.*, p. 430.

³⁰ Véase la defensa de este tipo de «nueva historia» que hace FOGEL, «Historia "científica" e historia tradicional», en FOGEL y ELTON, *¿Cuál de los dos caminos al pasado? Dos visiones de la historia*, México, 1989.

Pero ello crea al mismo tiempo una nueva dicotomía, absolutamente inédita hasta el momento. *Contraponer*, por una cuestión de diferencia de método, la ciencia a la historiografía sólo se justifica desde una concepción positivista de la ciencia que cree que existe una estructura lógico-empírica única, característica del conocimiento científico. La *dicotomía ciencia/historia* resalta las diferencias entre lo que se piensa que es el método científico y lo que se considera que hacen los historiadores, si es que estos disponen de un método propio y no de un conjunto de técnicas procedentes de las más diversas disciplinas.

Frente a semejante intento positivista de hacer de la historia una ciencia, el extremo opuesto es no creer en una «ciencia de la historia», postura que como es sabido ha ganado fuerza a partir de los años setenta y que se presenta como una reacción a los «excesos» de la «historia científica». Esta reacción contra la historia concebida como ciencia no rompe tampoco la dicotomía que acabamos de exponer y sigue la misma idea anteriormente expuesta por Popper: si la historia no es una ciencia, debería descomponerse en un número indefinido de *historias* según los más diversos puntos de vista. Se convierte entonces en lo que F. Dosse ha llamado la «historia en migajas» de la tercera generación de los *AnnaLes*, que abandona por completo la pretensión de globalidad científica mantenida por los fundadores de la nueva historia³¹.

En el primer caso, cuando se quiere introducir el método de la ciencia en la historiografía, el modelo de ciencia que la mayoría de los historiadores no tradicionales toman prestado de las ciencias sociales es el positivista. Si lo fundamental en la ciencia es disponer de *Leyes*, que determinen la sucesión de las formaciones económico-sociales; o de *conceptos* y esquemas ideales que sirvan para explicar deductivamente los acontecimientos; o la capacidad de poner al descubierto la estructura relativamente permanente del proceso histórico —lo que exige dar preferencia a la *Longue durée* sobre el tiempo corto del acontecimiento—, entonces *la ciencia y el método científico se encuentran fuera de la historiografía*. El historiador hace ciencia cuando dispone de las teorías económicas que le proporciona el materialismo histórico o el programa neoclásico de investigación económica; cuando utiliza las teorías sociales del funcionalismo sociológico o la «ciencia social histórica», o cuando sigue las directrices teóricas de la antropología estructuralista.

31 DOSSE, FRANÇOIS, *La historia en migajas*, Valencia, 1988.

Pese al esfuerzo de los fundadores de los *Annales*, que deseaban convertirlo en el director de orquesta de las nuevas ciencias sociales, con semejante concepción de la ciencia acaban imponiéndose las ideas de Durkheim, Max Weber y François Simiand. Para ellos la ciencia la debían hacer los sociólogos —o podríamos añadir, los economistas, los antropólogos—, puesto que son los que disponen de grandes teorías científicas sobre la sociedad. El historiador se contentaría con recoger los materiales empíricos de los que se sirve el científico social.³² Desde la perspectiva que pone el acento en el proceso de elaboración de una «teoría científica» de la sociedad según un modelo uniforme de ciencia, el problema del método entronca con el proyecto de «una gran ciencia de lo social» que, de distinto modo, esbozaron en el siglo XIX el «espíritu positivo» de Comte y el «materialismo histórico» de Marx y Engels. Por ello no es extraño que los historiadores de los *Annales* quisieran mantener un difícil equilibrio entre la historia y la ciencia. Como señala Jacques Rancière, lo propio de la revolución historiográfica de los *Annales* no es simplemente haber sabido definir los objetos nuevos de la *longue durée*, la civilización material y la vida de las masas y adaptarles los instrumentos nuevos de la lengua de las cifras. Es haber sabido reconocer, en el canto de sirena de la edad cientifista, la amenaza de su pérdida, el dilema oculto bajo la proposición de su cientifización: o la historia o la ciencia.³³

El equilibrio no sólo se rompe cuando se disuelve la historia en una ciencia social. Corre también peligro de romperse a medida que la otra postura, igualmente extrema, suprime el calificativo de ciencia que tenía la historia por lo menos desde el siglo XIX. Como reacción a los «excesos de la historia científica», se reclama una *vuelta a las viejas tradiciones metodológicas*. Habría que abandonar lo que muchos historiadores actuales consideran una absurda pretensión cientifista, la de hacer de la historia una ciencia social. Lawrence Stone, en «El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia», publicado en 1979 en la revista *Past and Present*³⁴, hizo una dura crítica a los modelos deterministas de la historia científica. Al mismo tiempo constató un cambio de intereses en los años setenta, que iba acompañado de la vuelta a la narración. La «vuelta a la narración» se presenta como *la alternativa* a la historia

³² El punto de vista de DIIHKIEMEN y SIMIAND sobre la historia puede verse en DOSSE, *La historia en migajas*, op. cit., pp. 21-25.

³³ RANCIÈRE, *Les noms de l'histoire. Essai de poétique du savoir*, París, 1992, p. 18.

³⁴ Reproducido en el libro *El pasado y el presente* (1981), México, 1986.

científica. Se encuentra unida a la pérdida de las ilusiones puestas en un tipo de historia que había conducido a un callejón sin salida. De ahí que el rechazo a la historia científica vaya acompañado de lo que se considera que es «recuperar» una parte sustancial del viejo método, el «método propio» de la historiografía por excelencia, el más adecuado -según Stone- para «representar» los hechos del «tercer nivel». El «tercer nivel» -la cultura del grupo y la voluntad del individuo como causas y agentes del cambio tan importantes como las fuerzas impersonales de la producción material y de la demografía- interesa cada vez más a los historiadores. Pero para hacerlo inteligible no es necesario, y ni siquiera conveniente, utilizar el método científico. *La narración se concibe como lo contrario del método científico*. Consiste en organizar la materia según el orden continuo de la cronología, algo muy diferente que disponer de teorías de carácter general como las que son propias de la ciencia. Al mismo tiempo la narración se presenta como el método adecuado para estudiar un objeto que cambia constantemente a lo largo del tiempo y del que importa conocer, en cada caso, lo que tiene de único y de individual, con el fin de «reconstruir» toda la complejidad del mismo.

La «lógica de la historia», escribió Thompson en su denuncia de la «miseria de la teoría», es diferente de la lógica de la ciencia. Los conceptos y las interpretaciones de los historiadores muestran una gran elasticidad y admiten muchas irregularidades. «E incluso categorías que parecen ofrecer menos elasticidad —“feudalismo”, “capitalismo”, “burguesía”— aparecen en la práctica histórica no como tipos ideales que se llenan de contenido a lo largo de la evolución histórica, sino como enteras familias de casos especiales, familias que incluyen a huérfanos adoptados y a retoños de la mezcla de razas tipológicas. Por ello la historia no sabe de leyes ni de verbos regulares»³⁵. La historia, considerada como la suma de los productos de la investigación histórica, «cambiará, y deberá hacerlo, con las preocupaciones de cada generación o, por decirlo así, de cada sexo, de cada nación, de cada clase social»³⁶.

Si se parte del supuesto de que la ciencia posee una estructura lógico-empírica uniforme y claramente definida, se llega a dos conclusiones de signo opuesto, tan extremas como las que hemos visto. El «método científico» conduce a una «ciencia social histórica» o a hacer economía, sociología o antropología históricas, pero no a una historia económica y social como la preconizada por los fundadores de

³⁵ THOMPSON, *Miseria de la teoría* (1978), Barcelona, 1981, p. 78.

³⁶ *Ibidem*, p. 70.

los *Annales*. La historia está en inferioridad de condiciones, dado su bajo nivel de «cientificidad», al disponer sólo de antiguas y modernas técnicas de investigación, pero no de teorías científicas sobre los fenómenos sociales. Por el contrario, reivindicar el método propio de los historiadores, que ahora ya no es el de la «lectura crítica» de los documentos, sino el que les sirve para crear artificios literarios del tipo de las narraciones históricas, conduce a pensar que lo específico de la historiografía es «narrar historias *verídicas*». Para contar «historias verídicas», según Paul Veyne, el historiador necesita *reconocer* la «organización natural» de los hechos y comprender esa «mezcla muy humana y muy poco “científica” de azar, de causas materiales y de fines» que constituyen la trama o el tejido de la historia³⁷. Pero ¿se puede defender que la narración es una forma de contar «historias verídicas», como escribe Veyne, de describir los hechos del «tercer nivel», como piensa Stone, o, en palabras de Duby, una forma de exponer lo que se tiene en mente y que requiere un cierto «arte literario»?³⁸ La relación entre la escritura de la historia y la operación de construcción de la trama plantea, como señala Paul Ricoeur en *Tiempo y narración*, la pertenencia de la historia al campo narrativo definido por la citada operación configurante³⁹, y ese otro problema, el de que toda historia es siempre una narración que torna su estructura y su lenguaje de las narraciones imaginarias, parece alejar completamente a la historia del camino de la ciencia.

Paradójicamente, mientras la historiografía de los años sesenta y setenta acentuaba la fragmentación metodológica y la vuelta al relato, lo que la alejaba más y más del modelo de ciencia de Popper, el viejo y aparentemente sólido edificio de la ciencia empezaba a ser demolido por los mismos epistemólogos que se habían dedicado a levantarlo⁴⁰.

El análisis de la estructura formal de las teorías complicó el problema de la «explicación científica». El problema de la «explicación científica» centró la atención de la filosofía analítica de la ciencia, una vez se cuestionó que las teorías, para ser científicas, debían ne-

³⁷ VEYNE, *Cómo se escribe la historia* (1971), Madrid, 1984, pp. 33-34.

³⁸ DUBY, *Diálogos sobre la Historia. Conversaciones con Guy Lardreau* (1980), Madrid, 1988, p. 48.

³⁹ RICOEUR, *Tiempo y narración*, t. *La configuración del tiempo en el relato histórico*, Madrid, 1987, p. 373.

⁴⁰ FERNÁNDEZ BUEY resume, a partir del capítulo segundo de *La ilusión del método*, *oJ. cit.*, la trayectoria reciente que ha producido la demolición del edificio de la ciencia y los problemas que plantea su reconstrucción actual, sobre bases completamente distintas a las de mediados de siglo.

cesariamente formularse en términos de verificación empírica. Con ello, al principio, se pretendió reforzar aún más si cabe el ambicioso programa de una ciencia unificada, que comprendiera también las ciencias sociales y la misma historiografía a partir del modelo explicativo-deductivo. El debate anglosajón sobre la teoría de la historiografía ⁴¹ se suscitó en la filosofía analítica a raíz del trabajo de Hempel *The Function of General Laws in History* (1942) ⁴² Y en él participaron, entre otros, Patrick Gardiner- quien en *The Nature of Historical Explanation* (1952) recuperaba la tradición historicista por mediación de Collingwood y su *The Idea of History* (1946) ⁴³—, William Dray [*Laws and Explanation in History* (1957)] —que hacía hincapié en las condiciones de posibilidad más que en las leyes generales— y Georg Henrik von Wright con su modelo de explicación intencionalista expuesto en *Explanation and Understanding* (1971) ⁴⁴. A diferencia de Popper, estos filósofos de la ciencia no le negaron a la historiografía la posibilidad de disponer de teorías y de «explicaciones científicas» específicas.

Paradójicamente, cuando surgía un nuevo concepto menos rígido y más pluralista, que ponía el acento en las distintas formas de la estructura lógica y metodológica de la ciencia, el esfuerzo por plantear el problema del método en la historiografía se movía en torno a un concepto de ciencia ortodoxamente positivista. Como señala P. Rossi, la discusión sobre teoría de la historiografía, que se suscitó en el campo de la filosofía analítica de la ciencia, condujo al abandono de la unidad del modelo de explicación nomológico-deductiva, postulada por Hempel en 1942, y al reconocimiento de la pluralidad de modelos explicativos en el interior mismo de la ciencia. También ofreció una alternativa, en términos «narrativistas», a la teoría analítica de la historiografía, a partir de las ideas expuestas primeramente por John Dewey y desarrolladas más tarde por Gallie, Danto y White, aunque sin referencia a la lógica de Dewey. En todo este debate epistemológico, en el que se sitúan libros como el de Philip Bagby ⁴⁵ y el de Walsh ⁴⁶, los historiadores se sintieron poco inclinados a partici-

⁴¹ PIETRO ROSSI, en su introducción al volumen colectivo *Teoria della storiografia oggi* (3.ª ed.), Milán, 1988.

⁴² Reproducido en HEMPEL, C. G., *La explicación científica. Estudios sobre la filosofía de la ciencia*, Barcelona, 1988.

⁴³ COLLINGWOOD, *Idea de la historia*, México, 1952.

⁴⁴ WHICHT, GEORG TH. VON, *Explicación y comprensión*, Madrid, 1979. La polémica que suscitó, en TIMTIKKA y otros, *Ensayos sobre explicación y comprensión*, Madrid, 1980.

⁴⁵ BAGBY, *La cultura y la historia* (1958), Madrid, 1959.

⁴⁶ WALSH, *Introducción a la filosofía de la historia* (1961), México, 1968.

par. No vieron que lo que se discutía era precisamente el final de una concepción lógico-positivista de la ciencia y, por tanto, el concepto clásico de disciplina, que quedó sensiblemente modificado a medida que se cuestionaba una concepción única y uniforme del saber «objetivo».

Por otra parte, al menos desde la publicación en 1962 de *La estructura de las revoluciones científicas*, de Kuhn ⁴⁷, la imagen concreta de la ciencia, situada en sus correspondientes contextos sociales e históricos, sustituyó a la reconstrucción idealizada que se preocupaba por fijar de un modo abstracto el problema del método científico y lo identificaba con la lógica de producción de teorías empíricamente comprobables. En las teorías científicas hay también creencias relacionadas con visiones generales del mundo o con alguna metafísica particular que resultan determinantes y hacen difícil la comparación de las mismas en algún aspecto que, sin embargo, es esencial para pronunciarse en favor de una de las que están en pugna ⁴⁸. En el positivismo empírico-lógico se supone que una ciencia puede aportar la base para un conocimiento seguro con la ayuda de los resultados de la lógica moderna. Esta afirmación tiene un mensaje político anexo: una «ciencia de la sociedad», concebida del mismo modo que la ciencia de la naturaleza, sería capaz de conseguir un sistema social armónico y estable. Pero del mismo modo que la dimensión política del programa positivista ha resultado cuestionable, también lo ha sido su plan para la construcción de una ciencia unificada basada en la unión entre lógica y empirismo.

Por ello hoy sabemos que «la reconstrucción racional “estática” de la ciencia producida por los positivistas lógicos eran estructuras artificiales, irreconocibles para quienes en realidad practicaban la ciencia» ⁴⁹. No existe un único método científico que permita la adquisición de conocimiento cierto y seguro. En palabras de Oldroyd, lo que consideramos ciencia es «una unión fructífera constante entre elementos “disciplinados” e “indisciplinados”, una oscilación o juego dialéctico entre “orden” y “anarquía”, y un producto o combinación de elementos tanto “objetivos” como “subjetivos”» ⁵⁰. Hay diversas

⁴⁷ KIHIN, THOMAS S., *La estructura de las revoluciones científicas*, México, 1975. Ideas en este sentido ya habían sido expuestas con anterioridad por FLECK en *La génesis y el desarrollo de un hecho científico* (1935), Madrid, 1986, un año después de la *Lógica de la investigación científica* de POPPER, pero cayeron en el olvido hasta que las recuperó KIHIN a principios de los sesenta.

⁴⁸ Como reconoce LAKATOS en *La metodología de los programas de investigación científica* (1978), Madrid, 1982, p. 44.

⁴⁹ OLDROYD, *op. cit.*, pp. 548-549.

⁵⁰ *Ibidem*, pp. 551-552.

formas de racionalidad científica que son valoradas de distinta manera en sus contextos históricos y culturales respectivos. Una perspectiva sociológica, histórica y pluralista de la ciencia, como la que tenemos hoy en día, no defiende que existan categorías fijas y definidas del entendimiento que permanezcan inalterables en cualquier tipo de sociedad y de una época a otra. Por otra parte, un programa epistemológico que descansa sólo sobre una base empírica es incorrecto, como ya indicó Kant en el siglo XVIII. La idea de que la experiencia sensible pueda constituirse en «evidencia última válida» quedó recusada desde que Kant puso de relieve los elementos categoriales de nuestra percepción. En el mismo sentido Hegel, Peirce, Husserl y Adorno «han demostrado desde distintos ángulos -como señala Habermas- que no existe un saber no medido»⁵¹.

Por esta razón tiene poco sentido discutir si los historiadores hacen o no ciencia tomando como referencia el modelo de ciencia y la idealización del método científico que algunos epistemólogos elaboraron a mediados de nuestra centuria. Este modelo de ciencia es precisamente el que ha sido sometido a una dura crítica por la nueva filosofía de la ciencia, a partir de los años sesenta⁵², y el que mucho antes había empezado a ser cuestionado por los propios científicos. Quizás por ser consciente de este cambio, Bloch fue capaz de romper con la dicotomía ciencia/historia para buscar una salida; una salida distinta, es cierto, del subjetivismo hermenéutico de L. Febvre, pero mucho más alejada de la problemática durkheimiana de lo que piensa Noiriel⁵³. Para Bloch la atmósfera mental de los años cuarenta no era la misma de antes. «La teoría cinética de los gases, la mecánica einsteniana, la teoría cuántica han alterado profundamente la idea que todavía ayer se tenía de la ciencia. No la han empequeñecido, pero la han hecho más flexible.» Han sustituido «lo cierto por lo infinitamente probable; lo rigurosamente mensurable, por la noción de la eterna relatividad de la medida». Desde ese momento estamos mejor preparados para admitir que aunque no tengamos leyes inmutables, un conocimiento puede pretender el nombre de científico. Aceptamos más fácilmente hacer de la certeza y del universalismo una cuestión de grados. «Ya no nos sentimos obligados a tratar de imponer a todos los objetos del saber un modelo intelectual uniforme, tomado de las ciencias de la naturaleza física, puesto que incluso aquí

⁵¹ HABERMAS, *op. cit.*, p. 48.

⁵² MUGUERZA, «La crisis de la filosofía analítica de la ciencia», *Cuadernos Económicos de ICE* (Información Comercial Española), núm. 3-4 (1977), pp. 7-45; BROWN, *La nueva filosofía de la ciencia*, Madrid, 1983.

⁵³ NOIRIEL, *op. cit.*, p. 1444.

estos modelos han dejado de aplicarse como un todo. No sabemos todavía demasiado bien qué pasará más adelante con las ciencias del hombre. Pero sabemos que para ser una ciencia, obedeciendo las reglas fundamentales de la razón, la historia «no habrá de renunciar a su originalidad, ni tener que avergonzarse de ello»⁵⁴.

Con una concepción menos rígida de la ciencia que la del modelo positivista, se comprende que Agnes Heller no introduzca en su historia del capitán Grant la dicotomía historia/ciencia que hemos encontrado en la reflexión metodológica de los años sesenta y setenta. Esta reflexión, en el caso de los historiadores, estaba muy marcada por la referencia al *programa clásico* de la ciencia, pero el planteamiento filosófico de Heller es muy diferente. La recepción de los mensajes, la interpretación de los mensajes y el dar sentido a los diversos testimonios, relacionándolos entre sí en el marco de una teoría, presupone, como había afirmado Kuhn, una concepción del mundo que es anterior a todo ello y que se encuentra presente no sólo cuando el historiador construye una teoría, «sino cuando se embarca en el océano del pasado»⁵⁵. Hay varios tipos de teorías, más particularistas y más generales, sobre acontecimientos, instituciones y fenómenos económicos, sociales o culturales, tal como el debate analítico sobre la estructura lógica de la ciencia ha puesto de relieve. Pero este tipo de teorías son para Heller «teorías aplicadas» que dependen en gran medida de la «alta teoría». En el caso de la historia, la «alta teoría» la proporciona «una filosofía sobre la historia, y no *de* la historia; una *teoría de la historia*» en tanto que saber o *episteme*⁵⁶.

La filosofía, concebida como «metaciencia», cubre ahora también el campo de un saber científico como es la historia y se convierte en este modo en *metahistoria*. Por ello Agnes Heller se ve obligada a introducir en el relato sobre los hijos del capitán Grant un nuevo personaje, Jacques Paganel, que no forma parte de la comunidad científica de investigadores, pero que es el que proporciona *la teoría de la historiografía*. Jacques Paganel no trajo nueva información, ni ningún hecho nuevo, sino que organizó los hechos según una determinada filosofía. No trató exclusivamente del pasado, sino del pasado, del presente y del futuro. Esta manera de teorizar, según Heller, es *filosofía de la historia*, no en el viejo sentido de especulación metafísica, sino en el de *metadisciplina sobre el conocimiento histórico*.

⁵⁴ BLOCH, *Apología de la historia*, cita de la traducción catalana, Barcelona, 1984, p. 19.

⁵⁵ HELLER, *op. cit.*, p. 129.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 182.

De este modo nos encontramos ante una nueva dicotomía, como muestra el relato de Agnes Heller. Ahora no se trata de la vieja contraposición entre *ciencias del espíritu* (ciencias de 10 particular que hacen uso de la comprensión, del *verstehen*) y *ciencias de la naturaleza* (ciencias que buscan descubrir las leyes universales y para ello utilizan la explicación, el *erklaren*). Tampoco tiene mucho sentido diferenciar, como si fueran dos cosas completamente distintas, *el método de la historia* y *el método de la ciencia*, puesto que hay una gran pluralidad de concepciones metodológicas que caben dentro de lo que denominamos «saber científico». Pero si estas viejas contraposiciones han dejado actualmente de tener sentido, una nueva dicotomía se ha instalado en el interior mismo del saber histórico. Esta nueva dicotomía se manifiesta en la distinción entre el saber teórico-aplicado de la comunidad científica de historiadores y un saber que se supone propio de la filosofía, un saber que define una nueva filosofía *sobre* la historia, una *teoría de la historiografía*.

Detrás de la necesidad de distinguir, como hace Helge Kragh, un significado del término historiografía (1-12) que se identifica con los tratados sobre los acontecimientos del pasado (H1) en cuanto escritos por los historiadores profesionales, de otro significado (H3) que quiere decir teoría o filosofía de la historia, es decir, reflexiones teóricas acerca de la naturaleza del conocimiento histórico⁵⁷, se encuentra la misma apelación a la «metateoría». Es la filosofía *sobre* la historia que encarna el personaje de J. Paganel en la tercera y última parte de «los hijos del capitán Grant». En el caso de Heller, su filosofía entronca con la *teoría crítica* de la Escuela de Frankfurt y con el intento de armonizar a Popper con Kuhn. Pero hay otros tipos distintos de «metateorías» que compiten en el tercer nivel de la «alta teoría» y, entre ellas, algunas se alejan completamente del «discurso del método» de la ciencia, como ocurre con la «hermenéutica de la experiencia» de Gadamer, la «poética del relato» de Ricoeur o la «teoría del discurso narrativo» de White⁵⁸.

Con semejante división del trabajo, los historiadores profesionales se caracterizarían por dedicarse a estudiar el pasado y a exponer los resultados de su investigación. Continuarían en general con los problemas clásicos del método de indagación a partir de los documentos, de la verificación empírica de las «teorías» y de la exposi-

⁵⁷ KRAGH, *An Introduction to the Historiography of Science* (1987), traducido como *Introducción a la historia de la ciencia*, Barcelona, 1989, pp. 33-34.

⁵⁸ GADAMER, *Verdad y método*, op. cit.; RICOEUR, *Tiempo y narración*, op. cit.; WHITE, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, 1973; *Tropics of Discourse*, Baltimore, 1978.

ción de los resultados en discursos narrativos más o menos formalmente bien escritos. Su propia práctica científica lo confirmaría.

Los historiadores —ha escrito Samuel— no son dados... a la introspección sobre su trabajo y... evitan la exposición general de sus objetivos. Tampoco teorizan sus investigaciones... Cuando se enfrentan a dificultades conceptuales buscan instintivamente los «hechos» y, en vez de malgastar tiempo en especulaciones filosóficas, prefieren poner manos a la obra. Ante todo se consideran a sí mismos como investigadores oyentes atentos y observadores minuciosos, guiados por una simpatía imaginativa hacia el pasado y una percepción intuitiva de sus vestigios manuscritos y materiales. La investigación se formula en términos de datos que se conocen más que del fenómeno que debe explicarse y luego prosigue el argumento por inferencia y por medio de ilustraciones. En la medida de lo posible, la interpretación toma cuerpo en los «descubrimientos»: esto es, la selección e interpretación de los hechos. A éstos se les considera relativamente libres de problemas: siempre y cuando el investigador emplee suficiente diligencia en la recopilación de los mismos, a la larga saldrá a la superficie lo que ocurrió «realmente». Los problemas de la historiografía —es decir, de la construcción del conocimiento histórico— por lo general se dejan al cuidado de los filósofos, mientras que los historiadores defienden su causa, como dijeron los fundadores de los *Annales*, «no por medio de artículos metodológicos y disertaciones teóricas, sino recurriendo a ejemplos y hechos»⁵⁹.

En general los historiadores darían por supuesto que existe algo así como «unos métodos», con los cuales se legitima una disciplina que no todos, sin embargo, llegan a considerar una ciencia. Hablan de *los métodos*, en plural, de que se sirven para su trabajo técnico-empírico y raras veces sus reflexiones en este sentido llegan a rozar el terreno epistemológico «propio de los filósofos». De este modo dos universos de conocimiento, en palabras de Roger Chartier, desconocidos el uno del otro, habrían establecido una distancia que hoy parece infranqueable. Por un lado, la historia de los historiadores no reconoce casi nada de sus prácticas y de sus problemas en el discurso filosófico que plantea en abstracto los problemas del conocimiento histórico y caracteriza de un modo global este tipo de conocimiento. Por otro, la historia de los filósofos no suele hacer referencia a los

debates actualmente anudados, en el interior mismo de la historia, sobre la definición, las condiciones y las formas de inteligibilidad histórica, donde

⁵⁹ SAMJEL, «Historia y teoría», en *Historia popular y teoría socialista* (1981), Barcelona, 1984, p. 48.

se encuentran formuladas, sin referencia alguna a la filosofía, numerosas preguntas totalmente filosóficas ⁶⁰.

Para los filósofos, la «revolución metodológica» de la «nueva historia», con su crítica al concepto positivista de documento, no habría hecho desaparecer, en palabras de Ricoeur, «une illusion documentaire qui ne serait pas foncièrement différente de l'illusion positiviste qu'elle croit combattre» ⁶¹. Los historiadores manifestarían una concepción «prekantiana» del conocimiento. Pero, además, «los nuevos historiadores» no habrían sido capaces de darse cuenta de que el relato histórico no es sólo una cuestión de estilo o de representación de los hechos. En palabras de White, al considerar el relato narrativo como producto del talento poético del historiador y disociarlo del «método» histórico de indagación a partir de los documentos, en el ámbito de los estudios históricos la narrativa no ha sido considerada ni como producto de una teoría ni como la base de un método ⁶².

Sin embargo, toda historia, como muestra la historia de los hijos del capitán Grant, es una narración de hechos. Incluso la historiografía que rehaza la «vieja historia narrativa» porque la considera más «novelística» y «dramatizadora» que «científica», impone un discurso que «adopta una perspectiva que mira al mundo y lo relata» ⁶³. Con este fin, en definitiva, la «nueva historia» inventa un *nuevo tipo de trama* que enjuga temporalidades heterogéneas y cronologías contradictorias, para relacionar estructuras, ciclos y acontecimientos ⁶⁴. La «arquitectura de la historia», en frase de Rancière, siempre es la misma: han ocurrido una serie de acontecimientos a talo cual sujeto. Se pueden elegir otros: el poder real en vez del rey, las clases sociales, el Mediterráneo o el Atlántico, en vez de los generales o los políticos. No se enfrentará uno menos con el salto en el vacío contra el cual los rigores de una disciplina no aportan garantía: es preciso nombrar sujetos, atribuirles estados, afecciones, acontecimientos. A medida que la «nueva historia» de «la edad de la ciencia y de la democracia» se aleja de los sujetos tradicionales y de los medios de ve-

⁶⁰ ЦИХТИЕВ, "La historia o el relato verídico" (1987), en *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, 1992, p. 63.

⁶¹ RICOEUR, *Temps et récit*, to 3, *Le temps raconté*, París, 1985, p. 216.

⁶² WHITE, *El contenido...*, op. cit., pp. 42-43.

⁶³ WHITE, op. cit., p. 18, donde diferencia entre un discurso histórico que narra y un discurso que narrativiza, en este caso, «que finge hacer hablar al propio mundo y hablar como relato».

⁶⁴ Lo pone de relieve RICOEUR en las páginas dedicadas a Braudel, en *Tiempo y narración. I-Configuración del tiempo en el relato histórico*, Madrid, 1987, esp. pp. 342-352.

rificación unidos a la «visibilidad» de los grandes acontecimientos y de los grandes personajes, se enturbia el sentido de lo que es un sujeto o un acontecimiento y la manera como se puede hacer referencia al primero o inferencia del segundo, ¿Cómo el rigor de las series estadísticas probará el enunciado según el cual la burguesía ha pasado por tal estado, el proletariado conocido tal evolución o el Mediterráneo vivido tal acontecimiento? ⁶⁵.

Por ello ningún historiador puede ahora ignorar el desafío de lo que se ha dado en llamar el *giro lingüístico* ⁶⁶ o, en un sentido más amplio incluso, por reproducir el título de un artículo reciente de Samuel, «el lenguaje de los signos» ⁶⁷. El *Lenguaje de Los signos* es, según el citado historiador, «uno de los legados más duraderos del pensamiento radical de los años sesenta», «Los últimos treinta años nos han brindado una extraña paradoja». Estamos en una época en la que el ámbito y objetivos de la indagación histórica han ido ampliándose, se han descubierto nuevas áreas de investigación y nuevas materias han reclamado la atención de los estudiosos, de tal modo que las nuevas actividades han renovado el quehacer de los historiadores. Pero al mismo tiempo los historiadores están cada vez más divididos por la multiplicación de las subdisciplinas y han permanecido inmunes a la duda epistemológica. Y ello ha ocurrido justo «cuando la posibilidad de indagación histórica empírica ha sido sometida a un ataque frontal sin precedentes». El método de indagación y el modo de argumentación de la historiografía siguen siendo los tradicionales, el valor fundamental de la historia -tanto si se considera un mero registro, como si se cree que es una representación de lo que ocurrió en el pasado- parece incuestionado. Las fuentes son todavía la autoridad última. «En términos de Derrida, la historia ha permanecido irredimiblemente logocéntrica, es decir, entregada a la tradición de la indagación racional, en la creencia (o asumiendo) que el mundo es un lugar conocible.» Frente a ello, desde la perspectiva posestructuralista que celebra, como señala Raphael Samuel, la creencia posmodernista de que «todo lo sólido se funde en el aire» ⁶⁸, los «significantes» dominan sobre los «significados», «mientras que la realidad

⁶⁵ RANCIERE, *op. cit.*, pp. 7-11.

⁶⁶ HOHTY, *El giro lingüístico*, Barcelona, 1990.

⁶⁷ *History W/wrks/wp*, núm. 32, otoño de 1991 (traducido en *Historia Contemporánea*, núm. 7, 1992, p. 56). La segunda parte ha sido publicada en el núm. 33 (1992).

⁶⁸ BERMAN, MARSHALL, *All That is Solid Melts into Air*, Londres, 1983. SAMUELS expone esta idea en pp. 51-52, 69-70 y 72 de la primera parte de su artículo citado anteriormente (las páginas corresponden a la versión castellana).

exterior... está al acecho, inquieta, como una presencia fantasmal en un banquete, que va de mesa en mesa como un invitado no deseado a quien se le niega el derecho a hablar». El significado está en los ojos del observador y se va filtrando por tamices invisibles. «No existe la realidad “objetiva” que se pueda aprehender independientemente de sus representaciones.» Las contralecturas intentan librar al texto de cualquier referencia –**lo** que Derrida llama «la metafísica de la presencia»- y se centran fundamentalmente en el lector y la audiencia, en el lugar social y la identidad de las voces que compiten por el espacio narrativo.

Con todo, los «textos» no sustituyen al mundo exterior como objeto de conocimiento. Por más que tengamos conciencia de que el conocimiento está mediatizado por las estructuras lingüísticas que poseen sus objetos respectivos y se proyectan en discursos y/o relatos de una clase u otra, nada nos impide reconocer que hemos sido capaces de utilizarlas para saber más cosas «verdaderas» acerca del mundo. Si para plantear el viejo problema de un modo nuevo y acabar con la clásica dicotomía entre lo «objetivo» y lo «subjetivo» nos vemos obligados, como señala Hilary Putnam, a utilizar un lenguaje metafórico, dejemos que la metáfora, típicamente hegeliana, sea ésta: «la mente y el mundo construyen conjuntamente la mente y el mundo»⁶⁹. Esto permite desmitificar el problema del método científico, sin tener que retroceder hacia una subjetividad extrema.

La deconstrucción epistemológica del edificio de la ciencia –**por** seguir utilizando la imagen de Fernández Buey-, que parecía sólido en los años cuarenta y cincuenta, ha hecho que en este fin de siglo se estén extendiendo y radicalizando ideas que en su momento se contrapusieron al programa positivista de la ciencia⁷⁰. El «interaccionismo simbólico» de la escuela de Chicago, la «teoría de la praxis social» de Giddens, los desarrollos antipositivistas de la «teoría crítica» de la escuela de Frankfurt (Adorno, Benjamin, Habermas) y el «individualismo metodológico» unido a la problemática de la subjetividad⁷¹ han producido una demolición total del paradigma estructural-funcionalista en las ciencias sociales. En este nuevo clima epistemológico, los estudios históricos de los últimos decenios –**tal** como plantea Paolo Macry- no parecen configurar ningún paradigma his-

⁶⁹ PUTNAM, *Verdad e historia* (1981), Madrid, 1988, p. 13.

⁷⁰ Dos buenas introducciones a la situación actual pueden encontrarse en GIDDENS, A.; TURNER, J., y otros, *La teoría social hoy*, Madrid, 1990; y SKINNEH, Q. (comp.), *El retorno de la Gran Teoría en las ciencias humanas*, Madrid, 1988.

⁷¹ GOZZINI, «Dentro de la "scatola nera": individualismo metodológico e razionalità», *Meridiana*, núm. 10, septiembre de 1990, pp. 183-210.

toriográfico. Si se puede hablar de paradigma a propósito de la escuela histórica alemana del siglo XIX o de los *Annales* de Bloch y Febvre o de la braudeliana *longue durée*, la historiografía de este fin de siglo resulta menos cohesionada e identificable. La «historia científica» vivió una época de auge en los años sesenta y setenta. Dejó paso luego a una historiografía con una orientación antiestructural y anticuantitativa. A la crisis de la «historia científica» han contribuido el declive de la ciencia económica tradicional, la «historización» de las ciencias sociales y la crisis del marxismo, del estructuralismo y del funcionalismo. El lugar del análisis de los procesos «objetivos» estructurales ha sido ocupado por el mundo de los valores, de los comportamientos y de sus significados, la representación que la gente tiene de sí y de la propia realidad, las mentalidades colectivas, la cultura del pasado, la experiencia vivida... Los historiadores polemizan con los grandes conceptos -clase social, Estado, mercado- y las amplias periodizaciones utilizadas usualmente en la historiografía y prestan atención a contextos de pequeñas dimensiones, que permiten considerar el papel activo y consciente de los actores sociales. «Entre grandes modelos y propuestas microanalíticas, diagramas e indicios, sugerencias antropológicas y análisis socio-económico, el cuadro parece incierto, poco definido, *pre-paradigmático*» 72.

Más allá incluso de los *Annales* y de la escuela histórica alemana, lo que la «fragmentación» actual de las ciencias sociales y de la historiografía está destruyendo es un viejo proyecto. Se trata del proyecto de la Ilustración, que quería disponer de un saber histórico de carácter universal, raeional y metódico; un proyecto que mantuvieron, cada uno de un modo distinto, la filosofía de la historia de Kant o de Hegel, la historiografía tradicional del siglo XIX, la «ciencia social histórica» de inspiración positivista, marxista o weberiana y la «revolución metodológica» de la «nueva historia». Por eso en pleno derrumbe del viejo edificio de la ciencia, Foucault hizo un diagnóstico de la historiografía aparentemente similar al de Popper, pero en un sentido completamente opuesto. En palabras de Roger Chartier, la constatación más aguda de la fragmentación que ha producido el «trabajo efectivo de los historiadores» -**1**a investigación de los historiadores franceses de las décadas de los cincuenta y sesenta-, al romper con un pensamiento de la totalidad, la hizo Foucault en un conjunto de textos de fines de la década de los sesenta, tales como *La Réponse au Cercle d'Epistémologie* en 1968, *L'Archéologie du Savoir*

⁷² MACRY, *La società contemporanea. Una introduzione storica*, Bolonia, pp. 54-55.

en 1969 Y *L'Ordre du discours* en 1970 ⁷³. Pero en vez de defender la superioridad de la ciencia en relación con la historia, como había hecho Popper, Foucault cuestionó radicalmente el pensamiento científico y propuso *las genealogías* como anti-ciencias:

Una especie de tentativa de liberar de la sujeción a los saberes históricos, es decir, de hacerlos capaces de oposición y de lucha contra la coerción de un discurso teórico, unitario, formal y científico. La reactivación de los saberes locales -menores diría quizá Deleuze— contra la jerarquización científica del conocimiento y sus efectos intrínsecos de poder: ése es el proyecto de estas genealogías en desorden y fragmentarias ⁷⁴.

La reacción contra el sueño dogmático del normativismo a ultranza y contra la simplificación exagerada del mundo que ha realizado la razón tecnocientífica moderna tiene aspectos muy positivos. Hay que saber reconocer, detrás de ese sueño, una determinada ideología del progreso con todo su potencial destructivo e insensible al reconocimiento de la diferencia. Con los planteamientos de Thomas S. Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas* (1962), que abren el camino a una nueva imagen «relativista» y «pluralista» de la ciencia, y con el análisis de Foucault, que trata la ciencia como una forma de discurso implicado con el ejercicio del poder, no cabe duda de que es mucho lo que nos hemos alejado del discurso clásico «objetivista» sobre la ciencia y su método. Pero ello no conduce necesariamente a un escepticismo y a un relativismo extremo. No se trata de caer en el «subjetivismo» como alternativa, de oponer el saber de la experiencia al de la ciencia o de borrar las diferencias entre lo que es ciencia y lo que no pretende serlo. Los métodos de la ciencia son convenciones de diverso carácter que han sido adaptadas por grupos humanos a lo largo de una historia llena de accidentes y de caminos diversos. Pero el reconocimiento de la historicidad y de la pluralidad de un discurso «demasiado humano», como es el de la ciencia, no lleva a confundirlo con otras formas de discurso. Determinados procedimientos cuidadosamente controlados forman parte consustancial de un pensamiento racional, ordenado, crítico y sistemáticamente orientado hacia un ideal de objetividad, que es lo que llamamos ciencia. Hay que saber distinguir muy bien si la crítica al discurso del método pretende destruir el edificio de la ciencia o restaurarlo, porque no es lo mismo deshacerse del mito de una ciencia objetiva que eliminar el pensamiento racional guiado por el ideal de objetividad científica.

⁷³ CHARTIER, *El mundo como representación*, op. cit., pp. 67-69.

⁷⁴ FOUCAULT, *Genealogía (del racismo)*, Madrid 1992, pp. 23-24.

Para que los historiadores puedan participar en la reconstrucción del edificio de un nuevo tipo de ciencia no deben ser insensibles a toda la demolición que en el terreno del racionalismo se ha producido en los últimos veinte años. La investigación histórica empieza a absorber, a veces sin ser plenamente consciente de ello, el nuevo clima epistemológico de este fin de siglo. En el debate sobre «historia y posmodernismo», que un artículo de Lawrence Stone publicado en 1991 suscitó en las páginas de la revista *Past and Present*, Gabrielle Spiegel se muestra decididamente partidaria de una apreciación flexible de las formas en que el posmodernismo puede llegar a contribuir a redefinir la naturaleza de la investigación histórica y mejorar la práctica historiográfica, sin remitirse a las formas más extremas y polarizadas de esta corriente de pensamiento. De un modo ciertamente poético termina así su intervención en la polémica:

En resumidas cuentas, ¿qué es el pasado sino a la vez una existencia, ahora silenciada, existente únicamente como signo y en condición de tal atrayendo hacia sí cadenas de interpretaciones conflictivas que revolotean sobre su presencia ausente y compiten por la posesión de las reliquias, pretendiendo inscribir trazos de significado sobre los cuerpos de los muertos? ⁷⁵.

Por su parte J. Rancière considera que la historia ha de interpretarse por la forma poética de su escritura, que va unida al modo de historicidad según el cual los objetos son pensables, con el fin de explorar los múltiples caminos por los cuales pueden ser aprehendidas las formas de experiencia sin someterse al imperio maléfico del texto y de su deconstrucción, a la indistinción fatal de lo real y lo Imagmano.

Todo lo anterior, sin embargo, es perfectamente compatible con una nueva imagen de la ciencia. Como señalan Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, la ciencia clásica nació en una cultura en la que dominaba la alianza entre el *hombre*, situado en la bisagra entre el orden divino y el orden natural, y *el Dios* legislador racional e inteligible, arquitecto soberano que nos había concebido a su imagen y semejanza. Estamos en la actualidad en un punto de convergencia de las tentativas de abandonar el mito newtoniano sin renunciar a comprender racionalmente el mundo. La ciencia de hoy escapa al mito clásico porque sabe que es imposible reducir la naturaleza a la simplicidad de una realidad regida por leyes universales. Por ello la cien-

⁷⁵ Hay traducción castellana en el número 1 de la revista *Taller de Historia*, Centre d'Estudis d'Història Local, 1^o semestre de 1993, pp. 59-73, la cita de SPIEGEL en p.71.

cia de hoy no puede adjudicarse el derecho de negar la pertinencia y el interés de otros puntos de vista, de negarse en particular a escuchar los de las ciencias humanas, la filosofía y el arte ⁷⁶. En el viejo modelo de ciencia el análisis cuantitativo triunfaba sobre la diversidad cualitativa y el devenir se convertía en apariencia.

Por el contrario, la ciencia auténtica actual... está ligada a una profunda conmoción de estos modelos de explicación... Nuestro mundo es un mundo de cambios, de intercambios y de innovación. Para entenderlo, es necesaria una teoría de los procesos, de los tiempos de vida, de los principios y de los fines; necesitamos una teoría de la diversidad cualitativa, de la aparición de lo cualitativamente nuevo ⁷⁷.

Desde la perspectiva de esta «nueva alianza», la historia de los «hijos del capitán Grant», en vez de ilustrar otra filosofía del saber científico en relación con la historiografía, nos ha servido para *situar en el tiempo* los diversos modos de concebir la historiografía en relación con la ciencia. El *tiempo de la historia*, como lo define François Chatelet, es simultáneamente «*lugar de la sucesión, dominio de la Irreversibilidad y esfera de la diferencia*» ⁷⁸. Por ello, la historia de «los hijos del capitán Grant» ha proporcionado distintos tipos sucesivos de discursos acerca del método. Los protagonistas del relato histórico constituyen un colectivo heterogéneo de pasajeros subido al navío del saber histórico, que forma parte de la variopinta flotilla de la ciencia. A lo largo de la interminable travesía, los tripulantes del navío siguen elaborando modelos para comprender los documentos y proporcionando teorías con las que producir y hacer inteligible un pasado que sólo existe en forma de restos, de signos, de trazos. Pero hacen más incluso que pensarlo racionalmente con un modelo clásico de ciencia. Privilegian -por decirlo en palabras de Michel de Certeau- la posibilidad de hacer revivir o de «resucitar» el pasado, para lo cual quieren «restaurer un oublié, et retrouver des hommes à travers les traces qu'ils ont laissées», lo que implica también un género literario propio: el relato ⁷⁹. El navío del saber histórico surca una y otra vez los océanos del pasado sin encontrar jamás al capitán Grant con vida. Pero cada viaje no resulta en vano: representa una *nueva*

⁷⁶ PRIGOGINE y STENGERS, *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*, (2.ª ed.), Madrid, 1990, pp. 78-84.

⁷⁷ PRIGOCINE, *¿Tan sólo una ilusión? Una exploración del caos al orden*, Barcelona, 1983, pp. 68-69.

⁷⁸ CHATELET, *Preguntas y réplicas*, México, 1989, pp. 48-49.

⁷⁹ CERTEAU, MICHEL DE, *1.écriture de l'histoire*, París, 1975, p. 47.

experiencia del pasado humano que jamás puede ser verdaderamente revivido. El interminable trayecto no sólo permite descubrir nuevos restos de naufragios; también replantea y reformula problemas fundamentales que se habían suscitado en los viajes anteriores y que se relacionan con la conciencia histórica de cada presente. Los tripulantes del *Duncan* no descubren una catástrofe única que amontona restos de naufragios, pero tampoco acontecimientos dispersos sin relación entre ellos. Su accidentado viaje a través del tiempo los obliga constantemente a reparar el barco para comprender mejor *la experiencia del cambio y de la tradición históricos*. Porque «los hijos del capitán Grant» han comprendido que no deben dejarse arrastrar por el huracán de una razón moderna que los empuje irremediamente hacia el futuro ⁸⁰.

⁸⁰ Como puede fácilmente comprobarse, la imagen final es un contrapunto de la novena «Tesis de Filosofía de la Historia» de BENJAMIN, *Discursos interrumpidos*, Madrid, 1990, p. 183, retornando y reinterpretando una vez más la historia de «los hijos del capitán Grant» con fines distintos a los de la *Teoría de la historia*, de A. HEILER.

La Historia Oral como historia desde abajo

Ronald Fraser

En un bello ensayo en homenaje a George Rudé publicado en 1988, Hobsbawn ¹ examina las distintas formas de *Grass Roots History*, o la historia desde abajo, que se han desarrollado en las últimas décadas. Desde las nuevas aportaciones de la historia demográfica a estudios tan diversos como el de Vovelle sobre las inscripciones de las lápidas sepulcrales de Provenza -basados todos en fuentes escritas- no hay ninguno que no encuentre su aprobación. Se ensaña sólo con una forma, la Historia Oral, porque, dice, se basa en algo tan notoriamente falible para reconstituir hechos como la memoria. Y si esto no fuera suficiente, le falta una metodología en general, y una comprensión de por qué y cómo puede fallar la memoria.

Pensando seguramente en Inglaterra cuando escribió su ensayo, la crítica de Hobsbawn estaba bien fundada. Aún dominaba, y hasta cierto punto sigue dominando, lo que puede llamarse la fase populista de la Historia Oral. Bastaba, basta, que hable la gente que no tiene voz histórica, basta que por medio de sus propias palabras devolvamos su historia a aquellos que no dejarían constancia de su vida de ninguna otra forma. Como reconoce el mismo Hobsbawn esta forma de Historia Oral puede dar como resultado libros apasionantes, pero no libros de Historia. Necesitamos saber, como él dice, no sólo qué pasó, sino por qué pasó.

¹ (JOBSBAWM, *History from Below*, ell. Frederiek Krantz, Oxford, 1988, pp. 13-28.

Mucho antes de 1988 se empezó a perfilar en algunos otros países, especialmente en Italia, Estados Unidos, Francia y Alemania, unas metodologías –el uso del plural es intencionado porque en grandes líneas hay tres– que a partir de aquellas fechas han ido desarrollándose. Como creo que estas metodologías deben ser poco conocidas aquí, me parece que lo más útil que puedo hacer es intentar explicárselas, aunque de forma bastante esquemática, sin más comentarios míos, para suscitar luego después una discusión general.

Antes de entrar en el tema creo que sería útil detenernos un momento para considerar el término Historia Oral. Este término se presta a confusión porque parece que quiere ser una disciplina distinta, como la Historia Económica, cuando de hecho es una técnica para la investigación histórica. Incluso algunos que utilizan actualmente la técnica prefieren no utilizar el término, hablando más bien de *Life Stories* –Relatos de la Vida– o Por mi parte, creo que el término más adecuado sería Fuentes Orales –el nombre elegido, además, por la única revista española dedicada al tema: *Historia y Fuentes Orales*– porque es de eso que se trata.

Vamos ahora a definir lo que es esta técnica y lo que tiene en común con las tres metodologías que voy a presentarles. En primer lugar se trata de generar nuevos saberes gracias a la creación de nuevas fuentes históricas. Por cierto, estas fuentes están limitadas en el tiempo por la vida de los testigos pero son casi inagotables en su extensión –la vivencia humana– o Estas fuentes suelen ser creadas entre grupos sociales que han sido privados –o que no han tenido acceso a la posibilidad– de crear sus propias fuentes: en general las clases o grupos no-hegemónicos. Ahora bien, estas nuevas fuentes se diferencian de las fuentes tradicionales que los historiadores se han acostumbrado a utilizar en tres aspectos fundamentales. Por una parte, son la creación conjunta del testigo y del historiador. Por otra, están basadas en los recuerdos de aquél en forma de narración, y finalmente tratan de la vivencia de una persona singular. En fin de cuentas se trata de lo que Alessandro Portelli ², uno de los innovadores de esta técnica, ha llamado, «el premio y la maldición de la Historia Oral: la subjetividad».

¡Ah!, la subjetividad. Pero quiero asegurarles en seguida de que no se trata aquí de la subjetividad en sí –y menos mal, porque es un concepto de definición muy difícil–, sino de los elementos subjetivos que pueden ser accesibles al historiador. Así Portelli nos ofre-

² PORTELLI, *The Death of Luigi Traslulli and other Stories. Form and Meaning in Oral History*, New York, 1991, p. 256.

ce su interpretación. Les cito: «por subjetividad quiero decir la investigación de las formas culturales y los procesos mediante los cuales los individuos expresan su sentido de sí mismos en la historia. Desde esta perspectiva, la subjetividad tiene sus propias leyes objetivas, sus estructuras, sus mapas». Y añade: «sólo si el investigador reconoce la subjetividad como tal, y lo separa de forma metodológica de la información factual y formas intermediarias, puede apreciarse la condición cognoscitiva de la subjetividad»³.

Luisa Passerini⁴, profesora de historia en la Universidad de Torino, y la otra innovadora italiana de la Historia Oral, ha intentado dar una definición más amplia. Para ella —y resumo— hay tres puntos esenciales:

1. Las representaciones colectivas, en el sentido de Emile Durkheim, o sea un cuerpo no necesariamente sistematizado de creencias y mitos, incluyendo la religión, al cual ella añade actitudes mentales y emocionales, visiones del mundo e identidades culturales encarnadas en tradiciones escritas y orales.

2. La serie de elecciones que hacen los individuos o grupos como la familia para resolver los asuntos cruciales de su vida. La subjetividad aparece aquí como una racionalidad que no debe ser entendida como si resultara sólo de un plan consciente y *a priori*, sino como una invención y un ajuste a lo que sucede y a lo que es posible. O sea, en estas elecciones pueden mezclarse decisiones a nivel individual y colectivo, consciente e inconsciente, social y personal.

3. El entramado de lo privado y lo público que crea y mantiene las relaciones sociales, como redes, grupos y subgrupos que forman parte de entidades más largas: naciones, clases, partidos, etc. Tanto la solidaridad social como los conflictos de la vida cotidiana son expresiones de la interacción de lo objetivo —o sea, lo *dado*— y lo subjetivo. Finalmente, para Passerini, la racionalidad, entendida como la capacidad de enfrentarse con la realidad y la irracionalidad, puede estar presente en algunos o todos de los tres puntos ya mencionados.

Desde un punto de partida bastante similar, Ron Grele⁵, director de investigaciones de Historia Oral en la Universidad de Columbia,

³ PORTELLA, *ibidem*, p. ix.

⁴ PASSERINI, «People's History and Social Science History Responses to Louise A. Tilly», *International Journal Of Oral History*, t. 6, núm. 1, Nueva York, febrero de 1985, pp. 22-23.

⁵ *Envelopes Of Sound. The Art Of Oral History*, 2nd ed., Chicago, 1985, p. 142.

Nueva York, dice que la finalidad consiste en hacer que «la problemática ideológica del entrevistado se articule de forma consciente y así revele su contexto cultural para transformar una historia particular en una narración cultural». Y para Marie-Françoise Chanfrault-Duchet⁶, investigadora francesa que sigue una pista paralela a las ya mencionadas, el relato de la vida representa un sistema de significaciones completo en sí mismo –o sea, que hay que considerarlo como un *texto-o* «El deber del historiador es, pues», explica ella, «una descripción precisa de las pautas estructurales de la narrativa, de analizar la problemática compleja social que el entrevistado ha desarrollado en su relato de la vida».

Así vemos ya que la recuperación de los hechos como tal es menos importante para esta línea de investigación que la *significación* de los hechos. Para los Portelli, Passerini, Grele y Chanfrault-Duchet es fundamentalmente a través de la narración en sí que debe captarse esta significación. *Narraciones* y no testimonios de la vida, como 10 ha expresado sucintamente Portelli, que añade, y 10 cito: «La importancia de las fuentes orales consiste no tanto en su observación de los hechos, sino en su desviación de ellos, en cuanto permite que la imaginación, el simbolismo y el deseo emergen. Y éstos pueden ser tan importantes como narraciones factualmente ciertas»⁷.

En unos momentos les citaré un ejemplo que puede ilustrar esta forma de procedimiento. Pero antes quisiera detenerme en explicar otra metodología muy distinta cuyos proponentes más destacados son Daniel Bertaux, sociólogo del Centre d'Etudes des Mouvements Sociaux de París, e Isabelle Wiame⁸, historiadora francesa, que han colaborado en varios proyectos. Ellos utilizan los relatos de vida con la finalidad de investigar las relaciones, normas y procesos que estructuran y mantienen la vida social. Su campo de investigación se cierra, según Wiame, al nivel de mediaciones, en el sentido sartriano de la palabra –o sea, al nivel en que estructuras sociales amplias restringen concretamente a los individuos y familias y aquéllas, al in-

⁶ CI/ANFRALJLT-DLJCIET, «Mitos y estructuras narrativas en la historia de la vida: la expresión de las relaciones sociales en el medio rural», *Historia y Fuente Oral*, núm. 4, 1990.

⁷ PORTELLI, *op. cit.*, pp. 50-51.

⁸ WIAME, *International Journal of Oral History*, *op. cit.*, pp. 28-29. Ver también, BEHTAIX-WIAME, «L'apprentissage dans la boulangerie artisanale entre les deux guerres. Une enquete d'histoire orale», París, Groupe de Sociologie du Travail, 1976; y BEHTAIX y BEHTAIX-WIAME, «The Artisanal Bakery in France. Ifow it Lives and Why It Survives», en F. Beehhofer and B. Elliott, eds., *The Petite Bourgeoisie: Comparative Studies of the Uncasy Stratum*, Londres, 1979.

verso, pueden servir a que los actores individuales, mediante sus prácticas agregadas, influyan eventualmente sobre los procesos macro-sociales-o Así es a un nivel intermedio -ni individual ni societal, sino de un ramo de producción, por ejemplo-, utilizando relatos de la vida, que estos investigadores buscan pautas constantes que les lleven a inferir la existencia de procesos socioestructurales.

Su modo de investigación tiene tres fases: en la primera, exploratoria, recogen una serie de relatos de vida en donde esperan encontrar algunas descripciones y temas constantes -las líneas de fuerza pertinente- del grupo a investigar; en una segunda fase, analítica ésa, hacen una reflexión sobre estas constantes, y siguen con nuevos relatos de vida hasta llegar a 10 que Bertaux⁹ llama el primer punto de saturación, cuando se encuentran que las entrevistas repiten, entre otras cosas, los mismos temas. Así, «se tiene la seguridad de haber identificado un fenómeno -una norma, un rol, un proceso, el efecto de una relación estructural- que no sale ni de la imaginación (en el sentido de propensión a crear fantasmas) de los investigadores, ni de la del interlocutor mítomano: ahí está 10 social que se expresa a través de voces individuales». Una vez identificado este fenómeno hay que intentar sistemáticamente destruirlo como modelo mediante más relatos de vida que parten de otro punto de referencia para entrar en el mismo grupo. Los casos negativos, los que contradicen el modelo provisionalmente saturado, contribuyen a la vez a la verificación del modelo y a su afinamiento o reconstrucción; el proceso acaba sólo cuando se ha llegado a una verdadera saturación. «y el milagro se cumple», continúa Bertaux. «Sin que haya sido nunca cuestión de muestra representativa, el equipo ha alcanzado el punto en el que puede proponer una descripción convincente de los procesos sociales estudiados.»

Si la primera metodología -1a de Passerini, Portelli, Grele y Chanfrault-Duchet- puede llamarse *hermenéutica* -1a de Bertaux-Wiame- sería *etno-sociológica*. Aunque las diferencias entre las dos parecen irreconciliables, entre otras razones porque, como dice Wiame¹⁰, la exactitud de los relatos de vida no es 10 que principalmente importa a los primeros, mientras que para los segundos es de una gran importancia -aunque entre paréntesis yo añadiría que es una exactitud confirmada por una larga serie de relatos del mismo sector

9 BERTAUX, «Los relatos de vida en el análisis social», *Historia y Fuente Oral*, núm. 1, 1989.

10 WIAME, «The life history approach to the study of internal migration: how women and men came to Paris between the wars», en *Our Common History. The Transformation of Europe*, ed. Paul Thompson, Londres, 1982, pp. 186-200.

social-, el hecho es que tanto unos como otros son capaces de utilizar aportaciones del campo opuesto. Por ejemplo, los *hermeneúti-cos* no ignoran en total los datos aportados, ni los *etno-sociologistas* las formas de la narración. (Wiame, la historiadora francesa, en su trabajo sobre los inmigrantes provincianos en París analiza con mucha finura las distintas formas de expresarse de los hombres y de las mujeres en sus relatos de vida para sacar unas conclusiones muy interesantes. Y en su libro sobre el fascismo y la clase obrera de Torino, Passerini ¹¹ acepta los testimonios de las mujeres que entrevistó, especialmente en relación con la política demográfica fascista, como la expresión directa de un pasado vivido, prescindiendo de su propia advertencia ya citada sobre la imposibilidad de los relatos de expresar directamente los hechos y acontecimientos. Es además, en mi opinión, el capítulo más apasionante de su libro.)

A un nivel práctico, hay algo que une a todos los que utilizan fuentes orales, y eso es el saber que estas fuentes no bastan por sí mismas. Todos están de acuerdo que hay una labor anterior imprescindible, que es la de cualquier historiador o investigador: la consulta obligatoria de todas las otras fuentes primarias y secundarias que pueden tener relación con su campo de investigación. Aunque el entrevistador va al testigo para aprender de él o de ella, y no para darle una clase de historia —por cierto no hay forma más acertada para hundir una entrevista que un entrevistador que quiere impresionar al testigo con sus conocimientos—, el entrevistador necesita poder situar las experiencias relatadas dentro de su contexto socio-histórico para entender la narración y formular preguntas válidas.

Aunque me queda otra metodología para explicar, quiero aligerar esta exposición con algunos ejemplos. Tal vez porque estoy formado por tantos años de Historia Oral, en la cual una de las cosas más importantes es recoger *ejemplos* del interlocutor.

Al principio, mencioné los reparos de Hobsbawm en lo que se refiere a la memoria y su capacidad para recordar *hechos*. En su ensayo él da un ejemplo de su propia experiencia: en un pueblo del sur de Inglaterra, una revuelta de jornaleros de 1830 es recordada como si hubiera ocurrido en la época contemporánea. ¿Cómo fiarse de memorias que recuerdan lo que ni siquiera han vivido, que se equivocan en ciento cincuenta años de hechos históricamente comprobados?

¹¹ PASSERINI, *Fascism in Popular Memory, The Cultural Experience of the Turin Working Class*, Cambridge/París, 1988, pp. 150-182, traducción al inglés de *Torino operaia e Fascismo*, Bari, 1984.

Pues este caso curioso haría las delicias de Portelli¹², cuyo estudio ya casi clásico entre los que utilizan fuentes orales y que se titula *Historia y memoria: La muerte de Luigi Trastulli*, trata de un fallo de memoria colectivo en cuanto a una fecha, aunque no tan lejana y singular que el caso citado por Hobsbawm, y la interpretación del significado de este lapsus.

Se los voy a resumir brevemente, porque existe traducción al castellano que los interesados pueden consultar. En marzo de 1949, en la pequeña ciudad umbriana de Terni, Luigi Trastulli murió a manos de un miembro de la brigada especial de la policía italiana mientras los obreros salían de la siderurgia local para participar en una manifestación contra la OTAN. Ahora bien, en la memoria colectiva, especialmente entre los obreros de base, esta muerte se da como ocurrida en 1953 cuando hubo despedidas masivas de la siderurgia. Portelli comenta que la equivocación es demasiado «coherente y difundida como para poderla atribuir al mal funcionamiento de la memoria de los individuos». Incluso, cuando en sus entrevistas, que no iban dirigidas sólo a investigar esta muerte, Portelli preguntaba si el testigo no se había equivocado de fecha, éste solía hacer caso omiso de la pregunta.

Como explica Portelli, la clase obrera de Terni provenía de la experiencia partisana de la guerra y era hegemonizada por el *peI*. A pesar de unas leyendas creadas en la memoria de estos obreros de que se había intentado atacar a la policía en el momento para vengarse de la muerte del joven Trastulli — a quien además la memoria colectiva va transformando en mártir mediante imágenes cristológicas — en realidad no pudieron hacer nada. Para esta clase obrera, comenta Portelli, «no arrugarse ante las agresiones de la policía constituye un factor de soporte de la identidad colectiva». Y se habían arrugado. Pero en 1953, cuando los despidos masivos, ellos reaccionan, se levantan barricadas en las calles, y hay varios días de lucha callejera con tiroteos, sin víctimas ni heridos graves. Aunque acabaron vencidos, esta lucha se quedó gravada en la memoria colectiva como uno de los grandes momentos de la clase obrera de Terni.

Ahora bien, una muerte importante para la clase obrera como la de Trastulli — víctima de la violencia antiobrera, de la violencia de clase — no puede considerarse un hecho accidental ocurrido en una manifestación política de *rutina* como la manifestación en contra de la OTAN. «Un hecho de esa naturaleza forzosamente debe estar pre-

¹² PORTELLI, *op. cit.*, pp. 1-26. Hay traducción en castellano en *Historia y Fuente Oral*, núm. 1, 1989.

cedido y debe ir seguido por circunstancias de importancia similar... Los despedidos y las barricadas constituyen el contexto adecuado al dramatismo del acontecimiento.» Además, colocar la muerte de Trastulli en el contexto de las luchas de 1953 les confiere a éstas unos tintes de dramatismo sin duda necesarios para que el relato pueda ser percibido completamente, de manera satisfactoria.

De esta historia Portelli saca dos conclusiones que nos pueden interesar. A nivel *simbólico*, la muerte de Trastulli representa la experiencia coyuntural de la lucha de clases en Terni durante el primer decenio de la posguerra. El acontecimiento se transfiere hacia otro contexto para que se pueda acoplar al principio de la causalidad adecuada. A nivel *psicológico*, la dinámica y la cronología del acontecimiento se manipula de tal manera, que pueden contrastar el sentido de humillación por sí mismos provocado por la falta de respuesta ante la muerte de un compañero. Y Portelli acaba diciendo que nos encontramos delante «de productos generados por el funcionamiento activo de la memoria colectiva, generados por procedimientos coherentes que organizan tendencias de fondo... El hecho histórico relevante, más que el propio acontecimiento en sí, es la *memoria*».

Me hubiera gustado darles otro ejemplo de la memoria de *longue durée*. Así, indicaré sólo el tema: al relatar su vida, y especialmente sus muy tensas relaciones de criada con su ama en los años treinta, una campesina francesa se expresa con imágenes estereotipadas de las revueltas campesinas de los Croquants y de las *Jacqueries* de los siglos XIV al XVII, y también con otras de la Revolución francesa. Marie-Françoise Chanfrault-Duchet¹³, la autora y entrevistadora de esa señora, que utiliza el relato como texto para luego deconstruirlo, propone que el mito del cual surgirían estas imágenes constituye un *medium* que permite al narrador comunicar en términos sociales —es decir, en términos de *representaciones colectivas*— su experiencia vivida y el sentido que él le confiere en el relato. Y esta campesina utiliza estas imágenes estereotipadas porque rechaza identificarse con otro modelo posible —el del campesino pasivo que se inclina ante «nuestro señor»— para hacer operar un sistema de representaciones que remite a elecciones ideológicas que vienen a legitimar sus actos. Así inscribe su vivencia en una tradición, la revuelta campesina.

La cuestión que seguramente se les habrá ocurrido en seguida —¿cómo es posible que tales mitos pueden continuar vivos a través de cinco siglos?— forma también parte de la investigación, mediante fuentes escritas, que demuestran que a partir de 1840 hubo cancio-

¹³ CHANFRAIJLT-DUCIET, *op. cit.*, pp. 11-21.

nes populares, ya finales del siglo una novela, que repetían los mitos principales de aquellas revueltas. En los años setenta de este siglo hubo una serie de televisión basada en la novela que la interlocutora recuerda haber visto con gusto. No voy a seguir más lejos con este ejemplo porque la versión castellana puede consultarse en el número 4 de *Historia y Fuentes Orales* bajo el título, «Mitos y estructuras narrativas de la historia de la vida».

Un ejemplo que quiero citar más extensamente, porque explica ese «funcionamiento activo de la memoria colectiva» de que habla Portelli y al mismo tiempo nos lleva a otra línea metodológica, trata también del campo francés. Dos investigadores franceses querían indagar qué impacto había podido tener entre los campesinos la gran expansión de escolaridad a finales del siglo pasado. Esta expansión se había estudiado a fondo; pero de lo que los campesinos y artesanos rurales habían hecho de sus nuevas posibilidades de alfabetización no se sabía casi nada. Sólo una cosa se sabía: que a principios de este siglo había salido a la calle en París una serie de libritos sencillos, romances, etc., que parecían haber tenido un gran éxito de mercado.

Los investigadores, Michel Rozon y Anne-Marie Thiesse¹⁴, eligieron varios pueblos e iban con su pregunta: ¿qué leía usted en su juventud? Las respuestas fueron las mismas: «no leíamos nada, no teníamos tiempo, nuestro destino era trabajar. Los ricos, los propietarios fueron los únicos que tenían tiempo para leer». Insatisfechos con la respuesta estereotipada pero aún sin entender su sentido profundo, pensaron que habría que elegir otra manera de formular la pregunta. Ya que leer forma parte del ocio, volvieron para preguntar qué habían hecho sus interlocutores en sus ratos libres. El resultado no fue mucho más halagüeño: aunque unos pocos comentaron que habían leído alguna cosa, en general los testigos no recordaban el ocio con muchos detalles, y solían hablar más bien de su trabajo. Esto dio la pista a nuestros investigadores: tenían que situar el ocio dentro del contexto del trabajo, había que recoger relatos de vida. Ahora los resultados fueron impresionantes: los testigos llegaron a confiar en los investigadores porque éstos se interesaban por todos los aspectos de su vida y, recordando su trabajo, recordaban con más detalles sus pocos momentos de ocio y finalmente sus lecturas. Cuando los investigadores sacaron una lista de los títulos de la serie de libritos ya men-

¹⁴ BOZÓN y THIESSE, ponencia presentada al 4.º Congreso internacional de Historia Oral, Aix-en-Provence, 1982 (ejemplar mecanografiado).

cionada, muchos no sólo reconocieron los libros, sino que contaron la trama.

Si esta reactivación de la memoria se ciñera a un caso individual, no tendría mucha importancia; pero como fenómeno generalizado tenía otro cariz que había que situar en su contexto social. Y en primer lugar, no el hecho de recordar sino el del olvido original. Los investigadores llegaron a la conclusión que era un olvido «ideológico». Con eso querían decir que sus interlocutores habían asumido, incluso a nivel de la memoria, la ideología dominante que no les asignaba el papel de «lector» que era reservado para las clases dominantes. Su papel era el de trabajar. La reactivación de la memoria mediante -y sólo mediante- la posibilidad de relatar sus vidas, de valorizarlas, en particular el trabajo, les permitió romper -aunque fuera sólo momentáneamente- con la ideología dominante. «Para llegar a la verdad era necesario reconstruir la lógica social del discurso autobiográfico popular», comentan los investigadores.

La tercera y última metodología que voy a explicar se debe a Lutz Niethammer¹⁵, profesor alemán de historia contemporánea. No convencido del término Historia Oral, pero sin proponer otro, para él la metodología debe entenderse como algo análogo a la arqueología para los historiadores de la antigüedad, esto es, una heurística interdisciplinaria dado que las fuentes no son directamente accesibles y la forma en que se las investiga determina su carácter. A pesar de que los restos de la memoria no tienen la calidad de fragmentos de cerámica, Niethammer entiende que la Historia Oral puede crear de forma fragmentaria las bases para una nueva comprensión de la historia socio-cultural del pasado inmediato, y en particular de lo que él llama la *experiencia*, en cuanto el investigador tiene una comprensión de la historia en general.

Para Niethammer, pues, la experiencia sustituye a la subjetividad de los Passerini, Portelli y Grele, etc. El concepto de la experiencia de Thompson le parece útil porque, según él, explica los juicios de valor y las estructuras del pensamiento en relación a la percepción de un conjunto de condiciones estructurales y acontecimientos interpretados como históricos. (Entre paréntesis, diría que parece haber tomado en cuenta el argumento de Perry Anderson en contra del uso ambiguo que hace Thompson de la palabra experiencia.) Niethammer reconoce, no obstante, que queda un hueco en el pensamiento entre la subjetividad expresiva y la objetividad construida de las es-

¹⁵ NIETHAMMER, «¿Para qué sirve la H. O.?», *Historia y Fuente Oral*, núm. 2, pp. 3-26.

estructuras –**un** hueco que Pierre Bourdieu ha intentado llenar con su teoría de la «costumbre» o el «hábito»-. Estas son las estructuras interiorizadas en el proceso de socialización que se convierten en una segunda naturaleza, en gran parte inconsciente y duradera, que regulan de alguna forma las acciones futuras por ser una externalización de esta segunda naturaleza que «integra toda la experiencia pasada» sin ser reflejos mecánicos y atemporales.

De lo comentado hasta ahora, se puede deducir que para Niehammer el campo de investigación consiste en indagar las configuraciones previas que forman las pre-estructuras para una praxis futura –**el** campo del subconsciente socio-cultural que trasciende la transferencia consciente entre la experiencia como conocimiento y la experiencia como la capacidad de comprender y actuar-**o** Pero advierte que la entrevista como conversación narrativa no puede indagar al nivel de la costumbre de Bourdieu, porque sus límites son los niveles conscientes y pre-conscientes –**la** memoria latente-. En esto, **discrepa**, pues, de Passerini y su definición de un aspecto de la subjetividad accesible al historiador.

En la práctica Niehammer comparte la opinión de Bertaux-Wiame que la única forma de proceder es mediante una cantidad considerable de relatos de vida para ver si ciertas pautas de respuesta subjetivas aparecen con regularidad para un período de tiempo específico. Es imprescindible relacionar esta investigación con la de las estructuras sociales, utilizando todas las fuentes, aun las más fragmentarias, para negar a conocer con precisión las condiciones objetivas para períodos de tiempo limitados.

Les daré ahora un ejemplo de una de las investigaciones de Niehammer. Se trata de mineros alemanes de principios del siglo durante la gran expansión de la cuenca de Ruhr –**o** sea, inmigrantes rurales trabajando por primera vez en las minas-**o** Todas las fuentes escritas afirman tajantemente que estos inmigrantes fueron inestables, no se adaptaron a sus nuevas condiciones de trabajo y nevaron una vida miserable. En las entrevistas, los antiguos mineros dieron constantemente unas respuestas que contradecían por completo esta visión de su existencia: hablaban de su vida cotidiana en términos de **independencia**, libertad y cooperación. A primera vista había algo muy contradictorio en esta nueva visión porque, como comenta Niehammer, se suele pensar que la seguridad material es una pre-condición de la independencia y la libertad. Pero cuando la investigación llegó al punto de poder reconstruir con precisión la vida cotidiana y las condiciones de trabajo en las minas, se dio cuenta que la visión tradicional y la de los mineros eran perfectamente compatibles.

Las condiciones de trabajo entonces vigentes exigían el trabajo en grupo, la vivienda era inevitablemente cooperativa y existía una movilidad muy elevada, debida a la gran escasez de mano de obra. Así, las condiciones de vida miserabilísimas de estos mineros sólo podían mitigarse mediante un grado muy alto de cooperación, auto-organización y liderazgo.

No pretendo que las tres metodologías que acabo de trazar a grandes líneas sean las únicas -falta, por ejemplo, la de archivo, la recogida de fuentes orales para el historiador futuro¹⁶, muy desarrollada en Estados Unidos, y que se está estrenando en España con las fuentes orales sobre la organización de los Juegos Olímpicos de Barcelona y los proyectos alicantinos y vascos sobre la guerra civil- o se podría igualmente hablar de su uso pedagógico -en escuelas primarias británicas y entre minorías étnicas norteamericanas- o terapéutico en la gerontología, sin mencionar los usos más «tradicionales», si se puede decir, representados, por ejemplo, en el trabajo innovador de Ana Monjo¹⁷ sobre una colectividad industrial barcelonesa durante la guerra civil, y ahora sobre la cultura de la calle anarquista en Barcelona.

Debe quedar claro, pues, que las tres metodologías que he comentado no son aún mayoritarias y que no han solucionado todos los problemas. Pero sí creo que son actualmente las más avanzadas en su intento de enfrentarse con el problema de la memoria y la subjetividad a nivel histórico. Y aunque sea menos evidente, tal vez, de lo que he comentado, la Historia Oral es de por sí interdisciplinaria: hemos ido aprendiendo de la antropología, de la psicología, de la sociología, y últimamente de las nuevas tendencias de la teoría literaria. Así, en su propia praxis, la Historia Oral puede servir para romper las barreras bastante artificiales de las disciplinas académicas.

Antes de acabar, permítanme unas últimas consideraciones: la problemática de la memoria, por una parte -sus deformaciones mediante transposiciones y condensaciones, que en gran medida son ne-

¹⁶ Recogida de fuentes orales para el historiador futuro. Empezó en 1948 —fecha clave para la Historia Oral contemporánea— en Columbia University, Nueva York, con entrevistas con destacados políticos, científicos, empresarios, etc. Columbia tiene actualmente más de ciento cincuenta mil horas de entrevistas transcritas; otras universidades norteamericanas la emularon pronto y hoy por hoy hay testimonios para todos los gustos en los *campus* de Estados Unidos. Su valor para el historiador futuro queda por ver.

¹⁷ MONJO, ANA y VEGA, CARMÉ, *Els treballadors i la guerra civil*, Barcelona, 1986, y MONJO, ANA, «La calle como complemento del sindicato en Barcelona de 1930 a 1939», *Historia y Fuente Oral*, núm. 7, 1992, pp. 85-98.

cesarias a cada individuo para hacer compatible la memoria con la imagen de sí mismo, una imagen que está sujeta a cambios permanentes-, y por otra parte, el hecho de que es esta imagen la que el entrevistador recoge en la conversación narrativa que constituye la entrevista -estos hechos, harto conocidos por cualquiera que trabaje en la creación de fuentes orales-, hacen que nos encontremos casi inevitablemente más bien en el campo de la interpretación que en el de la explicación.

Algunas historiadoras y sociólogas feministas norteamericanas¹⁸ que, gracias a su trabajo de recoger fuentes orales, han llegado a criticar como «ingenua» una cierta visión de la investigación feminista, comparten hoy día algunos de los principios de la etnografía posmoderna: concretamente la idea de que la historia oral no puede pretender ser una representación de la cultura, sino que es una construcción cultural, tanto de sí misma como de la otra. Piensen lo que piensen de esto, piensen incluso que aunque llegemos al nivel de la saturación, nos tropezamos siempre con un hecho cierto: que somos nosotros, los investigadores, quienes hemos contribuido a crear las fuentes que vamos a analizar. Y esto nos lleva a un punto metodológico fundamental para los que practican la forma hermenéutica: el investigador tiene que estar presente en el texto final. Ron Grele¹⁹, por ejemplo, escribe que si el investigador falla «nos falta también la información necesaria para descubrir la praxis política de la entrevista y, en consecuencia, es imposible entender el contenido ideológico de las interpretaciones y su contexto».

A pesar de sus problemas, las fuentes orales nos proporcionan dos ventajas considerables, en mi opinión. Como, por su naturaleza, son simultáneamente representaciones de situaciones y de reacciones a estas situaciones, o sea, de las estructuras y de la praxis, ponen en tela de juicio cualquier intento de concebir la realidad socio-histórica tanto como el resultado de estructuras «objetivas» puras o como el resultado de la acción subjetiva pura. Por eso creo que es mediante la praxis del sujeto que las fuentes orales pueden captar mejor la experiencia -en sus dos términos usuales- y la subjetividad para fines históricos.

Por otra parte las fuentes orales ponen en duda la historia teológica, la tendencia a enfocar la investigación sólo en términos de

¹⁸ Ver, p. ej., *Women's Words, The Feminist Practice Of Oral History*, cd. Sherna B. Gluck y Daphne Patai, Nueva York/Londres, 1991, especialmente la 3.ª parte, «Dilemmas and Contradictions».

¹⁹ GRELE, «¿Quién y por qué contesta?», *Historia y Fuente Oral*, núm. 5, 1991, p. 119.

lo que logró imponerse, en la indagación sólo de los orígenes y responsabilidades históricas. Las fuentes orales nos permiten restablecer las contradicciones y ambigüedades de situaciones históricas, y en particular los deseos **-para no decir el deseo-** de los que participaron en los acontecimientos que nos relatan.

Voy a terminar con un comentario, tal vez una *súplica*, a nivel personal. Estoy convencido de que, en el mundo tan complejo actual, los historiadores tienen una responsabilidad muy grande de explicarnos cómo hemos llegado a este momento de la historia humana. Estoy igualmente convencido que no estoy solo al pensarlo, que hay un público de lectores que esperan lo mismo. Buena historia, bien escrita y accesible a lo que es, sin duda, una minoría del público en general, pero no obstante una minoría importante. Cuando veo de uno y otro lado del Atlántico la cantidad de historia producida que parece ser dirigida a otros historiadores profesionales, por las razones que sean, me pregunto si los historiadores no han perdido su rumbo como intelectuales. En el mercado público la moneda mala inevitablemente reemplaza la buena **-y así pasa también con la historia-** Mala historia se vende a montones, y la otra se refugia en la sala de banderas de los cuarteles de invierno.

Digo esto pensando no sólo en la historia en general, sino más especialmente en los historiadores que utilizan fuentes orales y que cada vez más parecen hacer caso omiso del hecho que el origen de sus fuentes son personas humanas, experiencias vividas. No hay nada más irónico que ver estas experiencias reducidas a una fuente de análisis exá-nime por el historiador que, como un Jehová, se erige en juez implacable del sentido profundo de esta vivencia, devolviendo a sus interlocutores una realidad en la cual se les silencia otra vez.

El ojo de la aguja

¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?

Justo Serna
Anaclet Pons

«Todos los días tienen su historia, un solo minuto daría para contar durante años, el mínimo gesto, el desbroce minucioso de una palabra, de una sílaba, de un sonido, por no hablar ya de los pensamientos, que es cosa de nunca acabar pensar en lo que se piensa, o se pensó, o se está pensando, y qué pensamiento es ése que piensa el otro pensamiento, no acabaríamos nunca.»

José SARAMAGO, *Alzado del suelo*

«-¡Al fin!, hemos dado con un indicio -dijo Valentín, blandiendo el bastón-o Aquella vidriera rota...
-¿Qué vidriera? ¿Qué indicio? -preguntó el inspector-. ¿Qué prueba tenemos para suponer que eso sea obra de ellos?

Valentín casi rompió su bambú de rabia.

-¿Pues no pide prueba este hombre, Dios mío? -exclamó--. Claro que hay veinte probabilidades contra una. Pero, ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿No ve usted que estamos en el caso de seguir la más nimia sospecha, o de renunciar e irnos a casa a dormir tranquilamente?»

G. K. CHESTERTON, *El candor del Padre Brown*

1. Uno de los hechos más sorprendentes de la reflexión historiográfica española es el tratamiento dado a la microhistoria. En efecto, si repasáramos algunos de los textos historiográficos más conocidos

producidos en nuestro país durante la última década veríamos cómo se comparte un silencio, de entrada, incomprensible en torno a esta corriente. Las obras de Josep Fontana (1982), Pelai Pagés (1985), Santos Juliá (1989) y Tulián Casanova (1991) no contienen ni una sola página que haga referencia a lo que aquella significa. O por considerarse poco relevante o, como confesaba Juliá, «por razones lingüísticas», lo cierto es que la microhistoria (italiana, particularmente) no ha merecido atención alguna en las obras mayores de la historiografía española ¹.

Tal vez, el silencio se deba sin más al retraso con el que se ha dado cobijo a una corriente que era, en los propios años ochenta, cuando alcanzaba resonancia internacional. Si esto es así, la sorpresa que suscita este tratamiento se incrementa aún más precisamente cuando se acusa recibo de las últimas novedades llegadas de Italia. Dos hechos lo prueban. Por un lado, algunos historiadores han venido insistiendo en la escasa calidad de la producción local en comparación con los resultados obtenidos, por ejemplo, por la microhistoria en el país cisalpino ². Por otro, el último libro de Josep Fontana contiene una requisitoria, tan dura como breve, contra lo que esta corriente significa. Esta última referencia tiene mayor enjundia que las anteriores por la difusión que adquiere el texto y porque, por primera vez, algún historiógrafo español se decide a describir, aunque

¹ Los libros a los que nos referimos son: FONTANA, J., *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, 1982; PAGÉS, P., *Introducción a la historia: epistemología, teoría y problemas de método en los estudios históricos*, Barcelona, 1985; JULIÁ S., *Historia social/Sociología histórica*, Siglo XXI, Madrid, 1989; CASANOVA, J., *La historia social y los historiadores*, Barcelona, 1991.

Fuera de estos textos, ha habido excepciones notables en lo que a la difusión de la microhistoria se refiere: coloquios como el celebrado en Valencia en noviembre de 1988 u otros organizados por la revista *L'Avenc*, que ha sido la que más se ha ocupado del tema. Más recientemente, la microhistoria ha comenzado a gozar de un crédito notable, sobre todo a partir de la publicación de una colección tan interesante como discutible como es la denominada «Microhistoria».

² Entre las diversas declaraciones efectuadas al respecto, destaca, por ejemplo, la que realizara RICARDO GARCÍA CÁRCCEL, en unos términos durísimos: «la historia local que se ha hecho en España no tiene nada que ver con la microhistoria a la italiana, ni con el ejercicio inductivo que toda investigación histórica a la anglosajona presupone: ha sido mero caldo de cultivo del chovinismo parroquial o de estériles erudiciones de dilettantes curiosos» (*El País*, «Babelia», 3 de julio de 1993). En una orientación similar se expresaba también recientemente SANTOS JULIÁ al reivindicar desde las páginas del mismo periódico la obra microhistórica de, por ejemplo, Natalie Zemon Davis, la cual, a su entender, podía aportar guías y nuevos caminos a la investigación española. Sin embargo, nuestra historiografía se hallaría, por desdén o por desinterés, ante «un abismo insalvable, una frontera que (quizá) no sabremos franquear» (*El País*, «Babelia», 19 de junio de 1993).

sea en dos párrafos, qué es la microhistoria. Según Fontana, sus características son las siguientes: es «una forma peculiar d'història narrativa», próxima a la historia de las mentalidades, y desarrollada «sobretot a Itàlia», desde *Quaderni Storici*, teniendo a Carlo Ginzburg como «un dels representants més caracteritzats»; ese relato microhistórico produce textos que, en ocasiones, «no passen d'anecdotes», u otros que «exploren casos individuals», ubicados en un contexto, con el fin de «discutir-ne la pretesa universalitat de les regles amb que se'ls interpreta habitualment»; en fin, los esfuerzos teóricos de los microhistoriadores, que, a juicio de Fontana, sólo conducen a replanteamientos del método detectivesco, acaban cometiendo el abuso de incorporar autores como Thompson a empresas como ésta a la que es totalmente ajeno el autor británico³.

Ante todo, las alusiones que acabamos de reproducir lo que pueden provocar en el lector es cierta perplejidad. Por un lado, la microhistoria italiana se presenta como un paradigma de referencia positivo, casi el único –se nos dice– que ha sabido sortear la crisis de la disciplina histórica. Al menos, eso afirman algunos de los que hasta hace bien poco nada nos decían de aquélla en sus libros. Por otro, se la condena sin paliativos, dado que, según se señala, no ofrece nada relevante fuera de anécdotas o casos excepcionales, lo que, a la postre, daría como resultado una historia indiferente. Sin embargo, ni unos ni otros definen con rigor qué es realmente la microhistoria y qué es lo que puede aportar de significativo a la construcción del discurso histórico, más allá de alguna alusión a Carlo Ginzburg y su famoso molinero o a Davis y su recuperado Martin Guerre. En ese sentido, descalificaciones radicales o alabanzas desmesuradas pierden fuste al no disponer de una referencia cierta de aquello sobre lo que se habla. Pues bien, nuestro propósito es intentar recuperar las reflexiones que los propios microhistoriadores han hecho acerca de esta corriente, de su propio trabajo y de las implicaciones teóricas que tiene.

³ FONTANA, J., *La història després de La Jí de La història*, Vic, 1992, pp. 17-18. Este libro, que es una nueva muestra del carácter corrosivo y del inagotable conocimiento bibliográfico del autor, contiene algo así como una guía para perplejos. Admitida la fragmentación sin límites de la investigación histórica, nuestro autor proporciona un mapa de las corrientes actuales para así evitar las recaídas en itinerarios peligrosos. Por eso no son extrañas ni las afirmaciones citadas en la nota anterior ni algunas de las frases admonitorias que FONTANA nos ofrece en su libro. Así, por ejemplo, nos dice: «Tampoc no hi ha perills (...) en la major part del treball de Hoger Chartier» (p. 95).

2. La primera impresión que el lector se puede llevar de la consulta de los manifiestos programáticos de los microhistoriadores italianos parece justificar la escasa precisión con la que se refieren a ella los autores españoles antes citados. Y ello a pesar del éxito internacional alcanzado. No contamos con ningún texto teórico-sistemático que defina con rigor el paradigma bajo el cual se han amparado investigaciones muy distintas y de desigual valor. Carecemos igualmente de obras de índole enciclopédica que reúnan el saber convencional de la nueva corriente. No contamos tampoco con ninguna publicación periódica que se reconozca como portavoz oficial o autorizado de los avances obtenidos o de los diferentes *works in progress*. No existe espacio institucional o académico que permita ser identificado como el recinto de la ortodoxia historiográfica. En definitiva, de lo enumerado parece inferirse que la suerte de la microhistoria italiana no ha seguido una trayectoria similar a la descrita regularmente para *Annales*. La hegemonía lograda por el círculo de historiadores reunidos en torno a esta última publicación ha sido fruto de la renovación del objeto, del método y del discurso históricos, pero *también* de una estrategia útil para una guerra de posiciones en el seno del ámbito académico francés, y de un canibalismo intelectual ejercido sobre las otras ciencias sociales. Además, la sutil adaptación de los «nuevos historiadores» franceses a la alta divulgación realizada a través de los *mass media* ha venido a consumir una operación de prestigio cuyos cimientos casi nadie discute. Estos mecanismos de absorción de poder, y otros que pudieran describirse, no los hallamos, al menos en el mismo grado, en el caso de la microhistoria. Parece, en efecto, como si su éxito internacional hubiera dependido de dos elementos inextricablemente unidos que, aunque también se dan en el seno de *Annales*, fueran aún más dirimientes en el caso de nuestros colegas cisalpinos.

Por un lado, quizá quepa atribuir una parte importante del reconocimiento internacional a un factor azaroso como es el de una cualidad personal. En concreto, alguno de los que se han llamado microhistoriadores son excelentes *escritores*, y sus obras son un prodigio de sabiduría narrativa. Nos referimos, por ejemplo, a Carlo Ginzburgo. Por otro, difundida la etiqueta -microhistoria-, los ávidos lectores de la nueva corriente han podido hallar un ámbito -aunque no institucional- en el que reconocer los avances e identificar a sus protagonistas. Hablamos del editor Einaudi y, en concreto, de su colección «Microstorie». Estos dos hechos no son, sin embargo, dos sucesos azarosos y que nada tengan que ver entre sí. Son, por el contrario, dos fenómenos que se presentan íntimamente relacionados

para quien conozca con algún detalle la evolución intelectual de la Italia de posguerra. La editorial, que -como se sabe- ha sido el baluarte cultural de la izquierda resistente y exquisita frente al fascismo, fue producto de la colaboración de Leone y Natalia Ginzburg, de Cesare Pavese e halo Calvino, entre otros, además de su principal inspirador: Giulio Einaudi. Eran aquéllos, como los ha descrito Calvino, años de mocedad, pero sobre todo eran años de resistencia política y de inquietud intelectual, universal, de amistades compartidas y de excitación literaria⁴. Pero, en conjunto, eran años de riesgo y de extrema crueldad: Leone Ginzburg, como nos recordaba Norberto Bobbio, moriría en la cárcel después de ser torturado, «sin concluir su obra, sin dejarnos un mensaje. Por eso no podemos resignarnos; ni perdonar», apostillaba. De todas las personas que rodearon a Einaudi en la guerra o en la inmediata posguerra, aquella que, a juicio del editor, más firmemente mantuvo la continuidad de dicha empresa cultural, aquella que *custodió* los valores de la casa, y se mostró siempre como su conciencia crítica, fue Natalia Ginzburg. En fin, en el transcurso de varias décadas, la editorial se ha renovado, ha incrementado sus colecciones, y ha incorporado a prestigiosas figuras del mundo cultural italiano reciente en calidad de asesores. Uno de los casos que Giulio Einaudi subraya de una manera explícita es precisamente el de Carlo Ginzburg, hijo de Leone y de Natalia⁵. En el seno de esta editorial, la historia, después de la larga atención prestada a la literatura, fue la que inauguró en los años sesenta la serie de las denominadas *grandes obras* de la casa: la *Storia d'Italia*, la *Enciclopedia*, etc. Pero fue también la historia la que, además, encontró su colección específica: «Microstorie», iniciada a principios de

⁴ Véase, por ejemplo, la descripción que del ambiente de Einaudi hace este escritor en su «Nota introductoria» a su propio libro *Los amores difíciles*, Barcelona, 1989, pp. 9-26. Una descripción más completa de todo el clima político-intelectual italiano de la época se contiene, por ejemplo, en BOBBIO, N., *Perfil ideológico del siglo XX en Italia*, México, 1989.

⁵ EINAUDI, G., *Fragmentos de memoria*, Valencia, 1990, pp. 57-58 y 93. El propio CARLO GINZBURG reconocía su posición privilegiada en relación con el clima cultural en el que se desenvolvía su familia, y, especialmente, con respecto a EINAUDI: «At the same time, I certainly have been privileged in my career as a result of being a member of that kind of family, privileged for different reasons, for social reasons -my family was connected to a lot of people—. I am not saying that Einaudi has published me simply because I was my father's and my mother's son, but I was in some way already a member of that group when I began. I was certainly closed to intellectual life than other people. And having been born in that family I had some intellectual privileges of which I became conscious later on. In some way I took them for granted for many years.» Véase LIHIA, K., y GANDOLFO, R., «Carlo Ginzburg: an Interview», *Radical History Review*, núm. 35, 1986, pp. 89-111, esp. p. 90.

la década de los ochenta y dirigida por Cario Ginzburg y Giovanni Levi, este último *también* emparentado con el anterior⁶).

¿Qué interés tiene este apunte informativo que vincula al autor de *I formaggi e i vermi* con la casa editorial en la que publica regularmente? Quizá este anecdotario de la trastienda de la microhistoria permita entender el hecho capital que ahora nos ocupa: ¿por qué se identifica, según el procedimiento de la sinécdoque, la microhistoria con Carlo Ginzburg? ¿Es razonable que esto sea así? ¿Es la microhistoria una forma especial de investigación definida principalmente por Ginzburg? Y en el caso de que esto sea así, ¿agota su definición la práctica microhistórica? La primera respuesta a estos interrogantes es toda una paradoja historiográfica: mientras la producción microhistórica se identifica internacionalmente, sobre todo en el ámbito anglosajón, con el modelo impuesto por Ginzburg —no por casualidad este último es catedrático en la UCLA—, en Italia, las primeras reflexiones sobre el proceder microanalítico en historia son anteriores a las obras mayores y más conocidas de aquél y, además, con una orientación que no es idéntica. Simplificando, podríamos decir que la versión más divulgada, o, al menos, aquella que mejor exportación ha tenido, es la que entiende como sinónimos *paradigma indiciario* y microhistoria y, por tanto, la que sigue el modelo de interpretación conjetural —basado en la inferencia abductiva de Pierce— implantado a partir de los vestigios dejados por el célebre molinero Menocchio. Como apuntaba recientemente Alberto Mario Banti, a partir de la publicación en 1979 de «Spie. Radici di un paradigma indiziario», «le acque si confondono, ed una nuova accezione di microstoria (la difundida por Carlos Ginzburg), non esattamente coincidente con la prima comincia a prender forma»⁷. Esto es algo sobre lo que no se han extendido suficientemente los propios microhistoriadores, sus exégetas o sus impugnadores; y, por tanto, el silencio que hay en torno al hiato más o menos profundo que se da entre ambas perspectivas microanalíticas ahonda más, si cabe, las confusiones o malentendidos que hay en torno a esta corriente, pues se atribuyen rasgos o características de una u otra acepción como si ese repertorio de propiedades fuera un patrimonio común. Con toda seguridad, un ejem-

⁶ Por ejemplo, «Il piccolo, il grande e il piccolo. Intervista a Giovanni Levi», *Meridiana*, núm. 10, 1990, pp. 211-2; H, esp. p. 213. También: BOBRÁS, M., «El difícil art de complicar les coses. Entrevista amb Giovanni Levi», *Melode*, núm. 3, 1993, pp. 30-35, esp. p. 35.

⁷ Véase a este respecto su excelente artículo: HANTI, A. M., «La storia sociale: un paradigma introvabile?», en CASSINA, C. (ed.), *La storiografia sull'Italia contemporanea*, Pisa, 1991, pp. 183-208, esp. p. 204.

plo de confusión al respecto ¹⁰ constituye precisamente la breve alusión derogatoria que Josep Fontana le dedica a la microhistoria en su última obra y que más arriba reproducíamos: algunas de las cualidades o «peligros» que nuestro autor encuentra son en algún caso atribuibles a Ginzburg y en otros a la versión menos conocida de la microhistoria. Tomemos otro ejemplo radicalmente distinto. Nos referimos a *Microhistory and The Lost Peoples of Europe*, publicado en 1991. Aunque la exégesis que se neva a cabo en este *reader* anglosajón sobre el tema es más respetuosa con la cronología histórica de esta corriente, lo cierto es que, al final, *también* se identifica la microhistoria *tout court* con la obra de Ginzburg ⁸.

Ensayemos, para intentar explicarlo, algo así como una historia de efectos condicionales, cuya certeza no estamos en disposición de probar, pero cuya verosimilitud es bastante convincente, al menos a nuestro juicio. Una razón, necesaria tal vez pero no suficiente, que podría ayudar a explicar este proceso de reducción de una corriente más compleja, variada y menos homogénea de ¹⁰ que se cree podría ser el *continuum* que por convención historiográfica se da entre Ginzburg-microhistoria-Einaudi-«Microstorie». Por analogía, aunque el ejemplo no sea el más afortunado, la reducción podría ser de una naturaleza similar a la que podría concebirse a partir de la secuencia Braudel-historia estructural-Sección VI de la *EPHE-Annales*. El lector perdonará esta simplificación, porque su uso sólo tiene fines didácticos: al igual que *Annales* o su segunda generación no se reducen a lo que algunos han llamado el paradigma braudeliano, tampoco la microhistoria se agota según la línea propuesta. Sin embargo, aquello que ha encontrado mayor resonancia fuera del país cisalpino ha sido justamente lo que puede ser identificado con Ginzburg-Einaudi

⁸ *el.*, en concreto, MUIR, E., «Introduction: Observing Trifles», en MUIR, E., y RUGGIERO, E., *Microhistory and the Lost Peoples of Europe*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1991, pp. VII-XXIII, en particular pp. IX-XI. Aunque se reconoce que la paternidad del enfoque microhistórico se debe a Edoardo Grendi, lo cierto es que MUIR nada nos dice acerca de su programa de investigación, pues finalmente admite que es GINZBURG; quien, antes de que el término microhistoria se acuñara, ya había anticipado sus técnicas desde los años sesenta. La aparición de su último libro (*Storia notturna*, Turín, 1989) y la publicación en inglés del volumen recopilatorio de sus textos breves (*Miti, emblemi, spie. Morfologia e storia*, Turín, 1986) han vuelto a confirmar la sospecha cierta acerca del atractivo que nuestro autor despierta en el ámbito anglosajón, como lo confirman las reseñas del propio MUIR (*Journal of Social History*, núm. 1, 1991, pp. 123-125), de DAVID HERLIHY (*The Journal of Interdisciplinary History*, núm. 3, 1991, pp. 501-502), de ANNE JACOBSON SCHUTTE (*The Journal of Modern History*, núm. 64, 1992, pp. 575-576) o de JOHN MARTIN (*Journal of Social History*, núm. 3, 1992, pp. 613-626).

(«Microstorie»). Probablemente, y en esta línea explicativa, esa reducción se deba, otra vez por analogía, a la secuencia *Il jormaggio*-«Spie», secuencia que, con las debidas salvedades, seguiría la misma lógica que la desarrollada por Braudel: *La Méditerranée*-«La longue durée». Es decir, publicación de una monografía histórica que, como consecuencia de su condición «revolucionaria» -en aceptación metafóricamente kuhniiana-, produciría un impacto tal que, a su vez, provocaría una operación de sinécdoque o de imitación entre los epígonos a falta de un texto sistemático o normativo que regulase los límites aceptables para el nuevo *paradigma*. Al final, la aparición de un manifiesto breve, en parte explícito y en parte críptico, del autor reverenciado confirmaría la justeza del modelo adoptado. Mientras en Ginzburg es anterior la publicación de la gran obra (como en Braudel) a la teorización sistemática, con lo que el efecto persuasivo es mayor, en otros microhistoriadores italianos que no siguen exactamente su mismo esquema el proceso ha sido el inverso: como señalaba Alberto Banti, «gli interventi di definizione o di indirizzo hanno preceduto l'aparizione di lavori microstorici da poter utilizzare come esempio e come illustrazione delle virtù analitiche della nuova impostazione proposta». En este sentido, el éxito internacional del modelo ginzburguiano probablemente es menos el fruto de una victoria estratégica que el producto de un error *tattico* de otras versiones de la microhistoria menos divulgadas por falta de textos reverenciales publicados en fechas más tempranas⁹.

Pero hay más: el problema de este reduccionismo se acentúa, como antes decíamos, a consecuencia de un factor personal: es tan evidente que Ginzburg es un consumado y brillante narrador que su modelo se impone, además de por otras razones que pudieran argumentarse, por la vía de la seducción. No es extraño, pues, que Ginzburg confesara a Levi que el propósito que debe guiar toda monografía histórica es captar el mayor número de lectores, dado que uno de los problemas básicos -si no *el* problema básico- de la disciplina histórica es de comunicación. En eso, Ginzburg es un fiel seguidor de un cierto modelo *annaliste*: como nos recordaba recientemente Georges Duby al recordar la lección de historia aprendida de Febvre y Bloch, «llevar a cabo una investigación con todo el rigor que ello requiere no le obliga (al historiador) (...) a escribir con frialdad, pues el sabio cumple tanto mejor su función cuanto más gusta a los que le leen, y los, retiene y cautiva con los ornamentos de su estilo»¹⁰.

9 HANTI, A. M., «La storia sociale...», arto cit., pp. 202-203.

10 La bella escritura, el estilo depurado, el aderezo oportuno, la metáfora ade-

Deberíamos escribir, parafraseando a Ginzburg, como si nuestro libro fuera a ser leído por un millón de destinatarios, como si la fruición de su lectura estuviera justificada por el propio placer contagioso que obtuvo quien elaboró el texto ¹¹. Ahora bien, que esto sea así no significa en ningún caso que, para este autor, la historia sea un discurso cuya verosimilitud se fundamente sólo en procedimientos retóricos. En ello, de nuevo, este investigador italiano no se separa explícitamente de lo que, por ejemplo, el propio Duby postulaba: aunque la técnica de un arte esencialmente literario sea fundamental, a lo más que puede aspirar un historiador es a un «nominalismo moderado», es decir, más allá del discurso hay «una necesidad de veracidad» que separa al investigador del autor de relatos de ficción ¹².

cuada, serían, en este caso, una de las dos lecciones aprendidas por DUBY de sus maestros; la otra sería justamente el olfato interdisciplinario. Cf. DUBY, C., *La historia continúa*, Madrid, 1991, p. 13. Como se sabe, éstos son argumentos habituales, con frecuencia repetidos para referirse a la «escuela de *Annales*». Precisamente cuando la empresa de «microstorie» comenzaba a fraguarse, el propio GEORGES DUBY o JACQUES LE GOFF —que participaría en la redacción de algunas de las más importantes voces de la *Enciclopedia Einaudi*, después recogidas en *Storia e memoria*, Turín, 1988— insistieron en la necesidad de que el historiador rebasara el ámbito académico para alcanzar al «gran público». La resonancia de sus reflexiones no es extraña a lo que en aquellas fechas se planteaban en Italia los microhistoriadores.

En ese sentido, para acceder al gran público, dos eran las medidas a adoptar: en primer lugar, tomarse en serio la certidumbre de que «la historia es (...) esencialmente un arte literario. La historia no existe más que por el discurso». De ahí la importancia de efectuar continuos «ejercicios de estilo», pues «escribir de una cierta manera no sólo es un medio de convencer, de enganchar, de atraer, de cautivar. Es, además y sobre todo, un medio de aprovechar, mediante artificios literarios, esas discontinuidades embelesadoras que llevan al lector a soñar», decía el propio DUBY a finales de los setenta. Véase DUBY, C., y LARDREAU, G., *Diálogo sobre la Historia*, Madrid, 1988, p. 48. Esa misma vocación de convicción y de seducción es lo que llevaba justamente a LE GOFF a postular para la misma época la aproximación del historiador a los *mass media*, y, por tanto, a defender la necesidad de adaptar la exposición, el discurso, al medio empleado, pues, como él mismo apostillaba, «sabernos, desde hace poco, que la ciencia, cualquier tipo de ciencia, está íntimamente ligada a sus medios expresivos». Cf. LE GOFF, J., Y MAIELLO, F., *Entrevista sobre la Historia*, Valencia, 1988, p. 16.

¹¹ Véase «Il piccolo...», art. cit., p. 214. De hecho, cuando se plantean GINZBURG y LEVI la colección «Microstorie», una de las cosas que más les preocupa, al menos en sus discusiones con CULIO EINAUDI, era «tener un público más amplio que el que se repite por escuchar a los alires historiadores. Intentem vendre llibres diferents de llibres acadèmics, que tenen una circulació del tot corporativa (...). No és que vulgem fer divulgació. En el moment en què escrivim un llibre intentem pensar en un mínim de tres mil lectors, i això fa enfadar molt e/s historiadors acadèmics, però per ara ha reeixit, perquè tots aquests llibres han tingut almenys tres millectors». Cf. RUIZ TORRES, P., «Microhistòria i narrativa. Conversa amb Giovanni Levi», *L'Aveng*, núm. 125, 1989, pp. 35-39, esp. p. 39.

¹² Cf. LARDREAU, G., Y DUBY, C., *Diálogo...*, op. cit., p. 41. A pesar de que estas palabras de DUBY sean de un tono daramente razonable —no por casualidad a DUBY

De hecho, Ginzburg, que es un polemista frente al desconstruccionismo, admite la realidad como algo que está fuera del discurso, aunque su captación dependa siempre de un proceso interpretativo. Esto último, que también lo podría suscribir un desconstruccionista, tiene, sin embargo, una implicación antirrelativista: como en el ámbito de la semiótica ha señalado Umberto Eco, las obras o los hechos consienten variadas interpretaciones, pero la «apertura» y la «cooperación interpretativa» tienen ciertos límites en virtud de los cuales, aun cuando haya muchas interpretaciones —un número infinito de interpretaciones—, hay unas más satisfactorias que otras¹³. En ese sentido, según expresa Ginzburg en *El juez y el historiador*, aunque reconozca que «alcanzar la realidad histórica (o la realidad) directamente es por definición imposible», rechaza la inevitabilidad según la cual «la incognoscibilidad de la realidad» suponga «caer en una forma de escepticismo perezosamente radical que es al mismo tiempo insostenible desde el punto de vista existencial y contradictoria desde el punto de vista lógico». Sin embargo, más allá de su antirre-

se le concibe como un precursor de la microhistoria. Cf. *El domingo de Bouvines*, Madrid, 1988-, lo cierto es que la ortodoxia *annaliste*, pese a las protestas de continuidad de este historiador, no asumiría la narrativa tal y como estas referencias revelan. En efecto, como se ha repetido con insistencia, una parte de la hegemonía *annaliste* se logra a partir de un capital de hostilidad hacia una vieja historia narrativa —la historia historizante—, constituyendo uno de los cimientos de la «escuela». Véase, al respecto, el tono duro y crítico que HAYDEN WHITE emplea para referirse a lo que los *annalists* han dicho tradicionalmente acerca de la historia narrativa. Como señala polémicamente, la narrativa es la forma habitual con la que presentamos la realidad, y eso mismo convierte a este procedimiento en sospechoso frente al prestigio del que goza la forma «no narrativa común a las ciencias físicas», lo que, a su juicio, no es garantía de realidad, porque, al menos en este caso, aquello que se dirime no es lo verdadero y lo falso, sino lo real y lo imaginario. Como apostilla, «se puede crear un discurso imaginario sobre acontecimientos reales que puede ser no menos “verdadero” por el hecho de ser imaginario». Véase, al respecto, WHITE, TH., *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, 1992, pp. 74 Y 51.

¹³ Véase, al respecto, ECO, U., *Los límites de la interpretación*, Barcelona, 1992.

Con el mismo título, cf. el artículo —texto de una conferencia pronunciada en Madrid en 1990— publicado en *Revista de Occidente*, núm. 118, 1991, pp. 5-24. En general, este argumento lo viene sosteniendo ECO desde que comenzó su carrera como semiótico y es precisamente una de las cosas que le separan de los desconstruccionistas radicales como Derrida. Además de otros textos, sobre la «apertura», véase *Ohra ahierita*, Barcelona, 1979. Sobre la «cooperación interpretativa», véase *Lector infahula*, Barcelona, 1981. No es casualidad que haya tal sintonía entre ECO y GINZBURG. Algún *annalista* de GINZBURG subraya el hecho de que la microhistoria nació en el norte de Italia, en Bolonia, justamente en donde impartían sus clases ECO y GINZBURG. Cf. MILIH, E., «Introduction...», *op. cit.*, p. VII. Al margen de esta coincidencia, la proximidad de ECO y GINZBURG podría explicarse mejor a partir del común interés por la abducción como forma de conocimiento.

lativismo discursivo, su preocupación por el texto y por las técnicas narrativas de la historia ha permitido que su ejemplo se tome privilegiadamente y que sea visto como uno de sus rasgos más distintivos y, a la vez, más polémicos 14.

3. Si éstos son algunos de los avatares que la microhistoria ha seguido fuera de Italia, la definición compleja de lo que sea esta corriente se vuelve extraordinariamente ardua en la medida en que debe ensancharse el referente al que se alude. En efecto, no es sólo Ginzburg quien marca la práctica microhistórica. Por tanto, deberemos apelar a aquellas definiciones propuestas por los propios microhistoriadores que puedan sernos útiles para reconstruir el modelo epistemológico que hay detrás de esta opción. Asimismo, deberemos atender al contexto en el cual surge.

Los intentos iniciales habidos en Italia de defender un modelo cognoscitivo microanalítico para la historia datan de la primera mitad de los años setenta. En efecto, un historiador modernista, Edoardo Grendi, particularmente sensible a los avances producidos en las ciencias sociales, postulaba la adopción de una perspectiva micro para una disciplina —la historia— acostumbrada a operar, desde la ruptura *annaliste*, con grandes magnitudes, con la larga duración y, en definitiva, con procedimientos seriales que privilegiaban el anonimato y lo cuantitativo. El impacto que el paradigma braudeliano había ejercido en la Italia de aquellas fechas está fuera de toda duda, y quizá dos hechos sean un síntoma claro de cuanto afirmamos. Por un lado, la aparición en 1967 de una revista —*Quaderni Storici deLLe Marche*— cuyo primer artículo era la versión italiana de la *longue durée* de Braudel. Por otro, y pocos años después, la publicación de la *Storia d'Italia* de Einaudi (1972), que puede considerarse como un intento de síntesis entre conceptos y esquemas analíticos procedentes

¹⁴ Las palabras proceden de GINZBURG, C., *El juez...*, op. cit., p. 23. Además, véanse a este respecto: LEVI, G., «Retorica e storia», en STARACE, G., *Le storie, la storia*, Venecia, 1989, pp. IX-XV; y GINZBURG, C., «Unus testis. Lo sterminio degli ebrei e il principio di realtà», *Quaderni Storici*, núm. 80, 1992, pp. 529-548. De hecho, ambos autores, a pesar de las diferencias que podamos encontrar entre sus obras y sus procedimientos, están convencidos de que la relación que se da entre realidad y discurso histórico pasa necesariamente a través del fenómeno de la convicción según técnicas argumentativas y de comunicación que buscan sobre todo «più la persuasione che la dimostrazione», según confesaba el propio LEVI en la «Introduzione» que hacía a RAMELLA, F., *Tara e laia. Sistemi di parentela e mani/altura nel Biellese dell'Ollolento*, Turín, 1984, pp. VII-XIII, esp. p. VII. Una crítica al uso de la historia narrativa por parte del análisis microhistórico se halla en KUEJIN, T'IL, «Reading Microhistory: The Example of Giovanni and Lussanna», *Journal of Modern History*, núm. 61, 1989, pp. 512-534.

de *Annales* —y, por consiguiente, de su principal inspirador en aquellas fechas, Braudel— y convenciones y tradiciones propias de la historiografía italiana ejemplificadas en la figura de Gramsci ¹⁵.

Las propuestas de Edoardo Grendi desentonaban de algunas de las certidumbres que este paradigma historiográfico asumía en aquellas fechas. Frente a la historia total propugnada por Braudel, aquello que Grendi defendía era un modelo de análisis más modesto que permitiera reducir el objeto de investigación. En realidad, su posición no hacía sino trasladar al ámbito de la historia las demandas que podían surgir de los nuevos planteamientos que se estaban produciendo, y se habían dado con anterioridad, en otras disciplinas, tanto en la economía como, en especial, en la antropología. En este sentido, dos eran los elementos que Grendi subrayaba. Por un lado, la perspectiva derivada principalmente de la vocación microanalítica de la antropología. Por otro, el estudio de las relaciones sociales a través de sus distintas manifestaciones económicas o extraeconómicas.

En el primer caso, lo que envidiaba de la antropología era su atención constante al contexto, a «la situationalita concreta (e cioè le istituzioni, la storia, ecc.)». En el segundo, Grendi asumía la tradición que, a partir de la teoría del don y el principio de reciprocidad, vinculaba a Polanyi, Mauss, Boass o Malinowski. El objetivo de esa perspectiva era repensar categorías históricas fuertemente influenciadas por los modelos procedentes de la economía: en concreto, las nociones de mercado y racionalidad. Ambos conceptos, que constituían desde antiguo objeto preferente de la microeconomía, se abordaban desde esta última disciplina como nociones lógicas subordinadas a la teoría de la elección racional. En este caso, las actividades económicas, al menos desde la perspectiva marginalista, se fundamentaban en el postulado de la maximización y ello servía tanto para explicar las elecciones de los empresarios como las decisiones de los consumidores. En este sentido, la economía expulsaba los contextos reales de dichas elecciones y, para mayor paradoja, dicha expulsión se practi-

¹⁵ La evolución de la revista *Quaderni Storici* se describe en CARACCILO, A., «In margine a vent'anni di *Quaderni Storici*», en GROSSI, P. (ed.), *Storia sociale e dimensione giuridica. Strumenti d'indagine e ipotesi di lavoro*, Milán, 1986, pp. 155-164. Como reconoce PETER BURKE, «the massive *History of Italy*, launched by the publisher Giulio Einaudi in 1972, focused on developments over the long term, paid homage to Bloch in the title of the first volume (“i caratteri originali”), and included a long essay by Braudel». CL BURKE, P., *The French Historical Revolution. The «Annales» School, 1929-1989*, Cambridge, 1990, p. 95.

caba fundamentalmente por parte de la perspectiva microeconómica¹⁶.

Pero ¿era la antropología una disciplina en la que siempre el contexto que otorga significado a las relaciones constituía el objeto de observación? *Annales* había recibido un fuerte impacto de la perspectiva antropológico-estructural y, como tal, el impulso antropológico que aquella publicación podía experimentar tenía más que ver con el análisis de invariantes, con el estudio de reglas y, en definitiva, con la posibilidad de establecer modelos¹⁷. Por el contrario, la antropología anglosajona, al menos desde E. E. Evans-Pritchard, había reivindicado, más allá de la formalización, el estudio singular de casos concretos dotados de una particular historicidad¹⁸. Esta vertiente de la antropología había ido desarrollando estas sugerencias, con sus propias diferencias internas, hasta consumarse en el trabajo etnológico del antropólogo americano Clifford Geertz.

¹⁶ Estas ideas las expresa el autor en la «Introduzione» que el mismo hace a la antología sobre *L'antropologia economica*, Turín, 1972, pp. XI-LXVII, especialmente p. XXV. En cambio, para ALBERTO M. BANTI la referencia no era tanto a la antropología como «alla microeconomia e, implicitamente, a quelle impostazioni che -praticate in varie discipline- si riassumono sotto l'etichetta di individualismo metodologico». Cf. BANTI, A. M., «La storia sociale...», art. cit., p. 203. Sin discutir la referencia explícita que GRENDI hace al individualismo metodológico, no es nada evidente que la alusión principal de dicho trabajo sea la de la microeconomía. La razón puede estar en que, mientras la historia quiere ser una disciplina explicativa, la microeconomía y sus derivaciones anexas (la teoría de la elección racional) son más claramente propuestas normativas. Véase a este respecto la distinción que efectúa TON ELSTER en *Juicios salomónicos*, Barcelona, 1991, p. 11 y, más concretamente, en «Racionalidad y normas sociales», en AA. VV., *Sociología: unidad y diversidad*, Madrid, 1991, pp. 117-141.

¹⁷ Sobre este punto concreto, la bibliografía es prácticamente inagotable. Sin duda, para seguir el inicio de esa influencia habría que confrontar las dos obras que dan origen a ese impacto: LÉVI-STRAUSS, C., «Historia y etnología», en *id.*, *Antropología estructural*, Buenos Aires, 1976, pp. 1-26; BHAIDEL, F., «La larga duración», en *id.*, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, 1974, pp. 60-106. Más concretamente, la recepción oficial del impacto estructuralista puede seguirse en el número monográfico que la revista francesa dedicó al tema: «Histoire et structure», *Annales ESC*, núm. 3, 1971. Como se ve, por la fecha de publicación del dossier, la historia entró en diálogo oficialmente con el estructuralismo bastante más tarde que otras disciplinas universitarias, dándose además la paradoja de que la recepción del paradigma estructuralista en historia se produce «au moment de son reflux généralisé», como subraya FRANÇOISE DOSSE. En ese sentido, un seguimiento general de estas cuestiones puede verse en su obra *Histoire du structuralisme. I. Le champ du signe*, 1945-1966, París, 1991 (esp. pp. 14-15), e *Histoire du structuralisme. II. Le chant du cygne*, 1967 à nos jours, París, 1992.

¹⁸ Sobre estas cuestiones, véase cuanto afirma ERNEST GELLNER en su «Introducción» a EVANS-PRITCHARD, E. E., *Historia del pensamiento antropológico*, Madrid, 1987, pp. 15-39.

Al margen de otras implicaciones que puedan extraerse, lo que importa destacar ahora es la coincidencia temporal y temática de la reivindicación de la mirada microscópica y contextual de Geertz y Grendi. Para el antropólogo, microscópico «quiere decir simplemente» que el investigador analiza los mismos «megaconceptos con los que se debaten las ciencias sociales contemporáneas» partiendo «de los conocimientos extraordinariamente abundantes que tiene de cuestiones extremadamente pequeñas»¹⁹. Como se puede observar, la defensa de esta perspectiva no tiene, en principio, nada que ver con los postulados que sostiene la microeconomía, como tampoco esta última tenía nada que ver, de entrada, con el enfoque micro que Grendi defendía para la historia. Por tanto, la primera consecuencia que se extrae de aquella temprana propuesta es la reducción de la escala de observación. Pero, más allá de este procedimiento, lo que Grendi defendía además era el análisis de las relaciones, con lo cual la densidad de las mismas podía captarse en toda su complejidad. Ahora bien, el estudio relacional y, a la vez, la reducción de la escala sólo podían ser ejecutados en aquellos ámbitos en los que, por sus pequeñas dimensiones, el análisis pudiera resultar significativo. Es por eso que, hacia 1977, Grendi defiende el estudio microanalítico en el seno de aquellas formas de agregación social y política más reducidas que las que podían representar el Estado o la nación: «e perché deve essere l'aggregato-nazione e non la comunita o la città o il mestiere illuogo d'elezione per lo studio de queste trasformazioni?». Si, a juicio de Grendi, la historia social ha de tener por objeto «ricostruire l'evoluzione e la dinamica dei comportamenti sociali», es decir, las relaciones, «il villaggio contadino» o el «quartiere urbano» son áreas privilegiadas de dicho estudio.

¿Cuáles son los referentes que permiten entender la propuesta microanalítica de Grendi? A este historiador italiano se debe, en parte, la difusión en Italia de ciertos autores que, para las fechas en las que comenzó a divulgarlos, no eran muy conocidos. Sin duda, que estos referentes pertenecieran al ámbito anglosajón no es extraño si se tiene en cuenta la productiva estancia que este autor disfrutó en la *London School of Economics*²¹. Este hecho permite entender la línea de

¹⁹ GEERTZ, C., *La interpretación de las culturas*, Barcelona, 1989, pp. 33-34.

²⁰ GRENDI, E., «Micro-analisi e storia sociale», *Quaderni Storici*, núm. 35, 1977, pp. 506-520, esp. pp. 518-520.

²¹ El propio LEVI reconoce que «in questo il yero maestro è Edoardo Grendi che essendo più inglese che genovese e avendo studiato molti anni alla London School of Economics ha suggerito a molti di noi un rapporto stretto con l'antropologia sociale inglese». Cf. «Il piccolo...», art. cit., p. 226.

investigación que Grendi recorre desde los años sesenta, iniciada con la historia del movimiento obrero y, especialmente, con la difusión de la obra de los historiadores marxistas británicos que se ocupaban de ese tema.

El carácter «inglés» que Giovanni Levi atribuye a Edoardo Grendi, más allá de la *boutade*, tiene implicaciones ciertas. Decía Thompson en «The peculiarities of the English» que el mejor idioma de los anglosajones habría sido históricamente aquel que confluye en elléxico protestante, en el lenguaje individualista, en el empirismo y, en definitiva, en aquel que se propone desintegrar los universales²². Pues bien, las características subrayadas son las que acaso aprendió Grendi en su estancia londinense, sobre todo si se tiene en cuenta que procedía de una historiografía —**la italiana**— en donde el peso del historicismo y del idealismo había sido muy oneroso²³. Probablemente por esta razón pueda entenderse el relieve que pronto iba a dar Grendi a la noción de contexto. De hecho, es este historiador italiano quien más ha contribuido a difundir en su país la obra de E. P. Thompson.

¿Qué obtiene nuestro autor del reverenciado historiador inglés? Además del sano empirismo que informa la tradición británica y, por tanto, ajena a los excesos de los «cartesianismos» continentales, Grendi aprecia en su obra dos virtudes. En primer lugar, la reivindicación thompsoniana de «il protagonismo degli individui e dei gruppi sociali, [*human agency*]». En segundo término, la «rigorosa contestualizzazione» del objeto histórico, en este caso los individuos y los grupos. A partir de estos supuestos, a juicio de Grendi, Thompson censura ciertos vicios de su propia tradición —**la marxista**— que, obsesionada por el cientifismo, parece haber olvidado en ocasiones la mirada «aperta, esploratoria, autocritica», en definitiva, el uso constante de la «ragione attiva». El uso de esa razón crítica le permite investigar no tanto la lógica del capital como el proceso histórico del capitalismo, desembarazándose de la desgraciada metáfora base-superestructura que tantos reduccionismos ha provocado, y orientando el estudio hacia los protagonistas de ese cambio histórico: las clases populares y los individuos que las integran. En este caso, la acción humana *sólo* puede explicarse en su contexto, pues las decisiones y sus implicaciones son fruto de una elección que es inextirpable de la propia experiencia atesorada. Sin embargo, para Grendi, Thompson peca de

²² THOMPSON, E. P., «The Peculiarities of the English», en *id.*, *Tite Poorly* (*J Theory*), Londres, 1978, pp. 35-91, esp. pp. 63-64.

²³ CL COLI, D., «Idealismo e marxismo nella storiografia italiana degli anni '50 e '60», en ROSSI, P. (ed.), *La storiografia contemporanea. Indirizzi e problemi*, Milán, 1987, pp. 39-58.

tres vicios que también otros autores han subrayado: la relativa elementalidad de sus categorías impresionistas, el silencio acerca de las estructuras extraintencionales y, en fin, el discurso frecuentemente autocelebrativo que emplea²⁴.

En suma, la lectura que Grendi realiza de Thompson intenta subrayar, además de la relevancia de su método analítico, la forma en la que éste aborda el estudio contextualizado de los individuos y los grupos a través de un estímulo antropológico. Eso le permite disolver teleologías de «la storiografía conservatrice» y banalidades «de-Ha tradizione marxista». «Para nosotros -dice Thompson-, el estímulo antropológico no surte su efecto en la construcción de modelos, sino en la localización de nuevos problemas, en la percepción de problemas antiguos con ojos nuevos». Esta mirada crítica que Grendi destaca de Thompson le lleva al punto de encontrarle ciertas sintonías con otro autor, también instalado en la tradición británica, que años atrás había efectuado igualmente una lectura heterodoxa del proceso de formación del capitalismo. «L'orientamento strutturale del discorso di Thompson è ben confermato da moduli discorsivi che sembrano riecheggiare Polanyi»²⁵.

Quizá pueda sorprender al lector las afinidades que Grendi establece entre ambos autores: mientras uno pertenece a la tradición marxista, el otro no. Sin embargo, ambos comparten un mismo interés -la exégesis crítico-analítica del proceso de formación del capitalismo- y, además, lo desarrollan con instrumentos y categorías hete-

²⁴ Cf. GRENDI, E., «Introduzione», en TIOMPSON, E. P., *80cieta patrizia, cultura plebea*, Turín, 1981, pp. VIT-XXXVI. Como se sabe, este libro fue el segundo volumen que se publicó dentro de la colección «Microstorie». A pesar de todo, GRENDI ha tenido escasa resonancia fuera de su país. Lo mismo cabe decir del caso español, donde en las escasas ocasiones en que se le visita es más utilizado que citado: un ejemplo en ARACHIL, H., y GARCÍA BONAFÉ, M., «Marxismo e historia en Gran Bretaña», en *Hacia una historia socialista*, Barcelona, 1983, pp. 7-51. En cambio, FONTANA se refiere a él de una manera implícita al denunciar la apropiación abusiva que los microhistoriadores han hecho de la obra de TIOMPSON, como ya hemos señalado más arriba. Para entender esa disparidad respecto de la obra del autor británico, quizá fuera conveniente repasar los artículos genéricos que tanto FONTANA como CRENDI eligen para los volúmenes español e italiano que recopilan sus trabajos dispersos sobre el siglo XVIII. Se puede así comprobar que los ensayos más «antropológicos» de TIOMPSON se incluyen en el segundo pero no en el primero, que son justamente además los que con anterioridad había empleado CAHLO GINZBIIRC, en *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, 1981, pp. 13 y ss., 194 y ss.

²⁵ Cf. CIU:NDI, E., «Introduzione», art. cit., pp. XV Y XXIV. La referencia de TIOMPSON procede de su ensayo «Folklore, antropología e historia social», *Historia Social*, núm. 3, 1989, pp. 81-102, esp. p. 82. Por supuesto, este artículo estaba incluido en la recopilación introducida por CRENDI y no en la que realizara FONTANA.

rodoxos. En este sentido, el atractivo que Karl Polanyi ejerce en Grendi resulta perfectamente comprensible: «l'esperienza teorica» de este último autor «ha influenzato del pari storici e antropologi», aunque fundamentalmente en el ámbito anglosajón. En efecto, este autor, al que se le conoce como un antropólogo de la economía, desarrolló parte de su obra en Gran Bretaña y en Estados Unidos a partir del temprano exilio de su Budapest natal. De todas sus obras, aquella que constituye un clásico todavía vigente es sin duda la que lleva por título *The Great Transformation*, publicada en 1944²⁰. En esta y en otras investigaciones, Polanyi desarrolla, como se sabe, un análisis de la economía de mercado y de sus orígenes, comprobando la historicidad del contrato y del beneficio económico y subrayando el carácter de economía «incorporada» que tienen los distintos tipos de transacciones. Es decir, la economía funciona, antes del capitalismo, como un subproducto de las obligaciones de parentesco, políticas y religiosas, quedando los medios de subsistencia garantizados como un derecho moral que derivaba de la pertenencia a una comunidad humana. En ese sentido, reciprocidad, redistribución e intercambio constituyen formas de transacción que son diversamente dominantes según las sociedades históricas o simultáneas, según jerarquías internas de esas mismas comunidades. A partir de estos supuestos, dos son las ideas que nuestro autor trata de desmentir. Por un lado, la de que los mercados puedan contemplarse como la forma omnipresente de la organización económica. Por otro, la de que esa misma organización determine la estructura social y la cultura en todas las sociedades. De ser ciertas estas premisas en algún momento históri-

²⁰ Las ediciones principales de la obra de POLANYI, KARL., en italiano han sido las siguientes: *La grande trasformazione. Le origini economiche e politiche della nostra epoca*, Turín, 1974; POLANYI, K., *et al.*, *Traffici e mercati negli antichi imperi*, Turín, 1978; *Economie primitive, arcaiche e moderne*, Turín, 1980. Este último es una recopilación de GEORGE DALTON vertida al italiano. Como se ve, las fechas de edición son tardías, lo que prueba, entre otras razones, la reciente recepción de este autor en Italia. Algo más contradictorio podemos hallar en el ámbito castellanoparlante: por un lado, contamos con una versión bonaerense que es casi contemporánea a la edición original (*La gran transformación*, Buenos Aires, Claridad, 1947. Debemos esta referencia y la consulta del texto a FERNANDO DÍEZ); por otro, tenemos dos ediciones recientes, casi simultáneas, debidas a La Piqueta (1989) y a FCE (1992). De todos modos, la recepción de POLANYI no es comparable en los casos italiano y español. En nuestro país, poco se puede decir de su influencia más allá de algunas reseñas: cf., por ejemplo, la de NAREDO, J. M., «Comentarios que suscitan la reedición del libro de KARL POLANYI», *Archipiélago*, núm. 5, 1990, pp. 141-144. En Italia, la situación ha sido radicalmente distinta: LEVI, por ejemplo, señala que «a me viene sempre in mente come più be! libro di stoira contemporanea un libro non scritto da uno storico contemporaneo, cioè *La grande trasformazione* di Polanyi», en «Il piccolo...», art. cit., p. 219.

co, sólo se cumplirían por entero bajo el capitalismo concurrencial dominado por el mecanismo del mercado autorregulador.

Frente al axioma smithiano del interés económico como móvil de la acción social, Polanyi subraya el argumento inverso: el hombre no tiene una propensión innata al tráfico. Es sólo la necesidad social de organizar los recursos el factor que conduce al cambio. En ese sentido, acepta alguno de los supuestos marxistas para el análisis de la economía capitalista, supuestos que no podrían generalizarse para las sociedades primitivas y arcaicas. Por tanto, la conclusión que extrae Polanyi es la de que la estructura institucional del capitalismo concurrencial escindió la economía de la sociedad y del Estado, transformando el trabajo y la tierra en mercancías y organizando su oferta como si, en efecto, fuesen artículos elaborados para ser vendidos. Esta es «la gran transformación» que se experimenta en Occidente y de la que nacen los mercados «incontrolados», en los que la economía ha dejado de estar incorporada a la sociedad.

Tal vez hoy no nos sorprenda la tesis que sustenta estos argumentos, en la medida en que los hemos hecho propios a partir de los análisis de la formación del capitalismo que, desde los años cuarenta en adelante, se han nevado a cabo. Sin embargo, no hay que olvidar la época en la que este género de ideas se expresa²⁷. Probablemente lo que sí que nos puede sorprender es la escasa o nula recepción que este autor tuvo en Italia o en Francia hasta los años setenta, cuando Grendi, en un caso, y *Annales*, en el otro, empezaron a difundirlo. La operación de recuperación del autor húngaro se consuma en Italia con la publicación de un volumen titulado *Polanyi. Dalt'antropologia economica alta microanalisi storica*²⁸. Ese subtítulo que Grendi da a su libro es suficientemente explícito de sus intenciones.

En una primera parte, el historiador italiano describe y analiza las categorías polanyianas, poniéndolas en relación con la antropología social inglesa, con el sustantivismo económico y, al fin, con la antropología marxista. Por contra, en la segunda parte, la figura de Polanyi pierde relieve para dar paso a un uso productivo de sus categorías que permita fundar una nueva mirada sobre viejos temas. En

²⁷ POLANYI intervino, aunque indirectamente, en la discusión sobre la transición del feudalismo al capitalismo, al comentar críticamente la conocida obra de MAUHICE DOBB, resaltando la investigación marxista de la formaci(ón) histórica del mercado frente a la falible teoría del valor-trabajo de MARX. eL HILTON, R. (ed.), *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, 1977, p. 7.

²⁸ Este libro fue publicado en Milán por Etas Libri en 1978. La recepción de POLANYI en *AnnaLes* puede seguirse en el dossier «Pour une histoire anthropologique: la notioll de réciprocité», *AnnaLes ESC*, núm. 6, 1974, pp. 1309-1380.

definitiva, Grendi se propone suspender dos características recurrentes del trabajo histórico para iniciar la aproximación microanalítica en historia. Nos referimos, por un lado, al teleologismo implícito o explícito que ha informado buena parte de los análisis histórico-económicos del capitalismo. Por otro, aludimos al referente normativo con el que usualmente suelen medir los historiadores o, mejor aún, con el que suelen evaluar las sociedades que en concreto estudian. El rechazo de esos dos vicios que han acompañado al historiador le ha de permitir desarrollar una propuesta en virtud de la cual se pase «di un procedimento dal “micro” dell’unità domestica al “macro” della società più ampia, attraverso la comunità intesa come forma di aggregazione socio-spaziale intermedia (...)». Questo procedimento è opposto a quello generalmente seguito dall’approccio storico che definisce i caratteri generali della società sulle basi di una considerazione ideal-tipica dei rapporti interpersonali astraendo quindi dalla loro definizione spaziale e di scala»²⁹.

Al margen de que la unidad doméstica, la comunidad o el mercado puedan ser objetos, nuevos o viejos, que se introducen o se reintroducen en el discurso histórico de aquellas fechas, la lección que extrae Grendi es más propiamente la de una mirada microanalítica que no da por supuesto ningún elemento que no se explique en su relación contextual. Esta última aseveración nos permite precisamente volver sobre una de las certidumbres que Thompson sostiene: la historia es la disciplina del contexto, entendiendo por tal que el análisis que se realice sobre cualquier hecho histórico «può acquistare significato soltanto entro un insieme di altri significati»³⁰, y esto es lo que permite a Grendi relativizar una de las características más celebradas de la historiografía *annaliste*: la interdisciplinariedad³¹. Su preocupación no es la de estar atento sin más a las innovaciones de las ciencias sociales para ejercer sobre ellas un canibalismo benévolo,

²⁹ GHENDI, E., *Polanyi...*, *op. cit.*, p. 95. Argumentos similares los expresa el autor en uno de sus más atinados artículos: "Del senso comune storiografico», *Quaderni Storici*, núm. 41, 1979, pp. 698-707. Estas ideas venían expresándose desde mediados de los setenta en esta publicación. Como consecuencia de la aparición de la *Storia d'Italia*, diversos historiadores emitieron juicios en torno al desarrollo histórico y a su conceptualización. En ese sentido, RAFFAELE ROMANELLI, en un artículo justamente célebre, sostuvo con contundencia la necesidad de suspender la teleología implícita del desarrollo contemporáneo: «Storia politica e storia sociale dell'Italia contemporanea: problemi aperti», *Quaderni Storici*, núm. 34, 1977, pp. 230-248.

³⁰ THOMPSON, E. P., «L'antropologia e la disciplina del contesto storico», en *id.*, *Società e storia...*, *op. cit.*, p. 258.

³¹ En una dirección similar se ha expresado ROGER CHAHNIEH en su obra *El mundo como representación*, Barcelona, 1992, p. 52.

sino, por el contrario, obligar a las categorías y a los métodos a confrontarse con el hecho inerte cuyo significado no se lo dan esas ciencias extrahistóricas, sino la red de relaciones factuales y personales de la que es inseparable.

Esta es una vieja lección que la etnología había asumido, al menos, desde Marcel Mauss y que llega, por vías diversas, hasta Geertz. Por eso no es extraño que Grendi haya privilegiado la aproximación a la antropología, pero que lo haya hecho sobre los supuestos que el propio Thompson había delimitado. Por esa razón, cobra protagonismo la descripción polanyiana de la economía incorporada, entendiendo por tal la imposibilidad de separar la instancia económica de la sociedad y, por tanto, obligando al investigador a efectuar una lectura *total* de un hecho que no consiente una única mirada disciplinaria³². Y, en ese sentido, Grendi elige como objeto preferente las formas de agregación intermedias, en la medida en que éstas permitan aplicar esa mirada que reclama.

A pesar de las sugestivas implicaciones que este programa de investigación abierto tiene para la historia desde una perspectiva microanalítica, el conocimiento internacional que se tiene de Grendi es muy reducido. Tal vez, a ello ha contribuido el hecho de que, contrariamente a Ginzburg, no cuente con una obra que haya impactado al nivel que lo logró *Il formaggio e i vermi*. Sin embargo, a Edoardo Grendi se le suele citar en los textos que hacen referencia teórica a la microhistoria por un oximoron afortunado -lo excepcional normal- al que se le ha dado un relieve desproporcionado, en la medida en que se le extrajo del contexto en el que el autor lo había formulado: «caratteristicamente lo storico lavora su molte testimonianze indirette: in questa situazione il documento eccezionale può risultare eccezionalmente "normale", appunto perché rivelante»³³. En realidad, Grendi más que referirse al objeto de investigación, lo hace al problema de las fuentes, polemizando implícitamente con la cuan-

³² Quien primero se manifestó en estos términos fue MARCEL MAUSS en su conocido «Ensayo sobre los dones», en *id.*, *Sociología y antropología*, Madrid, 1979, pp. 153-263. En esta tradición, argumentos similares los expresaba CLAUDE LÉVI-STRAUSS al analizar la concepción totalizante de la realidad que tienen los salvajes. CL su obra *El pensamiento salvaje*, México, 1974. Finalmente, y desde otra óptica, CLIFFORD GEERTZ llega a conclusiones parecidas al reivindicar el estudio totalizante del hombre, a la vez unitario y poliédrico: *La interpretación...*, *op. cit.*, p. 51.

³³ CHENDI, E., «Micro-analisi...», art. cit., p. 512. A pesar de lo dicho, algún autor llega al extremo de identificar la microhistoria con GHENDI, hasta el punto de no incluir referencia alguna a GINZBURG: GOZZINI, G., «Génesis y desarrollo de la historia social en Italia», en CASTILLO, S. (ed.), *La Historia social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, 1991, pp. 3-25, especialmente pp. 15 y ss.

tificación y la serialización características de la historia *annaListe*. Así, su afirmación alude a la inevitabilidad frecuente del uso de documentos indirectos ante la falta de la información de primera mano. En ese caso, 10 excepcional puede revelar en negativo aquello que se definiría como normal, pero eso no implica necesariamente que esté defendiendo la adopción de casos excepcionales para el estudio histórico.

4. Con toda seguridad, el texto más célebre de Ginzburg sobre la microhistoria es el que publicara junto con Carlo Poni en 1979, es decir, dos años después de que Gendi defendiera el microanálisis en la misma revista. ¿Es exactamente un manifiesto metodológico y programático de una nueva corriente, o es, por el contrario, un artículo circunstancial en donde hallamos breves apuntes acerca de lo que sea la microhistoria? Dicho texto fue originariamente una comunicación presentada en un coloquio celebrado en Roma sobre *Annales* y la historiografía italiana. Más allá de las comparaciones y de las diferencias que observan entre Italia y Francia, los autores proponen, a partir de un repaso de las fuentes con las que se cuenta, seguir un itinerario de investigación que se fundamente en el nombre. ¿Qué quiere decir esto? Entre las características repetidamente señaladas de la historia *annaListe* hallamos la serialización y el anonimato. Por el contrario, aquello que defienden Ginzburg y Poni es perseguir «al mismo individuo o grupo de individuos en contextos sociales diferentes. El hilo de Ariadna que guía al investigador en el laberinto de los archivos es el que distingue un individuo de otro en todas las sociedades que conocemos: el nombre».

El análisis basado en el nombre no abandona, según sostienen Poni y Ginzburg, necesariamente la fuente serial o, más aún, la investigación serial. Sin embargo, 10 que diferencia una de otro es tomar o no el anonimato como horizonte analítico. En efecto, «el centro de gravedad del tipo de investigación micronominativa que aquí proponemos» persigue a individuos concretos, buscando descubrir «una especie de tela de araña tupida» a partir de la cual sea posible obtener «la imagen gráfica de la red de relaciones sociales en que el individuo está integrado». Desde este punto de vista, los autores rescatan el oximoron de Grendi, ampliándole los significados que antes éste le había otorgado. En un sentido, «un documento realmente excepcional (y por ello estadísticamente poco frecuente) puede ser mucho más revelador que mil documentos estereotipados». Según otro significado, lo excepcional normal alude a determinados *case studies* y, por tanto, a objetos de investigación que son extraordinariamente

extravagantes para nuestro sentido común, pero normales en sociedades precapitalistas, si no de derecho al menos de hecho³⁴.

Es en este último punto en donde los autores marcan deliberadamente o no la diferencia con respecto a la propuesta de Edoardo Grendi. Ambas posiciones comparten la personalización *-i i nome-* del objeto de investigación, para lo cual la reducción microanalítica les parece la más conveniente. De ese modo, se proponen reconstruir la red de relaciones de los sujetos y, en suma, la actividad intencional de los individuos, para lo cual la fuente serial y otras que no consienten la cuantificación pueden ser contempladas desde la misma perspectiva nominal. En definitiva, también hay un interés similar por las aportaciones relevantes de otras disciplinas sociales y, en particular, por la perspectiva antropológica. Ahora bien, a partir de estas coincidencias, Ginzburg y Poni hablan de lo excepcional normal como si esto implicara también la creación de objetos de investigación definidos a partir de esta cualidad, algo que se aleja de la pretensión originaria de Grendi³⁵.

La importancia de este último aspecto es capital en la medida en que los autores lo sostienen tres años después de la aparición de *Il formaggio e i vermi* y, por tanto, cuando existe un claro referente que puede dar sentido a ese nuevo significado de lo excepcional normal. Y, además, coincide en el tiempo con la publicación del célebre ensayo de Ginzburg sobre el paradigma indiciario³⁶. Con ello, el autor ahonda más si cabe la propuesta analítica implícita o explícita de su

³⁴ GINZBURG, C., y PONI, C., «El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico», *Historia Social*, núm. 10 (1991 I), pp. 63-70. Cf. asimismo MUIR, E., «Introduction...», art. cit., p. XVI.

³⁵ En efecto, GHENDI asume objetos de investigación cuya peculiaridad no es la rareza en el seno del discurso histórico. En ese sentido, aquello que le critica, por ejemplo, a la historiadora francesa Adeline Daumard es el uso de la serialización como forma de sofocar la peculiaridad simbólica de los objetos. Véase a este respecto, GRENDI, E., «Il "daumardismo": una via senza uscita?», *Quaderni Storici*, núms. 29-30, 1975, pp. 729-737. En otro contexto, el propio GEORGES DUBY reconoce que más allá de la lectura serial, los documentos consienten otro tipo de observación cualitativa, aunque esto fuera para él un descubrimiento maduro: *La historia continúa...*, op. cit., p. 31.

³⁶ Este texto ha sido publicado en distintos medios italianos. Otro tanto ocurre en los diferentes idiomas a los que ha sido traducido. Así, «Spie. Radici di un paradigma indiziario» se encuentra, entre otros, en: GARGANI, A. (ed.), *Cristi della ragione*, Turín, 1979; ECO, U., Y SEBEOK, TH. (eds.), *Il segno dei tre Holmes, Dupin, Peirce*, Milán, 1983; y GINZBURG, C., *Mili, emblemi, spie. MOffologia e storia*, Turín, 1986. Estas tres versiones pueden seguirse en castellano: la primera en Siglo XXI, la segunda en Lumen y la tercera en Gedisa, a las que habría que añadir una primera edición en *El Viejo Topo*, núm. 68, 1982, pp. 32-38. Lo mismo ocurre, por ejemplo, en el caso inglés: MUIR, E., «Introduction...», art. cit., nota 28.

obra al establecer un tercer nivel cognoscitivo. Son tres, por tanto, los significados que se le añaden a la tarea microhistórica o microanalítica propuesta por Ginzburg o Grendi. Uno hace referencia a las fuentes, otro a los objetos de investigación, y el último alude al método de conocimiento y a las inferencias a aplicar. En efecto, una cosa es lo excepcional normal en el sentido de Grendi, es decir, el documento no serializable pero significativo por revelador; otra cosa distinta es buscar un objeto de investigación que, por su condición excepcional normal, pueda descubrir hechos o procesos históricos; y otra, finalmente, es el indicio como mecanismo de creación de un paradigma cognoscitivo.

El indicio es la forma de operar habitual de determinadas prácticas o disciplinas. Ginzburg describe a este propósito el uso del paradigma indiciario en la crítica de arte para atribuir, mediante signos pictóricos marginales, autorías disputadas (Morelli), en el método detectivesco para hallar las pruebas de inculpación o exculpación (Sherlock Holmes), o en el psicoanálisis para detectar los síntomas de la psique profunda (Freud). Aquello que comparten estos tres ejemplos es que sus protagonistas o sus creadores fueron médicos, y ahí se encuentra en donde se encuentra la clave del paradigma indiciario: la semiótica médica o la sintomatología. Ginzburg insiste sobre ello parangonando la historia y la medicina como prácticas basadas en testimonios indirectos, observaciones indiciarias e inferencias conjeturales³⁷.

A partir de esta idea, si admitimos con Ginzburg que la historia es la disciplina de lo concreto, el método nuclear de sus operaciones es la abducción. Por contra, a la manera de Hempel, si el propósito de una macrohistoria es el establecimiento de las reglas que permiten explicar el proceso histórico, es posible que debamos acudir al método hipotético-deductivo. El problema de esta segunda solución es, como se sabe, la distinta naturaleza de las leyes históricas —en caso de que existan— frente a aquellas otras que son propias de las ciencias naturales. En ese sentido, aquello que nos propone en primer lugar en *Spie* es reconocer la naturaleza de las hipótesis en el conoci-

³⁷ Algo similar sostenía el antropólogo CUFFOHD GEERTZ al defender la perspectiva microscópica. Para este último, la antropología debía fundarse en una operación similar a la de la inferencia clínica: "en lugar de comenzar con una serie de observaciones e intentar incluirlas bajo el dominio de una ley, esa inferencia comienza con una serie de significantes (presuntivos) e intenta situarlos dentro de un mareo inteligible» para así diagnosticar. Véase *La interpretación...*, *qt. cit.*, p. 36. Por otra parte, una crítica al artículo de CINZBURG y a la identificación entre método histórico y diagnóstico médico en MAHTIN, 1, «Journeys...», art. cit., p. 623.

miento histórico. Para ello, postula el abandono de algunas de las convicciones menos fundadas de la disciplina histórica, en concreto, la que hace referencia al carácter deductivo o inductivo de su saber. ¿Significa esto que los historiadores no operan realmente con la deducción o con la inducción? Desde luego, si comparamos los procedimientos históricos con los mecanismos inferenciales propios de las ciencias naturales, la consecuencia es evidente: la forma característica de relación del historiador con su material no pasa fundamentalmente por estas opciones enunciadas, aun cuando los historiadores no se priven en ocasiones de desarrollar modelos deductivos o inductivos. Por tanto, otro debe ser el rasgo básico de la operación histórica: no nos referimos al uso de inferencias hipotético-deductivas, sino a los cimientos del saber histórico. Pues bien, en este caso, el razonamiento característico pertenece al proceso inferencial de la abducción.

Esta última fue analizada y descrita por el filósofo pragmatista Charles S. Peirce, tal y como se puede comprobar en sus *Collected Papers*. La inferencia abductiva es aquel proceso cognoscitivo en el que, poniendo en relación una regla y un resultado, obtenemos un caso, es decir, sabemos que este resultado que se nos ofrece a la vista puede ser el caso de una regla que hemos sometido a hipótesis. «La deducción prueba que algo *tiene que ser*; la inducción muestra que algo *es actual*mente operativo; la abducción sugiere que algo *puede ser*.» En efecto, el proceso abductivo interviene siempre que hay que poner en relación un hecho, al que sólo podemos acceder con pruebas, con testimonios o con indicios, con una explicación verosímil que «naturalmente (...) deve esser verificata»³⁸. Reconocer que el conocimiento histórico *siempre* es abductivo no implica caer en una suerte de relativismo. Significa solamente que el historiador no puede acceder de manera directa a una realidad que, por principio, le es opaca, impenetrable. Pero su intención es restituir un pasado que, aunque se le resista, es posible devolver al presente a través de determinadas vías. ¿Cuáles son estos mecanismos de restitución?: el uso de un material -la fuente histórica- que *siempre* es indirecto, vi-

³⁸ La cita en castellano corresponde a PEIRCE, CIL, *El hombre, un signo*, Barcelona, 1988, p. 36. Otra versión parcial de sus escritos en *Obra Lógico-semiótica*, Madrid, 1987. Las palabras en italiano corresponden a ECO, U., *Semiotica e filosofia del linguaggio*, Turín, 1984, p. 42. Las críticas al modelo indiciario pueden seguirse, por ejemplo, en las discusiones aparecidas en *Quaderni di Storia*, núm. 11, 1980, pp. 3-11, 13-18; núm. 12, 1980, pp. 3-54; y núm. 14, 1981, pp. 159-187. Otro ejemplo fuera de Italia en MAHTIN, J., «Journeys to the World of the Dead: the Work of Carlo Ginzburg», *Journal of Social History*, núm. 3, 1992, pp. 613-626.

cario, es decir, un signo o, lo que es lo mismo, *quid* que está *pro quo*, al que es preciso descodificar de alguna forma. En ese caso, el procedimiento es semejante al que desarrollan las disciplinas sintomáticas, esto es, operar con escasas informaciones que, gracias a su atinada lectura, permitan captar algo de lo que parecía inerte, insignificante, sin sentido. En definitiva, la operación es encontrar los parentescos de significado de un material *siempre* escaso por naturaleza, puesto que esta documentación no puede ser la cartografía de escala 1:1 del célebre apólogo de Borges. En este sentido, cuando Ginzburg sostiene que la realidad es impenetrable no dice nada nuevo que no hubiera sido sugerido por los fundadores de *Annales*: es al historiador al que compete, mediante las fuentes que reúne, *crear* el pasado que estudia, pero no en un sentido arbitrario o indiferente, dado que la historia no sería un mero relato basado sólo en procedimientos retóricos.³⁹

La vocación de verdad, que distinguiría al historiador —y en eso Ginzburg reconoce su deuda con una concepción positivista de la verdad, aunque no del conocimiento—, se cumpliría con la obtención de pruebas o vestigios —que no otra cosa serían las fuentes— para dar como resultado un relato verosímil. Ahora bien, reconocido esto, el horizonte último de Ginzburg va más allá del reconocimiento de la naturaleza vicaria del saber histórico. En efecto, cuando, al final, nos habla de indicios no se refiere ya a todo tipo de fuentes, sino a aquellas que, por su excepcionalidad, pueden ser extraordinariamente reveladoras, en el sentido de Grendi. Pero, de inmediato, nuestro autor consuma la operación con un juicio de valor que puede ser tan arbitrario como el que parece criticar: objetos de investigación extraños, marginales, raros, excepcionales, aislados, los convierte, en definitiva, en zonas privilegiadas de esa realidad impenetrable. ¿Por qué ha de ser mejor un objeto serializable frente a otro que resiste su cuantificación y su comparación? Ahora bien, algo similar podríamos decir a la inversa: ¿Por qué hemos de admitir que la excepcionalidad es *siempre* mejor que la serialización? Cuando hablamos en estos términos comparativos —«mejor»—, nos referimos a capacidad cognoscitiva o explicativa del pasado, y eso mismo está aún por demostrar.

Aquello, pues, que deberíamos retener es lo siguiente: la microhistoria, tal y como se defiende a finales de los años setenta, se formula a partir de la crítica a una historia serial que parece agotada y que, además, ha impuesto en ocasiones lecturas unilaterales e, inclu-

³⁹ Véase, por ejemplo, lo que decía LUCIEN FEBVRE en «Avant-propos», en MOZARÉ, C., *Trois essais sur histoire et culture*, París, 1948, p. VIII.

so, teleológicas⁴⁰. Frente a ello, el microanálisis de Grendi defiende la ruptura de estas unilateralidades basadas en el sentido común. La microhistoria que parece sostener Ginzburg también formula un programa similar, pero llevándolo al extremo: unos documentos excepcionales para un objeto excepcional de acuerdo con una mirada analítica o interpretativa que subraya lo excepcional. ¿Por qué Ginzburg da un paso más en la dirección mencionada? En definitiva, ¿por qué del reconocimiento de la naturaleza indiciaria del saber histórico se pasa a la defensa de la excepcionalidad como vía de aproximación al pasado?

El primer elemento —y, a la vez, el fundamental— para entender tanto esta cuestión como algunas otras que le separan de la fórmula de Grendi es su adscripción a la historia cultural, y, en concreto, a la referida a las clases subalternas, en lenguaje gramsciano. Este hecho tiene unas repercusiones especiales a la hora de entender y utilizar las fuentes. La documentación expresa, diría Ginzburg, «las relaciones de fuerza entre las clases de una sociedad determinada», y esto se verifica silenciando o deformando la cultura de aquéllas. Desde esta perspectiva, la consecuencia es doble: por un lado, cualquier vestigio de esa realidad cultural sometida es excepcional, aunque ese sistemático sometimiento convierte en normal aquello que creíamos excepcional; por otro, se necesita un criterio distinto de verificación que permita evitar que «exageremos indebidamente el peso de la cultura dominante». Por tanto, Ginzburg se enfrenta a una documentación «heterogénea» y «desequilibrada» —es decir, no serial—, frente a la cual propone explícitamente en *Il formaggio* la creación de nuevos instrumentos analíticos⁴¹. Esa preocupación, que ya aparece en las primeras obras de Ginzburg, y que se va perfilando en su estudio de objetos de investigación absolutamente excepcionales, parece encontrar su correlato metodológico en *Spie*. En este último texto, el autor, al repasar el procedimiento indiciario, se apropia de un modelo inferencial —la abducción— que no está sólo para lo excepcional, pero que él había aplicado o aplicaría en el futuro para casos extraordinarios. Así, por ejemplo, cuando en su *Indagine su Piero* justifica la tarea investigadora que se ha propuesto —jugando en el título con las dos acepciones que la palabra tiene—, no encuentra mejor metáfora que la del escalador que se enfrenta a una pared vertical a la que debe hacer frente con escasísimos recursos y con pocos clavos⁴².

⁴⁰ CL CIAHTIEH, R., *El mundo...*, op. cit., pp. 70-71.

⁴¹ GINZBURG, C., *El queso*, op. cit., pp. 232-233.

⁴² GINZBURG, C., *Pesquisa sobre Jiero*, Barcelona, 1984, p. XIII.

Al final, al problema de identificar el carácter abductivo de la investigación histórica con la pesquisa a través de indicios excepcionales que revelarían algo oculto igualmente excepcional se añade el fundamento discrecional de esta operación: la intuición. Es decir, Ginzburg sabe que su método no consiente un proceso de verificación completa, sino que admite un margen amplio -«un rigor elástico»- en donde interviene el olfato, el golpe de vista, la sospecha fundada. Enfrentado a fuentes heterogéneas que contienen informaciones sobre casos extraordinarios en las que lo que predomina es la incertidumbre, el paradigma indiciario no puede ser sino intuitivo, elástico, es decir, hace depender buena parte del discurso histórico de la cualidad personal, de la capacidad individual y de la propiedad que el historiador tenga para revelar ese pasado. El problema, en este caso, reside en extrapolar las dificultades derivadas de un determinado tipo de documentación a la disciplina histórica en su conjunto. Si partimos de que las evidencias están impregnadas de esa incertidumbre, admitiremos, asimismo -como hace Ginzburg en sus propios libros- que caben las soluciones o las afirmaciones puramente conjeturales, es decir, sin ninguna base empírica que la respalde. Esa es una de las consecuencias «perversas» o no del rigor elástico ⁴³.

y aquí es precisamente en donde la microhistoria «cultural» de Ginzburg se separa más de la *histoire des mentalités* en la que se ha nutrido, al menos en su experiencia más temprana. Mientras la mentalidad se refiere siempre a lo que hay de menos individual e irrepetible en los sujetos -como nos recordaba Chartier-, y, por tanto, apela por necesidad a un contexto social del que hace depender la comprensión global de los casos estudiados, la cultura que Ginzburg estudia es rabiosamente singular en tanto se desprende de un contex-

⁴³ Existen algunos ejemplos de este efecto perverso en las obras de GINZBURG. EDUARD MIJH, en el artículo que venimos citando, da un ejemplo que otros han repetido posteriormente. Véase la argumentación que desarrolla GINZBURG en *El queso...*, con respecto a la relación entre las creencias de Menocchio y los mitos védicos (pp. 101-102).

Las arriesgadas conjeturas que, en ocasiones, podemos ver en la obra de GINZBURG son de la misma naturaleza que las que menudean en las obras detectivescas. A falta de mayor certidumbre, es preferible iniciar un camino incierto que enmudecer. Ahora bien, las conjeturas deben empezar siempre por la conexión más fácil que, en todo caso, sería la primera a descartar. Véase, por ejemplo, SEBEOK, TH., y UMIKEH-SEBEOK, L., «Voi conoscete il mio metodo?»: un confronto fra Charles S. Peirce e Sherlock Holmes, en ECO, O., y SEBEOK, TH., *Il segno...*, op. cit., pp. 27-64. Lo mismo reclama CLIFFORD GEERTZ en *La interpretación...*, op. cit.: «El análisis cultural es (o debería ser) conjeturar significaciones, estimar las conjeturas y llegar a conclusiones explicativas partiendo de las mejores conjeturas», p. 32.

to de mentalidad -contaminado siempre por las clases dominantes- y reclama su continuidad con referencias transhistóricas o, incluso, extrahistóricas: desde los Vedas de *Il formaggio* hasta la naturaleza humana de *Storia notturna*. Por consiguiente, la pregunta inmediata es previsible: ¿cuál es la representatividad de Menocchio? Desde luego, la demanda que formulamos no la hacemos desde la fácil impugnación de que siendo un caso excepcional Ginzburg tendrá dificultades en probarla; la planteamos, por el contrario, asumiendo la condición radicalmente singular e irrepetible de lo histórico. Pues bien, desde esta perspectiva, Ginzburg no responde⁴⁴. Y no responde porque no es la representatividad lo que a él le preocupa especialmente, ni tampoco es la conexión del problema histórico con el presente aquello que motive la selección del objeto de estudio.

La primera lectura que estamos en disposición de extraer de esta posición radical puede ser la de una mirada arqueológica e, incluso, arcaizante que no busca el pasado por su condición reveladora o significativa de problemas contemporáneos. Ginzburg señala polémicamente su interés, su fascinación «by a lot of things which could not be related to the present», cosas «really dead»⁴⁵. ¿Es ésta una postura basada meramente en un esteticismo irrelevante o indiferente? Más allá del polemismo chocante y deliberado de su declaración, aquello a lo que se enfrenta Ginzburg es a ciertos usos de la historia, es decir, al empleo de la disciplina histórica para legitimar por la vía de la tradición posiciones del presente o, dicho en términos freudianos, para racionalizar según ópticas contemporáneas sociedades o sucesos del pasado. Si sólo fuera esto último, sin embargo, la postura de Ginzburg no sería muy distinta de la de Grendi, el cual, como se recordará, se oponía radicalmente a las falsas y fáciles teleologías que nuestro sentido común nos impone al hacer uso de la racionalidad retrospectiva. Ahora bien, hay algo más: Ginzburg utiliza ese concepto de «historia muerta» con el fin de recuperar aquello que está sepultado, deformado o invertido --esa cultura popular que las clases dominantes han reprimido- y que sólo es recuperable a partir del uso sistemático del paradigma indiciario.

⁴⁴ Cf. ЦИХТИЕВ, R., *El mundo...*, op. cit., pp. 23 y ss. En ese sentido, JOHN MARTIN ha señalado cómo GINZBURG ha intentado superar algunas de las dificultades de su argumentación en *El queso...* con su *Historia nocturna* (Barcelona, 1991): «Journeys...», art. cit., especialmente pp. 616 y ss. Sobre la representatividad o no del objeto microhistórico, cf. CAHACCIULO, A., «Innovazione e stagnazione nella storia sociale durante gli ultimi decenni in Italia», *Il Mulino*, núm. 4, 1986, pp. 602-616, especialmente p. 613.

⁴⁵ LJURIA, K., Y GANDOLFO, R., «Carlo Ginzburg...», art. cit., p. 105.

Por último, su propuesta microhistórica requiere, según él mismo defiende, una forma discursiva basada en el relato. ¿Por qué razón? Coincide en el tiempo el éxito internacional de Ginzburg con las referencias renovadas a la historia narrativa que Stone describiera en 1979. Por tanto, parafraseando a Giovanni Levi, podríamos decir en términos irónicos que la obra ginzburguiana está elaborada «in un modo fortemente metereologico», es decir, escrita «con orecchie sensibili al clima culturale e con l'intento di scrivere un libro di successo»⁴⁶. Y, en efecto, el éxito, además de por otras razones, se debe a la forma narrativa, una forma que el destinatario de los libros de historia empieza a reclamar por aquellas fechas, después de la saturación real o presunta que la «historia científica» ha provocado. No es extraño, pues, que Giovanni Levi, que compartió con Lawrence Stone, con Clifford Geertz, con Robert Darnton o con Donald McCloskey, una estancia en la Universidad de Princeton, señalara que «il problema del modo di scrivere storia non è un problema formale esterno ma è parte sostanziale della storiografia in quanto scienza argomentativa». Si la historia es una disciplina basada en el procedimiento de la argumentación, en este caso, su fuerza reside en la convicción. Y para convencer de que aquello que contamos es cierto, no hay mejor argumento que la presencia física en el lugar de los hechos. Como sabemos desde Emile Benveniste, el historiador clásico de los griegos es el que *estuvo allí* y, por tanto, fue testigo *directo* de lo que aconteció. Esto último es lo que, a 10 largo de los siglos, parece haber perdido la historia. En cambio, son los antropólogos los que basan su fuerza persuasiva en la observación participante, en *haber estado allí*, hecho no baladí sobre 10 que se ha extendido Geertz en una obra célebre en la que desvela el recurso retórico de la presencia⁴⁷. Pues bien, la narración de Ginzburg atrae, seduce, porque,

⁴⁶ Así se expresa LEVI al referirse a ROBERT DARTON y a su célebre libro sobre la masacre de gatos: «Il pericolo del geertzismo», *Quaderni Storici*, núm. 58, 1985, pp. 269-277, en especial p. 269.

⁴⁷ La referencia de GIOVANNI LEVI corresponde a su «Introduzione» en RAMELLA, F., *Terra...*, *op. cit.*, pp. VII-VIII. Sobre el hecho de «estar allí», véanse FERNÁNDEZ, I., «I Tistorians Tells Tales: of Cartesian Cats and Gallic Cockfights», *Journal of Modern History*, núm. 60, 1988, pp. 113-127; BENVENISTE, E., *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*, Madrid, 1983, p. 340; GEERTZ, C., *El antropólogo como autor*, Barcelona, 1989, pp. 11-34.

El fundamento retórico de la presencia espacio-temporal, que es un recurso habitual de la antropología, constituye un atractivo para los historiadores. De todos modos, la influencia que ejercen los antropólogos es dispar y, en ocasiones, polémica. El extremo es la historia con «espíritu etnográfico» de ROBERT DARTON que, siguiendo los pasos de GEERTZ, «trata nuestra civilización de la misma manera como los antro-

según determinados procedimientos, la impresión que extrae el lector es que el narrador le conduce hasta *allí*, a aquel lugar inaccesible espacial y temporalmente. Además, su paradigma indiciario parece implicar por necesidad la narración. En efecto, el cazador, el fundador de la abducción, fue quien primero contó una historia, es decir, una narración que encadenaba hechos diversos a los que atribuía un sentido al desentrañar las huellas, los vestigios, de un animal, de una presa, que había pasado por *allí*. La narración es orden.

La relevancia que Ginzburg concede a la narratividad del discurso histórico tiene mucho que ver también con la época en la que él sitúa sus temas preferentes. El problema al que se enfrenta el investigador que se ocupa de objetos referidos a la temprana edad moderna o al medioevo es, muy frecuentemente, la ausencia de una documentación suficiente. Desde esta perspectiva, la opción metodológica de Ginzburg, y de otros que siguen su modelo de paradigma, adquiere parte de su sentido. Unas fuentes escasas y sesgadas, en la medida en que las ha generado el poder, otorgan mayor valor a la documentación nominal que habla de la cultura de las clases populares. El problema, que el propio Ginzburg advierte, es cómo remontarse desde información secundaria hasta una realidad más compleja. Si la historia es, por definición, abductiva, la solución es, en este caso, desarrollar más hábilmente ese paradigma indiciario que permite leer, como hacía el cazador, los rastros mudos dejados por la presa hasta formar una secuencia narrativa, una serie coherente de acontecimientos. En este sentido, aquello que más preocupa a Ginzburg es la interpretación de la realidad a través de una cuidada reconstrucción de sus significados y, en ello, llega a la misma preocupación que los antropólogos, aunque por cambios distintos. El etnólogo, como Geertz, sabe que no puede ser observador objetivo de otros pueblos porque él está inmerso en el mismo discurso y por eso enfatiza la naturaleza interpretativa de su conocimiento. Ginzburg también está interesado en descubrir el punto de vista del nativo (antepasado), pero es precisamente la carencia de documentación la que le permite utilizar su modelo conjetural y la que le lleva también a interpretar buscando la narratividad, haciéndonos pensar que estuvimos *allí*.

Ciertamente, este hecho supone una diferencia sustancial respecto a la aproximación microhistórica desarrollada por Grendi. Este, y los que como él centran sus investigaciones en épocas más cercanas a la contemporaneidad, se preocupan sobre todo por la utilización

pólogos estudian las culturas extranjeras». cf. su libro *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, 1987, p. 11.

errónea del arsenal de fuentes disponibles. No es extraño, pues, que Grendi haya sido un crítico pertinaz contra los abusos de la documentación serial o que, a la vez, se haya mostrado preocupado por su olvido, por la referencia necesaria al contexto histórico en el que se enmarca la perspectiva microanalítica.

Las diferencias, pues, entre Ginzburg y Grendi son varias y, en algún caso, bastante marcadas. Como también lo son las influencias que hacen del uno y del otro dos modelos en ocasiones contrapuestos. Cierto es que esa dualidad es ignorada en aras de la uniformidad en cualquier lugar que no sea el país cisalpino, pero no lo es menos que en éste tal distinción no sólo es asumida historiográficamente sino desmenuzada hasta sus últimos detalles ⁴⁸. Ya hemos visto que Grendi fue el introductor de Polanyi en Italia y el autor del prefacio a la antología de Thompson que publicó la colección «Microstorie». La trayectoria de Ginzburg también es conocida, y no será necesario insistir en exceso en ella. Nadie desconoce que sus primeros estudios los dedicó a Bloch y que fue él quien prologó la edición italiana de *Los reyes taumaturgos* en 1973, o que fue alumno de Cantimori en la *Ecole Normale*, de modo que, como señala Fulvio de Giorgi, es el «storico italiano che più oggi si ricollega alla storiografia francese». El propio Ginzburg reconoce en las obras de Bloch y Chabod dos de sus iniciales influencias ⁴⁹. Sin embargo, tan importante como *Annales* fue para Ginzburg su estancia en Londres (1964), aunque en este caso el lugar escogido no fue la *London School of Economics* como hiciera Grendi, sino *The Warburg Institute*, dedicado, como es conocido, a la historia del arte. Este centro, en principio, estaba lejos de lo que podía significar *Annales* y, más en concreto, la figura de Hloch. Sin embargo, tampoco esta elección de Ginzburg era nueva. De hecho, en 1966 había publicado un artículo sobre dicho centro con ocasión de la aparición en Italia de distintas obras de tres de sus miembros más destacados: A. Warburg, F. Saxl y E. H. Gombrich. De todos ellos, la influencia más destacada ha sido la de este último, cuya

⁴⁸ Esta diferenciación de las dos vías de la microhistoria pueden verse en BANTI, A. M., «La storia...», art. cit., quien da una buena serie de ejemplos de estudios microanalíticos que no se reducen a los que pueda publicar Einaudi o la revista *Quaderni Storici*, y la revista *Meridiana* es un buen ejemplo; DE CLONCI, F., *La storiografia di tendenza marxista e la storia locale in Italia nel dopoguerra. Cronache*, Milán, 1989, pp. 152-160.

⁴⁹ DE GEORGI, F., *La storiografia...*, *op. cit.*, p. 153. Asimismo LUHIA, K., y GANDOLFO, R., «Cario Ginzburg...», art. cit., p. 91. También la introducción del propio GINZBURG a *Mili...*, *op. cit.* Para un análisis de estas influencias, véase el artículo de LACONSON SCHIUTTE, ANNE, «Cario Ginzburg», *The Journal of Modern History*, núm. 2, 1976, pp. 296-315.

Art and Illusion, «on a theoretical level, it has been probably the most influential». Finalmente, cabe destacar, dada su preocupación por la cultura popular y el folklore, el interés por los formalistas rusos, especialmente por la obra de Vladimir Propp⁵⁰.

Todos estos elementos que hemos enumerado conforman un conjunto heterogéneo de influencias a las que, no obstante, Ginzburg ha dotado de homogeneidad e, incluso, de coherencia, cuando ha explicitado su genealogía intelectual. Ahora bien, esa variedad debe entenderse también en función de los distintos problemas o las diferentes evidencias a las que se ha enfrentado en su trabajo. Para él, en la medida en que los problemas sean distintos, las reglas del método histórico deben también adaptarse, «because you have to learn how to handle that different evidence. So you also have to change the standards of prove»⁵¹. A este eclecticismo explícito nada habría que objetar. Sin embargo, lo que suscita mayor asombro es el intento de Ginzburg de proporcionarle un sentido global y, si se quiere, unívoco: ¿qué cordón umbilical ata a Freud -**tan** «arriesgado» en el desarrollo de interpretaciones no falsables- con Gombrich -**tan** declaradamente «popperiano»-, a éste con Propp -**tan** despreocupado del factor tiempo y de la variación histórica-, y, finalmente, al formalista ruso con Bloch? Quizá, podríamos añadir, aún mayor sorpresa pueda provocar la comparación entre dos de sus libros más celebrados: *Ilformaggio e i vermi* -**un** texto de clara vocación micro- y *Storia notturna* -**a** la que cabría denominar macrohistoria.

Aquello que parece revelar este *continuum* o estas disonancias, al margen de las declaraciones explícitas de su autor, es lo siguiente: más allá de la reivindicación del objeto microhistórico, Ginzburg se preocupa del estudio de la cultura, sobre todo de aquellas manifestaciones que parecen resistir el paso del tiempo o, incluso, que parecen insensibles a los contextos históricos concretos, pero a las que, para revelarlas, es preciso recurrir al ejercicio de la sospecha, a la lectura ginzburguiana. La continuidad extracontextual que hay en la obra ginzburguiana la adquiere al poner en relación las influencias enumeradas. Resulta evidente que este propósito parece estar en contradicción de principio con el fin declarado de los historiadores. Pero

⁵⁰ LURIA, K., y GANDOLFO, R., «Carlo Ginzburg...», art. cit., p. 91. Sobre la figura de GOMBRICH y el instituto Warburg, cf. GOMBRICH, E., y EHBON, D., *Lo que nos cuentan las imágenes*, Madrid, 1992. Asimismo, véase el artículo del propio GINZBURG sobre esta escuela incluido en *Miti...*, op. cit. La principal obra a la que se refiere GINZBURG al señalar la influencia de Vladimir Propp es su *MOjfofogía del cuento*, Madrid, 1981. Véase también MARTIN, J., «Journeys...», art. cit.

⁵¹ LURIA, K., y GANDOLFO, R., «Carlo Ginzburg...», art. cit., p. 104.

no es menos cierto que este tipo de oximoron profesional es perfectamente comprensible en un autor que comenzaba a desarrollar su actividad en los años sesenta, es decir, en un momento en que gracias a Lévi-Strauss, Vladimir Propp llegaba a París y, en definitiva, a Europa. El estudio de la continuidad de las formas culturales, que Ginzburg perfilaría, además, en el *Warburg Institute*, se convertiría en su objeto declarado. Pero la insatisfacción con los procedimientos habituales de la historia de la cultura le permite ir más allá de la lectura tradicional: por debajo de las evidencias -en este caso, los cambios o las variaciones contextuales e históricas- hay una continuidad soterrada que hay que descubrir. Se acerca con ello a una filosofía de la sospecha; se aproxima con ello a un procedimiento que ya habíamos visto prefigurado en Lévi-Strauss. En este caso, la sintonía relativa entre Lévi-Strauss y Ginzburg se aclara parcialmente: su mutua admiración por Freud. Ginzburg lo ha repetido constantemente; Lévi-Strauss lo declaró enfáticamente en *Tristes Trópicos*. Por tanto, es la de Ginzburg, en efecto, una tensión entre morfología -en el sentido de Propp- e historia, entre forma transhistórica y variación histórica. Esto último es precisamente lo que le aproxima de manera polémica a Lévi-Strauss. Por tanto, más allá de las disonancias reales entre los autores mencionados, la línea de continuidad que podríamos proponer es Propp/Lévi-Strauss/Ginzburg⁵².

5. En las páginas precedentes, el lector habrá podido advertir que, a pesar de las apariencias y del éxito conseguido, la microhistoria no se reduce a Ginzburg. Más bien, existe un hiato entre dos modelos diversos sobre los que los protagonistas no suelen extenderse y sobre los que trata de proyectarse una empresa sintética que permita presentar de manera unívoca lo que no siempre comparten los mismos presupuestos. El ejemplo mayor de esta tarea homogeneizadora es, sin duda, la colección mencionada -«Microstorie»-. Gracias a ésta, la vitola de microhistoria se puede utilizar tanto para los libros de Carlo Ginzburg, de Giovanni Levi, de Franco Ramella u otros. Además, eso mismo se complica en la medida en que, en general, el significado de la microhistoria se ha confundido con o se ha derivado

⁵² De hecho, por ejemplo, FRANÇOIS DOSSE sitúa a la microhistoria como derivación de *Annales* y su proyecto etnohistórico a través de LÉVI-STRAUSS: *La historia en migajas*, Valencia, 1988, pp. 180 Y ss. Podría ensayarse igualmente acerca de la relación entre Ginzburg y Foucault, pero esto último nos llevaría por un derrotero que escapa a las intenciones de este artículo. De todos modos, véanse, por ejemplo: MUIH, E., «Introduction...», *are cit.*; SEHNA, J., «La História deis marginats i el sentit comú historiogràfic», *Acàcia*, núm. 3, 1993, pp. 21-39, en especial p. 33-35.

del éxito editorial de algunas de estas obras. Sin embargo, el análisis que hemos llevado a cabo ha intentado delinear dos concepciones de lo que significa la aproximación microanalítica en historia: Ginzburg y Grendi. En todo caso, cabría decir que han existido intentos de ofrecer una posición equidistante dentro de esa dualidad y, sin duda, quien mejor lo ha conseguido en la práctica ha sido Giovanni Levi. Quizá por eso mismo haya sido el primero, aunque en fechas recientes, en ofrecer una aproximación teórica que se pretende sintética de aquello que sea la microhistoria. Nos referimos al capítulo del libro *Nuevas perspectivas en historia*. En este texto, que pretende lanzar una mirada global a la dirección desarrollada por la microhistoria italiana, el autor señala que esta corriente «no posee un cuerpo de ortodoxia establecida», dado que no se basa «en textos o manifiestos teóricos. La microhistoria es por esencia una práctica historiográfica, mientras que sus referencias teóricas son múltiples y, en cierto sentido, eclécticas»⁵³.

Así pues, la tarea de identificar esta corriente historiográfica a partir de unos rasgos comunes es extraordinariamente ardua. Sin embargo, no faltan los intentos de ofrecernos esa caracterización. En el texto citado, Giovanni Levi, por ejemplo, enumera un total de siete rasgos: «la reducción de escala, el debate sobre la racionalidad, el pequeño indicio como paradigma científico, el papel de lo particular (sin oponerse, sin embargo, a lo social), la atención a la recepción y al relato, una definición específica de contexto y el rechazo del relativismo». En una dirección similar se expresaba recientemente James Amelang, para quien la microhistoria italiana se resumiría en seis elementos centrales y recurrentes: la reducción de escala, la preferencia por lo singular o por lo extraordinario, el estudio de la historia social centrada en las clases populares, el análisis basado en el paradigma indiciario, una aproximación transparente al conocimiento histórico (es decir, que exhibe «its research procedures and the coterminous unfolding of analysis up front»), y, finalmente, su predilección por la forma narrativa⁵⁴.

Sin duda, es legítimo dar cuenta global de lo que se entiende como características definitorias de la microhistoria. Sin embargo, parafraseando a Revel, ¿para qué simplificar si podemos hacer las cosas más complejas? Es cierto que todos esos rasgos pueden hallarse de alguna

⁵³ LEVI, G., «Sobre microhistoria», *Taller d'Història*, núm. 1, 1993, pp. 3-12, en concreto p. 3.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 11. Asimismo, AMELANG, J. S., «Microhistory and its Discontents: the View from Spain», comunicación presentada al Congreso Internacional *A Historia a debate*, Santiago, julio 1993, ff. 7-9.

manera en las distintas obras que se reclaman microhistóricas, pero no lo es menos que muchas de ellas también pueden encontrarse en otras que no asumen la etiqueta mencionada. De hecho, el microanálisis, como se sabe, no es patrimonio de la corriente histórica italiana, sino que se comparte por distintas disciplinas que incluso, con anterioridad, lo habían desarrollado: en un caso, institucionalizándolo, es decir, fundando académicamente una rama específica y formalizada de su saber (microeconomía) y haciendo depender de ella el estudio de la toma de decisiones (en el consumidor, por ejemplo) sobre la base de la teoría de la elección racional; en otro caso, convirtiendo el microanálisis en un rasgo nuclear -**la** voluntad de estudiar *en* una aldea megaconceptos o universales- de la disciplina (antropología), al menos en algunas de sus versiones más celebradas (el geertzismo, por ejemplo). En ese sentido, la virtualidad de la microhistoria consiste en haber introducido esa mirada micro -**en** la que habría esa tensión no resuelta entre «formalización» y «voluntad»- en nuestra disciplina y en haber arropado esa aproximación con una metodología consistente pero heterogénea: el objeto puede ser tanto lo excepcional -**que** se desentraña e interpreta a partir del uso sistemático del paradigma indiciario-- como las formas básicas de agregación -**en** cuyo análisis se persigue preferentemente explicar la red de relaciones que la integran.

Sea como fuere, las distintas versiones que podamos hallar de la microhistoria italiana comparten el contexto en el que surgen, y eso es particularmente significativo en relación con el caso español. Ante todo, como nos recordaba Giovanni Levi, la mayor parte de esos historiadores hundían sus raíces en el marxismo, y la microhistoria fue, entre otras cosas, un intento saludable de desembarazarse de las coerciones cognoscitivas y las ineficacias explicativas que la tradición política había impuesto en Italia. Esta corriente nace, pues, simultáneamente a un hecho intelectual sin precedentes: la crisis del marxismo. Pero, a su vez, es una respuesta en el ámbito historiográfico a una constatación cultural-civilizatoria que acontece entre finales de los años setenta y los ochenta: la crisis de la razón. Es éste el momento de surgimiento de la posmodernidad o, como se llamó en Italia, del *pensiero debole*. En ocasiones se ha pretendido identificar la microhistoria con este último. Sin embargo, aquello que comparten es sólo la constatación a la que hacíamos referencia: es decir, la certidumbre de una quiebra de paradigmas tradicionalmente sostenidos para *explicar* desde lo general una realidad que *siempre* es local. Por eso mismo, no extrañará que la difusión mayor del *Spie* de Ginzburg se produzca cuando se publica en el volumen no menos célebre que com-

pila Aldo Gargani: es, en efecto, el punto de no retorno de la transformación que se está operando en el ámbito intelectual italiano. Los historiadores tomarán nota de esa crisis que se proclama, pero tratarán de empeñarse en formular algún nuevo «paradigma» —aunque sea elástico, o metafórico con respecto a Kuhn—, bajo el que integrar sus investigaciones parciales. Con ello marcarán distancias con respecto al heideggerianismo que parece imponerse a partir de la lectura de Vattimo de esa misma crisis de la razón⁵⁵. A su vez, no dejarán de asumir aquello que Ginzburg llamaba una concepción «positivista» de la verdad, aun siendo conscientes de que los procedimientos cognoscitivos del historiador *no* podían ser positivistas, y, por tanto, asumiendo la narratividad del discurso histórico. Ello les impedía caer en una visión meramente retórica de ese mismo discurso al concebir una realidad extraña al texto, como ya vimos. Si eso resultaba evidente en el caso de Ginzburg, aún lo era más en el ejemplo de Grendi, para quien la narratividad histórica no parece preocupar sobremanera, al menos en el mismo grado que al anterior.

El debilitamiento del paradigma marxista en la historiografía italiana a lo largo de los años setenta iba a traer como consecuencias, entre otras, dos hechos, que permitirán comprender también el significado de las microhistorias. Por un lado, la apertura a otras ciencias sociales, especialmente a la antropología; por otro, una renovación de la historia local, alejada del viejo cronismo de campanario. En cierto modo, *Quaderni Storici (delle Marche)* —la revista que, en ocasiones, ha querido verse como el portavoz de la microhistoria— fue, en origen, el ejemplo más sobresaliente de esos cambios que se experimentaban: por un lado, desde el principio, la publicación defendió un análisis interdisciplinar; por otro, la revista se fundaba, entre otras razones, con el objetivo declarado de practicar una nueva historia local. La primera característica nunca se abandonó; en cambio, la propia publicación pronto se desprendió de la atadura geográfica en la que había nacido (Le Marche), emprendiendo con ello una derivación y una trayectoria distintas, sin que, al parecer, la historia local tuviera ya mucho que ver con los hallazgos metodológicos y epistemológicos de los microhistoriadores italianos⁵⁶.

⁵⁵ El libro editado por Aldo Gargani al que nos referimos es el que lleva por título *Crisi della ragione...*, *op. cit.*, cuya referencia completa se da en la nota 39. Gianni Vattimo ha sido uno de los pensadores *deboli* de la Italia de los ochenta, de estirpe heideggeriana, como decíamos. CL el texto «programático» de VATTIMO, G., YHOVATTI, P. A. (eds.), *El pensamiento débil*, Madrid, 1988.

⁵⁶ La evolución de *Quaderni Storici*, como se recordará, se describe en CARACCIOLU, A., «In margine...», *art. cit.*, pp. 155-164. Véase igualmente la descripción «di-

Desde España, la perspectiva ha de ser, por fuerza, diferente. No pretendemos en absoluto hacer una radiografía de lo que aconteció en nuestro caso, sino solamente observar algunas de las disimilitudes que puedan darse en el seno de dos países que han registrado una historia distinta. En este caso, la historiografía española ha debido enfrentarse a un vacío producido por la dictadura franquista, y las soluciones o las respuestas que se han dado han sido tentativas. En ese sentido, aquellas impugnaciones que leíamos de Santos Juliá o de Ricardo Carcía Cárcel, o son injustas o parecen predicar la existencia de una deformidad insuperable. El diagnóstico, a nuestro juicio, está totalmente averiado.

Vayamos por partes. En nuestro país es también constatable desde hace un tiempo una crisis evidente del modelo cognoscitivo marxista, que tanto influyó entre los historiadores antifranquistas. Pero ahí es justamente en donde se halla la diversidad que queremos acen- tuar: mientras en Italia el marxismo constituía una poderosa tradición nacional de pensamiento que se encarnaba principalmente en el gramscismo, en España los intelectuales se las tenían que ver con una dictadura cuya consecuencia más evidente en este terreno había sido el agostamiento cultural y la falta de una completa comunicación con el exterior. De hecho, el marxismo había servido aquí como plataforma de oposición intelectual. Los años del tardofranquismo y los primeros de la transición registraron un crecimiento exponencial de un lenguaje de inspiración marxista. Probablemente, para el caso que nos ocupa, lo más interesante de aquel fenómeno fue la importante resonancia gramsciana de aquel marxismo que se empleaba. La propia coyuntura del momento puede ayudarnos a entenderlo. Por un lado, en 1977 se conmemoraba el cuadragésimo aniversario de la muerte de Antonio Gramsci en las cárceles mussolinianas; por tanto, un hecho de actualidad político-cultural avalaba el interés que podía despertar su obra. Por otro, los partidos de izquierda españoles contemplaban con deseos de emulación lo que se consideraba la fortuna histórica del PCI, el partido de Gramsci y Togliatti: se trataba de una organización política con experiencia de gestión democrática en las administraciones locales (Roma, Bolonia, etc.), con una cultura peculiar que le había supuesto abiertos enfrentamientos con la ortodoxia soviética. En tercer lugar, y en íntima vinculación con lo anterior, dicha organización era deudora del marxismo heterodoxo, democrático y occidental que desarrollara Gramsci en los *Quaderni del carcere*. En definitiva, el marxismo renovado podía ser una de las pla-

taformas de reconstrucción teórica del análisis político e histórico. Pero, insistimos, lo curioso era que se importaba y se desplegaba cuando en otros países -en Italia, por ejemplo-- también aquel marxismo heterodoxo se hallaba en crisis.

Como se sabe, la crisis del marxismo sobrevino asimismo en España, pero en fecha más tardía. Con ello queremos decir que, aun cuando el debilitamiento epistemológico del materialismo histórico era algo que iba más allá de los respectivos marxismos nacionales, en España la propia orfandad teórica del análisis político e histórico prolongó la influencia de aquella corriente y, por tanto, hizo, al final, todavía más aguda la crisis. Así pues, en la medida en que la historiografía española se enfrenta, aunque sea con retraso, a problemas semejantes, y sobre bases también similares, la microhistoria, como ha señalado James Amelang, puede ofrecer un tipo de análisis muy atractivo para nuestros historiadores en tanto proporciona una suerte de transición no excesivamente traumática desde el marxismo hacia otras formas de análisis histórico que no se basen en la mera oposición anti: «microhistory addresses specifically (and sympathetically, I think) what it sees as the insufficiencies of Marxist historiography, the intellectual tradition within which its proponents first developed. That it is appreciative of this tradition's richness and achievements, anxious to disassociate itself from the anti-Marxism in vogue in other circles»⁵⁷.

Por otra parte, también en el caso español, una de las manifestaciones no previstas de la crisis del marxismo ha sido la renovación de la historia local, alejada asimismo de ese cronismo de campanario al que aludíamos. Se trata de una renovación, además, que se ha ve-

⁵⁷ AMELANG, J. S., «Microhistory...», art. cit., p. 11. La disonancia cronológica que se da entre Italia y España en lo que a la crisis del marxismo se refiere resulta evidente si consultamos algunos pronunciamientos de los años setenta que se hicieron célebres en el país cisalpino. En ese sentido, Paolo Macry, procediendo de la izquierda, decía a propósito de Gramsci y la historia de Italia: «si ha l'impressione che dello stesso giudizio gramsciano non si siano cercate (...) troppe verifiche, utilizzandolo come compiuta sistemazione del modello socio-politico italiano piuttosto che come programma di lavoro aperto». CL «Sulla storia sociale dell'Italia liberale: per una ricerca sul "ceto di frontiera"», *Quaderni Storici*, núm. 35, 1977, pp. 521-550, especialmente p. 525. Estos argumentos desarrollaban algunas de las ideas expuestas por ROMANELLI en el número anterior de la citada revista. En definitiva, lo que se proponía era romper las coerciones epistemológicas en las que se hallaba sumida la investigación histórica. De ahí que muchos historiadores de la izquierda vieran con simpatía las nuevas propuestas microhistóricas: «Alle "microanalisi" (...) guardo con simpatia proprio perché vi colgo come una sospensione del giudizio, una presa d'atto dello "smarrimento del senso", che mi pare il primo passo per la riconquista d'una verita». CL HOMANELLI, R., «Storia politica...», art. cit., p. 248.

rificado en la década pasada y que ha ofrecido al panorama historiográfico español algunas de sus mejores obras. Por eso mismo, resultan incomprensibles, poco objetivas y a todas luces injustas algunas de las afirmaciones que hemos reproducido al inicio de este trabajo. ¿De qué hablamos cuando hablamos de historia local? Con toda seguridad, la perspectiva histórica de la contemporaneidad española, entre otras, ha empezado a trazarse en términos más matizados sólo cuando una densa historia local ha puesto en suspenso algunos de los tópicos historiográficos más recurrentes y menos contrastados en los que la historia general se había nutrido. Un solo ejemplo bastará: la mejor historia agraria que se ha realizado en nuestro país es, sin duda, la que componen las investigaciones a escala local. Este argumento podría, sin embargo, impugnarse. Para ello, podrían aportarse otros casos en los que son justamente la escasa calidad de las monografías, fundadas en un localismo heredado de las crónicas, o las legitimaciones particularizantes de las historias autonómicas, los cargos irrebates. Aunque esto sea sólo en parte cierto, la descalificación que implica supone, asimismo, una sinécdoque, y, sólo por ello, una operación injusta. En todo caso, de lo que se trata, como se ha recordado recientemente para la propia historia local italiana, es de aprovechar esas bases que ya existen en aras a consolidar «un mutamento profondo della funzione e dei criteri di utilizzazione della scala locale»⁵⁸.

En ese sentido es en el que hay que entender las propuestas realizadas en España de aproximar la historia local que se ha estado realizando en nuestro país con el modelo de la microhistoria. Se trataría de «un tipo de historia local que se propusiera, como mínimo, relacionar los individuos y los grupos con las estructuras y los procesos sociales. Un tipo de historia local que, de este modo, no se apartaría del marco histórico general de las teorías y de los procesos sociales, sino simplemente de la historia nacional como punto de referencia -lo que determina el tipo de análisis-, sin convertirse a cambio en una suma de historias particulares contrapuestas a una historia nacional»⁵⁹. Desde este punto de vista, las soluciones que el microanálisis de Grendi ha aportado -basada sobre todo en el análisis relacional a pequeña escala- son similares a las que aquí se demandan,

⁵⁸ FAZIO, I., «Piccola scala per capire i mercati», *Meridiana*, núm. 14, 1992, pp. 107-121, en concreto p. 115.

⁵⁹ HUIZ TORRES, P., «Algunas reflexiones sobre el análisis local y la historia», en *Actes del I Congrés Internacionall d'Història Local de Catalunya*, Barcelona, 1993, pp. 57-67, especialmente p. 60. Asimismo, cf. su artículo «Microhistòria i història local», en AA.VV., *L'espai viscut. Col.loqui Internacional d'Història Local*, Valencia, 1989, pp. 71-92.

puesto que su pretensión fundamental, sobre la base de una reducción del objeto, centrado, por ejemplo, en la comunidad, es la de reconstruir la densa red de relaciones que forma ese agregado social sin, a la vez, olvidar el contexto en el que toma sentido. En cambio, el ejemplo de Ginzburg no consiente una traslación tan sencilla, en la medida en que es de las propias virtudes del historiador italiano de las que depende la excelente factura de sus producciones. Es decir, mientras en Grendi hay una reflexión más fría y, por ello, más fácilmente asumible de un procedimiento y de un objeto microhistóricos, en Ginzburg éstos requieren de un factor personal: como ha reconocido el propio Levi, «Carlo Ginzburg es un gran historiador que no pot fer escola, ningún pot fer el que fa ell»⁶⁰. Eso no significa, por contra, que las propuestas de Ginzburg no sean igualmente relevantes para este ámbito de la investigación, o que sean incompatibles. Ahora bien, la virtualidad de sus obras está en el resultado, y éste sólo es posible con su capacidad para manejar la «intuición baja» y para profundizar en la narratividad de su discurso.

Por tanto, de todo lo dicho se infiere que lo local es, en el caso que nos ocupa ahora, más el método, la aproximación microanalítica, que el objetivo, puesto que éste se centra en esa comunidad para descubrir un proceso social complejo que al cabo la trasciende. A su vez, debemos desterrar esa creencia inocente que busca en esta o aquella localidad el modelo a escala del conjunto o que persigue un ámbito reducido como caso de prueba o modelo de un experimento. Es decir, debe evitarse aquello que Geertz llamaba «Jonesville como modelo “microscópico” de los Estados Unidos» y «la isla de Pascua» como «laboratorio natural». La primera tentación denunciada es, dice el antropólogo, un disparate, y la segunda, una falsa analogía. Esta o aquella comunidad se convierten en el objeto de nuestra investigación porque son relevantes en sí mismas y porque aportan algo significativo al conocimiento histórico de una realidad general que se manifiesta a distintos niveles. Podríamos, con las debidas cautelas, asumir la siguiente analogía para los historiadores: como diría Geertz, la apuesta por el microanálisis debe aceptar que «el lugar de estudio no es el objeto de estudio. Los antropólogos no estudian aldeas (tribus, pueblos, vecindarios...); estudian *en* aldeas. Uno puede estudiar diferentes cosas en diferentes lugares, y en localidades confinadas se

⁶⁰ Véase la citada entrevista con Giovanni Levi reproducida en la revista *Mélope*, p. 32.

pueden estudiar mejor algunas cosas (...). Pero esto no significa que sea el lugar lo que uno estudia»⁶¹.

Sea como fuere, el hecho de aproximar nuestra historia local a la microhistoria italiana, o incluso esa actitud voluntarista que lleva en ocasiones a identificarlas, no soluciona el desfase que existe entre la una y la otra. De hecho, los historiadores españoles tenemos mucho que aprender de nuestros colegas italianos, por centrarnos en el caso que nos ocupa y no extendernos a otros países. Además de todo lo que ya hemos ido apuntando, al menos son tres las virtudes que en la microhistoria italiana son frecuentes y que aquí, por contra, no abundan en exceso. En primer lugar, el historiador debe hacer un esfuerzo por hacer efectiva esa interdisciplinariedad que tanto se predica y que tanto se practica. El análisis de la comunidad, que tanto agrada a Grendi, o el de una fuente judicial excepcional, como las que utiliza Ginzburg, sólo es posible desde esa perspectiva. En ese sentido, la antropología ha sido un referente obligado para los microhistoriadores, pero también la sociología o la economía. No debemos, sin embargo, importar teorías para verificarlas en aquel laboratorio «natural» que denunciaba Geertz; debemos, por contra, disolver las perspectivas, multiplicar las lecturas, fundir los enfoques, para así hacer hablar a los contextos. Como diría Thompson, vale la pena arriesgarse en la conexión con otras disciplinas, pero siendo conscientes de que cada nuevo concepto ganado debe ser insertado en el conjunto de significados del contexto histórico específico⁶².

En segundo término, la microhistoria ha desarrollado una preocupación profunda por el manejo de la documentación y el rescate de su significado más profundo. Sin duda, el ejemplo de Ginzburg es una muestra excepcional de lo que se obtiene con un tratamiento fino de las fuentes en el que hay una tensión creadora entre la concepción positivista de la verdad y unos procedimientos que ya no pueden serlo. Finalmente, tampoco entre los historiadores españoles ha abundado una atención reflexiva sobre el propio discurso, entendiendo por tal no sólo el texto final de la monografía, sino también los procedimientos y los recursos -retóricos o de otra índole- que permiten presentar los resultados. Ahora bien, de estos cargos brevemente enumerados a la impugnación avinagrada y sin matices, o a la condena sin paliativos, hay una brecha, la brecha que nos permite confiar en la renovación propia.

⁶¹ GEERTZ, E., *La interpretación...*, op. cit., pp. 33-34.

⁶² THOMPSON, E. P., «L'antropologia...», art. cit., p. 259.

Epistemología histórica y enseñanza

Pilar Maestro González

Introducción

Definirse sobre el método a utilizar en las aulas de Historia no es una cuestión trivial. No significa sólo escoger una forma específica de actuación, una simple práctica con valor en sí misma. Supone sobre todo asumir una concepción global de la enseñanza, fundamentarla, y establecer en definitiva una relación clara entre teoría y práctica docente.

La metodología didáctica se convierte así en el territorio donde confluyen y se hacen visibles todas las asunciones científicas e ideológicas de los enseñantes en relación con las decisiones de su praxis.

Las investigaciones sobre los métodos de enseñanza y en concreto de la enseñanza de la Historia son recientes. Y aunque el interés por las formas de transmisión de los diferentes conocimientos y saberes a los más jóvenes ha estado presente a lo largo de la Historia de la Humanidad, lo cierto es que sólo encontramos una investigación sistemática en este mismo siglo, y algunos intentos a finales del siglo pasado.

Aunque el barón Grimm escribía en 1763: «La manía de este año es escribir sobre educación» ¹, lo cierto es que la necesidad de una ciencia educativa es reclamada explícitamente sólo a finales del XIX

¹ Citado en PALACIOS, J., *La cuestión escolar. Crítica y alternativas*, Barcelona, 1978, p. 5.

y principios del XX. El mismo J. Dewey² y muchos de los representantes de los movimientos que por entonces dieron un giro importante a la enseñanza y su teoría, insistieron en la pertinencia de poner en manos de los educadores los resultados de investigaciones que les ayudaran a realizar su función en las aulas.

Pero la misma juventud de este conocimiento ha favorecido algunas confusiones y el uso de una terminología contradictoria.

Hoy no es posible encontrar un acuerdo generalizado sobre el concepto de metodología didáctica entre los investigadores y mucho menos entre los profesores. Ello se explica no sólo por la juventud de la investigación, sino también por la misma complejidad de relaciones que confluyen en la metodología. Las diferentes posturas ante la enseñanza de la Historia no deben interpretarse, pues, como un simple reflejo de la variedad de técnicas o estrategias puntuales que es posible utilizar, sino como algo más profundo, como producto de concepciones opuestas de la enseñanza y de formas muy diferentes de concebir la materia objeto de aprendizaje, la Historia.

Veremos, pues, de definir las diferentes concepciones de la práctica educativa, para analizar después algún aspecto más concreto de la relación teoría-práctica: la concepción del tiempo histórico y la enseñanza de la Historia.

1. Las concepciones de la práctica educativa

Las primeras propuestas metodológicas han surgido históricamente de dos líneas de investigación que conciben de forma muy distinta la práctica educativa: el positivismo y la teoría de la interpretación.

En la actualidad la teoría crítica de la educación, desde una nueva concepción, tiende a alejarse tanto de una simple visión positivista como de los excesos de una visión exclusivamente hermenéutica. Marcando certeramente los peligros de ambas, y aceptando no obstante los avances que han supuesto, abre una nueva línea de trabajo que intenta superar ambas posiciones³.

² DEWEY, J., *Democracy and Education*, Londres, 1916, y *Experience and Education*, Londres, 1938.

³ CARH, W., y KEMMIS, S., *Becoming Critical! Knowing through Action Research*, Dcakin University Press, 1982. Traducción: *Teoría crítica de la enseñanza. La investigación-acción en la formación del profesorado*, MARTÍNEZ ROCA, Barcelona, 1986. Es un excelente trabajo sobre la concepción de la práctica y en especial sobre la teoría crítica de la educación.

1.1. La concepción positivista

Desde el positivismo, la metodología didáctica sería simplemente una «tecnología» de la enseñanza, un conjunto de normas reguladoras de la acción educativa procedentes de los análisis teóricos, que los docentes deberían limitarse a aplicar concienzudamente⁴. Como aplicación de los descubrimientos de la investigación, enunciados en forma de principios generales y objetivos, de verdades universales, la metodología debe producir necesariamente unos resultados predecibles en la enseñanza. Las dificultades del aprendizaje se consideran simples cuestiones técnicas, que tienen una solución técnica también.

Esto equivale a considerar la acción educativa como un hecho objetivo, que puede explicarse satisfactoriamente desde un mecanismo causal.

La acción educativa es entendida, pues, como un hecho físico, propio de las Ciencias Naturales, al que pudieran aplicarse, por tanto, reglas y normas de validez general. Se ignora o se minimiza la naturaleza social de la práctica educativa y la enorme importancia mediadora de los significados que esa acción social tiene para quien la realiza, de los valores y finalidades que se proyectan sobre ella, así como la importancia de la relación comunicativa que se establece entre los diferentes agentes que intervienen directa o indirectamente.

La implicación de valores y finalidades en la educación y la multiplicidad de variables científicas, ideológicas y sociales que se entremezclan en la praxis docente hace difícil pensar que un estudio de la realidad educativa, desde fuera de la praxis misma, pueda producir decisiones metodológicas infalibles, valederas en cualquier situación. Aplicar a una Ciencia Social, como es la educación, sistemas de predicción propios de otro tipo de ciencias, no ha dado buenos resultados de forma general, como era fácil de prever⁵.

Es esta, pues, una concepción tecnicista de la enseñanza que, hay que decirlo, ha llegado a fabricar auténticos corsés metodológicos, sin sentido para los docentes, de costosa aplicación, y de fácil esclerotización.

Por otra parte, sin embargo, esta posición positivista supuso un adelanto importantísimo en la consideración general del hecho edu-

⁴ SKINNEH, B. F., *The Technologie of Teaching*, Nueva York, 1968. Esta obra es una buena muestra de la versión positivista del hecho educativo.

⁵ PETERS, R. S. (ed.), *The Philosophy of Education*, Londres, 1973. Es una buena recopilación de las posiciones filosóficas que avalan la crítica del positivismo en la teoría de la educación.

eativo, en la búsqueda de una posible fundamentación científica, con lo que supone de apertura al estudio sistemático y a la necesidad de explicar, de hacer inteligible, la enseñanza y sus métodos.

Así pues, aunque parece necesario dejar de lado una visión radicalmente positivista de la práctica docente en la que ésta no es sino un apéndice de la teoría, esto no quiere decir que sea imposible una explicación razonable del hecho educativo, y en concreto la toma de decisiones metodológicas fundamentadas teóricamente.

Pero ello debe hacerse atendiendo a las características específicas de la enseñanza. Y en ella, desde cualquier metodología prevista teóricamente, actúa la mediación de la práctica concreta, es decir, *las decisiones del profesor en su relación con el alumno, en un contexto social específico*.

1.2. *La concepción hermenéutica*

La teoría de la interpretación, saliendo al paso de esta visión excesivamente tecnicista, ha constituido una nueva alternativa al positivismo, que ha intentado la comprensión de la práctica educativa a partir del significado que esas acciones tienen para sus propios agentes, profesores y alumnos básicamente, y para la sociedad en que se mueven. Todo ello influye en las decisiones metodológicas, que dependerán, por tanto, de la comprensión del hecho educativo desde la interpretación más que desde la explicación causal.

Desde estas posiciones, la práctica educativa sólo es inteligible y se puede actuar sobre ella cuando se conoce el significado que tiene para quien o quienes la realizan. Estos significados pueden ser explícitos y, en ese caso, dependen de las teorías y valores manejados conscientemente por los sujetos. Pero la más de las veces estos significados dependen de teorías o valores implícitos que hay que sacar a la luz. En la enseñanza éste es un fenómeno habitual.

La ciencia educativa en este caso no ha hecho sino incorporar la fundamentación que los científicos sociales alemanes, desde Dilthey a Max Weber, o la filosofía analítica han buscado para las Ciencias del Espíritu desde la interpretación hermenéutica en su confrontación con el positivismo⁶.

⁶ OUTHWAITE, W., *Understanding Social Life: The Method called Hersteinen*, Londres, 1975. Es interesante para ver el desarrollo de los métodos de interpretación. WINCH, P., *The Idea of a Social Science*, Londres, 1958. Visión desde la filosofía analítica.

Los métodos del *Verstehen* intentan precisamente ofrecer interpretaciones teóricas de los significados subjetivos de las acciones sociales. La sociología de la educación se hizo eco de esta corriente interpretativa y comenzó a realizar estudios intensos a partir de los años setenta de este siglo, incorporando todo el caudal del análisis marxista y de la sociología francesa y británica básicamente ⁷.

La teoría interpretativa de la educación sitúa, pues, en primer plano la praxis, la acción del aula y sus protagonistas, los docentes en su relación con los alumnos. Es el profesor el que debe reflexionar sobre su práctica a fin de tornar decisiones metodológicas adecuadas. Es preciso que comprenda lo que hace, que entienda sus fundamentos teóricos implícitos o explícitos y los objetivos o finalidades que se propone con aquellas acciones. La investigación tendrá como misión no tanto ofrecerle una serie de normas y de recursos técnicos, cuanto proporcionarle las interpretaciones necesarias para que el profesor pueda «iluminar» con ellas su práctica. Es el profesor el que, desde esta autorreflexión, escoge lo que hará. Nos acercarnos así a una metodología basada en la idea de «deliberación práctica» ⁸, en la que el profesor y su praxis es lo fundamental. Desde esta valoración eminentemente subjetiva de la praxis se podría acceder, pues, a una racionalidad de la acción, a una metodología explícita y aceptada.

La teoría de la interpretación ha tenido una gran influencia en la renovación de la metodología didáctica, ya que le ha impulsado al profesorado más inquieto a una reconsideración de sus acciones, lo ha atraído hacia el estudio teórico-práctico de la enseñanza y ha favorecido el trabajo de grupos de vanguardia. Aunque los grupos involucrados hayan sido poco numerosos, su acción ha constituido la punta de lanza de la renovación metodológica.

La primacía de la teoría sobre la práctica, propia del positivismo, quedó rota, pues, en esta nueva forma de concebir la praxis educativa como algo fundamental que incluso orienta la investigación.

Sin embargo, esto no debe significar que se haya de caer necesariamente en un pragmatismo total, en una concepción del hecho educativo que se abandona a la interpretación de cada profesional como única posibilidad de tomar decisiones. Eso nos llevaría a entronizar una casuística según la cual cada uno actúa desde «su propio método», entendido como una práctica individual, sin atenerse a ningún

⁷ YOUNG, F. D. (ed.), *Knowledge and Control: New directions for the Sociology of Education*, Londres, 1971.

⁸ SCHWAB, J. T., «The practical: a language for curriculum», *School Review*, vol. 78, 1969, pp. 1-24.

tipo de razonamiento o fundamentación teórica de lo que **hace**, y sin estar **sujeto**, por **tanto**, a ningún tipo de contraste o evaluación.

Una metodología inspirada en la interpretación puntual del hecho educativo por los **docentes**, sin atender a ninguna investigación de carácter **científico**, en el sentido menos académico del **término**, no haría sino abandonarse en manos de la inspiración, de la creación del **profesor**, es decir, de la concepción de la educación como un arte, aunque hay que aceptar que hay una parte importante de creación personal en la enseñanza.

No se puede esperar el éxito de metodologías positivistas en que la consideración del sentido de la práctica esté ausente. Pero tampoco es posible esperarlo todo de la misma **práctica**, sin el auxilio de una fundamentación epistemológica.

Parece, pues, **necesario**, para superar ambas dificultades, llegar a una metodología didáctica que integre la teoría y la práctica de forma dialéctica.

Para ello hay que entender la metodología didáctica precisamente como el puente de dos direcciones tendido entre investigación y praxis docente. Esto es lo que pretende la teoría crítica de la educación basada en un pensamiento más amplio, la teoría social crítica.

1.3. *La teoría crítica*

La teoría crítica de la educación **parte**, pues, del intento de superar la dicotomía establecida entre explicación y comprensión de la práctica educativa.

Ni los investigadores pueden prescindir de la mediación que supone la acción concreta del aula, ni los profesores pueden resolver por sí mismos todos los problemas que esta acción les plantea diariamente. De hecho toda la investigación educativa tiene como finalidad última incidir sobre la práctica. Cualquier propuesta metodológica deja de existir, de tener **sentido**, si no es en función de su traducción en una práctica concreta. A su vez las prácticas educativas sólo resultan inteligibles a la luz de una fundamentación teórica.

La teoría crítica parte de unos postulados básicos que resultan de extrema utilidad para definir la metodología didáctica ⁹.

De entrada, unos postulados en negativo consistentes en el rechazo de una concepción de la metodología bien como un conjunto de

⁹ CAHH, W., y KEMMIS, S., *Teoría crítica de la enseñanza...*, op. cit., pp. 142 Yss.

técnicas o bien como la exclusiva práctica que realizan los docentes.

y después unas propuestas en positivo que van más allá.

En primer lugar, la metodología debe incorporar recursos suficientes, procedentes de la investigación, para que los profesores sean capaces de discernir las teorías que fundamentan su acción, distinguiéndolas de otras posibles perspectivas. Y sobre todo *las teorías y valores implícitos* que pueden distorsionar su práctica, creando auténticas contradicciones entre los objetivos que se proponen y lo que realmente hacen.

En segundo lugar, la metodología debe hacerse cargo del contexto social en el que se desarrolla la práctica educativa y de las limitaciones o coerciones que conlleva, de forma que el profesor distinga lo que es imputable a esas coerciones de lo que tiene que ver con sus propias acciones, teorías y valores.

y en tercer lugar, la metodología debe estar siempre sujeta a un reexamen de sus fundamentos teóricos a la luz de lo que la práctica vaya desvelando. La teoría educativa ayuda al profesor, pero también puede construirse desde su propia acción.

Cada una de estas propuestas supone un campo de investigación amplio. Sobre la primera podemos encontrar ya estudios que se ocupan del pensamiento del profesor, de sus concepciones sobre la enseñanza. Pero hay todo un campo por explorar sobre sus concepciones teóricas acerca del objeto de conocimiento, su idea de la Historia, que tiene una importancia capital en la configuración de la metodología didáctica. De ello nos ocuparemos más adelante.

Sobre la segunda, la Sociología de la Educación ha trabajado ya de forma importante desde hace tiempo ¹⁰.

y sobre la tercera —la necesidad de realizar una investigación desde la práctica misma— hay toda una línea de trabajo, la investigación-acción, que ha dado ya algunas obras importantes ¹¹.

¹⁰ Ver como obra de conjunto ApPLE, M. W., *Ideología y Currículo*, Madrid, 1986.

YOIINC, F. D. (ed.), *Knowledge and Control: New Directions for the Sociology of Education*, op. cil.

¹¹ LEWIN, K., «Action Research and minority problems», en *Journal of Social Issues*, vol. 2, 1946, pp. 34-36.

ELLIOT, I., «What is the action research in schools?», en *Journal of Curriculum Studies*, vol. 10, núm. 4, 1978.

ELLIOT, I., «Implications of classroom Research for Professional Development», en TOYLE, E.; MECAHY, I., y ATKIN, M. (eds.), *World Yearbook of Education*, Londres, Nueva York, 1980, pp. 308-324.

CAHILL, W., y KEMMIS, S., *Becoming Critical: Knowing through Action Research*, op. cil.

De todos estos supuestos se deduce fácilmente que la teoría crítica no concibe la metodología didáctica como una receta teórica, ni como un conjunto de acciones prácticas, sino como *la coherencia global que informa la praxis del aula*, una manera general de operar, que tiene su fundamentación teórica y su recreación constante en contacto con la realidad del aula. En esa actividad compleja, la acción y las decisiones del profesor son básicas, y también lo es la fundamentación, el paradigma educativo aceptado. Ambas deben mantener entre sí una relación dialéctica.

Este planteamiento desde la teoría crítica de la educación encuentra su fundamentación teórica última en los desarrollos realizados por la escuela de Frankfurt ¹².

Entendida desde muy diversas versiones, lo cierto es que su aportación puede ser fundamental en una nueva concepción de la práctica educativa.

En especial en dos aspectos: en primer lugar, su consideración de las teorías implícitas, no dominadas, y su influencia en las acciones sociales, educativas en este caso, estudio ampliamente desarrollado por Habermas.

y también la importancia concedida al análisis de la acción comunicativa, capital en la práctica educativa obviamente. Esa comunicación, que puede estar afectada por múltiples distorsiones, es la finalidad máxima de dicha acción y tiene un carácter social y científico.

Las diversas metodologías propuestas por la investigación han puesto su atención en uno u otro de estos dos aspectos. Pero hasta el momento no había propuestas que aunaran los diferentes campos de investigación.

Desde las teorías de Habermas encontramos una posible superación de estas cuestiones. En concreto, las tres funciones que Habermas atribuye a la ciencia social crítica -en la que se apoya la teoría crítica de la educación- son perfectamente asumibles por una metodología didáctica que intente una integración dialéctica de teoría y práctica, y cuya finalidad no es sólo interpretar la práctica, sino también mejorarla ¹³.

Consideradas desde la acción social educativa, podríamos entender estas tres funciones de la siguiente manera: En primer lugar la

¹² JAY, M., *The Dialectical Imagination: The History of the Institute for Social Research and the Frankfurt School, 1923-1950*, Boston, 1973.

¹³ HABERMAS, T., *Theorie und Praxis, Sozial Philosophische Studien*, Berlín, 1963. Traducción: *Teoría y praxis. Ensayos de filosofía social*, Buenos Aires, 1966.

utilización de teoremas críticos que orienten la práctica, es decir, un paradigma educativo aceptado, que constituiría un marco capaz de ser utilizado por los docentes, aunque siempre bajo las condiciones de las dos funciones restantes. A saber: la aplicación y puesta a prueba de dichos teoremas por los docentes en un contexto general de discusión abierta y democrática, y la organización de la acción del aula como consecuencia última de la confrontación de los teoremas críticos y de la praxis realizada y discutida.

En cierto modo, una metodología de la enseñanza fundamentada por estas tres operaciones supone el compromiso del investigador con la praxis y la conversión en buena parte del «práctico» en investigador.

2. Las propuestas metodológicas. Tres formas de abordar la enseñanza de la Historia

La enseñanza de la Historia se ha contemplado de forma distinta en las concreciones metodológicas producidas desde la investigación o desde la simple experiencia.

Destacan tres en especial, bien por su amplia difusión entre los docentes o bien por el interés de las investigaciones que las fundamentan.

Nos referimos a los métodos de transmisión, los métodos de descubrimiento y los métodos de construcción del conocimiento escolar.

2.1. *Los métodos de transmisión. Una flistoria recibida*

La enseñanza basada en métodos de transmisión ha gozado y goza aún de gran aceptación entre los docentes. A pesar de ser ampliamente utilizada desde hace mucho tiempo, su fundamentación no suele ser explicitada o debatida por quienes la utilizan asiduamente. La mayoría se limita a aceptarla como la única posible, como el paradigma metodológico «natural» y no sienten, por tanto, necesidad de reflexionar sobre ella o de analizarla críticamente.

Esta circunstancia genera por una parte un conservadurismo metodológico que impide la apertura a la renovación. Y por otra supone la aceptación acrítica de una serie de asunciones teóricas e ideológicas implícitas en ella que distorsionan la práctica, entrando en contradicción, en muchas ocasiones, con los auténticos objetivos o deseos de los enseñantes.

Parte de una serie de principios básicos:

Una concepción positivista del objeto de aprendizaje. La Historia que los alumnos han de aprender, aunque se haya construido por la investigación de muy diferentes maneras, se concibe en última instancia como un saber acabado.

La Historia como disciplina escolar se ofrece como una reducción, que se convierte necesariamente en objetiva, de la investigación o la interpretación histórica de la que parte, un paquete científico totalmente elaborado, cuyos mecanismos de inteligibilidad el alumno desconoce.

Una idea de la enseñanza como simple transmisión de conocimientos. Se ignora así la necesidad de crear en el alumno los mecanismos necesarios de comprensión y también las actitudes y los valores ante la ciencia y su aprendizaje que pueden mover su interés por el conocimiento, comprometiéndole con él y facilitando la comunicación en el aula.

El papel del profesor se convierte en el de un intermediario, y el del alumno en un simple receptor-reproductor de conocimientos.

Una concepción teórica de los mecanismos del aprendizaje, según la cual es suficiente una buena emisión de conocimiento para que éste sea recibido por los alumnos en condiciones normales. La emisión por parte del profesor y el consiguiente aprendizaje se consideran en una relación de causa a efecto.

Los resultados de esta metodología no han sido siempre alentadores. Ello produjo en los años sesenta un intento de reconsiderar a fondo sus fundamentos.

Un análisis crítico mínimo debe plantear algunas consideraciones.

En primer lugar, la concepción positivista del objeto de aprendizaje es ampliamente objetable desde la investigación actual.

La idea de que la complejidad del pensamiento histórico puede ser aprehendido directamente por los adolescentes por el solo hecho de ser explicitados los resultados de la investigación histórica en una comunicación oral o en una lectura es una suposición optimista para la mayoría de los alumnos.

La misma complejidad de ese conocimiento exigiría para ser comprendido el dominio de una serie de mecanismos conceptuales y formas de pensamiento que los alumnos no poseen en principio. Parece razonable que la metodología incluyera como finalidad básica facilitar al alumno la aprehensión progresiva de esas estructuras que le dan acceso a la comprensión de los hechos y procesos de la Historia. Es decir, las formas específicas de la explicación, la conceptualización o la temporalidad históricas, entre otras.

Estos mecanismos son específicos del conocimiento histórico. Deben, pues, construirse desde él y no cabe identificarlos con las capacidades generales de los alumnos o con su grado de madurez. Necesitan de actividades específicas en el aula.

En segundo lugar, la fundamentación psicológica de esta forma de enseñar, es decir, su concepción de la forma en que se produce el aprendizaje en los adolescentes, es totalmente obsoleta, como ha denunciado ampliamente una investigación prestigiosa que considera el acto de conocer o de aprender como una acción compleja que se construye de dentro a fuera y no al revés, y en la que tiene una importancia definitiva el sujeto que aprende ⁴.

De forma que la manera de acceder a nuevos conocimientos, además del deseo de alcanzarlos, necesita como mínimo que se establezca una *relación* entre los esquemas conceptuales, entre las formas de procesar los conocimientos por parte del que aprende, y lo que llega desde el exterior.

Sólo cuando se produce satisfactoriamente esa relación, el sujeto obtiene un significado, «entiende». La incorporación de nuevos conocimientos, sobre todo cuando son conocimientos científicos, se realiza con grandes dificultades. Para que el individuo los comprenda, debe encontrar sentido, significado, a aquello que se le ofrece al aprendizaje. Es decir, debe poder encajarlo dentro de sus esquemas de comprensión, dentro de sus concepciones. Debe tener un punto de apoyo en su interior que dé entrada a los nuevos conocimientos. Y esa acción sólo puede realizarla él mismo, aunque reciba ayudas importantes. Esta es la función mediadora básica de la metodología. El conocimiento incorporado en estas condiciones es el más eficaz, ya que entrando a formar parte del pensamiento del individuo, se convierte en conocimiento con sentido, «significativo», es decir, en conocimiento que puede ser utilizado posteriormente para establecer nuevas relaciones y adquirir conocimientos en forma progresiva.

Es básico, pues, que los alumnos incorporen la mayor cantidad de conocimientos en forma significativa. Por una economía educativa, es preciso ir primero despacio, al menos aparentemente, para po-

^{1*} PIAGET, J., *Psychologie et épistémologie*, París, 1970. Traducción: *PsicoLogía y epistemoLogía*, Barcelona, 1971.

BACIELLAHD, G., *La formation de l'esprit scientifique*, París, 1938. Traducción: *La formación deL espíritu científico*, 1948.

VYGOTSKY, L. S., *Aprendizaje y desarrollo intelectual en La edad escolar*, 1973.

ALLIIBEL, D.; NOVAK, J., y HANESIAN, H., *Educational Psychology. A cognitive view*, Nueva York, 1978. Ver ALLIIBEL, D. P., *PsicoLogía educativa. Un punto de vista cognoscitivo*, México, 1976.

der progresar en el futuro de forma adecuada. Todo esto tiene que ver con una decisión importante de la práctica: *la cantidad y el tipo de conocimientos a ofrecer a los alumnos.*

Desconocer estos rasgos del aprendizaje significa, pues, ignorar un elemento fundamental, la importancia de los esquemas conceptuales del que aprende. Lo cual constituye *la tercera gran objeción a las metodologías de transmisión: El desconocimiento de la importancia de las asunciones implícitas, teóricas y también ideológicas, de los alumnos.*

Efectivamente, el alumno no es un receptáculo vacío que es fácil llenar desde el exterior, sino un individuo que produce conocimientos desde su propia acción y a partir de sus propios significados e intereses, que interpretan y mediatizan ¹⁰ que les llega del exterior. Cuenta con unas ideas y unos valores que le pueden ayudar a seguir comprendiendo o por el contrario impedirle de forma eficaz.

Ahí tiene un papel fundamental la metodología didáctica, haciéndose cargo de estos esquemas de partida, apoyándose en ellos para construir aprendizajes significativos, útiles y duraderos. O bien deconstruyéndolos, para poder construir sin trabas el conocimiento histórico.

Todas estas ideas constituyeron el punto de partida de un análisis crítico que daría paso a nuevas formulaciones metodológicas.

2.2. *La ruptura de los años sesenta. Los métodos activos*

Después de los sucesos de la década de los sesenta, la estructura educativa entera fue puesta en cuestión y en especial los métodos de enseñanza. Es entonces cuando todo este análisis crítico puso en evidencia los tradicionales métodos basados en la transmisión.

Estos sucesos y el ambiente social en el que se desarrollaron facilitaron la aceleración de la investigación que discurría por los mismos caminos desde principios de siglo.

La credibilidad social y una auténtica necesidad de responder con una buena enseñanza a los retos de una sociedad que despegaba después de un período largo de guerras y crisis hizo que el apoyo institucional y privado fluyera hacia la investigación educativa en el ámbito occidental.

Las propuestas metodológicas a partir de entonces se centraron en una franca oposición a los métodos de transmisión y una apuesta clara por los métodos activos en busca del desarrollo de capacidades en los alumnos, que se mantuvieran una vez finalizados sus estudios

y les permitieran continuar su aprendizaje de forma autónoma.

En estas propuestas confluyen varias tradiciones, no siempre con esquemas y objetivos equivalentes.

Por una parte, las investigaciones psicológicas a las que hemos aludido, que centran la dave del aprendizaje en la actividad cognoscitiva del sujeto y en sus esquemas de partida. Y por otra, los análisis de la sociología de la educación, en los que la relación del alumno con la sociedad adquiere gran importancia a través de una educación liberadora que, partiendo de sus propias necesidades e intereses, procure la desalienación del individuo.

La larga tradición del análisis marxista sobre la educación y las teorías de Gramsci en particular ¹⁵, así como los trabajos posteriores de sociólogos como P. Bourdieu y J. C. Passeron ¹⁶ o Ch. Baudelot y R. Estabiet para el caso de Francia ¹⁷, o de los británicos D. Rubinstein y C. Stoneman ¹⁸, o Carlos Lerena en España ¹⁹, abrieron nuevas perspectivas al complejo análisis de la práctica educativa.

Con ambas investigaciones confluyeron también algunas experiencias educativas renovadoras que, hechas incluso con anterioridad, pero en una cierta sintonía con estos principios, venían funcionando tanto en Europa como en Estados Unidos, aunque de forma restringida y a veces experimental ²⁰.

¹⁵ GRAMSCI, A., *La alternativa pedagógica*. Selección de textos de M. A. MANACORDA, Barcelona, 1976. Ver también la *Antología* publicada por Ed. Siglo XXI. Selección y notas de M. SACRISTÁN, Madrid, 1974.

¹⁶ BOURDIEU, P. y PASSERON, J. C., *La reproducción*, Barcelona, 1977, y *Los estudiantes y la cultura*, Barcelona, 1973.

¹⁷ BAUDELLOT, CIL., y ESTABLET, R., *La escuela capitalista en Francia*, Madrid, 1975.

¹⁸ RUBINSTEIN, D., y STONEMAN, C. (eds.), *Education for Democracy*, TArmonds-worth, 1973.

¹⁹ LERENA, C., *Escuela, ideología y clases sociales en España*, Barcelona, 1976.

²⁰ Aunque todas estas experiencias prácticas parten de la crítica a los métodos tradicionales, presentan grandes diferencias entre ellas y ni siquiera están conectadas en muchos casos. Así DEWEY en Estados Unidos, MONTESSORI en Italia, DECROLY en Bélgica, FERRIÈRE en Francia o la Institución Libre de Enseñanza en España, y algunas otras, proponen unos métodos nuevos, una Escuela Nueva, cuyo denominador común es la alta consideración de la práctica, dentro de una gran confianza en la Ciencia, y coinciden en la necesidad de poner en marcha métodos activos que permitan una participación mayor del alumno. Otras versiones más comprometidas social o ideológicamente, como es el cooperativismo laico de FREINET, el análisis desde el materialismo dialéctico de WALLON, la crítica libertaria de la Escuela Moderna de FERRER GJAHEDIA y tantos otros, constituyen un paso más de esta corriente crítica. Pero tanto en unos como en otros es fundamental la primacía de los métodos activos y la consideración del alumno como eje de esta actividad.

En España el impulso renovador de la Institución Libre de Enseñanza, la ILE, desde un ideario moderado significó, como es sabido un cambio de métodos en la enseñanza verdaderamente ejemplar, en la línea de renovación general hacia los métodos activos que vivía Europa en aquellos momentos. Su impronta fue decisiva en los importantes cambios educativos que tuvieron lugar durante la Segunda República española, y en la aparición de instituciones educativas que debían haber impulsado el panorama educativo e intelectual en nuestro país y que se vieron truncadas por la durísima represión y el exilio consiguiente sufrido después de la Guerra Civil y el triunfo del General Franco. La prolongada ruptura de esta tradición pedagógica de vanguardia que se siguió en España durante la Dictadura franquista produjo una pobreza notable de la investigación educativa en general y metodológica en particular, y ha sido una de las causas de la orfandad didáctica en España, con muy pocas excepciones.

El caso de España es especialmente negativo en este sentido. De la misma forma que quedó truncada una experiencia como la de la ILE, a pesar de partir de posturas políticas verdaderamente moderadas, la experiencia libertaria de la Escuela Moderna de Ferrer Guardia sufrió también una ruptura y persecución semejantes. Todo ello, unido a la ausencia obvia de una pedagogía basada en el ideario marxista, o en análisis sociológicos radicales o simplemente en investigaciones educativas avanzadas de cierta altura, hizo florecer en nuestro país durante la Dictadura toda una pedagogía oficial ramplona y libresca, con unas propuestas metodológicas confusas, verdaderos recetarios o retahilas de conceptos abstrusos, agravadas por una endogamia en las cátedras y en los puestos de responsabilidad en la administración educativa, que no hicieron sino crear el mayor desinterés e incluso la desconfianza de los docentes hacia cualquier cosa que tuviera que ver con la investigación educativa, los métodos de enseñanza o cosa parecida. Hasta la palabra pedagogía hacía pensar inmediatamente en una actividad deleznable científicamente y olía a puesto oficial y a dictadura intelectual.

2.3. *Los métodos de descubrimiento. Una Historia investigada*

Los métodos de descubrimiento confían básicamente en el aprendizaje que el alumno realiza por sí mismo de forma autónoma, a través de actividades que se inspiran en el método científico ²¹.

²¹ BRIJNER, I., *Toward a theory of Instruction*, Harvard, Cambridge University

A pesar de la importancia que esta metodología tuvo como revulsivo frente a los métodos de transmisión, la dificultad de plasmarla adecuadamente en la práctica condujo a una perversión de sus fundamentos. Se derivó así hacia una enseñanza pseudoactiva, con algunas novedades positivas, pero sin constituir una alternativa generalizable.

Estos problemas fueron puestos de manifiesto en críticas que, aun aceptando sus bases teóricas últimas, dejaban al descubierto la incapacidad de la propuesta metodológica para resolver los problemas de la enseñanza ²².

Las objeciones que se pueden hacer a esta metodología de descubrimiento son básicamente dos:

En primer lugar, su consideración de las competencias del alumno desligadas de la materia específica objeto de aprendizaje. Y, por tanto, la ausencia de una relación clara entre el proceso de aprendizaje y la ciencia correspondiente.

La concepción de los procesos de aprendizaje se basa en una caracterización general de las capacidades de los alumnos, sin atender a las específicas competencias que demanda cada materia en particular. De forma que los métodos se centran más en la atención a los procesos generales de razonamiento, a unos mecanismos que se consideran válidos para enfrentarse con cualquier tipo de disciplina.

Las investigaciones hechas desde finales de los setenta hasta hoy demostrarán que esas capacidades del adolescente se forman en contacto con objetos de conocimiento específico, con materias concretas, y que la estructura epistemológica o las características de las mismas suponen un proceso diferente de aprendizaje, unas dificultades distintas para el alumno y reclaman, por tanto, una metodología específica, aunque haya una línea de pensamiento común que las fundamente en último extremo ²³.

Press, 1966. Ver *Hacia unateoTía de la instrucción*, en UTHIA, 1969. «The act of discovery», Harvard, *Ed. Rev.*, núm. 31, 1960, pp. 21-32.

JIENDHIX, G., «Learning by Discovery», *Math. Teaching*, núm. 54, 1961, pp. 290-299.

²² AUSUBEL, D., «The learning by discovery hypothesis», en KEISLAR y SCHULMAN, *Learning by Discovery: a critical Review*, Chicago, 1966. y también *Educational Psychology: A cognitive view*, op. cit., capítulo 14: «El aprendizaje por descubrimiento», pp. 533-575.

²³ DRIVER, R., y MILLARD, R., «Beyond Processes», *Studies in Science Education*, núm. 14, pp. 33-62.

LINN, M., «Establishing a research base for science education: challenges, trends and recommendations», *Journal of Research in Science Teaching*, vol. 24, núm. 3, 1987, pp. 191-216.

En segundo lugar, su tendencia a interpretar la «actividad» del aula desde una concepción estrictamente experimental. Esto significa que la actividad que se solicita de los alumnos se reduce más bien a una manipulación de documentos, a la utilización de fuentes de información primarias o historiográficas, a un trabajo directo sobre ellas. Se confunden así algunas cosas.

Se sobrevalora el papel de las fuentes en el aprendizaje suponiendo que el alumno verá con facilidad en los documentos informaciones que parecen fluir claramente de su lectura. Esto implica a su vez una concepción netamente positivista de las fuentes a las que considera como lugares en que está contenido el saber en su forma más objetiva, que mana de ellas y es aprehensible, pues, por un lector atento. Se minimiza el importante papel del «lector», su actividad específica, la importancia de sus preguntas, de los problemas que ve o de las relaciones que establece, de cuyo acierto depende la riqueza de la información extraída.

A las críticas fundamentadas se asociaron también las de los que querían ir más lejos, negando la importancia de las investigaciones hechas sobre los procesos de aprendizaje e intentando, por tanto, volver a los buenos tiempos de antaño.

No obstante los trabajos sobre el aprendizaje significativo, las ideas de los alumnos en las diferentes materias o la determinación de la *actividad* más interesante en el aula, continuó en forma creciente, convergiendo hacia una alternativa, los métodos de construcción del conocimiento.

2.4. *Los métodos de construcción del conocimiento. Una Historia construida*

Los métodos que defienden hoy la necesidad de construir el conocimiento escolar, frente a los de transmisión o de descubrimiento, se hacen cargo de muchos de los avances anteriores desde una visión crítica.

Las novedades son, sin embargo, sustanciales.

CAHD, A., Y LEE, P., «*Educational Objectives for the Study of History*, Heconsidered», en OICKINSON, A., y LEE, P. (eds.), *History Teaching and historical understanding*, Londres, 1978, que se refiere concretamente a la obra del mismo título de COLTIAM, J., y FINES, J., y hace su revisión crítica: *Educational Objectives for the Study of History. A Suggested Framework*, Historical Association, Teaching of History Series, núm. 35, 1971. Traducida en PEREYRA, M. (cd.), *La Historia en el aula*, Tenerife, 1982.

- 1) Se concede una gran importancia a la materia objeto de conocimiento

Se considera que el establecimiento de relaciones entre los conocimientos que ya se poseen y los nuevos no es una operación intelectual de tipo general, sino que guarda una estrecha relación con la especificidad de cada materia.

De ahí la importancia que concede a la estructura epistemológica de la misma en la metodología. Y la necesidad, por tanto, de que los alumnos accedan a los mecanismos de pensamiento que cada materia exige.

La investigación anglosajona sobre la enseñanza de la Historia, no vinculada aún directamente, sin embargo, a las investigaciones de los constructivistas, ha hecho grandes avances en algunas propuestas experimentales para el aula en las que el hilo conductor de la asignatura, lo que vertebra el proyecto de enseñanza de la Historia, es precisamente su propia estructura epistemológica. Atendiendo a la necesidad evidente de que los alumnos comprendan los conceptos básicos de la estructura de la Historia, parten de las dificultades que los llamados *key concepts* presentan para los adolescentes, como la causalidad, la objetividad, las fuentes, el papel del historiador, etcétera²⁴.

Es innecesario resaltar que la investigación sobre la Historia como forma de conocimiento ha sido importante a lo largo de este siglo. Y que se ha producido una ruptura epistemológica considerable respecto de los postulados del siglo XIX. Esto coincide de forma afortunada con la enorme relevancia que las teorías del aprendizaje y las propuestas metodológicas conceden hoy a la estructura de la materia. Tal vez esto es lo que ha hecho apreciarlas ya como positivas por algunos historiadores preocupados por las cuestiones epistemológicas y por la docencia²⁵.

²⁴ Es el caso del Proyecto del Schools Council para la secundaria 13-16 (primero conocido como SCB 13-16 Project y luego como SBP 13-16) o el patrocinado por la Universidad de Cambridge y continuador del anterior: *Cambridge A level History Project 16-18*.

SHEMILT, D., *S.CH. 13-16 Project: A New Look at History*, Bolmes McDougall, 1976. y también *History 13-16. Evaluation Study*, Bolmes McDougall, 1980.

SHEMILT, D., «The British Schools Council Project *History 13-16*. Past, present and future». Ponencia presentada al Simposium *La Geografía y la Historia dentro de las Ciencias Sociales: Hacia un currículum integrado*. Madrid, 1984. Publicada en 1986 por el Ministerio de Educación y Ciencia en las Actas del Simposium.

²⁵ SAMUEL, R., «La lectura de los signos», en *Revista de Historia Contemporánea*, núm. 7, Universidad del País Vasco, 1992, p. 59.

- 2) Los esquemas de conocimiento del que aprende se consideran, pues, desde cada ciencia en particular

De la misma forma que se ha hecho hincapié en la importancia de la materia que se estudia, también se considera que la investigación sobre los esquemas de conocimiento previos debe tender a trabajar sobre terrenos concretos. Se investiga así la forma en que los alumnos conciben elementos básicos de la estructura epistemológica de la Historia, o conceptos sustantivos de la misma, o incluso su personal visión de lo que la Historia es, su sentido y su utilidad social como conocimiento, o la percepción de ciertos personajes o procesos históricos concretos más conocidos a través de la divulgación cultural. Se considera que muchos de los fracasos en la comprensión escolar de la Historia parten precisamente de esas concepciones previas no consideradas por la metodología tradicional.

Pensemos, por ejemplo, en las ideas que sobre la temporalidad, y los conceptos ligados a ella, posee cualquier individuo en una sociedad compleja, aun fuera de los marcos académicos y antes de enfrentarse con el conocimiento histórico. Cuando lo haga, sus concepciones temporales, su forma de pensar, el tiempo, la duración, la sucesión, la simultaneidad, el ritmo de los acontecimientos y el mismo sentido global del acontecer o su capacidad explicativa estarán presentes. Todo ello se enfrentará para bien o para mal con la comprensión de la temporalidad histórica, tan necesaria para comprender cabalmente los hechos y procesos de la Historia.

Las primeras investigaciones se han dirigido especialmente a analizar las concepciones previas sobre la estructura epistemológica de la Historia, las ideas de los adolescentes sobre la explicación causal, sobre la comprensión y la interpretación, sobre la objetividad, sobre la metodología, sobre las fuentes, etcétera²⁶.

²⁶ DICKINSON, A.; CARD, A., y LEE, P., «Evidence in History and the Classroom», en *History Teaching and Historical Understanding*, Londres, 1978, pp. 1-20; LEE, P., «Explanation and Understanding in History», en *ibidem*, pp. 72-93; DICKINSON, A., y LEE, P., «Understanding and Research», en *ibidem*, pp. 94-120; SIEMILT, D., «The devil's locomotive», *History and Theory*, núm. 22, 1983, pp. 1-18; SIEMILT, D., «Beauty and the philosopher: empathy in History and the classroom», en DICKINSON, LEE y HOGERS (eds), *Learning History*, Londres, 1984, pp. 39-84; DICKINSON, A., y LEE, P., «Making sense of History», en *ibidem*, pp. 117-153; SIEMILT, D., «Adolescent ideas about evidence and methodology in History», en PORTAL, C. I. (ed), *The History curriculum for teachers*, Londres, 1987, pp. 39-61; ASHBY, R., y LEE, P., «Children's concepts of empathy and understanding in history», en *ibidem*, pp. 62-88.

Están en marcha también muchos trabajos sobre conceptos o procesos más específicos, como la idea de progreso o la Revolución Francesa, entre otros. Incluso algunos profesores de Historia en la Universidad se han visto interesados –al margen o desconociendo las investigaciones específicamente educativas– por la manera en que los alumnos universitarios *perciben* ciertas épocas, o asumen ciertos conceptos, hechos o personajes históricos. Así, por ejemplo, la imagen mental de la Edad Media es analizada en varias ocasiones. La revista *Medievales* dedica gran parte de su número XIII a esta cuestión bajo la denominación: «Apprendre le Moyen Age aujourd'hui»²⁷. Y la revista *Quaderni Medievali* dedica una sección en cada número a estudiar la imagen social de la Edad Media. También hay artículos puntuales como el de Antonio Furió en la *Revista de Historia Medieval* de la Universidad de Valencia, entre otros²⁸. Y 10 mismo ocurre con la percepción de la Revolución Francesa, o el franquismo, etcétera.

Se trata de una intuición certera de algunos profesores que, aun desconociendo las investigaciones sobre esquemas conceptuales de los alumnos, no dejan de percibir la importancia que esas ideas tienen en los resultados o en las mismas posibilidades de su práctica docente. Son, sin embargo, análisis que no concluyen en propuestas metodológicas y se reducen a mostrar el resultado de sus observaciones.

Dentro de esta misma línea se encuentran los numerosos estudios sobre la imagen que transmiten los manuales escolares con conceptos, explicaciones y valoraciones que quedan grabadas indeleblemente en la memoria social de los niños y adolescentes, y que configuran precisamente esos esquemas que pueden detectarse incluso en las aulas universitarias, dando prueba de su arraigo y su resistencia a desaparecer o modificarse. Sin duda alguna una de las vías de penetración de estos tópicos o esquemas previos pasa por los manuales.

Es significativo que algunos de estos trabajos se integren dentro de una línea de investigación histórica atenta a los esquemas de la memoria colectiva. Así, por ejemplo, los estudios sobre la influencia de manuales de Historia tan difundidos como el famoso *Petit Lavisse*, que ha configurado durante generaciones las ideas básicas de los

²⁷ DUCHÉMIN, M. C., Y LETI, D., «Moyen Age d'adolescents», en «Apprendre le Moyen Age aujourd'hui», *Medievales. Langue, textes, histoire*, XIII, París VIII, otoño de 1987, pp. 13-35.

²⁸ FURIÓ, A., «¿Quina Edat Mitjana? La percepció de l'escenari medieval entre els estudiants d'Història. Resultats d'una enquesta», *Revista de Historia Medieval*, núm. 1, Universidad de Valencia, 1990, pp. 251-275.

alumnos franceses sobre la Historia ²⁹. E incluso de algunos alumnos españoles a través de traducciones difundidas en nuestro país ³⁰.

Otros trabajos más sistemáticos, como el de Marc Ferro ³¹, realizan un estudio más amplio en defensa de la tesis de que la existencia de esquemas mentales previos en los alumnos procedentes de las explicaciones de profesores y manuales no es privativa de ninguna cultura en particular y puede encontrarse en niños de todo el mundo, desde el Africa Negra a Polonia, desde la India y la China a la Unión Soviética, al Japón, a los Estados Unidos, a Francia, a España o a Armenia.

Estos trabajos y otros, más encauzados dentro de la investigación propiamente educativa, constituyen un material básico para conocer las ideas dominantes de los alumnos en Historia. Y ello es absolutamente necesario para poder llevar a cabo una metodología de construcción del conocimiento efectiva. De nuevo la investigación histórica y la educativa pueden encontrar un punto de confluencia extremadamente útil. ¿Quién sino un historiador puede elegir las cuestiones más adecuadas, los problemas más importantes para diseñar estas investigaciones?

En otros territorios, como el de la Física, las Matemáticas o las Ciencias Naturales, la investigación se ve favorecida por las instituciones oficiales y privadas por razones obvias y los trabajos son extensos y continuados.

Una visión global de las ideas de los alumnos sobre la Historia está por hacer, aunque ya hay trabajos que apuntan en este sentido ³².

²⁹ NORA, P., Lavissee, instituteur national. Le «Petit Lavissee, cvangile de la République», en NORA, P. (dir.), *Les lieux de mémoire*, T, La Hépublique, París, 1984, pp. 247-289.

³⁰ LAVISSEE, ERNESTO, *Historia Universal*. Versión española de DELEITO y PIÑUELA, J., Catedrático de Historia en la Universidad de Valencia, Madrid, 1916.

³¹ FERRO, M., *Comment on raconte l'Histoire aux enfants à travers le monde entier*, París, 1981. Traducción: *Cómo se cuenta la Historia a los niños en el mundo entero*, México, 1990.

³² Ver MAESTRO, P., «Una nueva concepción del aprendizaje de la Historia. El marco teórico y las investigaciones empíricas», en *Studia Paedagógica*, núm. 23, Universidad de Salamanca, IUCE, 1991, pp. 55-81.

- 3) Se concibe de otra forma la «actividad» de los alumnos, más en relación con el uso del pensamiento creativo, del pensamiento divergente

Desde la misma fundamentación que introdujo los métodos activos, esta metodología acepta la necesidad de la actividad del que aprende. Pero la entiende de forma diferente. No la identifica con la parte más experimental, como ya hemos dicho, sino con la parte más creativa del pensamiento, la que produce una actividad mental más rica, el pensamiento divergente, tan poco utilizado en la enseñanza.

*No se trata tanto de hacer que los alumnos descubran los conocimientos históricos de forma autónoma, como un historiador, sino de organizar tareas que le familiaricen con acciones que facilitan la aplicación frecuente de este pensamiento creativo, un pensamiento que se abre, que hace propuestas, que cuestiona, que establece problemas o contradicciones, que busca soluciones, que interroga, que diseña posibles estrategias, que ve alternativas, que amplía en fin el abanico, la diversidad de posibilidades con el propósito de acotarlas y hacerlas converger hacia conclusiones más certeras después de los debates, la consulta de documentos o informaciones. Acciones que, lejos de las características de las que realiza el investigador, le permiten como a él ejercer el derecho de *poser la question*³³, y buscar significados en consecuencia, afrontando el conocimiento histórico como un problema a resolver, aunque obviamente no de la misma manera.*

El aprendizaje histórico debe plantearse, pues, no como un conocimiento ya acabado, sino como un conocimiento que hay que construir.

La Historia, entendida como un saber en permanente construcción, se adecúa perfectamente a esta propuesta metodológica, de la misma forma que una concepción positivista de la Historia se adapta mejor, en principio, a las metodologías de transmisión.

Desde esta metodología que podemos llamar constructivista, vemos, pues, la enorme importancia que adquiere la materia específica que se enseña.

En el caso de la Historia ello exige un estudio especial de la compleja relación que se establece entre su concepción epistemológica y la práctica del aula.

³³ FEBVRE, L., *Amour sacré, amour profane. Histoire de L'heplameron*, 1944. Prólogo «Poser la question», pp. 7-15.

3. La concepción epistemológica de la Historia y la práctica del aula. El problema del tiempo histórico

La concepción de la materia que se enseña es siempre importante, pero en el caso de la Historia es decisiva.

Hablar de cuestiones epistemológicas en el conocimiento histórico significa siempre reflexionar sobre el ser humano y sus acciones como individuo social, lo cual confiere a la enseñanza de la Historia un potencial intelectual y también educativo enorme. Pero ello es así a condición de que esa reflexión se explicita.

Es, pues, necesario no quedarse en lo externo, sino analizar el pensamiento subyacente a la interpretación de los contenidos históricos. La reflexión epistemológica, la concepción de la Historia que se tenga, tiene mucho que ver con la finalidad educativa asignada a su estudio. ¿Para qué aprender Historia, cuál es su virtualidad en la adolescencia? Estas preguntas tienen respuestas diferentes, dependiendo, en gran parte al menos, de la concepción epistemológica de la misma.

La idea de que la metodología no es un mero conjunto de técnicas está en la base de la preocupación por la forma en que el profesor se sitúa ante el acontecer histórico.

Por lo mismo, existe una muy estrecha relación entre esa forma de concebir la Historia y aspectos tan importantes como la determinación de los contenidos, la tipificación y la priorización de los mismos, la forma de organizarlos en secuencias coherentes de aprendizaje, la comprensión de su dificultad, la relación con las ideas de los alumnos... Todo ello depende de cómo se sitúe el profesor ante el conocimiento histórico.

Por otra parte hay que tener en cuenta que la epistemología de la Historia ha sufrido cambios importantes en este mismo siglo y que esos cambios, o bien no han llegado al profesor en su formación, o bien llegan implícitos, enmascarados, sin posibilidad de ser conocidos profundamente o puestos en cuestión.

Por ello es necesario estudiar la influencia que determinadas concepciones de la Historia ejercen en la forma de entender y diseñar el aprendizaje histórico.

Analizar el conjunto de los problemas que esta relación plantea es tarea de una envergadura que se escapa a las posibilidades de este trabajo. Por ello nos centraremos en el análisis de uno de los elementos capitales de esa reflexión epistemológica: la concepción del tiempo histórico, sobre todo porque en él acaban confluyendo el resto de

las cuestiones de una u otra forma. Y también porque es un objeto de aprendizaje reconocido unánimemente como básico a la vez que dificultoso.

En efecto, todos los profesores, de cualquier grupo que sean, consideran que el tiempo histórico es un elemento fundamental en la comprensión de la Historia y, a la vez, una gran dificultad en su aprendizaje escolar. Esa convicción compartida modela, sin embargo, prácticas muy diferentes.

Al observar las tareas más habituales referidas al aprendizaje del tiempo se percibe claramente que sobre ellas opera una confusión teórica fundamental, muy extendida, que consiste generalmente en identificar las dificultades de ese aprendizaje exclusivamente con las del dominio de la medición cronológica.

Esto en principio podría parecer simplemente el celo por conseguir que los alumnos dominen la técnica de un instrumento de medida que es, por supuesto, necesario manejar. Pero observando más a fondo la práctica docente en todas sus decisiones nos encontramos con que no se trata tan sólo de una cuestión secundaria de protagonismo mayor o menor de una técnica, sino de algo más complicado: una identificación confusa entre el tiempo histórico y el cronológico que tiene su origen básicamente en la concepción positivista de la Historia fraguada en el siglo XIX y heredada por otras corrientes, en la que la malla cronológica, como una medición externa y acordada del tiempo histórico, se convierte en un elemento interno, propio, y clave además para definir la explicación histórica, para construir la única coherencia posible de su totalidad y el marco adecuado de una objetividad reclamada con insistencia. Desde esta concepción, de amplio impacto, las características propias de la medición cronológica pasaron a suplantar la compleja presencia de la temporalidad del conocimiento histórico.

y todo ello tiene unas consecuencias importantes en la forma de enfocar su enseñanza.

Las concepciones temporales son construcciones mentales complejas. Y suelen formarse en los individuos por diversos caminos y desde luego con dificultades.

En el caso de la temporalidad histórica, es decir, de la que se utiliza en el conocimiento del pasado -*la Historia*-, el pensamiento del profesor se nutre de dos fuentes básicamente: de su pensamiento cotidiano, no científico, donde esa noción temporal existe y se maneja a diario, y de la formación científica recibida sobre ese concepto mismo en sus estudios históricos. Desde ambas fuentes pueden recibirse aciertos y confusiones.

En el pensamiento cotidiano, el tiempo es un concepto, una categoría que se utiliza con bastante frecuencia. En la vida diaria aparece como duración de nuestras vidas, de 10 que nos ocurre en ellas, y también como el tiempo de reloj, el «tiempo civil» que ordena nuestra relación social. Gracias a este último nos comunicamos socialmente con una mayor facilidad. Así, podemos encontrarnos con una persona, llegar al comienzo de la película que deseamos ver, coger un avión o comprar en una tienda, celebrar la fiesta de fin de año con los demás o cumplir los plazos de una convocatoria, e incluso dar la vuelta al mundo sin perder una apuesta. La organización de la vida social, la del trabajo y el ocio, la de la profesión y las diversiones, la del encuentro con los demás, exige de nosotros estar siempre pendientes de ese tiempo del reloj y el calendario que dé un mínimo orden a una existencia compleja. De ahí que ambas cosas, el tiempo de la vida, de las cosas que hacemos, las duraciones de los hechos que nos afectan como seres humanos sociales, y la medida cronométrica de ese tiempo vivido, se presentan a los ojos de las personas en una relación prácticamente imposible de desentrañar, de separar adecuadamente.

y en esa confusión de la forma en que se mueve la vida y la forma en que medimos su movimiento, el tiempo de la vida acaba pareciendo más subjetivo y «psicológico», menos real, del cual hay que desconfiar, pues, mientras que el tiempo externo de la medición parece más exacto y, por tanto, más científico y creíble. De forma que consideramos que las duraciones reales, propias de cada suceso, de cada movimiento de la vida, son engañosas y que sólo el reloj nos devuelve a los hechos prácticos, importantes, exactos y, en consecuencia, verdaderos. Ese «tiempo» nos resulta más útil inmediatamente y lo comprendemos mejor.

Acabamos olvidando, pues, que ese tiempo del cronómetro ha sido inventado para comunicarse socialmente con cierta facilidad, dentro de unos códigos aceptados, con el fin de ordenar nuestras observaciones sobre lo que es verdaderamente importante comprender: 10 que ocurre, sus procesos, su desarrollo, su duración, sus cambios, el ritmo de todo ello. Y el reloj acaba tragándose el *tiempo*, es decir, el *movimiento* propio de las cosas y de las personas.

La vida cotidiana, el saber vulgar, nos ofrece ya dos tipos de consideraciones temporales: las reales, las de los movimientos de las cosas y de las personas, las que es preciso comprender en su complejidad; y su medición externa, el tiempo del cronómetro, que nos ayuda a comunicarnos.

Esa vivencia cotidiana, esa manera confusa de enfrentar dos versiones del tiempo está fuertemente arraigada en el pensamiento so-

cial, el que se comparte con la mayoría del grupo. De hecho, todas las culturas mínimamente organizadas producen una forma convencional de medir los hechos y su duración inapresable, su movimiento, su vida, en fin, que no es sino movimiento constante, aunque siempre diferente.

El ser humano ha utilizado diferentes formas de cronometría, cuya idea básica siempre es la misma, y es preciso recordarla: *medir los movimientos de las cosas o de las personas, los movimientos de la vida, comparándolos con otros movimientos de referencia* que tienen la virtud, la ventaja, de ser más «seguros», más comunicables, porque *se repiten regularmente en un espacio observable*: el movimiento del péndulo, los movimientos de la Luna o de la Tierra, de los astros en general.

Con ese movimiento esencialmente repetitivo e igual a sí mismo fabrican unidades de medida convencionales, diferentes en cada cultura, a fin de poder observar ese otro movimiento más complejo y diferente, desigual en su discurrir, ese cambio de los seres humanos y las cosas, ese movimiento irregular que a veces se escapa incluso a la observación directa y sobre todo a una cuantificación fácilmente comunicable y de manipulación sencilla. Y es precisamente en esa forma de concebir la medición donde se reflejan muchas veces indicios de algunas de sus concepciones más profundas sobre la vida y su forma de entender el fluir de su existencia.

Pero no hay que confundir las cosas. El hecho de que, rastreando las formas de medir el tiempo, podamos conocer algo sobre las formas de vida de una cultura y su pensamiento es sólo un dato más que el historiador aprecia. Pero es él, el historiador, el que debe utilizar para su interpretación una forma de distribución y periodización de los hechos que estudia, atendiendo a sus propios ritmos, a sus propias duraciones que dependen de los criterios de interpretación de lo que ocurre y no de la simple sucesión cronológica, los ritmos cósmicos de referencia, que desde luego no pueden asimilarse al proceso de la vida de esa cultura y a su interpretación por el historiador.

Hay muchas reflexiones hechas ya sobre la forma de concebir la medición temporal de las diferentes culturas, que son de gran utilidad para desentrañar estas cuestiones. De hecho son las obras más corrientes sobre el estudio de la temporalidad entre los historiadores. Las obras de Whitrow o de Le Coff son un ejemplo sustancioso ³⁴. y

³⁴ WHITROW, G. J., *Time in History. The evolution of our general awareness of time and temporal perspective*, 1988. Traducción: *El tiempo en la Historia*, Barcelona, 1990.

en la antropología es un tema siempre presente. Sociólogos y antropólogos suelen estar de acuerdo a la hora de considerar el origen social de los calendarios.

Pero hay otro problema capital: Cómo se utiliza, cómo se entiende la temporalidad histórica desde las interpretaciones que los historiadores hacen del pasado. En qué forma sirve mejor a la interpretación del mismo, de sus propios movimientos y procesos. Y de qué forma la medición puede confundirse o identificarse con la naturaleza misma de esos procesos.

Al igual que en la vida cotidiana, los esquemas conceptuales que se van formando participan ya de esas dos vertientes sobre la consideración del tiempo: él mismo y su medida.

Pero no siempre, aunque necesaria, es una relación inocente.

De la misma forma que la concepción de la vida se expresa en parte en la forma en que se realiza la medición temporal, el camino puede ser inverso. Así, las características de la medición temporal elegida: el reloj, el movimiento de diferentes astros..., puede acabar impregnando la concepción temporal básica de las personas y sobre todo de aquellas investigaciones que intentan comprender los procesos temporales de los seres humanos.

En el medio cultural en que vivimos hoy, el uso primordial del reloj y el calendario, la presencia casi estresante del cómputo convencional del tiempo, hacen que esas cronometrías se confundan a veces en sus características con el tiempo real de las cosas y las personas e incluso acaben dominando los ritmos naturales. El instrumento de medida se toma por el objeto medido. De forma que, como señalan algunos investigadores, hay individuos, niños o adolescentes en especial, aunque también adultos, que no saben deslindar el tiempo real de la vida del tiempo del cronómetro. Y no caen en la cuenta, no comprenden, que la cronometría es una convención³⁵.

Y es que el concepto de duración no es connatural al ser humano en su nacimiento. Es, como los demás, un conocimiento que se construye a lo largo de la vida, con aciertos y errores, pero cuya existencia, más o menos confundida, le es imprescindible.

LE GOFF, J., *Sloria e memoria*, Turín, 1977. Traducción: *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, 1991.

³⁵ Miel/AUD, E., *Essai sur l'organisation de la connaissance entre 10 et 14 ans*, París, 1949.

PIAGET, J., *Le développement de la notion de temps chez l'enfant*, París, 1946. Traducción: *El desarrollo de la noción de tiempo en el niño*, México, 1978.

WESSMANN, A. E., Y GORMAN, B. S., *The personal Experience of Time*, Nueva York, 1977.

Los griegos distinguían muy bien el tiempo del cronómetro: Chrónos, del tiempo de la vida: Kairós. Sin embargo, de estas dos expresiones, la primera, Chrónos, ha llegado hasta nosotros en solitario, y el Kairós se ha perdido al pasar por el latín y no lo encontramos ya en nuestras lenguas derivadas de él. E. Jaques explica esta pérdida de una forma sugestiva:

Este atascamiento lingüístico refleja el hecho de que nos sentimos más cómodos en la cronología sin dimensión afectiva que en la experiencia más angustiosa del tiempo que sitúa en un primer plano las intenciones y los propósitos del hombre, con las consiguientes alternancias de éxito y fracaso, catástrofe y renovación, vida y muerte³⁶.

Los griegos no sólo distinguieron entre el tiempo como medida y el acontecer mismo, sino que, con una preocupación encomiable por entender la naturaleza dramáticamente fluente del ser humano, establecieron la idea de «no movimiento», de la perfección en la permanencia sin cambios, la eternidad, el tiempo de los dioses, el Aión, al que por otra parte aspiran todos los humanos³⁷, y cuyo concepto se acepta también y se repite en las culturas occidentales posteriores, impregnadas del pensamiento religioso. Pero el Kairós se pierde en beneficio del Chrónos.

Tal vez la pérdida de esta distinción ha sido importante. No sólo en el lenguaje cotidiano, sino también en el ámbito científico y en algunas concepciones en concreto de las que recibe alimento el pensamiento del profesor.

La comprensión de la temporalidad ha sido un problema que ha preocupado a los pensadores y a los científicos. Y, entre ellos, también a los historiadores, que han tenido que reflexionar sobre la naturaleza del movimiento de la Historia, de las acciones y los acontecimientos del ser humano en el pasado. Y sus diversas aproximaciones son las que maneja el profesor de forma más o menos explícita y, a veces, confundida con sus propias percepciones intuitivas, cotidianas, de la temporalidad.

Como es natural, esta concepción de los historiadores ha participado de las concepciones más generales sobre el tiempo mismo, planteadas por los grandes sistemas de pensamiento.

³⁶ JAQUES, E., *La forma del tiempo*, Buenos Aires, Barcelona, 1984 (primera edición en inglés 1982).

³⁷ CAMPILLO, A., «Aión, Chrónos y Kairós en la Grecia Clásica», en *La(s) Otra(s) Historia(s)*, núm. 3, UNED, Bergara, 1991, pp. 35-70.

Incluso podemos decir que hasta finales del siglo XIX, y sobre todo en el siglo XX, en que el tiempo histórico se plantea como un objeto de estudio específico, las concepciones de los historiadores, por lo general, han sido deudoras de las grandes concepciones de filósofos y físicos básicamente.

Así, *la concepción newtoniana de un tiempo exterior y objetivo*, compartida por filósofos y científicos, ha tenido un poder indudable en la concepción de la temporalidad histórica, al menos hasta el siglo XX. Ciro Cardoso analiza esta cuestión en un capítulo que titula precisamente «El tiempo de las Ciencias Naturales y el tiempo de la Historia»³⁸.

En una afirmación compartida por muchos más, afirma que, aunque la categoría tiempo tiene una importancia primordial para los historiadores, esto no les ha conducido a discusiones frecuentes de tipo teórico o metodológico entre ellos. Y por lo mismo **-dice-**,

la concepción de Newton acerca de un tiempo «absoluto» que existe en sí y por sí mismo como duración pura, independientemente de los objetos materiales y de los acontecimientos (-) sea, la concepción del tiempo como una especie de sustancia-, dejó su huella en la ciencia y en los debates filosóficos durante más de dos siglos. Las posiciones dominantes entre los historiadores hasta mediados del siglo XX -positivismo e idealismo historicista-, en lo que se refiere al tiempo, estaban, **determinadas** por los debates entre las Ideas newtonianas al respecto y la crítica de Kant³⁹.

El tiempo era concebido, pues, como un contenedor externo, medible y objetivo, lo que está «antes de las cosas», donde ellas se colocan y se ordenan, componiendo un todo que sólo así cobra forma.

Y aquí empiezan las grandes complicaciones, ya que esta concepción temporal se recoge efectivamente en corrientes historiográficas de finales del XIX, de gran impacto y permanencia prolongada en las concepciones epistemológicas más difundidas y utilizadas en la docencia desde entonces. Y esto es así porque esta concepción temporal permanece subyacente y no explicitada, de tal forma que aparece incluso en aquellos profesionales claramente contrarios a los postulados más visibles de esta historiografía decimonónica.

El impacto de la historiografía positivista es bien conocido. Significa un momento crucial de la concepción de la Historia, con grandes aciertos y grandes errores, cuyo empeño más importante se con-

³⁸ CARDOSO, Cmo F. S., *Introducción al trabajo de la investigación histórica*, capítulo 6, Barcelona, 1981.

³⁹ *Ibidem*, p. 198.

creta en el intento encomiable de sacar a la Historia de su posición de segundona en el campo de los diferentes saberes. Encomiable sí, pero peligroso en la forma de concretarse, ya que se elige el camino de plegar el saber histórico a las características que, en esos momentos, definen el «verdadero saber científico», a los ojos de la comunidad científica misma y de la sociedad en general.

Afortunadamente, las discusiones que siguieron a lo largo del siglo XX han llegado a consideraciones más justas sobre la posibilidad de considerar el conocimiento histórico como un saber importante y creíble, útil para el ser humano, sin necesidad de pasar por las horcas caudinas de la cientificidad decimonónica, y sin traicionar sus propias características, sus formas de investigar y de saber.

Hay que decir por otra parte que la misma idea de lo que son las condiciones de cientificidad han cambiado extraordinariamente de entonces a hoy y que la Historia no necesita buscar en ningún otro lugar, sino en sí misma, las condiciones que le permitan obtener la categoría de conocimiento —como deda P. Vilar- «razonable».

Sin embargo, esta toma de posición de la historiografía decimonónica, más enraizada en el postulado positivista, tuvo mucho que ver con la gestación de una cierta concepción del tiempo histórico que ha perdurado, impregnando a veces otras corrientes historiográficas, diferentes en sus intereses y en sus análisis. Y sobre todo, esa estructura, esa concepción de lo temporal se ha deslizado en la docencia, universitaria o no, tiñendo a veces análisis históricos que tienen en principio pretensiones y temas de estudio muy diferentes.

Efectivamente, la forma de entender el tiempo histórico en el XIX tiene que ver, por un lado, con la concepción generalizada de la Física newtoniana que hace del tiempo una categoría exterior e independiente, con existencia propia, y por otro, con las exigencias de exactitud y cientificidad que la Historia se propone en ese momento.

En estas circunstancias, las características de la medición cronológica facilitaron la concepción del tiempo histórico, como un tiempo objetivo y exterior. Su entidad propia e independiente le permitía ofrecer un marco neutral, por encima de las posibles interpretaciones de la duración, capaz de garantizar la objetividad del conjunto. Y su universalidad, por tanto.

Sus características matemáticas ofrecen una garantía de certeza, de exactitud «científica», una verdad más respetable que las subjetividades propias de una dudosa interpretación de duraciones y ritmos históricos.

Cuenta también a su favor la facilidad de su comprensión y de su representación gráfica, su comunicabilidad.

Su facilidad para ser manipulado y dividido marcando períodos claramente delimitados desde hitos identificables con precisión, fechas singulares que corresponden a acontecimientos excepcionales, «permite» convertir la confusa materia histórica en un material maleable y susceptible de rigurosa ordenación, tranquilizadora. Pero *hé-Las* -como dice Chesneaux-:

El flujo histórico es discontinuo, heterogéneo. Inversamente al *tiempo cósmico*, que fluye con la implacable regularidad del movimiento de los astros, inversamente al *tiempo «civil»*, reflejo de este tiempo cósmico a través de los años y los días del calendario, *el tiempo histórico real* puede dilatarse y contraerse ⁴⁰.

En esta concepción, la misma manera de marcar los límites claramente desde un cero, desde un origen, hasta el final del proceso, el presente, ordenando los acontecimientos en una marcha lineal e irreversible, parecen reflejar sin discusión posible la misma marcha de la Historia. Esto favorece algunas ideas, entre las cuales destaca una forma de entender la idea de progreso como algo lineal, necesario, universal e irreversible, acomodado al mismo discurrir de los años y los siglos y acordado además con una visión decididamente eurocéntrica. La sensación de plenitud, de tiempo completo, que produce este tiempo exterior, con un principio y un final claro para todo él, induce a la tentación del «discurso sobre la Historia Universal» y a las trampas de la periodización de validez también universal, aplicable a todos los procesos que ocurren en ese largo discurrir. Se agrupan, pues, en cada período procesos distintos que en realidad tienen principios y finales confusos que se superponen o no, se separan o se detienen mientras otros siguen y cuyas etapas no coinciden, siendo sus duraciones de muy distinto tipo. Sin embargo, todos ellos se ordenan sabiamente en lo que Chesneaux llama con acierto *las trampas del cuadripartismo histórico* ⁴¹, la periodización en Edad Antigua, Media, Moderna y Contemporánea, que no por convencional y denunciada ⁴² está menos presente en la ordenación legal de la enseñanza de la Historia, en programas, profesorado, cátedras y contenidos.

⁴⁰ CHESNEAUX, J., *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*, México/Madrid, 1977, p. 156 (primera edición en francés, París, 1976), la cursiva es nuestra.

⁴¹ *Ibidem*, pp. 97-104.

⁴² «Conversa amb Josep Fontana», en *Història i Ensenyament*, L'Avenc, 1993, pp. 51-54.

Todas estas características, y algunas más, encajaban bien con las formas de investigación, con los objetivos perseguidos en ese momento por la historiografía positivista.

Así, el tiempo cronológico, el *cronos*, se adecúa perfectamente al tratamiento preferente de los acontecimientos. Y, dentro de ellos, los hechos políticos, cuya ubicación temporal es posible con un alto grado de fiabilidad, de «objetividad», dentro de un marco cronológico exacto. Las posibilidades de ofrecer hechos fechados incuestionablemente aparece como una expresión de la nueva ciencia en aras de la objetividad y la exactitud solicitada, y fuera de los «devaneos interpretativos». El historiador desconfía de todo aquello que no pueda probar con documentos en su nuevo laboratorio, de forma que evita cuestiones económicas y sociales de amplio aliento y difícil periodización y establece como su terreno habitual el archivo y los datos fechables. Nada más «objetivo» como materia de conocimiento que el tiempo cronológico y sus fechas, para ser investigado y comprobado en los documentos.

Pero, afortunadamente, las cosas que hay que saber de nuestro pasado, la materia de la Historia, es mucho más compleja. La historiografía del siglo XX, casi en pleno, retomará y revisará esa forma específica de objetividad, ahondando en el concepto desde otros supuestos.

Por último, la malla cronológica desde su utilización positivista plantea otro problema importante: el discurso cronológico, entendido de esta forma lineal y objetiva, contribuye a configurar una manera de concebir la explicación histórica. De tal forma que la explicación se compone de una cascada ordenada de causas y efectos que se suceden en una misma dirección, lineal e irreversible, como la cronología misma. La interpretación del pasado se hace desde una narración cronológica cuyo desgranar de los acontecimientos constituye por sí misma una explicación. El orden interno de la cronología, de la medición convencional, se convierte así en el orden de la Historia y en su única posibilidad explicativa.

Afortunadamente, las discusiones posteriores sobre la explicación y la interpretación históricas nos ofrecerán otras muchas alternativas.

Lo cierto es que la expresión «hay que contar las cosas tal como ocurrieron» manifiesta un deseo encomiable, como decíamos, de alejarse de mixtificaciones románticas y acercar la Historia al campo del conocimiento riguroso. Pero, a la vez, por mor de ese rigor entendido como exactitud comprobada en las fuentes, aleja al historiador de aquellas investigaciones más sustanciosas, pero más problemáticas, donde las fuentes juegan otro papel y el historiador también, aun sin

perder el deseo de rigor y verdad. Historiadores como Halphen nos dirán, en pleno siglo XX, cuando todo esto se pone ya en cuestión abiertamente, que

... basta con dejarse llevar en cierta manera por los documentos, leídos uno tras otro, tal y como se nos ofrecen, para asistir a la reconstrucción automática de la cadena de los hechos ⁴³.

Esa cadena viene ordenada, sin duda, desde su misma lógica interna. Y la reconstrucción, que es lo que se pretende, no necesita casi de intervención por parte del historiador, sino como un fiel transcriptor. Es una reconstrucción «automática».

La concepción simplemente cronológica del tiempo histórico ofrece, pues, muchas ventajas a la propia concepción de la Historia de la segunda mitad del XIX y ayuda a modular mejor algunos de sus supuestos fundamentales. En especial su concepción de la objetividad, del rigor científico, de la explicación histórica única, del uso de las fuentes, del papel del historiador, de la importancia de los acontecimientos políticos, de la forma de periodizar, etcétera.

Así, en el siglo XIX este esquema general de pensamiento histórico tiene una de sus traducciones más fiel en las producciones de gran calado de la investigación histórica conocidas como las «Historias generales» que, digámoslo de antemano, ayudaron a configurar una percepción social de la Historia a través de las enciclopedias escolares, la divulgación cultural y la pintura y la literatura históricas.

Bajo la impronta del nacionalismo decimonónico aparecen una serie de publicaciones enormes que pretenden abarcar en sus numerosos volúmenes la historia total de una nación y hacerse cargo a la vez de explicar qué es esa nación y cómo ha llegado a serlo.

Pero es total en los límites temporales que marca, de principio a fin, no en la globalidad de los temas, procesos o factores que analiza.

Ni que decir tiene que la versión se pretende objetiva y, por tanto, inapelable, fundamentada precisamente en un recorrido exhaustivo del pasado nacional «desde los orígenes hasta nuestros días». Las más de las veces, sin embargo, no está sino al servicio de la justificación o la condena de una política en el presente.

Así ocurre con las Historias generales publicadas por E. Lavisse en Francia o D. Modesto Lafuente en España, por ejemplo, o con las aportaciones de H. Taine y tantos otros ⁴⁴.

⁴³ HALPHEN, LO, *Introducción à l'histoire*, París, 1946, p. 50.

⁴⁴ Ver los doce volúmenes de LAVISSE, E., *L'histoire générale du IV^e siècle à nos*

En ellas, la dificultad que supone la reflexión sobre los procesos, los diferentes y complejos procesos de la Historia, ha sido sorteada acogiéndose a las características del esquema lineal cronológico, al cual, como ya vimos en Halphen, se le asigna un poder explicativo por sí mismo. Aunque, en realidad, como señala José M.^a Jover para el caso de España,

la «Historia general de España» como género historiográfico tiene un protagonista, la nación española, cuyos avatares son presentados en un relato seguido, pormenorizado, omnicomprendido y global: desde los orígenes hasta la frontera de lo contemporáneo. Ahora bien, pese a su esfuerzo de documentación -más o menos exigente y amplio-, la Historia general no ofrece un relato aséptico de los hechos... la «Historia general» no es una obra de eruditos destinada a eruditos, ni un tratado universitario: es una especie de biblia secularizada, de libro nacional por excelencia, llamado a ocupar un lugar preferente en despachos y bibliotecas de las clases media y alta ⁴⁵.

Este relato verdadero de lo que «realmente ocurrió», se pretende, pues, objetivo y como tal el único posible, ya que responde al mismo esquema del acontecer histórico. Cualquier otra forma de temporalización aparece como fruto del subjetivismo.

Esta suplantación tiene, pues, una serie de concreciones, como hemos apuntado ya. Así, por ejemplo, para esta historiografía es necesario estudiar el total desarrollo de la Historia como un solo y magno proceso, coherente y lineal, que parte de sus orígenes más remotos y, paso a paso, nos conduce a una explicación cumplida del presente o del ser nacional incluso. Los diversos cambios de ese ordenado proceso único se reflejan en períodos concretos, en edades homogéneas, cuyas características pueden abstraerse y servir de telón de fondo a los diversos acontecimientos que en ellas ocurren, de los cuales se explican a través de fuentes fide dignas y en su encadenamiento natural de causas y efectos. En un momento determinado, por mor de un acontecimiento excepcional, varían su rumbo y con ello comienza una nueva edad, que tendrá su fecha de entrada y de salida.

El que esta descripción provoque la sensación de concepciones superadas no destruye la realidad de que aún hoyes un esquema de

jours, obra colectiva codirigida con HAMBARD; o los diecisiete volúmenes de LAVISSE, E., *L'histoire de France illustrée depuis les origines jusqu'à la Révolution*, y también los treinta volúmenes de la primera edición de LAFUENTE, M., *Historia general de España desde los tiempos primitivos hasta nuestros días*, aparecidos entre 1850 y 1867.

TAINÉ, H., *Histoire des origines de la France contemporaine, 1875-1893*.

⁴⁵ JOVER ZAMORA, J. M.^a, «Caracteres del nacionalismo español, 1854-1874», en *Zona Abierta*, núm. 31, Madrid, 1984, pp. 1-22.

fondo bien válido en las programaciones escolares y en la formación del profesorado. Así la capacidad explicativa atribuida a los orígenes, la linealidad e irreversibilidad del proceso único, la coherencia interna asegurada por el orden en cadena de los acontecimientos, el carácter acumulativo y natural del progreso, siempre en dirección hacia el presente, la periodización en edades, la valoración de ciertos hitos fechables, la manipulación numérica como única dificultad de comprensión del tiempo, el prurito de la exactitud y la objetividad en una forma específica, son características de un enfoque historiográfico que identifica la concepción epistemológica del tiempo histórico con las características de su medición convencional, cronológica.

De forma tal que estas características han acabado impregnando y definiendo para muchos el tiempo real de la Historia, su movimiento específico, el de sus procesos múltiples y complejos, que desde luego no son lineales ni irreversibles, o siempre en progreso en una dirección, ni tan siquiera fechables con exactitud, o susceptibles de garantizar una periodización inequívoca y generalizadora, válida para todo lo que ocurre entre sus límites. Si es posible fijar la fecha del comienzo de una guerra con una «cierta» exactitud, o el comienzo de un reinado, o de una cuerda internacional, es menos posible situar el comienzo de la formación o los períodos de cambio de una mentalidad colectiva, por ejemplo. Y mucho menos es cierto que puedan explicarse por el solo hecho de colocar las cosas -incluso los documentos- en orden.

Naturalmente la interpretación del historiador necesita caminos más complejos ⁴⁶.

La nueva forma de concebir el estudio del pasado en «la nueva Historia» y los temas que atraen la atención de la investigación plantean la necesidad de revisar esta concepción desde otra forma de entender la temporalidad de los procesos históricos, ya que lo que era un instrumento magnífico de apoyo: la medición cronológica, se ha convertido en el ser mismo del tiempo histórico, se ha escondido tras él y le ha prestado su rostro, de la mano de una concepción historiográfica que no ha reflexionado demasiado sobre la naturaleza de los procesos de la Historia, de la naturaleza y características de su propio movimiento, enmascarado por la cronología. Concepción que ha impedido, hasta la ruptura del siglo XX, un debate epistemológico en

⁴⁶ TUÑÓN DE LARA. M., «Tiempo cronológico y tiempo histórico», en *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la Historia. Su vida y su obra*, Universidad del País Vasco, 1993, pp. 419-438.

profundidad y que, aun después, perdura en el pensamiento social, e incluso dentro de la comunidad docente.

Las confusas relaciones que la investigación histórica del XIX ha mantenido entre orden cronológico, totalidad del proceso histórico y explicación han operado oscureciendo la necesidad de analizar y comprender profundamente las características temporales de la Historia, la naturaleza de sus propios procesos, de sus propios movimientos, la de sus cambios, sus aceleraciones y retrocesos, sus ritmos trepidantes o su lento discurrir, tan importantes para comprender y para explicar la Historia. La confusión, la identificación lingüística y conceptual es tal que cuando se quiere hacer una reflexión sobre los peligros de la identificación temporalidad-cronología, cunde la alarma.

Y, en consecuencia, la dificultad real de comprender la naturaleza temporal de los diversos procesos de la Historia ha sido sustituida en las aulas por la tarea más sencilla de conocer y utilizar la medición cronológica. Ambas cosas son necesarias, pero cada una tiene una función y unas dificultades diferentes.

Curiosamente nos encontramos con problemas del mismo tipo en otras materias, como, por ejemplo, la que los profesores de matemáticas advierten ante alumnos que son incapaces de comprender conceptos como longitud, superficie o capacidad, pero que operan bien con sus mediciones respectivas, es decir, que conocen la manera de usar el sistema métrico decimal. Y por ello resuelven cierto tipo de problemas mecánicos, de medición, pero no aquellos en que el concepto deba ser comprendido.

Todo ello tiene que ver con la manera de presentar los conocimientos al aprendizaje.

En la docencia no universitaria, cuando se intenta instruir sobre el tiempo histórico, se procede a instruir sobre lo que es un decenio, un siglo o un milenio, se colocan sobre ejes y expresiones gráficas, se aprende a hacer subdivisiones o bien se instruye sobre las pequeñas complicaciones de contar los años en forma distinta según se sitúen antes o después de Cristo. E incluso a veces se instruyen sobre las distintas cronologías según se utilice la era cristiana o la musulmana, cuyos límites y mediciones difieren algo y complican un poco las cosas. Sabido esto, parece que comprender lo medido es tarea fácil, algo que vendrá por sí mismo con sólo acercarse a los hechos. Sin embargo, para que el adolescente comprenda de verdad los procesos de la Historia, es preciso que acceda al conocimiento de conceptos tan importantes como la distinta naturaleza temporal de un acontecimiento o del desarrollo de una sociedad, o la simultaneidad, los estancamientos y los cambios, las acumulaciones, los retrocesos, o los ritmos di-

ferentes de todo ello. El aprendizaje de la Historia implica que el adolescente pueda acercarse de forma progresiva a la construcción de estos conceptos temporales, conceptos básicos, que no pueden asimilarse en abstracto, sino a través del estudio de hechos y procesos de la Historia, pero que deben estar previstos en la preparación de la enseñanza, dedicándoles tiempo y atención. Porque lo cierto es que, en el mejor de los casos, conocer la medición no resuelve el problema de la comprensión de la temporalidad histórica.

En la Universidad el aprendizaje sobre la temporalidad se da generalmente por sabido. Pero las confusiones son las mismas muchas veces.

A estas alturas parece ya innecesario insistir en que la técnica cronológica, como tal, es un instrumento que hay que enseñar a los más jóvenes, y que puede ser un instrumento al servicio de la comprensión de la temporalidad. Pero no hay que suponer que eso sustituirá la necesidad de adentrarse en la complejidad de la temporalidad de los hechos históricos.

Aunque esta diferencia parece clara cuando se habla en abstracto, hay muchas tareas escolares que reflejan ideas implícitas sobre el tiempo algo más confusas, en diferentes medios académicos. Así, por ejemplo, es corriente que antes de iniciar el estudio de una sociedad o de un país se ofrezca un esquema cronológico, para que con él el alumno resuelva el problema de la temporalidad. Así se ofrece en muchos libros de texto pretendidamente didácticos, en donde incluso a niños de pocos años se les advierte que la Historia se divide en cuatro Edades, etcétera.

Antes de conocer el proceso, ese esquema aún no tiene ningún sentido para el alumno. Aquella duración y aquella periodización no le dicen nada, porque no es independiente en sí misma, neutral, y depende de criterios de periodización que surgen de la forma de interpretar aquel proceso, que él debe comprender. A medida que el proceso se va entendiendo, usar un eje para reorganizar y representar gráficamente lo que ocurre en él puede ayudar al alumno. Entonces, la apoyatura cronológica tiene una utilidad específica, como instrumento de comunicabilidad gráfica que sirve para consolidar la temporalidad entendida.

Por fortuna, la ruptura epistemológica que ha supuesto la investigación historiográfica de este siglo ha permitido poner en claro algunas cosas. Y sería conveniente que el estado actual de los conocimientos sobre el tiempo histórico se pusiera al alcance del profesor en formación.

Precisamente las novedades en la forma de concebir las duraciones de la Historia han estado en el centro de los cambios en la forma de concebir su estructura epistemológica en general, sus formas de investigar y de elegir sus temas de estudio.

Hay una buena cantidad de obras esclarecedoras que se ocupan de analizar las dificultades conceptuales del tiempo y en especial las confusas relaciones con la linealidad de la cronología ⁴⁷.

El testimonio de Pomian es elocuente a este respecto, analizando la postura de historiadores y filósofos de la Historia del siglo XIX que concebían el tiempo histórico como algo lineal, haciendo de la cronología un marco privilegiado en el que bastaba simplemente con situar los acontecimientos para explicar a la vez el devenir histórico ⁴⁸. Problema distinto de los análisis sobre lo narrativo y el discurso histórico que de forma tan interesante mantienen ya hace tiempo Ricoeur, De Certeau y también Chartier, White, Koselleck, Lozano y algunos otros. Las nuevas perspectivas desde las que se contempla la narración, o al menos algunas de ellas, son enriquecedoras. Y hay que advertir que, incluso fuera del debate teórico, la defensa actual de la narrativa histórica no está basada en los antiguos supuestos y se inscribe en otro tipo de discusión sobre los estragos que en el conocimiento histórico ha producido la ortodoxia estructuralista. Del mismo modo que nadie podría asimilar la descripción de un aconte-

⁴⁷ WIRTHOW, G. I., *The Natural Philosophy of Time*, Londres/Edimburgo, 1961.

Este libro provocó un gran interés por el estudio del tiempo y llevó a la formación de la Internacional Society for the Study of Time, cuyo primer congreso se celebró en 1969 en Alemania.

Aparte de los ya citados en las notas anteriores son también de interés: TOULMIN, S., y GOODFIELD, I., *The Discovery of Time*, Londres, 1965.

THIVERS, T.L., *The Rhythm of Being: A Study of Temporality*, Nueva York, 1985. En especial la parte II: «Time and History».

ELIAS, N.: *Sobre el tiempo*, 1989.

Hace algunos años apareció también la recopilación de los artículos sobre el tiempo realizados por POMIAN para la Enciclopedia Einaudi entre 1971 y 1981: POMIAN, K., *L'ordre du temps*, París, 1984.

Y también aparecen con alguna frecuencia monografías y números especiales dedicados al estudio del tiempo: *History and Theory*, Suplemento número 6, «History and the concept of time», 1966.

ES, *Monografías*, núm. 129, «Tiempo y Sociedad», 1992; *Archipiélago*, núm. 10-11, «Pensar el tiempo, pensar a tiempo», 1992.

⁴⁸ «Le temps linéaire leur semble évident, allant de soi. Il confère une nouvelle importance à la chronologie dont le caractère linéaire en fait un cadre où il suffit de situer les événements pour mesurer en évidence la logique interne du devenir historique. Il permet d'établir une hiérarchie des événements, en privilégiant ceux qu'on croit produire des changements irréversibles» (la cursiva es nuestra). POMIAN, K., *op. cit.*, 1984, p.71.

cimiento como lo hace hoy Georges Duby, de una batalla en concreto, con las retahilas bélicas de la historia decimonómica ⁴⁹.

En el debate epistemológico actual encontramos también la crítica sobre la valoración excepcional concedida a los orígenes, a la necesidad de partir del cero total en cualquier tipo de análisis. Así, M. Bloch, en una expresión que ha hecho fortuna nos hablaba ya de «el ídolo de los orígenes», advirtiendo del peligro que significa identificar orígenes y causas.

Efectivamente, la historiografía positivista a la que Bloch alude ha querido consagrar los orígenes como la única forma de comprensión de la Historia y del presente. Y aunque la manipulación que ha hecho de esa relación orígenes-pasado-presente pueda ser denunciada -como en el caso de Taine y tantos otros-, lo más grave es que ha establecido una verdad universal sobre la temporalidad histórica, sobre la forma de adentrarse en el estudio de la Historia, de construir la interpretación del pasado: ha fijado los únicos límites posibles, *ha establecido una única duración, total, de topología prevista y uniforme*.

Siendo cierto que intentamos entender el presente, ponerlo en relación con el pasado y atender a la «insoslayable» temporalidad de los procesos históricos, no lo es menos que la aproximación que puede hacerse desde estos principios no es necesariamente la que nos propone la historiografía positivista.

Hay que considerar que la Historia es una forma de conocimiento que intenta entender los procesos del pasado y para ello usa sus propias armas, sus criterios de análisis temporal, de periodización. Hemos de tender a una verificación de los asertos, pero no es fácil creer que podemos señalar definitivamente una temporalidad objetiva y exterior sobre la que no quepa, pues, discusión alguna.

Sin embargo, éste es el criterio que se trasluce en las concepciones temporales más generalizadas en la enseñanza de la Historia en la actualidad.

De la misma manera, Certeau ha criticado esta obsesión por el discurso total, por el remontarse a los orígenes desde una concepción lineal y orientada del discurrir histórico:

... la echronologie postule en dernier resort le reecours au eonecept vide et néecessaire d'un point zéro, origine (du temps) indispensable á une orientation. Le récit inscrit done sur toute la surfaee de son organisation cette référé-

⁴⁹ DUBY, G., *Le dimanche de Bouvines, 27 juillet 1214*, París, 1973. Traducción: *El domingo de Bouvines, 27 de julio de 1214*, Madrid, 1988.

rence initiale et insaisissable, condition de possibilité de son historicisation, rnaís... Quand il est historique, le récit résiste pourtant à la séduction du cornrnencement; il ne consent pas à PEros de Porigine ⁵⁰.

y de una forma más contundente se pronuncia Pomian cuando defiende el tiempo propio de la Historia, frente a una concepción del tiempo cronológico uniforme y rectilínea, un tiempo convencional marcado por el *movimiento cíclico de los cuerpos celestes*. En su propia expresión, reclama para la Historia *su tiempo*, o *mejor sus tiempos*, los tiempos intrínsecos de los procesos estudiados, cuyo ritmo no es uniforme, no está acordado a los movimientos de los fenómenos astronómicos, y cuya topología no está establecida de antemano. La cita es larga, pero nos parece sugerente:

D'ou une conclusion épisternologique irnportante. Dans la pratique des historiens, cornrne dans celle des éconornistes, le ternps n'est plus assirnilé à un écoulement unifornne ou les phénomnnes étudiés seraient plongés, tels les corps dans une rivière dont le courant les ernporte toujours plus loin. *La topologie du temps n'est pas préétabLie, donné une fois pour toutes*. Ce sont le processus étudiés qui, par leur déroulement, irnposent au ternps une topologie déterminée. *«Le temps» uniforme et rectiLigne, représenté par les abscisses de nos graphiques ou Les coLonnes de date; de nos tabLes, nejeme, en jail, que Le rôle d'instrument qui permet d'observer et de mesurer les variations de telLe ou telLe grandeur*, et de cornparer ces variations les unes aux autres. Ce «ternps», défini par le rnouvement cyclique des corps célestes ou par les oscillations d'un certain atorne, n'est pas le ternps de l'Histoire. Elle a son ternps à elle, ou plutot ses ternps à elle: les ternps intrinseques des processus étudiés par les historiens et les éconornistes, que rythrnt non des phénomnnes astronomiques ou physiques rnaís des singularités de ces processus eux-mernnes, des points où ils changent de direction, où la croissance, la chute, l'irnmobilité se succèdent Pune à l'autre. *C'est donc Le contenu même de La notion de temps de l'histoire qui a subi une transjormation pendant Le dernier demisiècle... en particulier celle qui Le tient pour Linéaire, cumuLatifet irréversible*⁵¹.

La alusión al cambio que ha sufrido el concepto de tiempo de la Historia en el siglo XX se utiliza en contraposición al concepto decimonónico que estamos analizando.

Los cambios en la concepción del tiempo histórico se han visto favorecidos por los cambios en la misma concepción del tiempo de la Física de Einstein y de la teoría de la relatividad.

⁵⁰ CERTEAU, MICHEL DE, *L'écriture de L'Histoire*, París, 1975, pp. 107-109.

⁵¹ POMIAN, K', o.J. cit., p. 94, las cursivas son nuestras.

Junto a ellos se formulan nuevos conceptos de científicidad que liberan a la Historia -ella misma ya se liberaba por ese camino- de servidumbres pasadas. De forma que la Historia busca en sí misma su científicidad propia, sus propias características como forma de conocimiento, y el análisis de su forma específica de interpretar la temporalidad en orden a entender los procesos de la Historia.

y esto toma cuerpo dentro de un ambiente científico que facilita la nueva concepción del tiempo. De forma que, como dice Cardoso,

... el historiador quizás es indiferente al efecto de dilatación del tiempo en las altas velocidades, pero su posición frente al tiempo podrá reflejar de algún modo el hecho más general de que la relatividad demostró la inexistencia del tiempo autodeterminado y externo a las cosas y procesos. Eso ocurrirá aun en el caso de no haber leído jamás un libro de Física⁵².

y se crea un ambiente favorable a la aceptación de una concepción específica del tiempo propio de la Historia, con una multiplicidad de duraciones que procede del análisis de los diferentes procesos históricos: económicos, sociales, políticos, de configuración de las mentalidades, de los cambios en la vida cotidiana, en las preferencias artísticas o gastronómicas, en las costumbres sexuales, en el desarrollo de instituciones políticas o en el establecimiento de relaciones internacionales...

Estas nuevas concepciones no hacen sino reflejar el debate que los mismos historiadores se han visto obligados a hacer a través de sus propias formas de investigar, de la justificación de los temas elegidos y los métodos empleados.

Bajo la renovación de la producción historiográfica del siglo XX fluye una reconsideración del tiempo histórico y de la epistemología de la Historia en general. No es sólo un asunto de «nuevos temas», sino también un asunto de «nuevos problemas» y «nuevos enfoques»⁵³.

Los grandes debates mantenidos en torno a la Escuela de Annales o en las interpretaciones marxistas; los debates en torno a la relación entre la Historia y otras ciencias sociales, en especial la antropología y la sociología; la gran polémica del estructuralismo y toda la abundante aportación de las nuevas «miradas» de la Historia hacia temas marginales, nunca antes abordados; los nuevos enfoques

⁵² CARDOSO, ORO F. S., *op. cit.*, p. 216.

⁵³ LE COFF, I., y NORA, P., *Faire de l'histoire. Nouveaux problèmes. Nouvelles approches. Nouveaux objets*, París, 1974. Traducción: *Hacer la Historia. Nuevos problemas. Nuevos enfoques. Nuevos temas*, Barcelona, 1978-79-80.

que Dosse señala para la Historia social actual⁵⁴; la historia socio-cultural, la microhistoria y tantos otros no han hecho sino poner sobre la mesa la renovación epistemológica de la Historia y, por tanto, la reconsideración del tiempo histórico, tema recurrente en todos ellos.

Desde antecedentes ya clásicos, como las propuestas de Braudel y otros, se busca el conocimiento de lo que son los movimientos de la Historia, los tiempos propios de los acontecimientos y los procesos históricos, profundizando en las características de esos tiempos diferentes y contradictorios y rescatándolos de la uniformidad y linealidad cronológica.

Las polémicas que surgen alrededor de estas concepciones temporales nos nevan desde el estructuralismo y la primacía de la larga duración hasta la vuelta al acontecimiento, a los enfoques de la microhistoria, o a la reconsideración del compromiso explicativo del discurso narrativo. Pero esto no significa confusión, sino que constituye una riqueza enorme de enfoques, de formas de abordar el análisis histórico que proceden, entre otras cosas, de la clarificación sobre el tiempo.

Todos estos cambios no han trascendido inmediatamente fuera del ámbito de la comunidad científica, en el seno de la cual se nevan a cabo los debates. De forma que el pensamiento social no se modifica inmediatamente y tampoco se aprecian sus efectos en una nueva manera de enfocar el aprendizaje histórico.

Efectivamente, la concepción decimonónica del tiempo se mantiene como un referente dominante que se transmite al pensamiento social a través de la enseñanza y de los medios de divulgación cultural.

Esta concepción encontró su más eficaz divulgador en los manuales escolares que repitieron a través de generaciones los mismos tópicos sobre la linealidad, la objetividad, la división en períodos, la totalidad del proceso, la importancia de los orígenes, las fechas gloriosas, el poder intrínsecamente explicativo del relato cronológico, en el que Historia y pasado se confunden, el encadenamiento sucesivo de causas y efectos, el progreso, en fin, imparable de la Historia en su conjunto.

Es preciso recordar que, con cierta frecuencia, los autores de manuales de gran éxito han sido los propios historiadores comprometidos con esta concepción o gentes muy próximas a ellos. Es el caso del famoso manual de Historia conocido popularmente en Francia como

⁵⁴ DOSSE, F., «La Historia contemporánea en Francia», en *Historia Contemporánea*, núm. 7, Universidad del País Vasco, 1992, pp. 17-30.

el *Petit Lavisse*, ya citado. Su lectura puede parecer ingenua, y lo es. Pero el esquema conceptual se traduce después a manuales más complejos y constituye un auténtico evangelio no sólo «republicano», sino también epistemológico. (Para no perder la perspectiva temporal, es bueno recordar que con estos manuales han estudiado en su infancia miles de personas que hoy están vivas aún, e incluso en su madurez simplemente.)

Hay que añadir además que los tópicos se hacen más burdos y evidentes en estos resúmenes, en estas enciclopedias o manuales escolares, ya que la falta de espacio para el análisis los concreta con más contundencia y los hace más eficaces.

En general, los manuales escolares, hasta épocas bien recientes, han definido la Historia poniendo más el acento en su caracterización como una materia que ordena la sucesión de los acontecimientos para reflejar exactamente el pasado, que como un producto de la reorganización que el historiador realiza a fin de comprenderlo y explicarlo. Y esto produce un rechazo implícito hacia la interpretación, hacia otras formas de ordenar y agrupar los hechos, en beneficio de la objetividad inocente de una ordenación que mimetiza el orden del pasado y garantiza, por eso mismo, su verdadera explicación. Las programaciones oficiales no han hecho sino reflejar y mantener esta postura difundiéndola entre los docentes y en el pensamiento social dominante.

Otras muchas vías de divulgación cultural han expandido esta concepción del tiempo y de la explicación histórica. Así, la literatura de Historia ha jugado un gran papel en este sentido. Las bibliotecas de algunos de los autores más leídos son reveladoras. Un caso concreto que me parece significativo es el de los libros de Historia que figuran en la biblioteca personal de D. Benito Pérez Galdós, de donde parece sacar la información necesaria para sus novelas históricas. En la biblioteca que se encuentra actualmente en la Casa-Museo de Las Palmas se pueden examinar los tomos de la Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta nuestros días, de D. Modesto Lafuente, anotados cuidadosa y prolijamente a lápiz en los márgenes.

El hecho es, pues, que esta concepción en que tiempo histórico y tiempo cronológico se identifican ha pasado a constituirse en un conocimiento social bastante generalizado. Estos son algunos de los esquemas conceptuales con los que habrá de enfrentarse una metodología que pretenda construir el conocimiento histórico, el aprendizaje, de forma significativa. La ruptura epistemológica que supone el debate del siglo XX tiene hoy menos trascendencia de la que cabría

esperar en la formación del pensamiento histórico en las aulas. De forma que sería preciso partir de estos nuevos supuestos epistemológicos en la formación del profesorado, no sólo porque constituyen un enriquecimiento teórico considerable, sino, sobre todo, por la enorme incidencia que tienen en la concepción de la enseñanza de la Historia.

Así, para modificar la práctica docente será preciso primero poner en evidencia las repercusiones que sobre ella tiene esta concepción subyacente del tiempo. Es preciso favorecer la liberación del pensamiento del profesor y del alumno de estas concepciones temporales positivistas, en la línea de una metodología crítica que persigue la liberación de teorías implícitas que conducen a una práctica confusa.

Esta concepción teórica se mantiene y se refleja en aspectos capitales de la enseñanza de la Historia, como es la convicción generalizada, apuntalada por los programas obligatorios, de que es necesaria una programación que abarque la totalidad de la Historia, «desde los orígenes a nuestros días», si queremos que *cualquiera* de sus procesos sea comprendido por el alumno.

A su vez, esta totalidad debe plantearse como un todo «coherente», expuesto en el mismo orden en que ocurrió, en una supuesta ordenación lineal exhaustiva. Esta linealidad progresiva, sin huecos, es la que garantizaría exclusivamente la comprensión del alumno. Por tanto, no es posible saltarse nada. Y hay que hacerlo siempre en el mismo orden. Hay que partir, pues, de los orígenes y llegar hasta nuestros días. Sólo entonces el alumno comprenderá ese gran proceso único y cada una de sus partes. Desde el punto de vista del aprendizaje no es fácil, sin embargo, explicar por qué será más fácil para un alumno de menor edad comprender la Historia Antigua que cualquiera de las siguientes. ¿Cuál sería, pues, el criterio didáctico de colocarla en primer lugar ante los más jóvenes sino el que venimos analizando, su situación en el eje general?

y aún más: en ese momento, al final de toda la evolución general de la Historia, parece que el alumno comprenderá el presente que es uno de los objetivos más insistentemente repetidos, tanto en los documentos oficiales como en los objetivos señalados en las programaciones. Parece una meta ciertamente ambiciosa.

Lo cierto es que la Historia es muy larga ya. Y ello obliga a hacer, bajo estos criterios, programaciones imposibles, cuyas dificultades se denuncian constantemente por los mismos profesores. ¿Cómo hacer comprender la complejidad de los procesos que han llevado a los seres humanos desde sus primeros escarceos cazadores hasta el mundo actual? Y ¿cómo enlazar unos con otros?, a veces en un solo curso de unas cuantas horas semanales.

Es preciso recurrir al resumen, a «las características generales» o a la descripción atropellada de los acontecimientos, sin posibilidad de comprensión de ese magnífico y variopinto cuadro de los diferentes procesos de la Historia. Lo que pretendía ser la comprensión de un largo proceso se convierte en una serie desestructurada de acontecimientos o en unas etapas ideales y uniformes que nada tienen que ver con la realidad del conocimiento histórico. De forma que el fantasma de la Historia «acontecimental» o de un burdo estructuralismo planea sobre la comprensión de los adolescentes. Y por supuesto el aprendizaje del tiempo se reduce lisa y llanamente al conocimiento -más o menos claro- de la medición cronológica, donde estos acontecimientos o estas estructuras ideales y paradigmáticas se ordenan.

La necesidad de aprisionar todo el desarrollo histórico en una programación tan apretada, a fin de tener todo el devenir histórico ante los ojos, obliga a realizar manuales o explicaciones tópicas y empobrecedoras o bien de altura científica, pero tan condensada que resulta incomprensible para los adolescentes, a los que se les pide *sólo* que tengan una visión general de conjunto. Sabido es que las visiones sintéticas de un proceso complejo son bastante más difíciles de entender que un desarrollo más extenso y clarificador, para el que desde luego no llega el horario escolar.

y en fin, nos encontramos ante la paradoja siguiente: Una visión del tiempo histórico que nos obliga a plantear de esta forma la enseñanza, con el objetivo claro de comprender la totalidad del proceso y, al fin, el presente, tropieza con el hecho real de que no permite concluir los programas y en raras ocasiones llega al estudio del presente que es casi siempre el gran ausente en la clase de Historia. Esta sola circunstancia debería provocar un replanteamiento general de los objetivos de estas programaciones, o mejor de las programaciones mismas. Sobre todo porque en los casos en que se «llega» al final del temario, esto constituye una carrera precipitada y simplificadora en que, por las condiciones en las que se ha aprendido, no cabe esperar que el alumno comprenda su presente desde un conocimiento caótico y superficial del pasado.

Podríamos analizar igualmente algunos aspectos de la influencia de esta concepción en las ideas de los adolescentes, como es la tendencia evidente de esta concepción hacia una explicación eurocentrista de la Historia Universal. Y también -asunto que requeriría más detenimiento-, la configuración en el adolescente de una idea de progreso asociada a la marcha inevitable del tiempo, de la Historia, que le impide entender adecuadamente el presente, asociado siempre a una óptica de superioridad respecto de cualquier época pasada.

Todas estas concepciones influyen en la organización de la enseñanza de la Historia, del orden y tratamiento de los contenidos, de su selección... y hay que decir que conduce pocas veces a la comprensión de los procesos de la Historia, o a una supuesta «evolución general».

Sobre todo –y esto es importantísimo– porque induce claramente a realizar una instrucción basada irremediabilmente en la transmisión y en el aprendizaje memorístico. La utilización de métodos más adecuados que permitan al alumno construir su propio aprendizaje, o al menos colaborar más activamente en el desarrollo del trabajo del aula, se encuentran siempre con dificultades ante esta concepción de la Historia y del currículum. Concepción que está reflejada sobre todo en los programas oficiales, pero cuya fundamentación teórica básica está compartida de forma implícita.

La necesaria selección y reducción de contenidos desde estos supuestos teóricos es prácticamente imposible. Y así, el resumen sustituye siempre a la selección. Y la reducción se convierte en un simple ejercicio de jivarización.

Por lo mismo, los métodos didácticos que podrían ayudar al aprendizaje más efectivo de la Historia son rechazados como «más lentos». Y, paradójicamente, aunque se critique la extensión de los programas, las propuestas experimentales de reducción de los contenidos se rechazan con un intento de «bajar el nivel» de los conocimientos.

En cualquier caso lo cierto es que la concepción teórica que subyace se contradice constantemente con la práctica. La imposibilidad de variar la práctica desde estas posiciones teóricas, a pesar de los esfuerzos que los profesores, o muchos de ellos, realizan, debe inducirnos al menos a reflexionar sobre la validez de la teoría utilizada. Y, en este sentido, encontraríamos afortunadamente concepciones de la Historia y del tiempo que nos permitirían seguramente modificar la organización del currículum de Historia en una dirección más adecuada, acorde con la forma en que los adolescentes construyen el aprendizaje histórico. Teoría y práctica encontrarían entonces un sentido.

Aplicar las nuevas ideas acerca de la construcción del aprendizaje y sus implicaciones metodológicas sobre esta concepción de la Historia, absolutamente contradictoria, nos lleva a esa consideración, a ese prejuicio de «método lento». Lentitud es un concepto relativo, al menos, a tiempo y espacio. Depende del camino que se quiera recorrer. Para aprender toda la Historia puede ser lento, pero no para construir el conocimiento desde otras visiones más actuales, planteán-

dose el objeto de conocimiento de otra manera. Y, en ese caso, puede ser mucho más rápido. La temporalidad histórica es compleja, pero no es suficiente esperar a que el niño «tenga una edad adecuada». La práctica docente debe estar diseñada para ayudarle a comprenderla. Desde muy pronto, y en progreso, se pueden hacer aproximaciones al antes y al después, al durante, a la sucesión o a la simultaneidad, al cambio o al estancamiento, al retroceso o al avance. Y se puede construir después la duración del acontecimiento sencillo, de la vida propia, de la duración conocida, apreciar la simultaneidad con otros hechos más lejanos o con tiempos próximos al suyo propio. Y pasar después a desarrollos diacrónicos de diferente magnitud y características, con sentido como procesos, hasta llegar a las largas duraciones sociales o a los cambios y ritmos complejos de ciertos procesos de la Historia. Eso significaría seleccionar y ordenar los contenidos con arreglo a otros criterios. Y hacer de todas las etapas de formación un *continuum* que acumule y utilice los conocimientos anteriores para construir los siguientes.

Conclusión

Así pues, la reflexión epistemológica es un asunto capital para hacer coherente teoría y práctica en la formación del profesor y en su metodología posterior. La Universidad tiene ante sí el reto de realizar esa reflexión que haga inteligible la materia de la Historia a esos futuros profesores.

El problema del tiempo histórico no es sino un ejemplo, aunque decisivo.

Pero al menos desde este análisis sería conveniente tener en cuenta las siguientes conclusiones:

Que existen teorías implícitas sobre el tiempo histórico y, en general, sobre la Historia como forma de conocimiento, de fuerte arraigo y compartidas socialmente, procedentes de posiciones epistemológicas y corrientes historiográficas en gran parte superadas por la comunidad científica.

Que es conveniente realizar el cambio conceptual en la formación del profesorado y, por tanto, en la enseñanza, desde el estudio de las propuestas que la comunidad científica de los historiadores ofrece hoy.

Que la metodología didáctica debe afrontar la necesidad de ir construyendo una concepción temporal en los alumnos, te-

niendo en cuenta a su vez sus propias asunciones implícitas al respecto. Este «contenido» es de especial dificultad y debe apoyarse en toda clase de técnicas y estrategias, desde una visión correcta de esa dificultad.

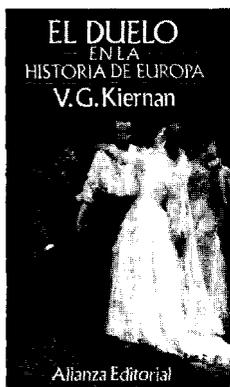
Que este proceso conceptual no puede realizarse como algo externo o independiente, sino involucrado en el mismo estudio de los procesos y hechos históricos concretos.

y que, para todo ello, es necesario modificar la concepción de la metodología didáctica de la Historia desde una concepción epistemológica actual que se adecúe a su vez a la forma de concebir las dificultades de su aprendizaje, de forma que teoría y práctica se conjuguen sin contradicción.

De ahí la importancia que concedemos a la incorporación del estudio de la Teoría del conocimiento histórico en la formación del profesorado, pero desde su relación con la práctica docente.

ALIANZA

EDITORIAL



Comercializa:
Grupo Distribuidor
Editorial
Tel. 361 0809

José Manuel SánchezRon
EL PODER DE LA CIENCIA
Libros Singulares

Uwe Schultz
(Dirección)
LA FIESTA
UNA HISTORIA CULTURAL
DESDE LA ANTIGÜEDAD
HASTA NUESTROS DIAS
Libros Singulares

V. G. Kiernan
EL DUELO EN LA
HISTORIA DE EUROPA
Libros Singulares

LioDel Richard
(Dirección)
BERLIN 1919-1933
GIGANTISMO, CRISIS
SOCIAL Y VANGUARDIA:
LA MAXIMA
ENCARNACION DE
LA MODERNIDAD
Libros Singulares

Mónica Charlot y RolandMarx
(Dirección)
LONDRES 1851-1901
LA ERA VICTORIANA O
EL TIEMPO DE LAS
DESIGUALDADES
Libros Singulares

Rosario Villari y otros
EL HOMBRE BARROCO
Libros Singulares

Alfonso Botti
CIELO y DINERO
EL NACIONALCATOLICISMO
EN ESPAÑA (1881-1975)
Alianza Universidad

EmrysJones
METROPOLIS
El Libros de Bolsillo

Jean Delumeau
LA CONFESION y
EL PERDON
Alianza Universidad

Charles Tilly
COERCION, CAPITAL
Y LOS ESTADOS
EUROPEOS 990-1990
Alianza Universidad

Heinz Duchhardt
LA ÉPOCA DEL
ABSOLUTISMO
Alianza Universidad

Pablo Fernández Albaladejo
FRAGMENTOS DE
MONARQUIA
Alianza Universidad
